This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

8 fran 3306.5

Harvard College Library

FROM THE BEQUEST OF

MRS. ANNE E. P. SEVER

OF BOSTON

WIDOW OF COL. JAMES WARREN SEVER

(Class of 1817)

061-8

LOS

VALENCIANOS

PINTADOS POR SÍ MISMOS.

LOS VALENCIANOS

PINTADOS POR SI MISMOS.

OBRA DE INTERES Y LUJO

ESCRITA

POR VARIOS DISTINGUIDOS ESCRITORES.

VALENCIA.—1859.

Imprenta de La Regeneracion Tipográfica.
DE D. IGNACIO BOIX,
calle del Sagrario de Sta. Cruz, núm. 4.

Span 3306.5

Harvard College Library
AUG [illegible]
Sever [illegible]

PRÓLOGO.

Segun la prisa que se da á destruir é inutilizar este siglo de vias ferradas y de cables eléctricos, es de presumir que la tarea de los futuros arqueólogos, cuando traten de exhumar y reconstruir la sociedad actual, será algo mas ruda que la de los arqueólogos presentes, cuando se ponen á exhumar y reconstruir las sociedades pasadas. Una destruccion inteligente y presumida como la nuestra, es mas mortífera y absoluta que una ciega y brutal, como la de los bárbaros. Las generaciones guerreras que brotó el mundo jóven aun y lozano, al pasar unas sobre otras, aplastándolas, no las pulverizaron del todo. Palmira, Elora, Menfis y Nínive, nos guardan sus libros, caractéres, y cuadros de mármol y

granito: el Vesubio nos ha conservado por espacio de diez y ocho siglos dentro de un escaparate de lava á Herculano y Pompeya; es decir á una Roma de ayer, á Roma material y sensual con sus magnificencias y trivialidades, á Roma religiosa y filósofa con sus templos y palimpsestos. ¿Qué guardaremos nosotros á la sociedad del siglo cuarenta? Nada. Habremos apagado la ciencia de la arqueología, quitándole la base y el objeto.... A no ser que ese turbio é impetuoso rio que llaman tiempo, al arrastrar al océano de la eternidad al hombre y á sus cosas, escupa á la orilla con la violencia de la corriente algun fragmento informe, que recoja un curioso, y le sirva de piedra para reedificar lo que ya no existirá. Y si la piedra fuese casualmente el libro que sigue á estas reflexiones, seria un hallazgo no despreciable, porque hallaria en él condensados y concretos, elementos que por el sistema ordinario de estudio é investigacion, fuera árduo, cuando no imposible obtener.

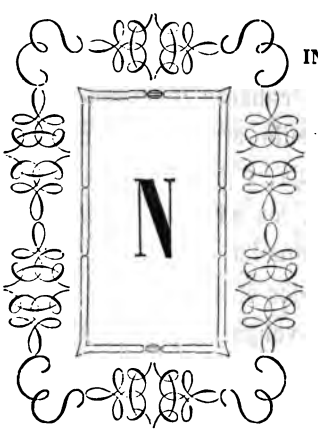
Tal vez parezca á alguno sobrado grave y didáctica la entrada de un libro, en el cual la sociedad se ve casi en su totalidad contornada por caricaturas. Pero además de que esas caricaturas son una verdad, así como los llamados altos intereses de la humanidad no son sino farsa, cuando se desciende á analizarlos sin pasion; esta publicacion representa un fin eminentemente moral y de doctrina, y demasiado enlazado con el estudio del hombre, para demostrar su interés por otra via que por la que hemos escogido. Al lector tocará decidir si hemos alcanzado á llenar el importante objeto que nos inspiró la idea de recoger á toda prisa, y fijar de una manera permanente, tipos que quizá no tarden en desaparecer.

En este género de trabajos literarios, segun la general creencia, los franceses fueron los primeros en tomar la iniciativa, cuando dieron á luz *los franceses pintados por sí mismos;* siguiéndoles los españoles con otra galería de tipos nacionales publicada en Madrid en 1844. Y sin embargo es indudable que antes de aquellos y éstos, un Valenciano se dedicó á fines del siglo pasado, á estereotipar en verso, y con una sencilléz y verdad admirable muchos de los originales que ahora se presentan en escena. El Valenciano fué Cárlos Ros, bien conocido de los amantes de la literatura lemosina; de quien *El Cid*, periódico que se publicaba en esta Ciudad en 1848, trasladó á sus folletines algunos tipos. Cárlos Ros escribió á fines del siglo pasado; lo cual basta para dejar consignada la prioridad del pensamiento á favor de nuestra nacion, y de nuestra provincia. Bien que, aun sin ello, ¿qué otra cosa son, sino los *Valencianos pintados por sí mismos*, muchos de esos *coloquis*, que andan de inmemorial en boca del vulgo, y sirven de distraccion á la gente del pueblo, pronunciados por una especie de *improvisatori*, con gracia inimitable, y sabor local sin cotejo? ¿Qué otra cosa son sino tipos trazados por pincel mas ó menos diestro, mas ó menos delicado; pero siempre verdaderos, siempre vivos, siempre originales?

Continuamos pues bajo otra forma, bajo un sistema mas filosófico é intencionado, el pensamiento de Cárlos Ros. Escribimos para la posteridad, y tambien para nuestros contemporáneos. Pagamos un tributo á las bellezas que nos legaron los árabes; fijamos una imágen fugitiva, antes que la borre la pesada mano del tiempo; y disecamos, por decirlo así, para conservarlas, varias plantas indígenas, que de otra suerte ame-

nazan agostarse, y confundirse con el polvo que las produjo. Hasta qué punto el pintor y el disector hayan salido airosos en su propósito, no son ellos los llamados á fallar. Lo son los españoles que lean la obra, y con cuyas simpatías á favor de ella contamos anticipadamente, no menos que con una benevolencia, cuya justificacion reside en la índole, tendencias, y fin del libro que se les somete. Por eso acometimos confiadamente la empresa, por eso le damos cima; y por eso los *Valencianos* comparecen como son, ante el gran jurado nacional, del que á su vez no tarden quizá en formar parte, para juzgar y aprender de los demás, asi como los demás pueden ahora estudiarlos á ellos, y sacar del estudio enseñanza provechosa.

EL VALENCIANO.



INGUNO de los naturales de las provincias de que se compone la Monarquia española, se presta á un estudio tan profundo y filosófico, á nuestro modo de ver, como el de la provincia de Valencia. Ora se quiera mirar como causa de esta originalidad el clima de que goza este privilegiado pais, ora se atribuya á los resabios que existen todavia en esta provincia como legado de la dominacion morisca, es lo cierto que el *valenciano,* en sus costumbres, en sus usos, en su carácter, en sus modos de ser, y hasta en su idioma habitual, difiere de un modo asáz sensible de los demás naturales de las otras provincias.

En efecto, el *valenciano* es preocupado y aun supersticioso en materias religiosas, hasta donde puede serlo cualquier otro provin-

ciano y algo mas; su jovialidad y placentero carácter ni participan de la severidad del navarro y del aragonés, ni llegan al estremo del andaluz y murciano; su trage, por mas que tenga algunos puntos de contacto con el murciano y alicantino, son tan pocos que casi nada tienen de comun; su idioma habitual en nada se parece al castellano, ni al vascuense, ni al andaluz, si bien existe cierta semejanza entre el catalan y él; su claro ingenio le hace apto para cualquier empresa, por arriesgada que parezca; su sobriedad es proverbial, sin escluirle de los goces de la gastronomía siempre que la oportunidad le brinda; su piedad no tiene rival en el globo, y su sufrimiento no tiene limites ni le acobarda, porque hierve en sus venas la sangre de los conquistadores que hicieron morder la tierra á los proscritos hijos de Agar.

No hay duda que la dominacion morisca imprimió de tal modo en el *valenciano* sus usos, costumbres, carácter y modo de existir, que el trascurso de seis siglos no ha sido bastante á estinguirlos, y probablemente permanecerán sus huellas cuando hayan pasado otros seis mas por la faz de la tierra.

El *valenciano* vive ordinariamente en cabañas (*barraques*) formadas en su parte superior de un sencillo armazon de madera, cubierto de una capa de enea, junco ó paja, y la inferior de lodo ó barro, semejantes á las que constituyen los aduares de los árabes en el desierto, si bien mas sólidas que aquellas, y en las que se nota una propiedad de la que está muy lejos el africano. La cabaña del *valenciano*, llamada tambien casa de venganza por la facilidad con que puede incendiarse, aunque ocupa por lo regular un reducido perímetro, á causa de la necesidad que tiene de aprovechar el mayor terreno posible para el cultivo, goza de todo lo necesario para las necesidades de sus moradores. Los principales departamentos de una barraca, son: el *estudi*, la *andana* y el *estable*. El estudi, ó cuarto destinado para dormir el padre y la madre, ocupa regularmente una tercera parte del perímetro, y en él están la cama, el arca de la ropa y los demás muebles de importancia.

Contiguo al estudi está el estable ó cuadra, y en uno de los ángulos hay una escalera de madera, mas ó menos segura, que da subida á la andana ó segundo piso, lugar destinado para guardar las cosechas, y en donde suelen colocarse los cañizos para la cria de los gusanos de seda.

Fuera de la puerta, y á uno de los lados de la barraca, suele haber otra de reducidas formas, casi en miniatura, que es la que sirve de cocina, y no lejos de esta se ve una tercera mas inferior todavia, en la que muchas veces habita la esperanza de la familia, ó sea el cerdo. En algunos puntos suele haber una muy reducida y en forma de medio huevo que sirve de horno.

El vestido del *valenciano* todavia reune mas reminiscencias del trage árabe, que sus cabañas de las tiendas del aduar. Compónese el trage de verano de unos zaragüelles ó calzoncillos (*camalets*) de lienzo crudo, atados por la cintura, cuyos camales, estremadamente anchos, no pasan de las rodillas; una camisa del mismo lienzo, un gorro encarnado (*barret*) idéntico al barrete tunecino, puesto á la cabeza, ó en su defecto un pañuelo; unas alborgas (*espardeñes*), y un pañuelo en la cintura sosteniendo una navaja mayor de edad, á la que parece quiere desalojar la cruz del rosario que pende de los hombros, sosteniendo un escapulario con los santos Evangelios y algunas medallitas milagrosas, á las que profesa una fé á prueba de bomba, sin dejar por eso de tener su poquito de confianza en la consabida navaja que juguetea con ellas. El trage de invierno es diferente, pero guardando siempre la misma analogía con el del árabe. Un pantalon de una tela barata y sufrida, casi tan ancho como los *camalets*, un chaleco sin solapas y de escotada espalda, ó mas bien, con la espalda de la misma tela que el resto del chaleco, el gorro ó pañuelo, las alborgas ó alpargatas y la manta, son las piezas de que se compone generalmente.

Por consiguiente no puede ser mas marcada la analogía que existe entre el trage del *valenciano* y el del árabe: el gorro es el que exactamente usan los naturales de la regencia de Túnez; el pa-

ñuelo corresponde al turbante, la manta al alquicel, y la navaja en la cintura representa al yatagan. Si á esto se añade un cutis tostado y á prueba de sol y frio, lluvia y viento, todavia resalta mas aquella analogía.

Pero no paran aquí todos los puntos de afinidad que tiene el indígena de esta provincia con el de los desiertos del Africa. El valenciano de la huerta, que es el que pintamos, montado sobre una cabalgadura, es un reflejo del africano, con su aire guerrero, su frente elevada, su manta en forma de desplegado alquicel, y finalmente con todas las cualidades que distinguen al ginete agareno de todos los demás menos del que hablamos. El caballo de nuestro héroe, que en el dialecto del pais se llama *rosí*, no tiene mas bridas, bocado ni serreton que un sencillo ramal dependiente de un cabezon no mas lujoso, pues ordinariamente se compone de una cuerda de esparto, y pocas veces de correa; un aparejo redondo sobre el que descansa un seron, es la silla de montar, y no tiene mas estribos para facilitar el ascenso que la cola del caballo rodeada al pie del intrépido ginete. Pero afortunadamente no necesita de estos ausilios para montar, pues su proverbial ligereza le pone á cubierto de los inconvenientes que lleva consigo la enojosa obesidad. El famoso Arriaza en su *Profecía del Pirineo*, asegura

«Que con puñal en mano
Salta á la grupa el leve valenciano.»

En efecto, algunos ejemplos que la tradicion ha conservado de la ligereza del valenciano pudiéramos aducir, pero baste saber, que durante la guerra de la independencia española se repitió con alguna frecuencia el hecho de ir un hijo de San Luis á galope sobre un caballo, echar detras al mismo paso un valenciano con navaja en mano, plantarse de un salto á la grupa, desalojar al ginete y quedarse dueño absoluto de la cabalgadura, sin mas preámbulos ni discusiones. A esto es, pues, á lo que se refiere Arriaza en el dístico que hemos copiado de su escelente oda.

La piedad del *valenciano* es verdaderamente ejemplar: como ya

hemos dicho, el rosario con sus medallitas, escapulario y demás signos religiosos nunca se separan de su cuello; las puertas del estudi, de la ventana, de la andana, y la parte interior de la tapa del arca, están llonas de estampitas pegadas con almidon, obleas, ó á veces con pan; y no existe partido ó comarca de la huerta con ermita que no tenga su especial patrono, al que se obsequia en su dia con una funcion religiosa, que siempre va acompañada de músicas, fuegos artificiales compuestos de cuerda y *masclets* (morteretes) y de otras demostraciones piadosas, y ordinariamente estos obsequios suelen durar tres dias, y terminar con una procesion. Si un individuo de la familia está enfermo, si una cosecha corre algun peligro, el santo patrono es el bálsamo consolador; al momento acude á él la familia desconsolada con una sencilléz digna del mayor creyente, con una pureza de corazon y con una fe salvadora, y consigue la salud que se desea. Despues de esto es muy justo dar gracias al santo patrono con una misa ú otra demostracion religiosa, y colgar en su capilla las primicias de la cosecha que se creyó perdida. Rasgo digno de ser imitado, y muy propio por cierto de los que tienen la fe del inocente y justo Abel!

Es un dogma entre ciertas gentes el carácter adusto é incivil del *valenciano*, y aun no falta quien fundado en un hecho aislado llegue hasta asegurar que un frac ó levita es recibido en la huerta á palos y á pedradas, como lo seria una pantera en medio de la plaza del Mercado. Semejante asercion tiene mucho de gratuita y bien poco de fundada. El *valenciano* es jovial, caritativo, hospitalario, servicial y afectuoso. Es cierto que sus maneras rudas y bruscas le hacen aparecer las mas veces como no es en sí realmente; pero su género de vida, el aislamiento en que ordinariamente vive, y mas que todo, la total falta de instruccion en la generalidad, le hacen aparecer muy diferente de como él es, y son el orígen de ese carácter ficticio con que se presenta á los ojos de la generalidad. Además, ¿qué civilidad ó afeccion se pide á un ser, que á pesar de su penoso vivir y de los grandes servicios que presta á la

sociedad, suele verse escarnecido y aun insultado en su propia morada? ¿Cómo quiere encontrar afable y dulce al *valenciano* el que sale á la huerta y al ver á un labrador dedicado á su penosa faena le apellida *páparo*, *kabila*, *abencerraje*, y otras cosas por el estilo? Semejante conducta no es maravilla reciba en recompensa de un ser privado de instruccion, una pedrada, un palo ó una cualquier insinuacion de este jaez.

Nosotros hemos recorrido la huerta por todos sus cuatro costados; hemos llegado á la humilde barraca del *valenciano*; le hemos encontrado jovial y dispuesto á satisfacer hasta nuestra caprichosa curiosidad; nos ha franqueado las puertas de su albergue; nos ha ofrecido cuanto tenia en él y podia sernos de alguna utilidad, y se ha prestado muy complaciente á servirnos de *cicerone*, resistiéndose luego á recibir la espresion de nuestra gratitud por los servicios que nos habia prestado.

Otra de las causas que influyen mucho, á nuestro entender, en la irascibilidad que algunos observan en el *valenciano*, es el trato que, aunque parcialmente, se les suele dar intramuros. El *valenciano*, como vendedor de sus verduras en el Mercado, ha de sostener luchas enojosas con los compradores amigos de regatear, dèspues de haber sufrido en las puertas de la ciudad el pellizco de los consumos, arbitrios municipales y otros pájaros que no cantan muy á su sabor; como *femater*, ha de sufrir las sangrientas pullas de algunos transeuntes que suelen hacer un paralelo entre el *rosí* y el propietario, y siempre ha de andar con ojo avizor y pies de plomo, temiendo alguna cogida de parte de los alguaciles; como carretero, se oye apostrofar frecuentemente por esas calles y plazas con adjetivos tan sabrosos como los de animal, bruto y compañía, y finalmente bajo cualquier forma que se ofrezca á los ojos del ciudadano, siempre se ve deprimido en su amor propio por entes que solo miran al pobre labriego desprovisto de oropeles y de instruccion, y no divisan en él al que les proporciona las ricas verduras, las nutritivas legumbres, las sabrosas frutas y otros innumera-

bles artículos que son el alma de la gastronomía, el alimento diario, el orígen del placer del gloton, y el objeto que tantas gotas de sudor hace derramar al que las cultiva para recreo del consumidor.

Sin embargo, así como la rosa mas bella no deja de tener espinas, así tambien el *valenciano*, en medio de sus buenas cualidades, tiene sus lunares ó defectos, como todo ser que camina hácia la perfectibilidad. Apesar de su piedad sin límites, de su caridad nunca desmentida, y de otras prendas que le hacen recomendable y digno de estimacion, nuestro héroe es rencoroso como un indio, y nunca perdona la ofensa que una vez recibió. Si en el acto de inferírsele un agravio no tiene á mano el medio á propósito para vengarse á su sabor, calla y espera, devora en silencio su pesadumbre, amasa y revuelve en su calenturienta imaginacion los modos de conseguir la reparacion que ansía, y sin aparentar enojo, antes al contrario, simulando un olvido que jamás existió, llegada la ocasion oportuna, y que á veces esperó meses y aun años, se lanza sobre su presa y se cobra con creces y hasta con lujoso interés.

Pero cuando el *valenciano* recibe un servicio, por insignificante que sea, tampoco lo olvida jamás: pueden pasar años sin recompensarlo, si su posicion se lo impide, mas llegado el caso de la recompensa, sabe mostrarse generoso en la gratitud, y tanto como cruel estuvo en la venganza, porque es estremado en amar y en aborrecer, á fuer de buen heredero de las costumbres agarenas.

El *valenciano*, como ya hemos dicho, es jovial como pocos otros provincianos. Si en medio de las escenas mas serias de la vida, como en una lucha ó cualquier otra, oye el rechinante gemido de la *dulzaina*, y el alborotador sonido del *tabalet*, instrumentos que pretenden traer su orígen de la dominacion morisca, y que se conocen con el distintivo peculiar de *música del pais*, inmediatamente depone su enojo, disipa su furor, arroja las armas que el deseo de la venganza tal vez puso en su mano, y solo respira júbilo y alegría. Sin embargo, pasado el primer ímpetu se acuerda

de sus rencores, á fuer de débil humano, y no descansa hasta mirarse satisfecho.

A pesar de esto el *valenciano* es estimado en cualquier parte por los grandes servicios que presta, ora como labriego, ora como industrial, ora bajo cualquier forma que se ofrezca á la consideracion del observador. Sus verduras y ensaladas gozan de una reputacion envidiable, tanto en la península como fuera de ella; sus frutas tienen una fama europea, como la naranja, los melones, el altramúz y otras, y finalmente el arroz valenciano, la famosa horchata de chufas, y las apreciadas anguilas y pájaros de la Albufera en todas partes son recibidos con satisfaccion. El sistema de riegos de esta huerta tambien es digno de honorífica mencion, siquiera haya merecido el privilegio de ser admirado por las naciones europeas, y no ha muchos años vino un alto personaje estrangero á esta ciudad con la esclusiva mision de estudiarlo, para servir de norma en una de las naciones mas adelantadas en asuntos agrícolas é industriales.

Reasumiendo; el *valenciano* es, como acabamos de ver, uno de los provincianos que mas resaltan y sobresalen por entre los demás de la península, tanto por sus costumbres y género de vida, como por las tradiciones á que está ligado, y por las reminiscencias que lleva consigo, como heredero mas inmediato de la indómita raza que por largo tiempo dominó el pais, y que no lo abandonó sin dejar señales, tal vez eternas, de su paso por este pedazo del paraiso, como vemos en su trage, en su carácter impresionable, en su religiosidad, en su modo de hablar, muy parecido á la algarabía de la morisma, en sus habitaciones, y hasta en los nombres que llevan las poblaciones de la huerta, como Beni-Maclet, Beni-Parrell, y otros, que son absolutamente moriscos.

Tal es el *valenciano*, aunque pintado á grandes rasgos, que existe todavía y forma la dilatada poblacion de las ricas orillas del Júcar y del Túria.

José Zapater y Ujeda.

EL ESTERCOLERO,

(FEMATER.)

Cuando el estrangero tiende una ojeada por la rica, magnífica, lujuriante y poderosa vegetacion, que despliega la naturaleza al pie de las murallas del Cid, cuando contempla la vida que bulle dentro de la bella zona de verdor que la circunda, cuando recorriendo las encantadas orillas del Guadalaviar, la admiracion le obliga á repetir con Claudiano el pomposo dístico, aplicable y aplicado con mas justicia á nuestro rio que al Duero:

Floribus et roseis formosus Turia ripis,
Fructibus et plantis, semper pulcherrimus undis; (1)

ignora sin duda que uno de los mas eficaces ausiliares de esta ve-

(1) Este dístico existe al estremo del malecon del Túria, dando frente á la Cruz de Mislata, entre el jardin del Baron de Santa Bárbara y el rio, grabado en una lápida de mármol negro. Es tomado de Claudiano, poeta latino del siglo IV (que floreció en tiempo de Arcadio y Honorio), y de su panegírico de Serena, esposa de Stilicon. En lugar de *Turia*, dice el poeta, *Duria*, Duero; pero se ha aplicado oportuna y felizmente á nuestro rio, sustituyendo una T á la D.

getacion, uno de los primeros coloristas de tan hechicero paisage reside en el recinto de sus muros. En efecto, este eficáz ausiliar, este hábil colorista, es (si no lo has, ó lector, por pesadumbre) el estiércol de tus casas, y el polvo calcáreo de tus calles, cuyos géneros esportados á los basureros, y distribuidos luego con mano inteligente y laboriosa, completan el curso de bonificacion de la primera provincia agricultora de España. Falta saber que para beneficio de esta mina envia la huerta diariamente dos ó tres centenares de esplotadores, los que salen de la Ciudad cargados de material en bruto, y nos le devuelven trasformado en rica fruta, sabrosa verdura, ó suculenta legumbre.

No concuerdan los autores en la fecha que se deba asignar al derecho de los citados esplotadores al beneficio y beneficios de esta mina inagotable, por la sencilla razon de que ni aun concuerdan en la existencia de tal derecho: por lo mismo nos limitaremos á consignar el hecho, y adelante; que hartos hechos pasan entre nosotros, cuyo derecho es harto deslindable y controvertible, y pasan y pasarán, Dios ó el diablo mediante. Pero lo que siempre nos ha causado, no sabemos si llamarle estrañeza ó risa, es la singularidad que ofrece el ejercicio de este hecho ó derecho. La calidad de los frutos de la mina citada es tal, que adquieren un desarrollo continuo y diario, en términos que hinchen los filones, rompen las vetas, llenan las galerías, y acabarian por rebentar, con grave daño, por lo menos de uno de los cinco sentidos, si no estuviese la esplotacion en razon directa é inmediata del desarrollo. Díceseles á los esplotadores: Paga por sacar, lo que si no saco, has de sacar tú; ó bien: paga por libertarme de una molestia, de que si no me libras, me he de librar yo forzosamente: y responde el esplotador: pago por sacar lo que si no saco, has de sacar tú; porque sin lo que saco, no tendria que meter para mí, ni sacarte á ti. Pero dejémonos de alegorias, adivinallas y juegos de voces; que nos hemos separado de la cuestion punto menos que se separan de ella los que en política se echan á biógrafos.

El *femater* ocupa en su carrera lo que se llama ascenso, cuyo primer escalon ó entrada debió ser *terrero*; y su término labrador ó ministro. Mas no todos los *fematers* inauguran su profesion por la escala dicha. Lo comun es hacer su aprendizage en los caminos reales, con un capacito de esparto, recogiendo, segun y cuando la ocasion se les presenta, lo que valió al emperador Constantino Coprónimo (2) su significativo apellido. Dicho aprendizage tiene sus principios, reglas, observaciones, etc. El aprendiz de *femater* debe estar implacablemente reñido con la limpieza y curiosidad; los escrupulosos ó nauseabundos deben renunciar para siempre á la profesion. Pedimos perdon al lector, si el asunto resbaladizo que nos hemos impuesto tratar, no se presta al manejo tan limpiamente como quisiéramos. Desde luego el aprendiz de *femater* ha de estar dotado de mucha perspicacia y ojo certero, para distinguir de colores entre el polvo de la carretera, y reconocer la mercancía que le conviene, y no está averiada. Ha de saber distinguir por ejemplo la palomina del estiércol de caballo, para en consecuencia dar la preferencia á uno de ellos. Y como nunca falta concurrencia en el mercado, necesita ojo avizor para anticiparse á los rivales, en términos que si el caso lo requiere, recoja el abono precioso de que acabamos de hablar, en el capazo destinado á contenerlo, aun antes que llegue á tocar el suelo, y contaminarse con el polvo. Tampoco ha de carecer de cierta dósis de ligereza y flexibilidad, que le son por cierto bien necesarias en muchos casos; cuando verbigracia, se agacha á llenar el capazo, despues de haber pasado una galera, coche ó carruage cualquiera, y al mismo tiempo se le echa encima una diligencia tirada por diez caballos á galope, ó un escuadron de caballería.

---

(2) Dicho emperador griego, al tiempo de bautizarle reciennacido, se ensució en la pila bautismal. Los castellanos que no saben griego, ignoran la significacion del apellido, y la aplicacion que hacemos, por no ofender la delicadeza de nuestros lectores. No así los valencianos, pues su dialecto tiene la palabra *copró*, tomada del griego sin alteracion, y un valenciano, sabe lo que significa.

Si es novel el *femater*, huye el cuerpo y deja pasar el chubasco, retirándose, cuando el enemigo se halla aun á razonable distancia. Si cuenta algunos meses de práctica, no abandona su puesto, hasta que le salpica el polvo de las delanteras; y los hay que se hacen una gala de ladearse con indiferencia, sin dignarse honrar con una mirada á la imponente máquina que hace brotar chispas, y á los brutos que la arrastran. Tambien ha de ostentar sus puntas y collar de intrépido y valentuelo, por las escaramuzas que le es forzoso sostener de vez en cuando con sus comprofesores, ya por la adquisicion, ya por la defensa de su mercancía; escaramuzas que generalmente se resuelven en arcas (3), y en las cuales no llevan siempre la peor suerte las partes beligerantes, sino el inofensivo y descuidado transeunte, á quien una peladilla desmandada obliga á dejar el campo libre á los combatientes, y á hacer reflexiones algo *duras* acerca de la urgencia de las reformas en un cuerpo, en quien si la utilidad no va á la par con la limpieza, sino es en el buen olor.... de sus virtudes, el distintivo que mas le caracterice, debe ser cuando menos la disciplina.... y las disciplinas.

Tras el aprendizage viene la práctica, y el *femater* de peon se convierte en ginete, á fin de comparecer con mayor decoro en el nuevo teatro de sus empresas. Cada mañana se abren magestuosamente las puertas de Valencia, y dan paso á un lucido cuerpo de caballería, cuya montura no es en verdad inglesa, ni destinada á lucir en el hipódromo; pero adaptada maravillosamente á su objeto. Un seron doblado sobre el rocin, y que ha de encerrar los tesoros de vegetacion, de que hablábamos en el principio del artículo.... he aqui todo el aparato mercantil del *femater*. Pero es indispensable seguirle paso á paso en su marcha y evoluciones, que no dejan de ofrecer rasgos curiosos y característicos. Desde luego nadie vaya

---

(2) Así se llama en nuestro idioma un combate á pedradas. Sin duda conservamos los valencianos este monumento arqueológico de nuestros antiguos vecinos los Baleares.

á creer que á la profesion, por fácil y sencilla que aparezca, le faltan sus percances. Existe un ser, natural y esencialmente antipático al *femater*, y respecto del cual son amores la antipatía del raton al gato, y la del contribuyente al comisionado de apremio. Este ser, el ángel malo del *femater*, su pesadilla, su fatalidad, es el ministro encargado de vigilar la observancia estricta y literal de los bandos de policía urbana tocante á la saludable limpieza de nuestras moriscas calles.

Lo primero que estudia el *femater* es el plano topográfico de las mismas, el cual posee mas de coro que el padre Tosca, y cuyo sistema laberíntico constituye el punto fuerte de su plan de defensa contra los ataques del enemigo. Los vecinos, y aun mas las vecinas, oyen con gusto los sonoros monosílabos que resuenan por las encrucijadas, invitándolas á aligerar los corrales y basureros de las casas de los molestos depósitos de estiércol (*fem*). Si el *femater* entiende un poco la cúbica del arte, hace maravillosa parroquia, pues utilizando los recursos del dialecto, y los inocentes equivoquillos á que se presta el doble significado de la voz *fem*, se lleva de calle, ó mas bien de ventana ó balcon, á las risueñas y lindas descendientes de las odaliscas de 1238, y sale de la ciudad tan orgulloso con su seron henchido hasta el tope, como lo está un ministro de primera vez, que estrena en un besamanos el uniforme. ¿Quién lo diria? ¿*Ou la vertu va-t-elle se nicher?* ¿A dónde va á alojarse la vanidad? En un seron de estiércol. Porque la del *femater* consiste en construir con éste un cono elevado, un verdadero *pan de azúcar* (perdónesenos la comparacion) cuyo vértice corona á modo de matacandelas el capazo de esparto que le sirve para recoger, y el todo asegurado con cuerdas, cuyas estremidades van atadas á las asas del seron, forma una masa elegante, que lleva el rocin orgulloso, y contoneándose con coquetería, como diciendo á los que le miran: »Contemplad y elogiad la habilidad de mi dueño.» Digamos de paso que de regreso á su barraca el *femater* abandona mas de una vez la línea recta, y traza una curva, ó mixta, si

es necesario, á fin de recibir plácemes y estímulos de algunos ojos traviesos salidos de una barraca vecina, y cuyos flechazos son tanto mas agudos, cuanto mas lo son los efluvios antihistéricos que exhala el contenido del seron.

Mientras el *femater* se dedica á esplotar las galerías interiores, no descuida el beneficio de las vetas descubiertas, y el polvo calcáreo de las calles y plazas le suministra mas fácil recurso en la pobreza y agotamiento de los filones, aunque no esento de peligros y chascos. Porque unas veces la mina se le *entra en aguas*, es decir, que al tener recogido un monton de material, y en disposicion de trasegarlo al seron, un malhadado lebrillo de agua, las mas veces no limpia, cae sobre el polvo fecundante allegado con tanto afan, y destruye de un golpe ¡oh dolor! las coles, berzas, calabazas y berengenas encerradas en aquel breve espacio de terreno. Otras veces, y con harta frecuencia, olvida que solo tiene licencia para sacudir el polvo á su madre patria, mas no para dejarla en cueros; y á fuer de hijo ingrato y desconocido, la rasca hasta dejarla en puros huesos. Mas no queda impune el desacato. Ojos de argos velan en torno suyo, y la ley de *non sunt nudanda verenda matris* ha de tener literal cumplimiento. El descuidado *femater* ve caer sobre sí una figura terrible, y que causa en él el efecto de un fantasma; ve alargarse un brazo, que le coge del cuello de la camisa, y una voz semejante á la trompeta del juicio, le grita: *la multa*. Aquí empieza la lucha. Si las fuerzas están equilibradas, lo comun es dar lugar á que se recoja gente, la cual naturalmente toma interés por el pobre diablo cogido *in fraganti*, y espresa sus simpatías mas ó menos esplícitamente, hasta que logra desarmar el justo celo del centinela de la ley, quien por aquella vez la interpreta en su sentido lato, y con su competente apercibimiento deja libre al contraventor.

Si éste se halla dotado de mayor fuerza ó agilidad, la pugna es mas corta, pues se desase fácilmente de las garras del contrario, salta sobre el rocin, y se pierde en pocos segundos por el intrinca-

do dédalo de calles y callejuelas de la ciudad. Peor parte lleva cuando el alguacil confia poco en los recursos físicos de su persona, y echa mano de la astucia; pues en vez de lanzarse sobre el delincuente, asegura la cabalgadura sin cuidarse de aquel, cierto que no se le escapará, y toma la via del temido tribunal, despues de haber pronunciado la formidable frase sacramental: *A replegarlo á la Lloncheta.* «A recogerlo al Repeso.» La inspeccion fiscal sobre el *femater* no se limita á impedir sus desmanes sobre el mayor ó menor despojo de las calles, sino igualmente sobre el cumplimiento de la ordenanza, que previene á todos los *fematers* lleven consigo la licencia, que les autoriza á descargarnos del peso de nuestras inmundicias. ¡Guay del cuitado, á quien la mirada suspicáz del vigía aterre, á quien su acento ronco espante al pedirle con tono imperioso: *la licencia!* Es que la ha olvidado en casa; es que ha usurpado un derecho que no le compete; es que ha entrado en la profesion por puerta vedada. ¡Guay de él! Que la multa es de irremisible exaccion, quedando en rehenes de su cumplimiento el triste y manso compartidor de sus glorias y fatigas.

El *femater* ha de ser discreto á toda prueba, pues acaso no hay persona tan admitida á los secretos interiores de las familias. De tal privilegio es deudor en primer lugar á los arquitectos, que dan paso á las cocinas por las piezas principales; en segundo al terreno, que por buena voluntad que en aquellos se suponga, no se presta con la docilidad que de desear fuera, al lucimiento del profesor y á las exigencias de la distribucion interior de la casa. Tambien moja aquí la hora oficial de la visita del *femater*, que rara vez sube mas allá de las diez de la mañana; hasta cuya hora es cosa sabida que ni señoras ni caballeros están visibles por razones muy obvias, y al alcance de todo el mundo. El *femater*, pues, ve cosas que no son para escritas, y tal vez se le confian involuntaria ó inadvertidamente misterios, que no se confian á la amistad mas íntima y acendrada. En cambio, si el *femater* es comunicativo y alegre, sirve á la familia, y especialmente á las traviesas y despiertas criadas

de gacetilla diaria, y de *corre-ve-y-dile*, como no adolezca demasiado de escrúpulos de monja.

Y el *femater* aunque estigmatizado con el sello de la indiferencia y aun del desprecio público, no deja á veces de desmentir la antipatía, manifestando cierta gratitud á su modo, pues en muchas casas es él quien surte de paja para los gergones, y no raras veces el seron vacio contiene algun melon, ó mas comunmente calabazas de respetables dimensiones, destinadas al parroquiano; regalo simbólico, y que quizá represente las activas y pasivas que figuran en la historia de las inquilinas.

No siempre tienen desenlace satisfactorio estas familiares confidencias, tan lisonjeras para el amor propio del *femater*. Mientras fiado en la bondad y carácter pacífico de su compañero, le deja en la calle entregado sériamente á sus meditaciones, cubriéndole con la manta la cabeza, á fin de que no sufra distracciones, y de preservarle contra los peligros y tentaciones de la vista; alguna mano mas maliciosa que caritativa restituye al pobre paciente la luz y la facultad de ir á donde bien visto le fuere; facultad que aprovecha oportunamente, emprendiendo su retirada á la ventura, y dando á su dueño un ejercicio de indagacion bastante parecido al de los viages de Telémaco en busca de Ulises.

Muchas veces el forastero se ve interrumpido en su tránsito por una numerosa cabalgata de *fematers*, que desfilando de dos ó tres en fondo, ó en peloton, se dirigen á un sitio, á donde les llama un deber de su profesion, y de la mas alta importancia. Si el curioso cede á su instinto de curiosidad y les sigue la pista, á poco rato ciertas emanaciones, en nada parecidas á la esencia de rosa, le anuncian desde lejos la índole y calidad del género que se maneja. Crecidos montones de paja menuda, artísticamente revueltos y combinados con ciertos ingredientes de color oscuro, revelan una de esas grandes operaciones, á que debe Valencia su salubridad, como la debe y debió Roma, desde sus tiempos mas remotos, á igual causa y operacion. No hay acaso monumento mas interesante

bajo el aspecto de salud pública, como tampoco le hubo en la Roma antigua, que la *Cloaca Máxima*, por medio de la cual, y en cuya construccion se invirtieron caudales inmensos, se purgaba de sus superfluidades la reina del mundo. En efecto, dicha operacion consiste en la monda del Valladar, ó acequia madre, ó *Cloaca Máxima*, y de las subalternas, cuyos productos constituyen una de las rentas mas *limpias* y saneadas del *femater*. Y sin duda la gratitud provincial de nuestros paisanos quiso perpetuar de un modo estable la memoria del gran *Tarquino*, séptimo rey de Roma, primer autor del benéfico pensamiento, y fundador de la *Cloaca Máxima*, dando el nombre de *tarquim* al lodo negro, es decir, á la substancia, que encerrada en los albañales de la ciudad, causaria su muerte y destruccion, y desahogada de las *Cloacas* por el ministerio de los *fematers*, da vida, hermosura y lozanía á la magnífica vegetacion de las orillas del Turia. En otras ocasiones la *razzia* se verifica al pie de las murallas, y al que contemple de lejos el espectáculo, ignorando lo que sea, le parecerá un ataque parcial de la ciudad, ó una escaramuza dada en el foso, y en la cual los defensores combaten con proyectiles de nueva especie, lanzados por medio de palas contra los invasores. Pero la batalla no envuelve carácter hostil: es simplemente la monda del Valladar, que rodea en su casi totalidad los muros de Valencia por la parte esterior, sirviendo de foso á los mismos.

El oficio de *femater* es tal vez el único en que no se roba, porque no se puede robar, y en el que no obstante, ninguno de los que lo ejercen, anda con *manos limpias*.

Pascual Perez y Rodriguez.

EL DULZAINERO.

He aquí un artículo, que debiera escribirse en valenciano puro, y con la pluma de Clérigues, de Angles, de Bonilla, de Baldoví ó de Liern, y con una dulzaina como la de Pastrana, de Poca-sangre ó del Pelotero; pero los estremeños, los burgaleses y asturianos, que viven en Madrid, rechazarian indignados nuestro pobre escrito, que les pareceria semi-bárbaro; y no habria un suelto para esta obra en los periódicos del Manzanares. Por otra parte, no soy yo el mas á propósito para delinear, como se debe, este personage típico de nuestro pais; y tengo tanto chiste para describirlo, como habilidad para tocar la *dulzaina*. Mi amigo Yañez se reiria de mí, si tuviera tal atrevimiento. Pero me han impuesto este trabajo y voy á emprenderlo, con la misma desconfianza con que se oye en nuestros dias hablar de moralidad.

A pesar de mi formalidad (no os ocurran los burros, que son acaso los seres mas formales de todos los seres, orgullosos con sus orejas); á pesar de la gravedad de mi carrera, que no es tan rápida como la de cualquier ministro; y á pesar de que no he dicho jamás una frase que hiciera sonreir, y eso que no he pecado nunca de hipocresía, os lo confieso, el toque súbito de la *dulzaina* me regocija, me alegra y me tienta á dar volteretas delante del importante *dulzainero,* como los dichosos arrapiezos, sucesores degenerados de nuestro paisano *Nélo el Tripero.*

El *dulzainero* es un hombro delgado, nervioso, de mediana estatura, de mirada espresiva; habla con rapidez, con soltura, y es libre, franco y alegre en su conversacion; no abandona nunca su chaqueta; no se afeita todos los dias, pero se cree tan importante, como el primer violin, ó el primer oboe del gran teatro de la Scala. Su procedencia es de un taller; fué antes tamborilero, y con el tiempo empuñó el instrumento con que se honra. El *dulzainero* lleva consigo una parte suelta de su cuerpo, que no puede desprenderse de él; y por consiguiente tiene dos cabezas, una que discurre y otra que discurre poco; dos bocas, una que sopla y otra que permanece cerrada; cuatro manos, dos cuyos dedos trabajan infinito y dos que se agitan incansables; y cuatro piernas que marchan casi siempre á la par. La cabeza, la boca, las manos y las piernas exuberantes son las piernas y las manos y la boca y la cabeza del muchacho que toca el tamboril; son el cuerpo y la sombra, el carretero y el látigo, el portero y su petulancia, la España y el desórden: son inseparables, inolvidables, indisolubles: el uno arrastra al otro como el iman al acero, como la coqueta á un tonto, como el poder á los débiles. El muchacho es un aprendiz de oficio, travieso, díscolo, picaresco, y, salvos algun puntapié, algun codazo ú otro aviso de este género, se aviene perfectamente con su cuerpo mayor.

Cuando el *dulzainero*, hinchados y encendidos los carrillos arranca del instrumento esos sonidos que son menos ingratos y chi-

llones, á fuerza de habilidad y de pulmon, el muchacho le acompaña con toques de diana, redoblado, de ataque, de marcha regular, de fagina y todos los demás que caben en la armonía de un tambor mayor; y asi corren las calles de la capital y de los pueblos, seguidos siempre de una nube de chiquillos, desarrapados, grasientos, espeluznados, que se pegan á los músicos como las moscas á las uvas en el mercado.

La primera fiesta en que brilla cada año el *dulzainero* suele ser en alguna casa de carpintero la víspera de san José. ¡Las fallas! espectáculo que atrae la multitud, que convierte en fiesta la víspera del Santo Patriarca, y que va á contemplar, entre infinitos haces de paja cubiertos de calzones, y de sombreros resinosos, algunos grupos *colorados* de escenas de idem, con versos idem. El *dulzainero* allí toca alegros, andantes, pasos dobles, himnos, trozos de zarzuela, y el fandango, y el ole y cuanto recuerda el músico, acabando por fastidiar á los vecinos. Parece imposible, pero es verdad: su principio conmueve, agita, pone en movimiento: despues de algunas horas se huye de él. El *dulzainero* permanece impávido en su silla á la puerta del clavario, y á su lado el cuerpo menor. De tal á tal hora tocará V., se le dice; y el músico paciente, firme y resuelto, ni fuma, ni se levanta; no imita á los profesores de orquesta; es verdad que el *dulzainero* ni tiene entreactos, ni sermon: de tal á tal hora, allí está él.

Desde San José hasta la víspera de San Vicente Ferrer no suena la *música del pais*; pero el *dulzainero* es un objeto indispensable de los *milacres*. Los necios siguen creyendo que el fundador de la Universidad, del colegio de huérfanos, el célebre diputado del congreso de Caspe era un hombre alegre. ¡Bendito santo! Penitente, ocupado, humilde y sábio no sabia tener la risa en los lábios, como algunas mugeres las lágrimas. Pero el *dulzainero* allí; allí y durante toda la octava del Corpus: las danzas de moros llevan *dulzainero*; la de la moma ó de los pecados capitales lleva *dulzainero*; la de los caballitos lleva *dulzainero*; la huida de la Vírgen á Egipto y otros mis-

terios, llevan su *dulzainero*. Los enanos y los gigantones, lo llevan tambien; lo llevan las danzas encima de las Rocas, y el *dulzainero* es un adorno de las fiestas, como el mirto y arrayan con que cubren las calles.

Durante el verano y hasta muy entrado Octubre es el período *dulzainero:* cada calle de la capital tiene su santo tutelar; faltará la música, faltarán adornos, pero el *dulzainero*, no. Es la época de brillar; á las tres de la mañana se halla el *dulzainero* en su puesto, junto con su inseparable que, medio dormido y bostezando, le sigue pacientemente, para atronar no solo la calle de la fiesta, si las contiguas tambien y á veces las mas apartadas, segun el capricho de los directores. Esto se llama *albada* ó alborada: dichoso *dulzainero* si alterna sus toques con la música militar.

Acompaña la estátua del Santo á la iglesia para la funcion religiosa; le acompaña, concluida la misa; toca algunas veces por la tarde y vuelve por la noche á su tarea. Si no fuera por que se les dá buen trato y entra en los gaudeamos de los directores, habia para reventar de música. Por la misma época principian las fiestas en los pueblos: por supuesto el *dulzainero* allí. Su llegada sola en el carro del ordinario, ú ocupando una cabalgadura, atrae á todos los chiquillos de la poblacion, que salen á su encuentro saltando, bailando, silbando y rugiendo. Pero el *dulzainero* es hombre impávido: no hace caso; se apea y cruza aquellas masas de zaragüelles y de jubones con marcialidad pasmosa y se dirige á su alojamiento. La turba de chiquillos se instala á la puerta; y ni por mas látigos, ni por mas agua, no ceden su posicion. Cuando sale el *dulzainero* y dá principio á sus toques en la puerta de casa del clavario, el pueblo siente una chispa eléctrica; produce un sacudimiento que hace apresurar sus faenas á las mugeres y dejar sus labores á los mozos. Todos los muchachos del pueblo forman la comitiva, y no hay vieja ni jóven que no salga á su puerta para ver al dichoso músico.—¡Chá! ¡Visènta! ya está ahí.—Vamos, vamos, tia Cortesana, ahora es tiempo de bailar. — ¿Te han traido el pañuelo de Valencia? — ¿Quico

vendrá á la fiesta?—Mira, que no te olvides del pan quemado. —¡Animo! ¡ánimo! la fiesta será brillante.—Yo no podré estrenar el corpiño.—Y estos diálogos que se cruzan en todas direcciones de puerta á puerta, de ventana á ventana se unen á los silbidos, ahullidos ó relinchos, carcajadas y vuelo de campanas. Una porcion de mozos, envueltos en sus mantas, van siguiendo tambien, lanzando algun relincho, dando un empujon de purísima ternura á la reina de sus pensamientos, que responde con un agudo chillido, que quiere ser una carcajada, y mostrando todo el valor, que ellos tratan de manifestar en su talante y ademanes.

En los pueblos es donde el *dulzainero* es mejor tratado: porque es mas simpático á aquellos oidos. Pero se le hace trabajar desesperadamente en las alboradas (*albaes*), en los *pasa-calles*, en la plaza por la noche y en los entreactos dels *colóquis y cantades*. A veces acompaña los bailes; yo lo he visto; ya veis, si podeis creerme. Os lo voy á contar.

Hace pocos años me hallaba yo en un pueblo, de cuyo nombre me acuerdo siempre con ternura, por que es bueno, laborioso y leal y tiene hombres tan probos, como mugeres lindas; y las hay, lectores mios, en nuestra huerta y en todos los pueblos de la provincia. Halléme, pues, en unas fiestas: mucho vuelo de campanas, muchas músicas de guitarra, muchos disparos de escopeta, de fusil y de trabuco en las alboradas, buena misa, buen sermon, una procesion arreglada y devota, mucho pan quemado, ricos bizcochos y sobra de gallinas. Era una noche: delante de la puerta de la iglesia, levantada tres gradas sobre el piso de la plaza, se colocó en semicírculo una línea de chicos sentados en el suelo, con las piernas cruzadas y detrás muchos hombres y mugeres, unos sentados y otros derechos. En un punto una coleccion de instrumentos que figuraban una banda militar y en otro el indispensable *dulzainero*. En el centro de aquel círculo una hoguera que procuraba alimentar el pregonero, el alguacil, el cartero, el portero del ayuntamiento, advirtiendo que estos cuatro empleos pertenecen á un solo indivi-

duo. ¡Y se quejan que haya otros que tengan solo dos destinos!

¡Se va á bailar la *cháquera vella!* Aquí de mis gustos por las antigüedades, gusto que no alcanza hasta gustarme la antigüedad de una muger, me dije para mí; y abrí tanto ojo, y apliqué todo mi oido por no perder cosa del baile.

Y aparecieron las parejas..... ¡Caramba qué chicas! diria Perico Garcia: yo no lo dije, pero me sorprendieron. Serian diez ó doce parejas. En fila esterior y de espaldas al público se colocaron las muchachas; y en fila interior los mozos, mostrando al público sus rostros tostados del sol y robustos por el trabajo y la sobriedad. Buenos muchachos; pero hubiera preferido una colocacion inversa. Cabeza de la danza era una jóven, que de rigor, debe ser casada, las demás pueden ser solteras ó casadas; trages airosos, brillantes rodetes, talles esbeltos, á pesar de la ausencia de los miriñaques, buen zapato blanco escotado, y un lindo rollo ó *caragol* de pelo á cada lado de las sienes, y unas miradas tan modestas, como seductoras. Los forasteros creerán que esta es una pintura bucólica; que lo pregunten á Bonilla y al Sueco y á todos nuestros paisanos. Yo no digo mas, por respeto al editor.

Principia el baile: las parejas ni se acercan, ni se tocan, ni ellas dejan caer sus cabezas sobre el hombro del caballero, ni se aproximan sus senos, ni se cojen las manos, ni la cintura..... Esto es de culta sociedad: aquellos pobres hombres no han estado jamás en un baile de sociedad. El baile es tan sencillo, tan monótono, que pude aprenderlo, yo, que no conozco un solo compás. Un paso hácia adelante y otro hácia atrás, con otro lateral á la derecha, levantando los brazos hasta la altura del pecho; he aquí su estructura: solo para los hombres era un poco mas complicado: al llegar á la última vuelta giraban sobre sí mismos, se quitaban el sombrero y hacian un saludo difícil para nuestro sistema de cortesías. Es inútil advertir que el *dulzainero* y su conjunto tamboril era el alma del baile, su bastonero y su todo. Concluyó; y ahora entra mi sorpresa: cada mozo llevando de la mano á su pareja debia pasar por delante del

dulzainero, que tenia su propio sombrero entre las rodillas, y habia de dejar en él una moneda. El músico conoce prontamente el valor de la moneda y lo anuncia al público, haciendo conocer la esplendidez de cada bailarin. Por cada real de vellon dá una pitada aguda, chillona, vibrante, destemplada: y segun las pitadas forma el público el debido concepto del galante labrador. Esto produce algazara, ruido, silbidos, carcajadas y galanterías de nombres propios, alentando ó afrentado ó enorgulleciendo á las lindas parejas, que vuelven á sus casas acompañadas de sus caballeros. El *dulzainero* no sale mal en la jácara vieja.

En fin, el *dulzainero* es para nosotros y para mí el primero, una necesidad en las fiestas, es una campana para las iglesias, una campanilla para un oficinista, una capa para un retirado, un cambio ministerial para un cesante y un editor para este artículo.

Vicente Boix.

LA CARABASERA.

(VENDEDORA DE CALABAZA ASADA.)

Esa fruta tan temida por los que se dedican á una carrera literaria ó desean adquirir el título de novios; ese producto agrícola tan destituido de partículas alimenticias y desabrido para ciertos paladares, como pomposo y visible en medio de los campos, tambien causa las delicias de una buena parte de nuestra poblacion, tiene sus altares en las calles de la morisca Valencia, es preconizado en brazos femeninos por nuestras plazas, y constituye la ocupacion mercantil de algunos séres privilegiados, que ni figuran en las listas de matrícula de comercio, ni están obligados á llevar libros en forma como dispone el código, ni son perseguidos por los investigadores de la hacienda pública, ni están clasificados, ni necesitan patente para egercer su industria, ni

finalmente, les causan pena alguna las oscilaciones de la bolsa, ni se cuidan de las alzas y bajas del cambio, por que sus operaciones nada de comun tienen con aquellas miserias.

Muchos creen que para conocer el valor de la calabaza, basta y sobra con ser estudiante en dias de exámenes, ó solicitar un *sí* cuando la luna está en menguante; pero este es un error lamentable en demasía, porque para conocer el valor de aquel fruto se necesita verle en brazos de la mujer que se hace lenguas por todos los ángulos de la ciudad, publicando sus escelencias y remontando hasta las nubes la bondad del esquisito género que enagena.

Figúrese el lector una muger de mas ó menos edad, porque en esto no hay regla fija, vestida con superlativa sencillez, los zapatos en chancla ó con el talon horizontal, cuando no está ausente, las piernas al aire libre, el vestido de un color problemático y con alguno que otro rasguño de poca importancia; los brazos al tenor de las piernas, al cuello un pañuelo de formas económicas y que no puede desdeñarse de estar en sociedad con el vestido, y el cabello en tan estudiado desórden, que ni el famoso Tiffon ni los entendidos Lita Melendez, y cuantos *coiffeurs* se conocen en la patria que tanto debe á Jaime I, podrian entenderse si se introdujesen en aquel dédalo. Tal es el vestido de nuestra heroina, ó sea la *carabasera*.

Sobre su brazo izquierdo lleva una tabla de una media vara de longitud y como un palmo de latitud; sobre esta tabla descansa un trozo de laton de las mismas dimensiones, y este á su vez sostiene media calabaza cortada horizontalmente, que acaba de salir del horno. Inútil es mencionar la buena cantidad de moho que contienen tanto la tablita como la hoja de lata que la cubre, á causa del sudor que se desprende de la mercancia, por que harto conocida debe ser del piadoso lector, si ha tenido la fortuna de recorrer nuestras calles y de encontrarse frente á frente con la industriosa muger que nos ocupa.

Armada de este modo sale la *carabasera* á la calle cuando comienza á declinar la tarde, ó sea á la hora proximamente en que

los chiquillos se dejan las escuelas. Nuestra heroina marcha regularmente á paso de Luchana, como si quisiera impedir que el género se enfriase y como si su actividad escitara á la de los aficionados y consumidores. A sí discurre nuestra comercianta por las calles llamando la atencion hácia su género con los gritos de: *¡chiques, la mel porte!—¡ara acaba ixir del forn!—¡Calenteta y com un sucre! —Asò es canela!—¡chiques, asò es casca, asò!—¡y qué recanela!— ¡qui me la acaba!* y prodigándole otras frases y haciendo uso de otras símiles, que si para algunos no prueban la bondad del género por aquello del «buen paño en la fábrica se vende,» tienen la ventaja de dar una idea de la facundia del dialecto del pais y de la facilidad con que es manejado por los indígenas.

Despues de pregonar largo rato la mercancía y de agobiarla con los epítetos de miel, azúcar, canela, casca y otros por el estilo, se presenta un comprador, que ordinariamente suele ser algun chiquillo, doméstica, revendedora ú otro á este tenor. La *carabasera* suele clavar una rodilla en tierra, sobre la otra sostiene la tablita, toma con la mano derecha una hoja de cuchillo ó de navaja, cuyo mango desapareció años há, con los dedos de la izquierda ase el borde de la calabaza, y en esta posicion levanta los ojos hácia el comprador y comienza el diálogo siguiente:

—¿Cuanta n' vols?

—Tallem un diner.

—¿Vols péndremela tota? ¡mira qu'es molt dolsa!

—No vullc mes qu'un diner; donem vosté un bon tròs.

Y nuestra heroina corta un pedazo con arreglo á la moneda, recíbelo el comprador en la palma de la mano y se lo acerca á la boca sin reparar en el mugre que ya ha formado costra entre los dedos de la comercianta, á causa del jugo que despide la mercancía.

Concluida la venta prosigue la *carabasera* su marcha como ya hemos dicho, repitiendo los elogios del esquisito género y prodigando á boca llena la frase sacramental de: *chiques, bollint, bollint la porte, asò es canela,* etc.

El capital que nuestra heroina tiene en circulacion rara vez pasa de una docena de reales, y para eso no ha de pertenecer á la clase mas inferior del gremio, pues esta industria, así como todas, tiene tambien sus diferentes grados de prosperidad. Si la *carabasera* puede algo, es decir, si su fortuna es tan desahogada que le permite desprenderse de la cantidad que hemos mencionado mas arriba, llegado el tiempo de la recoleccion del fruto con que comercia, compra en junto una partida de seis ú ocho calabazas, las coloca en el balcon, ventanas ó terrado de su casa, y hé aquí el repuesto para una temporada.

Cuando el capital de la *carabasera* no es tan mezquino que se cuenta por cuartos, entonces sus negociaciones mercantiles no se reducen al estrecho círculo en que las hemos visto girar hasta ahora, sino que ensancha el horizonte de sus relaciones y hasta llega á constituirse en comerciantа de puesto fijo, que cuenta con una parroquia estensa, se mira acreditada entre sus favorecedores y ya puede decir que tiene un *puesto* con pretensiones de *botiga* (tienda), por mas que se halle espuesta al aire libre, ó por mejor decir, á los cuatro vientos.

La que se encuentra en este caso examina el punto que cree mas á propósito para constituir la *paraeta*, ó puesto, que regularmente suele ser una esquina frecuentada por las personas que mas consumen el género; pide la venia del vecino ó vecinos mas inmediatos al punto elegido, y con el fin de gozar sin ningun recelo de todas las inmunidades posibles y que mas garanticen su libertad, habla tambien al celador del barrio y se pone bajo la inmediata proteccion de los agentes de aquel funcionario. Obtenida la venia, para lo que no siempre son de absoluta necesidad aquellas gestiones, porque á veces suele autorizarse *sponte sua*, procede á la colocacion de la *paraeta* en la forma siguiente:

Compónese regularmente de un banquillo ó silla sin respaldo tumbada de lado; encima una tabla como de una vara de larga y media de ancha, y sobre ella la hoja de lata con la *calabaza* asada,

unas cuantas *naranjas* de la clase mas inferior, un puñado de *cacahuet*, otro de *michos*, ó sea garbanzos tostados reducidos á fracciones muy menudas que por lo comun suele ser la escoria del *tonrat*, y algunas pequeñas cantidades de fruta de ínfima clase en su tiempo. Tales son los artículos de que se compone su tienda, espuestos á sol y agua, frio y viento, porque no tienen mas escaparate que el cielo, y los que espende en cantidades de á cuarto y á ochavo.

En ninguna de esas fiestas populares que tanto abundan en nuestro pais, y que son conocidas con el distintivo de *festes de carrer*, hace falta la *carabasera* con su *paraeta* muy bien provista, no solo de los artículos que dejamos mencionados y de los que hace un gran despacho, sino de algunos otros géneros de circunstancias, como las almeras, vulgo *llirons*, y *canutitos* para disparar los huesos y de los que nuestra heroina saca un buen partido, merced al carácter especial de muchos individuos de los que nunca hacen falta en aquellas funciones.

Efectivamente, en cuanto anochece, que es cuando la *festa de carrer* entra en su lleno, á causa de estar todo el dia ocupados en el trabajo la mayor parte de los individuos que dan vida y animacion á aquellos espectáculos, concurren una porcion de jóvenes oficiales de diversos oficios, comienzan á recorrer la calle en donde se celebra la fiesta, observan con minuciosa atencion á todas las chicas que adornan los balcones y las puertas de las casas, y forman su plan de ataque. Lo primero que hacen es presentarse en el puesto de nuestra *carabasera*, que de ordinario se sitúa en una de las esquinas de la calle de la fiesta; compran todos los *llirons* que tiene; cada mozo se arma de su canuto, llamado técnicamente *estufaor*, y vuelven á recorrer las calles disparando huesos y dando sustos á cuantas jóvenes se ponen á tiro. Pero con el fin de disimular la broma, tambien se proveen nuestros jóvenes de algun puñado de cacahuet y de otras chucherías que van mascando al propio tiempo para alejar la idea de que su esclusiva mision es la de disparar *piñòls de llirons*.

No es necesario decir que la *carabasera* sabe sacar todo el partido posible de las circunstancias, escatimando cuanto puede las porciones que vende en vista del consumo que hay y de la buena voluntad de los alegres consumidores.

Sucede muchas veces que al anochecer y cuando ya es hora de retirar la *paraeta*, le queda sobre el laton un trozo de calabaza, que no ha podido espender todavía. Si se resuelve á guardarlo para el dia siguiente, corre el peligro, no solamente de no venderlo por la mala presencia que debe ofrecer el género, sino de desacreditar á la otra media calabaza que ha de salir del horno para el consumo del dia. En esta dura alternativa se decide á dar salida al trozo que le queda, aunque tenga que darlo por algo menos de su valor. Consentida ya en ello, espera la ocasion propicia, y no tarda á presentársele.

Una muger de humilde aspecto se acerca seguida de dos ó tres chiquillos; al estar frente á la *paraeta* nuestra heroina la detiene al grito de:

—¡Chit! ¡ascolte, dona!

—La muger se detiene con los chiquillos, mira á la *carabasera*, se acerca al puesto, y

—¿Qué vol? responde.

—Quedes este troset; que men vach y lil donaré baratet.

—¿Cuant vol dell?

—Repare vosté be; asò es un sucre; anem, donem setse inés d'este tròs.

—¡Setse inés!—esclama la pobre muger que mira en ellos el precio de dos libras de pan del dia anterior, y con los que puede saciar el hambre de sus pequeñuelos:—¿vosté en vol cuatre?

—¡Com cuatre, dòna de Deu! ¿está vosté loca?

—Si no vòl no me la done.

—Si vòl, un sòu li costará

—¿Me la dona en sinc?

Y viendo la *carabasera* que por este medio no puede deshacerse

del trozo de mercancía, pierde los estribos y arremete contra la pobre muger con los piropos de:—¡vaya, vaya V. á comer paja y zanahorias; y le regala otras flores por el estilo. La interpelada se enoja tambien, deja que el gato se le suba á la parra, devuelve los dicterios duplicados á nuestra heroina, la zambra sube de punto, y por fin ambas contendientes vienen á las manos, se agarran de los moños, menudean los arañazos y rasguños, la *paraeta* viene al suelo y mientras la propietaria vindica su honor ultrajado, los chiquillos que han acudido á los gritos se aprovechan de la ocasion, tragándose cuantas frutas pueden recoger, hasta que se presenta un vigilante y como Dios le dá á entender pone en paz á las lidiadoras y cesan los silbidos y la algazara de los espectadores que han gozado de un grotesco espectáculo sin costarles un cuarto. Terminada la lucha los chiquillos se encargan de recoger los mechones de cabello y trozos de vestido que han quedado sobre el campo.

Entonces la comercianta recoje sus mal parados géneros, y al tiempo de marcharse recibe la órden de presentarse aquella misma noche ó á la mañana siguiente en casa del comisario del cuartel, el que le da una reprimenda por su carácter díscolo y pendenciero. Mas este percance no impide que la escena se reproduzca siempre que la oportunidad se presenta.

La *carabasera* no siempre comercia con el mismo género. En la época oportuna pone su puesto de *castañas calientes* en el mercado ó en cualquier esquina á propósito; otras veces las *panochas asadas* constituyen su modo de vivir, y finalmente, los *membrillos asados* y las *favetes calentetes* forman tambien su ocupacion vespertina. En resúmen, la *carabasera* es un ser vividor, activo, emprendedor, industrioso y digno de ocupar un lugar en esta coleccion de cuadros pintados con brocha gorda.

José Zapater y Ujeda.

EL FOGUERER.

El grato estado del *dolce far niente* peculiar á los hijos de los pueblos meridionales, parece que debería comprender de lleno, á los que vieron su primera luz en la ciudad del Cid, que con su pintoresca posicion topográfica en una inmensa llanura esmaltada de jardines, que con el aroma de sus flores embalsaman el ambiente; con su cercado de ferazisima y poblada huerta que ostenta orgullosa su robusta y no interrumpida vejetacion, en un dilatado horizonte que se pierde en las playas del mediterráneo, es-

pectador tranquilo que parece contemplarla estasiado á una respetuosa distancia; con la riqueza y abundancia de sus aguas potables y de riego; con su tan productivo como magnífico lago de la Albufera; con su risueño y límpido celaje, que sublima el espíritu y nutre al poeta de divina inspiracion, y por último, con su voluptuoso y embriagador cañamelar en los dias calurosos del estío, templados por la suave brisa del mar, bien se puede decir que Valencia, ha sido enriquecida con todos los dones de la naturaleza, mas propios para que sus naturales fuesen muelles y afeminados.

Sin embargo, el observador imparcial notará con gusto que, á pesar de la blandura y lijereza de su carácter, se encuentran en no escaso número laboriosos y entendidos agricultores; artesanos enérgicos y fuertes para el trabajo; fabricantes aventajados en toda clase de industrias; reclutas de fácil instruccion, y soldados valientes. Y si bien en lo general no tienen al trabajo la aficion que debieran, tampoco son tan indolentes como parecen y se les ha querido suponer; desplegando cuando la necesidad les acosa, una actividad de ingenio sorprendente en un pueblo que, sobrado confiado en la Providencia, suele comunmente decir cuando ha gastado en un dia todo su haber monetario: *Mañana Dios proveerá.*

El tipo que presentamos puramente indígena de este país, es una prueba del aserto anterior.

Un hombre vulgar, sin oficio ni instruccion para ganarse la subsistencia, llega un dia en que se encuentra frente á frente con el escuálido y repugnante rostro de la miseria, y asustado retrocede; su orgullo le retrae de humillarse á mendigar el sustento; la necesidad le apremia; se recoje sobre sí mismo; dá tormento á su imaginacion, y á poco sale de este estado, convertido en un inventor de *hornillos*, para cuya fabricacion no se necesita emplear el menor capital.

Y nuestro hombre, en mangas de camisa en el verano, chaqueta elástica de lana en invierno, pantalon de algodon de color indefinible por su mucho uso, faja de estambre, pañuelo á la cabeza y al-

pargatas, cruza la capital en todas direcciones, llevando colgado á las espaldas un capazo que, encierra los materiales de su invento, consistentes en tierra hecha barro y escremento tierno de caballería, gritando en su rico y armonioso dialecto: *Fogueeereeeer*. Al oirlo las cuidadosas amas de casa que, tienen repuesto de ollas desculadas ó rotas en su parte inferior, y por lo tanto inútiles é inservibles para el uso ordinario; le hacen llamar por sus criadas que las bajan á la puerta de la calle, donde precedido el consiguiente regateo las ajustan segun sus dimensiones (1).

Entretenido es por demás, el ver á nuestro industrial ocuparse en la elaboracion de sus *hornillos*, á la que dá principio por acabar de rebajar los pucheros hasta la mitad de su barriga, siendo de notar que verifican la rotura sin valerse de otros instrumentos que una piedra, con tal destreza é igualdad, que los oficiales de albañil cuando reprenden algun aprendiz porque rompen muchos ladrillos al cortarlos con la paleta, dicen «mal aprovecharias para *foguerer*,» que sin otro útil que una piedra corta los pucheros sin quebrarlos, colocarlos enseguida boca abajo; amasar el barro con los escrementos que le han de dar trabazon y consistencia; formar sus paredes sobre las del puchero, de una pulgada de espesor, y elevarlas desde su base, rematando en tres puntas semejantes á las de un bonete, cinco, seis y ocho pulgadas; colocar con simétrica igualdad en forma de hierrecillos, tres cascos del que fué puchero en su parte interior donde este principia á estrecharse; abrir una ventanita de desahogo para la ceniza, promediada entre sus dos asas á igual distancia de los hierros y el zócalo; y como complemento de su artefacto, con las manos mojadas pulirlo hasta dejarlo enteramente liso y hermoso: Las criadas suelen encargarse de enjalbegarlos, y la metamórfosis es tan completa que, al que no haya presenciado su elavoracion, le es difícil creer que, el bien acabado *hornillo* que se le presenta á la

(1) El precio mas comun en sus diferentes clases es el de doce, diez y seis y veinte y cuatro maravedis.

vista tenga por baso los restos despreciables de un inútil puchero y que su invencion sea debida á un hombre comun del pueblo Valenciano.

Su utilidad es generalmente reconocida por todos los que han tenido lugar de usarlos, ya por que su bien ideada construccion facilita el buen cocimiento de los manjares, como por lo económico de su coste, y el comprobante irrecusable de esta verdad que refluye en honra y prez de nuestro industrial es que, aquel que vimos en un principio recorrer las calles y plazas con el capazo al hombro, no tardó mucho en presentarse seguido de un pollino cargado con los materiales, y acompañado de un muchacho que con argentina voz repite de cuando en cuando, la sabida cantinela de: *Foguee-reeeer al foguee-reeeer.*

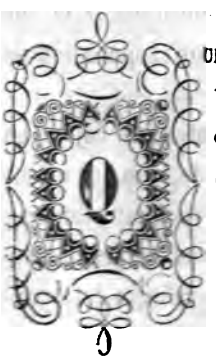
Y tanto ha progresado esta clase de industria, conservando la elegancia de su forma que, en nuestros dias vemos ya en muchas tiendas de esta hermosa capital, *hornillos* elaborados y ostentando su blancura, al parecer como emblema de puro contentamiento, por haberse librado de la suspicaz penetracion del señor conde de Toreno. Y efectivamente si este célebre estadista al querer inocular en nuestro pais el sistema francés de la matrícula, dejó de incluir en ella al fabricante del *hornillo valenciano*, porque ignorase su existencia, ó por que su obscura y humilde procedencia no le diesen títulos bastantes para poder figurar al lado de otras industrias; ó á causa de que su esclarecido talento reconociese que, seria escarnecer la miseria, el gravar con un impuesto el artefacto que podia reputarse como hijo natural de aquella, ó bien por querer pagar un tributo de admiracion al génio creador de este invento; lo cierto es que el *foguerer* se vió libre de figurar en el estenso y minucioso padron de la matrícula, y marchar sin trabas por el camino del progreso á su completo desarrollo.

Ignoramos si el señor don Alejandro Mon, continuador de aquel sistema, al establecer el suyo tributario, con la firmeza de voluntad que se le reconoce, dispensó al *foguerer* el justo privilegio que venia

disfrutando, ó si su inflexible rectitud lo sujetaría á la ley comun de los demás industriales. Mas sea de ello lo que quiera, lo positivo es que, ni se le ha podido privar de su originalidad que no reconoce segundo ni de su maravilloso engrandecimiento.

E. S. y M.

EL TARTANERO.



Qué es eso? Allá á lo lejos por entre una nube de polvo veo un desvencijado vehículo tirado por un escuálido rocin y guiado por un.... no sé lo que es; distingo un objeto que se mueve, bracea, grita, pero no la figura que tiene; parece alma que lleva el diablo, si he de juzgar por el paso que lleva. El largo y espacioso camino del Grao es recorrido en minutos por el jamelgo, gracias á los esfuerzos del que lo rige.

Por esta otra parte veo una especie de carromato con honores de tartana, que cruza lo que con mucha prosopopeya llamamos *caminos reales*; ¡magníficos caminos! El paso lento y pesado del mulo, el traqueteo infernal de esa quisicosa, que se aumenta con el número de baches, hoyos y piedras de que está llena la via, nos dan la idea de las dulzuras que se deben esperimentar en un viaje hecho por este medio de locomocion.

Por fin, no muy lejos, en todas las calles de Valencia, encontrareis y vereis una cosa parecida á un cajon mónstruo, á un cofre de

colosales dimensiones tirado por un caballo, pues á este ya le podemos dar ese nombre, el cual lo mismo vá al paso que á escape, segun es la voluntad de su dueño. Ahora bien, si me preguntais quiénes son estas tres distintas personas, os diré que el tipo verdadero que á grandes rasgos voy á pintarragear; el *tartanero.*

¡El tartanero! Verdaderamente para hablar de este personaje, casi se nos hace preciso hablar de la tartana haciendo para ello una escursion á la historia para saber el orígen, glorias y vicisitudes que ha tenido ese antiguo vehículo, el cual, á despecho de la moda, ha echado profundas raices en este bienaventurado suelo: pero nosotros que no somos aficionados traer á colacion lo que no conduce á nada, dejamos que la historia de la tartana duerma en paz, y vamos á ver si podemos dar con la historia del tartanero.

Tres son las distinciones que hemos hecho de este tipo, tres, pues, son las clases en que le dividimos; tartanero *del Grao*, *de los pueblos* y *de la capital.* Vamos á hablar con separacion de cada uno de ellos, comenzando por el último.

La tartana de alquiler es, como hemos dicho antes, un cajon, un cofre, un cualquier cosa, pero graciosa, bien pintada, con sus asientos de muelles, su caballo de buen aspecto, sus arreos muy limpios, y sobre todo su movimiento mas suave; es una locomotora que ofrece algunas mas comodidades que las demás. El que dirige este convoy, ya sea dueño, ya sea criado de él, es lo mas fino y urbano que se encuentra en la clase de tartaneros. Viste como la gente del pueblo; chaqueta, gorra, pantalon y faja; destroza el castellano cuando le habla, de lo cual tiene precision á toda hora; comprende todos los idiomas del mundo, pues reduce sus voces á dinero y su significado á poner á disposicion de todo el mundo su carruaje; su lengua, y esto parece inútil decirlo, es la valenciana de la cual hace uso frecuente, ya sea francés ó chino con quien hable. Sus sitios de espera son los que el nuevo reglamento, innovacion importante que se ha hecho en esta materia, les señala y que por lo regular son administraciones de diligencias, fondas, ferro-carril, etc, en los cuales forman

sus reuniones, y en algunos puntos, como supongamos, la plaza de la Aduana improvisan ciertos juegos inocentes que les entretienen agradablemente y les hacen pasar el tiempo con gusto é *interés*. Este personage es el *cicerone* de todos los forasteros y estrangeros que se sirven de él, por lo cual todos están relacionados con los fondistas, patronas de casas de huéspedes, dueños de cafés, etc. etc.; es tambien el almanaque ambulante de las fiestas que marca tanto la iglesia como la moda; por eso sabe mejor que nadie cuáles son los dias de paseo, los *porrats*, los dias en que se acostumbran hacer las giras, vulgo *paellas*, las horas en que se celebran las paradas, y en fin, todos los acontecimientos para los cuales es necesario servirse de ellos; podemos decir que es el *Valencia en la mano* por ser el hombre que conoce mejor la poblacion. Todos estos oficios que desempeña le ponen en contacto con todas las familias de mediana fortuna de la ciudad y le proporcionan el placer ó desgracia de saber mil secretos tanto de amores como de honra, azares de la suerte, gloria, esperanzas, sueños, influencias y mentiras; que podriamos calificar de *Misterios de la tartana*, y todo esto lo sabe sin querer, por casualidad, pronunciando alguno una palabra inprudente ó escapándosele á otro alguna espresion inoportuna. A veces algunos acostumbran tomar uno de esos carruajes para hablar sin que nadie les estorbe y lo hacen de tal modo que, aunque el tartanero no pecase de curioso tendría que oir á la fuerza y enterarse del asnnto que trataban. Los mas conceptuan á este personage como un poste, un adherente de la tartana, que no tiene sentido, ni vida, ni movimiento mas que para obedecer y cobrar; creen que es una *cosa* cualquiera ante la cual se puede decir todo sin temor de que guarde memoria mañana de lo que hoy se haya hablado; creen que es una masa de carne, incrustrada en su asiento á la cual Dios no ha concedido otra facultad que la de dirigir ese desdichado vehículo: y verdaderamente, ¡cuánto se engañan! El tartanero es un *hombre* como cualquier otro que vive, piensa, siente, ama, aborrece; que aspira el mismo aire que nosotros bebemos, que le alumbra el mismo sol que nos baña á

nosotros de luz, que le cobija el mismo techo azul que como cortina inmensa nos cubre las puertas de la inmensidad, que forma parte de esa grande y estensa familia que se llama humanidad; el tartanero es un ser humilde considerado en la escala social; pero á pesar de que el hombre le ha dado una categoria ínfima, el siente los mismos deseos, tiene las mismas aspiraciones. goza con los mismos espectáculos, siente los mismos afectos y tiene los mismos vicios que los demás: creer otra cosa seria una estupidez, una estupidez que cometen á todas horas del dia la mayor parte de los que se sirven de él. Y á la verdad, no se le puede tachar de curioso cuando sin preguntar le cuentan lo que él no tiene deseo de saber; ni mucho menos podremos decir que es un *escucha* cuando no se esconde para saber secretos de nadie ; asi que cúlpense á sí mismos los que imprudentemente se confian lo que no se puede decir sino tomando las precauciones necesarias. El tartanero podrá hacer buen ó mal uso de lo que oiga, por lo que siempre esos datos que ha recogido al azar y que ha ido escribiendo en su memoria como en las pájinas de un libro, serán un arma terrible de la que podrá servirse cuando quiera: con la particularidad de que el dia en que la use su dicho merecerá fé y nadie recusará su autoridad por mas que figure en una de las últimas líneas de la esfera social y la persona aludida pertenezca á un alta gerarquía, pues hay palabras cuyo efecto no se borra aunque se puede hundir al que las ha dicho, como podemos aplastar la vibora cuya mordedura nos dá la muerte.

Este es el tartanero de la capital, es decir, ese que vá desempedrando las calles tanto de dia, como de noche; el que vemos á cada momento crugiendo el látigo y preguntando «*¿falta carruage?*», el ser indispensable en todas las diversiones, el conductor de todas las clase de la sociedad, y por fin; el hombre necesario para encargarse de ciertos oficios ó negocios, en los cuales las mas veces ignora el papel que desempeña. Pasemos á decir algo del *tartanero de los pueblos*.

Este personage por lo general es natural de la huerta, que es la

que mas se comunica con la capital; Torrente, Liria, Masamagrell, Chirivella y otros cien pueblos que no gozan de las ventajas del ferro-carril le poseen, y sus estaciones fijas las tienen en las posadas ó en las afueras de las puertas de Serranos y de San José. Este tartanero viste poco mas ó menos como los labradores; y sus costumbres, usos y hábitos están muy en armonia con las de aquellos. Su rostro tostado por el sol, rasurado constantemente y sin llevar nunca la menor señal de bigote, patilla ó barba presenta el tipo perfecto y característico del hombre de nuestros campos; una variacion en esta parte y en sentido *reformista* produciria sensacion y harta alarma entre ellos. El tartanero, pues, vive con su pueblo y sigue sus costumbres fueran como quieran, como buen hijo y fiel imitador de las prácticas que unas generaciones legan á otras y que tanto se respetan en los pequeños lugares. Además del oficio que como á tal tiene, lleva unidos ó anejos á él otros, como son el de cartero, repartidor y comisionista, efecto esto de los pocos medios de comunicacion que hay con la capital. Cuando sale de esta ó del sitio de su residencia, si lleva la tartana vacía se acomoda en ella y á su *blando movimiento* y arrullado por el ruido que produce el collar de campanillas del mulo se duerme como un liron; pero cuando el carruage vá lleno entonces lo único que hace es alguna estacion, ó bien en alguna casa amiga donde se le obsequia con un vaso de lo *tinto*, ó bien en alguno de esos parages cuyo pacífico ramo de oliva llama y convida á sorber un vaso de lo *blanco*. Por lo demás, participa de las mismas cualidades que todos ellos y es sin disputa el que tiene mas obvenciones, el que santifica mas las fiestas y el que está mas bien considerado.

Sobre el tartanero *del Grao* ¿qué te diré, amigo lector, que ya no sepas? ¿Quién no conoce ese hombre ó muchacho, por que los hay de todas edades, que vemos á cada momento, aunque ya en corto número, y que nos asedia, nos agobia, nos fastidia con su eterno «*uno, dos, tres faltan*,» segun es el número de personas que vé? Nadie, pues todos cuál mas, cuál menos, hemos hecho uso de su estra-

ño carreton, que visto á buena luz no se sabe de qué está formado, ni cómo se mueve, ni cómo se puede ir en él; á pesar de que hay algunos sumamente graciosos, con sus cortinas de colores, sus caballos llenos de cintas y de collares y sus asientos forrados de mejor tela. Sin embargo, la generalidad de estos carritos no tienen ninguna condicion que los haga admisibles para que uno se atreva á viajar en ellos; por fuera el aspecto que presentan no puede ser mas pobre; las ruedas de puro viejas han perdido el barniz que un tiempo tenian y solo las queda el color de la madera; las paredes de la tartana están formadas por dos pedazos de estera vieja; el asiento del que la guia es una pelada tabla de pino ó de cualquier cosa, y el rocinante es un esqueleto de caballo cubierto con una piel sin crines y llena de mataduras, llagas y otras cosas por el estilo. Por dentro la vista que ofrece no es menos interesante: tiene por toldo unas cuantas cañas que al moverse el carruage producen un concierto armonioso y angelical; por asientos unos que en su tiempo fueron almohadones, forrados de una tela raida, y por suelo ó bien una estera ó bien una pieza de cuerda tejida del mismo modo que está hecho todo en este original vehiculo. Cuando se mueve esta máquina, debemos confesar que se sostiene *por máquina* y admiramos lo bien que conserva casi siempre la ley del equilibrio. Cuando completados los indispensables ocho asientos, y á veces ocho y medio ó nueve, sin los cuales no puede comenzar el viage, entra en ese precioso camino del Grao y escapa al galope aquella armazon de hierro, piel y caña y con ella otras cien; nos parecen fantasmas que cruzan el espacio empujadas por un genio diabólico y que la tierra parece que traga perdiéndose tras esa bóveda de árboles qua forma el techo de tan encantadora via. El mar es el término de este molesto al par que agradable viage, pues en su trayecto suceden escenas dignas de contarse, en las que el protagonista es el tartanero, y que yo no puedo detenerme en re erir por no alargar mas este artículo. Al principio y al fin del camino suceden otras no menos divertidas y graciosas con el regateo del precio; actualmente han desaparecido casi del todo, pues algunas veces daban

lugar á serios altercados y acaloradas disputas. El reglamento que el año pasado se publicó fijando las tarifas y el máximun de los precios ha cortado sino de raiz al menos en parte la arbitrariedad de los tartaneros, cuya voluntad en este punto era la suprema y unica ley. De los tres tartaneros que hemos tratado de bosquejar, este es sin duda el que presenta un caracter mas general, y al que verdaderamente podemos dar tal nombre, pues su oficio no consiste solamente en cruzar el camino del Grao sino que se estiende á mas. Su carruage lo mismo sirve para correr por la capital, que para ir á los pueblos, que para pasear por los aristocráticos salones de la Alameda confundido con los lujosos coches y no menos lujosas tartanas de nuestras principales familias. A este personage se le distingue de entre los demás por su vestido mezcla de marinero y labrador y tambien por ser el mas truhan, málicioso, hablador y solapado de todos ellos. Su trabajo dura mientras duran los baños; concluidos estos, concluye su obra, no obstante de que quedan algunos siempre, aunque muy pocos, los cuales se reparten los escasos viages que se hacen en el invierno.

Hé aqui al tartanero.

Para concluir voy á añadir dos palabras; este tipo está próximo á desaparecer, aunque creemos vivirá algun tiempo, menguando considerablemente cada año su importancia y su nombre. Si me preguntais la razon de esto, no sabré deciros mas que porque así lo exige una señora á quien hoy comenzamos á ver de frente y que se llama Civilizacion, esa civilizacion que está imponiendo su voluntad al mundo y que viene rodeada de cuantos atributos y cualidades pueden embellecer la triste prosa de la vida. Comodidad, economia, gusto, ornato, todo lo lleva consigo; ¿quién se atreverá á no hacerle paso? Nadie; adelante, pues, la compañera del siglo XIX. Pero ¿no ois? allá á lo lejos, muy lejos ha sonado un grito agudo, estridente, salvage, una especie de silbido fuerte, continuado, penetrante, que llega á los confines del horizonte y se pierde entre los pliegues de las nubes ¿que es eso? Poco á poco se vá acercando una mole que lle-

va por cimera una densa columna de humo y que se abre paso por entre los campos, las villas y las ciudades ¿donde vá? ¿quién la guia? ¿quién es? Es el siglo XIX, que vá en pos de la verdad guiado por el genio del hombre. No le detengais; pensarlo solamente seria una locura. No hace mucho entró en España y al poco tiempo su voz sonó en el Grao, llegó á Valencia y se estendió hasta.... ¿quién sabe adonde irá? Ahora que hemos entrado, ó por mejor decir, hemos nacido para la vida universal, necesitamos de otros medios para existir; la tartana en el año 1859 es un anacronismo que no comprendemos, mucho mas cuando el mundo desea volar como el pensamiento; el tartanero es un ser que no puede vivir teniendo por sombra el humo de la locomotora. Aquí podiamos decir muy bien la elocuente y profunda frase de Victor Hugo, *esto matará á aquello*, aunque el aquello es muy pequeño comparado con esa magnífica invencion á la que se le dá el nombre de vapor.

La capital tambien perderá esos antiguos carruages sustituyéndolos por otros mas cómodos y de mejor gusto, como sucede ya en otras capitales de provincia, siendo la moda la que introducirá esa variedad de faetones, carretelas, tres por cientos, etc.

Yo que tengo en mucha estima y aprecio en lo que valen esas gloriosas *antiguallas* de nuestros padres, en ciertas cuestiones las respeto pero las lego al olvido para marchar con el espíritu innovador de mi siglo, que por mas que se diga no quiere *dormir* ni en los caminos, ni en los mares, ni en sus leyes, ni en sus costumbres; sino que quiere correr con la celeridad del rayo, quiere volar como la imaginacion fogosa del poeta. Tartanero, despues de haberte pintado del mejor modo que me ha sido posible te dejo, te abandono como uno de esos recuerdos que alegraron la vida de nuestros padres; la locomotora acaba de silbar; el embarcadero del ferro-carril está lleno, tu tartana está vacía. Adios. El mundo y con él Valencia quieren saludar el sol que anuncia la nueva era.

C. Calvo y Rodriguez.

EL CLAVARI DE LES FESTES DE CARRER.

UES señor, ello es preciso dar comienzo á trazar del mejor modo posible este personaje, el cual si mi prediccion se cumple, tarde desaparecerá de la escena: este tipo se reproduce con tanta facilidad y profusion como el bacalao, de manera que es el antítesis de los demás; mientras aquellos á impulso de la moda caprichosa y entusiasta por innovar, ó por efecto del tiempo que todo lo arrastra, ceden su condicion particular á otro de suyo mas encarnado con las ideas y costumbres del siglo que atravesamos, ó cuando menos se metamorfosean hasta el punto de no haber término de

comparacion, entre el viejo tipo que se hunde cansado de tan larga existencia, y el nuevo que le sustituye con no escaso caudal de ilusiones y esperanzas; nuestro héroe cada dia se engrandece en número, se multiplica, y Valencia que da su contingente para la empleomanía, como hace cada provincia, surte tambien el no escaso personal de clavarimanía; pues unos y otros saben de antemano que para sentar plaza ya sea en la nómina del Estado, ya sea en la callejera, no se necesita otra cualidad que la de poseer ciertas tragaderas de elasticidad indecible. ¿Y cómo no ser así cuando para condecorarse con el rimbombante título de *clavario de fiestas*, no se exije ser letrado, hacer voto de castidad, ni ninguna de esas condiciones quepudieran ser un obstáculo para revestirse con él, y en cambio goza de mil ventajas, reportando *honra* y *provecho*.

Ser empleado y clavario de fiestas son bocados sin hueso; sin embargo, aquel necesita pretender su empleo, mientras que este lo agarra; y como por desgracia, entre esta clase de chupopteros de nuevo cuño, ya hemos dicho que no es condicion precisa ser letrados se desconoce la lógica, y detestan todo razonamiento ó discusion que tienda á desviarles de su propósito, y así como la raza canina no reconoce mejor ley que la del colmillo, así estos presupuestívoros enarbolan su bandera y á voz en grito proclaman como ley mas obvia la de la fuerza bruta; y libreme Dios de encontrarme en medio de un combate entre gente de tan buen puño, y robusta intencion de no ceder la clavarimanía al gran turco que se la disputára, aunque tuviese que armar un pujilato con él mismo.

Basta de preámbulo, y puesto que el tipo que nos ocupa es un efecto, sepamos su causa.

Piérdese (1) en la oscuridad de los tiempos el orígen ó institucion

(1) No podemos resistir al deseo de estampar algunas de las consideraciones que acerca de la procedencia de las fiestas de calle ha escrito nuestro amigo D. Francisco Puig y Pascual, todo con el deseo de ser mas exactos y por que reconocemos que no llegaríamos á la altura de este modesto literato al recopilar la índole de aquellas. ¡Ojala hubiera escrito tambien acerca del tipo!

de ciertas festividades que trasmitiesen á las generaciones futuras aquellos dias de gloriosa recordacion en honor de los cuales fueron creadas. De muy distinta manera nos ha consignado la historia su celebracion en las diferentes épocas que han atravesado las naciones, ya en el apogeo de su prosperidad, ya en el período de su decadencia. A medida que los pueblos han adelantado en su civilizacion, hemos visto que han sufrido modificaciones mas ó menos trascendentales; pero que no han alterado en nada su esencia, dejándonos por consiguiente en descubierto el objeto que sus fundadores se propusieron. Así vemos, por ejemplo, que al paso que los primitivos pueblos del globo sancionaban como precepto el sacrificio de millares de víctimas humanas á sus falsos ídolos; en épocas posteriores, y cuando conocieron la barbarie de estos espectáculos tan gratos para sus antepasados, y tan repugnantes para ellos, no solo los condenaron al olvido, sino que se avergonzaron al solo recuerdo de tan atróz costumbre, sustituyéndolos empero con otros mas gratos y en mas perfecta consonancia con la índole de sus moradores.

El nacimiento del cristianismo fue la antorcha que disipó las tinieblas de tan borrascosos tiempos, relegando con las sábias máximas del Evangelio tan cruentas escenas. Desde esta época en que la civilizacion tomó nn giro distinto, han sufrido una metamórfosis completa esos actos espontáneos con que los pueblos recuerdan antiguas tradiciones. Y mientras los romanos en su estúpida embriaguéz se entregaban á asquerosas y repugnantes bacanales, los cristianos celebraban con religioso compungimiento las festividades de los Santos. ¡Singular contraste que hace mas latente las tendencias del espíritu humano hacia su mejoramiento moral!

En ninguna nacion quizás se presenta tan á las claras ese prurito de festejar, como en nuestra España. Dominada primero por un fervor religioso, á cuyo influjo se debieron tantas conquistas, y subyugados despues por el fanatismo inquisitorial de los Torquemadas, orígen de su decadencia y envilecimiento, desde los últimos

años del reinado de Felipe II hasta la muerte del imbécil Cárlos el hechizado, acudió en cuantas ocasiones veia malograrse sus intentos á la celebracion de actos religiosos, pública y ostensiblemente manifestados. En mas de una página leemos en la historia, esa fiel consultora tan benévola como rica y erudita, que los monarcas mandaban hacer públicas rogativas antes ó despues de emprender una guerra, para que el cielo les concediese el triunfo de sus armas; y cada pueblo, cada provincia, se encomendaba á sus Santos patronos para implorar la justicia de su causa. Esto por una parte, y las grandes calamidades públicas, que en todos tiempos han afligido á la humanidad por otro, multiplicaron estraordinariamente las festividades.

Valencia es quizás entre todas las provincias que comprende España, la que cuenta mas Santos de su devocion, como vulgarmente se dice, y la que consagra mas dias del año á tributarles un culto esterior, al paso que religioso, de contentamiento y bienandanza para sus moradores. Y un forastero se hubiera asombrado al recorrer treinta años atrás las calles de esta capital viendo ¡oh prodigio maravilloso! empotrados en las paredes de casi todas ellas uno ó mas retablos, cubiertos de madera unos, otros de lienzo con la imágen de un Santo, deteriorada por la incuria de los tiempos, y alumbrados algunos durante la noche por un grasiento farolillo, que la piedad de algun devoto, ó una promesa empeñada, tenian cuidado de alimentar. Si al forastero se le preguntara, creyéndose trasportado al cláustro de algun monasterio (pues tal debiera parecerle tanta multitud de postizas capillitas como se ofrecian á su vista) si cada una de ellas reconocia una fiesta, y le hubieran contestado afirmativamente, ¿seria estraño, esclamase, que Valencia era el pais de las fiestas? Los valencianos tienen fama de ser los mas festejadores del mundo: y cuenta que por grandes y dolorosos recuerdos que abrigase el pueblo valenciano, se han disipado como el humo, tan pronto como han oido el *tamboril* y la *dulzaina*. Esta fama proverbial la tenemos muy bien sentada, y donde mas resalta es en las tan celebradas *festes de carrer*.

Hé aquí, pues, el momento oportuno para poner de manifiesto al héroe que motiva este escrito.

Generalmente el físico de nuestro hombre es aunque bien agestado de semblante *enjuto*: en consecuencia es amante de lo *enjuto*; bastante tomado del sol, pues es amigo de las meriendas á campo raso: hercúleo, pero sin ostentacion, solo hace alarde de sus fuerzas cuando le disputan su empleo, y ya sabemos de que módo las utiliza; nervioso de temperamento, aunque solo le atacan estos cuando rinde cuentas de los fondos recaudados para el *Santo* y resulta alguna diferencia en su contra, que es lo mas frecuente, á causa de no ser su fuerte eso de andar con números, á no ser que sean de lotería, pues en este caso nuestro clavario es gran cabalista, y si no digánlo las rifas que todos los domingos tienen lugar en pró de la fiesta, siendo tal su destreza ó cálculo, que sin ser un Macallister, ni siquiera aprendiz de prestidijitador, sabe que número ha de ser el agraciado, y claro está que obta por él; (para el mejor éxito de esta operacion el bolso donde se colocan los números suele estar en estado interesante). Sin embargo, tiene la precaucion de anunciar al público que ha cabido la suerte á un sugeto de la calle inmediata.

Que alargue el paso el que haya de seguirle la pista.

Viste decentemente en su clase; chaqueta corta y pantalón de campana y ajustado á la rodilla; y como su ocupacion ordinaria es el oficio de bellutero, y por desgracia, no presta lo suficiente para las francachelas y frecuentes giras donde se saborea la esquisita *paella*, guisada comunmente por el mismo, que es muy inteligente en materia de gastronomía, procura á fuer de buen ministro de Hacienda, aguzar su imaginacion que es fecunda, y como resultado de estas cabilaciones aritméticas poder destinar algun sobrante para atender á los suculentos y nutritivos pasatiempos de que es entusiasta, y esto está en completa armonía como en compensacion de los sinsabores y aturdimientos de cabeza que le ocasiona su *clavaría*. «En conciencia, dice, (téngase presente que es elástica)

yo debo resarcirme de tanto trabajo; trasnochado y sin descanso, acometido á todas horas por unos y por otros ¿cómo era posible lo resistiese sin estos *enjutos tragos?*»

Moralmente con pequeñas escepciones, es intachable, amante de la familia, religioso, buen amigo, en términos que sino fuera tan furibundo en política (que generalmente la hecha de patriota de los mas exaltados) seria un hombre aprueba de bomba, pero quiere la fatalidad que desde que Espartero ó no recordamos quien fue, mandó quitar un retablo que tenia al lado del balcon de su casa, no pueda transigir ni aun con los mismos liberales; él segun dice á todas horas, tiene deseos de conocer á Prudhon, pues le han contado que una de las máximas de este filósofo es «que la propiedad es un robo» máxima que está muy conforme con sus ideas puesto que á la muerte de sus padres tan solo heredó dos sillas rotas y aun no ha podido mejorar su ajuar. En fin baste ya de físico y moral y entremos de lleno en el ejercicio de sus funciones.

El clavario de las fiestas de calle goza de consideraciones no solo en la suya si no que hasta en el barrio: llega el dia de la funcion y ha de iniciar la inversion de los fondos, de antemano ha de tener formado el programa de las fiestas, siendo el comisionado diplomático para con el dulzaynero y músico mayor *(dels Oliers)*; es además delegado especial cerca del orador y vicario de la parroquia ó convento donde se ha de celebrar la funcion de iglesia, si es que el rumbo de la fiesta y cantidad que se recaudó sufraga para ello. Ha de arreglar la cantada de ciegos y es preciso hablar á *Santapola* ó *Viñes*. Si hay baile de torrente tiene que ajustar á *Nás el choguero* y *el Sort el Tintorer* y *Botifarra*, célebres en mas de una pantomima: ha de tener dispuesto á fuerza de repetidas libaciones de lo enjuto á *Grancha*, famoso coloquiero que les hace caer de risa, ó por que no se pueden tener; lo cierto es que muchos de los que le oyen se caen. Tiene que buscar un *florero* que tenga los colgajos nuevos y sea barato. Esta clase de pabellones ó trofeos de banderas de mil colores hacinados en medio de la calle,

ha sustituido á *les boles* y *gallardets* con que antiguamente se engalanaba. Calcula á que confitería encargará los bizcochos, pues este es negocio que debe pensarse ya que de ello pende el que le toque un buen bizcocho-tortada, y además otro en *rama* para ayudar á la *paella* ó almuerzo del dia de la funcion. Si no prestan los fondos para la corrida de toros de carne, es preciso ir á la ganadería de *Coquí* que por ocho reales presta un toro de carton: en fin si hay fuegos artificiales ó cuando menos *traca* y *petardos* es consiguiente personarse con Ponet, acreditado pirotécnico para que arregle una cosa *que estiga bé pera tots.*

Es llegado el dia de la funcion; á las dos de la mañana ya tenemos en pie á nuestro *clavario* que no durmió, en todo el rato que para ello destinó, y está dispuesto á no dejar que alma viviente repose en toda la noche. Despues de tomar el aguardiente, da órden y principia el dulzainero, á éste sigue la música, despues las esclamaciones de júbilo, vulgo *relinchaes* y con esto se da principio á las célebres *albaes*, tan maldecidas por los contrarios á las tales fiestas, como encomiadas por sus entusiastas. Hecho el pasa calle de ordenanza, se dirigen á las *cases foranes* que contribuyeron con algun donativo para ayuda de la fiesta, y despues de enramarle la puerta y de hacer frecuentes visitas á otras casas, donde en cámbio de monedas les dan con que refrescar la garganta, llega la hora del almuerzo, y nuestro clavario descansa del largo paseo para emprender otro no mas corto que se titula *la replega pa l'armozar*: despues de este viene la fiesta de la iglesia, si la hay, y despues de conducir al santo procesionalmente cuando la fiesta es de rumbo, la misa es acompañada de música con el correspondiente sermon, ó bien carga con el santo en brazos, sin mas ostentacion, y se canta una misa de *corregida*; concluida ésta, viene el reparto de los bizcochos, donde el clavario quisiera pasar treinta veces por la puerta de su casa y otras tantas repartirse bizcocho.

Uno de los actos en que prueba evidentemente su ingenio y facilidad para hallar arbitrios, es cuando llegada la tarde vé con asom-

bro que no bastan los ingresos para satisfacer los gastos: entonces se dirige al mercado, y comprando alguna fruta ó legumbre, que dice ha sido un regalo hecho al santo, entra en la calle y principia á gritar con voz pulmonal y fuerte «*Els codoñs de la Santísima Trinitat regalats per un devót*» ó bien, *La cól flor que han donat pera Senta Bárbara.* Y muy pronto tras una otra subasta de esta naturaleza, le facilita una cantidad que no tenia.

En fin, son tales las ocupaciones del clavario, pues, que en todo es de precisa asistencia, que solo una naturaleza de hierro puede resistirlo, y cuando llega la última hora de la noche y cualquiera de mis lectores necesitaría el reposo por tanta fatiga, renunciando de buen grado el empleo que tales sinsabores ocasiona, nuestro héroe se dispone á sostener la clavaría para el año inmediato, y si observa que tiene contrincantesque se disponen á cojer las rosas que, puestas sobre el altar, esperan á los que las han de coger, significando así que quedan en posesion de la *clavaría* para el viniente año; allí es de ver cómo convoca á su cuadrilla, que adelantándose á subir la escalera *ad hoc*, tiene abajo además de retaguardia quien le guarda las espaldas; los otros se valen de iguales medios, y no hace muchos años ha tenido que mediar la autoridad ó la policia para evitar una conclusion desastrosa, ó cuando menos, un final parecido al *ball de Torrent*, y como prueba evidente del aserto que en un principio sentamos, debemos decir que en cierta calle de esta ciudad hay 29 clavarios para la fiesta del presente año, y nótese que apenas tendrá otros tantos vecinos. ¡Oh turron, turron! cuan acechado te vés, por corta que sea la dósis con que te ofrezcan!

Hasta aquí el *clavari* en general, dejándonos muchas particularidades anexas á este tipo por no fastidiar mas al lector.

Sin embargo, Valencia tiene sus fiestas de calle suntuosas, y en consecuencia, clavarios que son el reverso de los que hemos bosquejado, elejidos por sorteo. En estas fiestas que pudieran llamarse de priner órden, tales como las tan celebradas de los *milacres*, donde las bellezas valencianas se disputan la dicha de ser las

mas ataviadas, nada hay de ridículo á nuestro modo de ver, si bien es verdad que no somos amigos de los cultos esteriores; esta funcion procede de la iglesia á la que se le dá la iniciativa de un modo digno y que llega á una altura tan merecida que el resto de la fiesta, ó sea el culto esterior, casi parece una consecuencia de aquel.

Al trazar algunos de los rasgos peculiares á los clavarios de *fiestas callejeras*, nuestro móvil arranca del deseo que abrigamos á fuer de valencianos de que desaparezcan, sino de raiz, al menos gran parte de esos actos que se perpetran en presencia de los santos, y que no parece sino que estos los autorizan, y que tan poco dicen en favor de nuestra cultura y costumbres: nadie como nosotros comprende que cierta clase del pueblo, dedicada asíduamente á sus faenas, necesita un dia ó dos al cabo del año para dar treguas á tanta fatiga y entregarse al placer y alegría á que son acreedores, como el resto de la sociedad; pero repetimos, que hijos de este suelo privilejiado, entusiastas como el primero, llenos de fé suficiente para respetar las tradiciones y cuanto fue iniciado por nuestros padres, desearíamos se corrijiese esa clase de desahogos y contentamientos espresados de un modo tan indigno y que dá lugar á los estrangeros á insultarnos, cuando comentan nuestras costumbres.

José Vicente Nebot.

EL TORRENTÍ.

Quién es, preguntará el lector, ese individuo de la gran familia valenciana, ese habitante de una de las fértiles comarcas regadas por el Túria, que no está comprendido en el tipo general y merece el privilejio de un retrato aparte?.. Oh! es que el torrentino tiene su fisonomía especial cuyos rasgos se apartan completamente de los que constituyen la manera de ser, no diré de sus compatricios, sino hasta de los vecinos de quienes los separan algunos jornales de tierra. El torrentino es un tipo originalísimo, digno de estudio. Si lo examinais esteriormente aun hallareis en él los rasgos materiales de la raza morisca; pero si lo sujetais á un exámen de su carácter é instintos, pronto habreis de convenir en que es una variedad y variedad muy preciosa del tipo nacional, y lo que es mas

estraño, de los individuos de su propia familia, con quienes está ligado por la identidad de orígen, de costumbres y de territorio.

El torrentino! ¿quereis las señas de este curioso miembro de la comunidad valenciana? ¿quereis una fórmula para componer un escelente egemplar de esa entidad original? Echadme en un cuerpo ágil, enjuto, nervudo y curtido por los rayos del sol meridional, iguales partes del espíritu ingenioso y civilizador de la raza árabe y del carácter cosmopolita y calculador de las frias razas del Norte, y obtendreis un torrentino puro, auténtico y tal como lo ha producido la sábia naturaleza.

El torrentino está en todas partes y lleva su industria á todos los rincones del globo. Su carácter altivo repugna la dependencia en el trabajo, y este rasgo de su carácter le obliga á ser osado y emprendedor. Dadle á un torrentino un capital de doscientos reales y le habeis hecho comerciante. Recorred la España entera, pasad la Europa, cruzad el Atlántico, y en todas partes hallareis el torrentino, y en todas partes quedareis sorprendidos al ver al hombre de los campos hollar con paso firme y resuelto los grandes centros de la industria y del comercio.

No temais que escape á vuestra mirada; no temais que los rasgos de su fisonomia sean los rasgos vulgares, indecisos y uniformes de la gran familia aritmética que se agita en las cinco partes del mundo: ó mejor dicho, no temais que se os escape por falta de fisonomía. El torrentino es el tipo único y ejemplar del comerciante poético, y aun me atreveré á decir romántico, por mas que esta idea parezca lejana y antagonista de todo lo que se roza con los guarismos. El torrentino no ha renegado jamás de sus tradiciones, y cruza los grandes focos de la civilizacion sin dejar en ellos un átomo del pasado. Donde quiera le vereis con su pintoresco pero modesto traje campesino; y si la curiosidad ó un instinto investigador y filosófico os induce á estudiarle de cerca, le hallareis siempre sóbrio y circunspecto, aun en medio de las prodigalidades de la fortuna.

Porque ese modesto labriego que recorre el mundo sin conocer mas idioma que el dialecto del país, llega con frecuencia á reunir un gran capital.

Acaso imaginará el lector que una organizacion tan impaciente y un espíritu tan aventurero y cosmopolita como el del torrentino, ha de avenirse mal con el amor á la localidad, y que ese valenciano industrioso, una vez lanzado en el camino de la especulacion, tarde ó nunca volverá á pisar el patrio hogar. ¡Oh, que mal conoceis al torrentino! Ya os he dicho que es un comerciante *sui generis*. Ni la próspera fortuna, ni los refinamientos de la civilizacion, ni el ejemplo de la sociedad generalmente positivista y descreida con quien suelen estar en contacto en sus dilatadas escursiones, son bastantes á borrar de su corazon el amor patrio y el apego al modesto campanario de su pinteresco y risueño lugare jo

Tampoco imagineis que este espíritu industrial, ó mejor diremos, este instinto innato en el torrentino que le obliga á buscar el movimiento, la actividad y los centros de la industria y la civilizacion, envuelve algun móvil de avaricia ó sordidez. Nada mas opuesto al carácter del torrentino. Por el contrario: aqui volvemos á encontrar uno de los rasgos mas salientes del tipo provincial. El torrentino es franco, generoso, desprendido y hospitalario. Bajo este punto de vista debo rectificar un dicho vulgar que se aplica á los naturales de ese pueblo industrioso y que es, mas bien que un rasgo de crítica profunda, una pincelada muy propia del humor epigramático de los valencianos. Dícese comunmente que cuando nace un torrentino, su padre le estrella contra la pared: si se ase á ella, el autor de sus dias le augura un próspero porvenir y le declara torrentino de buena raza: si no hace presa es señal evidente de una organizacion degenerada. Al través de su exageracion y de su carácter epigramático, se halla, sin embargo, mucho de cierto en el fondo de este dicho vulgar. Aplicada al carácter distintivo del torrentino, esa imágen pintoresca y material pinta con bastante energía la fuerza de volun-

tad que le impele á buscar la independencia y la libertad en la manera de subsistir, y el valor con que suele librar su porvenir á sus propias fuerzas.

Si quisiera entrar en detalles sobre las diversas industrias que son del dominio del torrentino, estos renglones tomarian el rumbo de un artículo estadístico. En tésis general, se puede afirmar que el torrentino conoce instintivamente todas las industrias peculiares del país, y que su ojo certero y perspicaz se equivoca raras veces. Si le buscais en la córte le hallareis bajo la forma del clásico horchatero; si vais en ciertos momentos á Italia, á Francia, á Alejandría, es probable que le veais contratando alguna partida de simiente de seda. En España es cosa sabida que le hallareis en todas partes, llevando á donde qniera los mas estimados productos de su país, y esplotando de camino toda industria que surge en la tierra que pisa. En una palabra; se le ha visto en las esposiciones de Lóndres y París, y ha arrojado una chispa de su genio osado y emprendedor en esas inmensas hogueras de la civilizacion, donde han ido á calentarse todas las industrias del mundo.

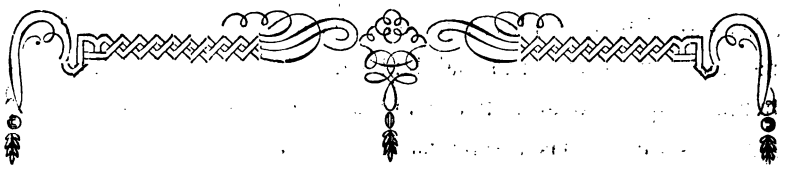
Es posible que llevados de la simpatía que me inspiran mis vecinos, exagere un tanto los rasgos de su fisonomía. Sin embargo, no se pierda de vista que es quizá la primera vez que se hace pública justicia á esa poblacion de hombres tan honrados como laboriosos, y que les debemos intereses atrasados de estimacion y alabanza.

Hemos bosquejado á grandes pinceladas el tipo del torrentino, que como se vé por los rasgos mas notables de su carácter, difiere bastante del tipo general de los naturales del antiguo reino de Valencia. Creemos muy imperfecta é insuficiente nuestra breve tarea, y muy digno el asunto de ser tratado con mas detenimiento. *Forse altro cantera con miglior pletro*; y si no hay mas aventajado ingenio que cante las glorias del torrentino, quizá nosotros nos decidamos algun dia á ampliar este breve trabajo y á dar una idea mas lata de las costumbres y de los hábitos mercantiles del torren-

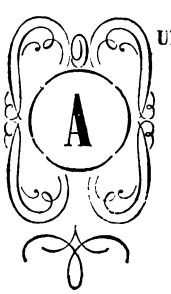
tino, con datos mas curiosos é importantes acerca de su industria y su eomercio.

Entretanto, el viagero que al visitar este país de las flores y de las mugeres, pase por las inmediaciones de esa poblacion llena de vida, en la estacion en que las lluvias ponen los caminos intransitables é incomunican á los torrentinos del resto del mundo; el viagero curioso, repetimos, que quiera ver un pequeño centro de civilizazion y un pueblo de campesinos que avanzan sin dejar de mirar atrás ni sacudir su corteza labriega, penetre en cualquier hogar modesto de Torrente, arrellánese en un sillon de baqueta á la lumbre de la hospitalidad y deje hablar por espacio de dos horas á uno de esos descendientes de la raza mora, que viste el traje tradicional, que se muestran fieles á sus antiguos hábitos, y que hablan de la Basilica de S. Pedro y de la catarata del Niágara.

Peregrin García Cadena.



LA PEIXCAORA.



Aunque la significacion mas natural y genuina de la palabra que sirve de epígrafe á este artículo, pudiera hacer creer á los estrangeros poco conocedores de nuestras costumbres, que el tipo de que nos vamos á ocupar es en algun modo parecido al de las imaginarias amazonas soñadas por su imaginacion calenturienta, no por eso podrá atacarse con justicia de pobreza á nuestra lengua, ni de falta de lógica á nuestra manera de espresarnos. Cierto es que al nombrar á nuestra heroina la *peixcaora* se concibe fácilmente la idea de una muger bella, fuerte y arrogante que compartiendo las fatigas del compañero, que Dios hizo su gefe natural, se lanza sobre una frágil barquilla, sin temor

á las olas ni tempestades, y persigue hasta lo mas profundo de sus nacaradas mansiones á los habitantes del *còncavo cerúleo*. Cierto es tambien, que al lado de tan bello cuadro se manifiesta mas negro, mas miserable y hasta repugnante el que nos descubre á la *peixcaora* tal como nosotros la conocemos; con su desaseo, con sus maneras toscas y con sus trajes raidos, y ocupada únicamente en vender los productos de la honrada industria del pescador. Pero á pesar de todo, y como hemos dicho antes, no se puede atacar de pobreza á nuestro idioma que adopta tales palabras, porque al fin y al cabo la *peixcaora* tambien pesca en sentido traslaticio (y no como se quiera, sino con un tino y habilidad admirables) el dinero del bolsillo de los pacíficos ciudadanos, á quienes sirve de cebo el pescado contenido en sus cestas.

Pero justifíquese ó no hasta cierto punto la palabra en cuestion, lo cierto es que el tipo que representa, original por sus cuatro caras, es uno de los mas dignos de estudio en todo el antiguo reino de Valencia. En todos los paises y en todos los tiempos se ha notado una gran diferencia de costumbres y caractéres entre los tipos que podemos llamar *terrestres* y entre los que por consecuencia denominaremos *marítimos*. Ese bellísimo espacio líquido llamado mar, que ya se lanza con furia sobre las embarcaciones que el hombre arma para dominarle, ó ya besa mansamente y como en señal de paz las orillas de esa tierra que le sujeta y contra la cual murmuran sin cesar sus olas en las playas, imprime un sello especial y que no se borra jamás á todos los que la suerte ó la desgracia condena á vivir con él en perpétua lucha, ó alimentándose con los productos que arranca de su seno. No sé de qué modo su grandeza se infunde en el ánimo de la gente de mar, ni de qué manera esa dulce melancolía que lleva consigo se apodera de su alma, lo cierto es que pescadores, marineros, granujas y mugeres, todos en fin, los que directa ó indirectamente andan mezclados con este elemento, tienen un aire triste y meditabundo · sus conversaciones siempre graves, sólo dejan entrever el dolor y la alegría, sin es-

presarlos claramente jamás: sus rostros bronceados se inmutan rara vez y sus ojos escudriñadores penetran hasta el fondo del alma de los demas hombres. Estas cualidades tan distintas en general de las que sobresalen en los tipos terrestres, han profundizado esa distincion que se advierte entre las dos clases de tipos mencionados y han dado ese bello colorido especial que tanto agrada á todas las novelas marítimas, á todos los cuentos de á bordo y á las bellísimas melodías de Bellini y Arrieta.

Pero si esta sola circunstancia hace de la *peixcaora* un tipo digno de estudio, lo es mas aun por la especialidad de sus costumbres que las separan de sus compañeros de profesion en los demás puertos de España y del estrangero. El colorido local que á todos los tipos valencianos presta el árabe grabado sobre sus rostros y costumbres; el que añade á esta singularidad ese lenguaje breve sentencioso que está señalando su orígen *lemosin*, y la no despreciable circunstancia de formar el pueblo de los marinos aparte del de Valencia, lo suficientemente separado para que sus costumbres se conserven íntegras, y bastante próximo, sin embargo, para constituir un todo con el carácter general valenciano, hacen que, como dijimos ya, sea nuestra *peixcaora* uno de los tipos *sui generis* y mas originales de todo el antiguo reino de Valencia.

La *peixcaora*, hablando en general, suele ser una mnger de edad madura ó incierta, á juzgar por su fisonomía bronceada y cubierta de arrugas, de mediana estatura, ó mas bien alta que baja, delgada como un atun y seca en sus movimientos y palabras: si á esto añadimos un genio no muy placentero, mucha accion, gran actividad, músculos bastantes desarrollados y un par de *retoños* de mas ó menos tiempo, habremos formado el retrato general del tipo. En cuanto á su traje, fuera del indispensable manton á la cabeza, que es de rigor y manifiesta al tipo en cualesquiera circunstancias, las demás prendas del traje varian notablemente segun la mayor ó menor fortuna de la dueña, de su natural aseo y de otra multitud de circunstancias.

Sin embargo, no es muy aventurado señalar por regla general que sus pies, casi siempre desnudos, solo hacen uso tal cual vez de algunos zapatos *en chancla* ó de zapatillas con suela de madera, y que el vestido, zurcido por mil partes, presenta un color indefinible.

Por supuesto que esta regla general, está sujeta á muchas escepciones, puesto que entre esas peixcaoras feas y de una edad regular, suelen encontrarse pimpollitos capaces de hacer pecar á un santo, y viejas mas viejas que la madre que las dió el ser.

Pero estas hermosas niñas son (como diria un romántico) deliciosos oásis en medio del desierto de la vida, ó una isleta de hadas en medio de un estanque de gusanos. Y esas otras viejas (siguiendo el mismo lenguaje) son los miasmas pútridos que exhala ese mismo estanque cenagoso, y que no afectan en nada su naturaleza.

Volviendo, pues, á nuestro tipo y sin salir de él, hemos de advertir á nuestros lectores que está repartido en una infinidad de variaciones, ó mas bien que su pequeña sociedad tiene una escala gerárquica, que en nada cede á las de las otras sociedades.

Desde la *peixcaora* aristocrática que despues de fletar por su cuenta una tartana para cargarla con los cestos de su pescado, los vende *por mayor á otras industriales* que se encargan de su despacho, hasta la desgraciada y miserable, que no solo carga y despacha por sí misma su mercancía, sino que ayuda *als chics en la bolichada*, hay una escala que formada de medias tintas concluye en el color blanco y negro que hemos trazado.

Hé ahí el por qué de esa confusion y diferencia en los detalles del traje y en las habitaciones que separan á las *peixcaoras*, y cuyas diferencias se reconocen hasta en el lenguaje que usan en la venta. Añádese á esto la diferencia de las estaciones, que produce como consecuencia necesaria una gran variacion en las costumbres y aspecto de nuestro tipo, y se comprenderá que no son de estrañar tales mutaciones.

Ha sido siempre idea comun ó axioma, y la historia de los pri-

meros discípulos de Jesucristo nos lo confirma, que la gente que subsiste de la pesca, no es la que mas abunda de medios materiales de subsistencia, ni la que mas fácilmente logra cambiar las relucientes escamas de sus peces por relucientes pesetas ó napoleones.

Por esta razon no ha de creerse que la aristocrática *peixcaora* de que antes hemos hablado es ningun Creso-hembra ni cosa que se le parezca. Todas sus riquezas se reducen á unas cuantas arrobas de pescado, y una mala barraca, y toda su ostentacion á llevar un buen vestido el dia de la Vírgen de Agosto, que es su funcion principal, y á *repanchigarse* en una tartana que la reconoce como dueña, mientras dura el trayecto del Grao á Valencia.

Segun la costumbre marina general y saludable, la *peixcaora* se levanta en todo tiempo al amanecer, y si es verano arregla prontamente los quehaceres de la casa, dá de almorzar y envía á la escuela *als moñicóts*, almuerza frugalmente, y como si dijéramos una cebolla cruda, un tomate idem ó algun pez del dia anterior, con su correspondiente *pataqueta* (pan moreno en forma de media luna) y sin mas preámbulos se lanza hácia *vóra mar* (orilla del mar) con su indispensable fuente bajo el brazo y un peso de deshecho que impondria sin duda terror al encargado del repeso. Allí fija la mirada, y el corazon impaciente espera la llegada del barco de su marido, (si lo tiene) puesto el pañuelo de percal sobre la cabeza y sostenido entre los dientes, á guisa de bandera.

De paso, y como quien no hace la cosa echa una mirada inteligente al fondo de los barcos que van saliendo, y se alegra ó entristece oportunamente con su fortuna ó desgracia.

Si el barco que espera es de *volantí* ó *palangre*, (pesca de anzuelos que dá generalmente poca pesca pero gruesa) apenas le vé próximo nuestra *peixcaora* se adelanta á la orilla, si quiera se moje algo por las olas, y con la vista interroga al marido, leyendo en su inmutable fisonomía la sentencia que ha de hacer aquel dia feliz ó desgraciado para ella. En tanto el barco avanza sin cesar

hácia la playa, y al cabo de algunos minutos ya está encallado en la arena, la vela hace *tripa de vieja* y los hombres, levantados los pantalones hasta la rodilla, saltan al agua y empujan con fuerza á la barca, que bamboleándose y como de mala gana, se desliza por cima de los travesaños enjabonados que ponen bajo su quilla.

Ya en tierra la barca, y siempre con su imperturbable sangre fria, sacan los marineros de su escotilla ó fondo, los cestos de junco en que yacen los cadáveres de los peces y se los entregan á nuestra *peixcaora*, en tanto que arreglan los aparejos, compónen los rotos, reunen los cables y ponen la barca en disposicion de una nueva campaña.

Hé aquí llegado el momento en que nuestro tipo entra de lleno en sus mas importantes funciones, dando muestras nada equívocas de su actividad y energía. Unida ya á las compañeras que tienen derecho á parte de la pesquera, y puestas todas *en cuclillas* ó á horcajadas al derredor de la que tiene el peso, que es el punto culminante de la cuestion, se dá principio por la salida pausada y magestuosa del susodicho peso que, colocado en el suelo espera con aquello el momento de su triunfo. ¡Cuadro digno del pincel de Goya ó de David Teniers! vierais allí, lectores mios las miradas ávidas de toda aquella cohorte de *peixcaoras*, clavadas alternativamente en las cestas del pescado, en las manos de la pescadora, en los movimientos del peso. Vierais á su alrededor y traidas como por brujería, un coro de viejas en pié, mas con niños en los brazos y otras con cestas destrozadas, pero todas abismadas en la famosa operacion. Y entre aquel grupo desarrapado y silencioso, la heroina, es decir, la pesadora, preparándose á resistir las reclamaciones de sus compañeras y calculando mentalmente los recursos que la han de servir para no perjudicarse en el reparto.

Como el peso no se equilibra por sí solo en ningun caso, es preciso como operacion preliminar, equilibrarlo con arena, cosa sumamente difícil y que dá lugar á reyertas y riñas sin fin, que pintan por sí solas el tipo, pero que no nos atrevemos á transcri-

bir por respeto á la decencia y sobre todo al espacio de que podemos disponer. Sin embargo de todo, y contestando de paso á las alusiones que se la dirigen, la *peixca-pesadora* continua impávida su operacion que suele terminar por una confusion general en que todas hablan y ninguna se entiende. Verificado el equilibrio del malhadado peso, se acercan los cestos y se procede á la reparticion del pescado, segun las partes ya de antemano señaladas. La pesadora pone en el platillo unas piedras sin forma ni color definible y cuyo único *contraste* es su voluntad y con ellas procede á verificar las pesadas. Inútil es decir que á cada instante sobrevienen nuevas riñas y disputas que harian interminable la operacion si la pesadora no continuase impávida en el ejercicio de sus funciones. Pero llega un momento fatal en que se pasa de las palabras á los hechos y las *peixcaoras* apoyan sus respectivas reclamaciones haciéndose dueñas como pueden del pescado, objeto de sus deseos. En tal momento, su gritería es insoportable y causa estrañeza y risa ver en confusion inesplicable sus negras manos y las plateadas superficies de los peces, desaparecer ambas cosas como por encanto y prodigar insultos sin descansar.

Otras veces, y cuando algunas ó alguna de las que tienen parte en la pesquera es de la aristocracia pesqueril, compra, despues de nn largo regateo, su parte á las demás, y se pone en campaña con todo el género, ya para el mercado de Valencla, ó para el del mismo Cañamelar.

Cnando la pesquera no es de *volantí*, ni *palangre*, sino una mera *bolichada*, no acuden á ella mas que las pescadoras pobres y de menos recursos. El boliche es la única esperanza de los desgraciados marineros que no han podido alquilar su barraca a alguna familia de Valencia, en aquellos largos dias de verano en que el calor y el hambre se conjuran para hacerlos sus víctimas. Inútil seria esplicar á los valencianos lo que se entiende por una bolichada; pero por si acaso este libro cae en manos de un forastero estraño á las costumbres de Valencia, diremos únicamente que es una de las

muchas pescas de red con plomos que se conocen, y que se difeencia de las demás en que, lanzada por las lanchas á bastante distancia de la orilla, es sacada con cuerdas desde ésta por la gente allí dispuesta, con lo cual la red recoge todo el pescado que se encuentra á su paso. Los que toman parte en esta pesquera (á mas de los hombres que montan la lancha y que son los principales) se reducen á elementos de deshecho en todos los puertos de mar. Viejos que no se hallan en estado de manejar un remo, muchachos que aborrecen el trabajo y mugeres que no tienen otro recurso ó que son de la familia de los otros trabajadores, esos son los únicos que descienden hasta tan desventurada ocupacion.

Allí unos y otros desnudos de rodilla abajo, mugrientos y desarrapados, chorreando sudor por todos sus poros, y haciendo una fuerza desesperada que dibuja vigorosamente sus músculos en todo el cuerpo, empiezan su casi improductivo trabajo, á los primeros albores del nuevo dia y en medio de un silencio sepulcral, propio de los ingleses, y que debe hacer á estos, á nuestro parecer y entre paréntesis, tan buenos marinos.

Despues, marchando desde la orilla, hasta el sitio donde se van arrollando las cuerdas, y desde aquí otra vez á la orilla, y transcurridas dos ó tres horas mortales, la proximidad de la lancha que echó la red, y los corchos flotantes de ésta que se divisan á poca distancia, les anuncian que se acerca el momento decisivo.

Ya se han juntado las cuerdas: ya sacan los hombres en peso la red y ya se abren estraordinariamente los ojos de todos los pescadores; pero á pesar del desengaño general, á pesar de qne en el fondo de aquella red solo suelen verse unas cuantas libras de *aladroc* (pescado ó sardineta) ni una palabra sale de sus labios, ni un rasgo de desesperacion se advierte en sus fisonomías y á maravilla se oye murmurar á algun anciano una furiosa imprecacion. Uno de los pescadores entonces examina con cuidado la pesca para arrojar al agua las muchas arañas de mar que suele haber entre ella y para colocar lo restante en los barreños, ó puentes de loza que se tienen

preparados, y que una de aquellas *peixcaoras* que sudosas y abatidas acaban de soltar las fatídicas cuerdas, se encarga de llevar á su venta.

Pero cualesquiera que sea el modo con que la *peixcaora* se haya proporcionado su mercancía, lo cierto es que se lanza con ella á lo largo de las abrasadas calles del Cañamelar y Cabañal, con un decidido paso de ataque, y no sin haber antes arreglado su *toilette* que se reduce á su pañuelo de cabeza, cojido entre los dientes, y que la defiende de los ardientes rayos del sol, la indispensable fuente bajo el brazo, cubierta con un paño mojado para que el *peix* se mantenga fresco, y el consabido peso bajo el otro brazo.

Ya instalada en aquellas calles, llama á todas las alquerias, abre las puertas de todas las barracas y pregona su género, gritando á cada instante con su chillona y destemplada voz *pachell vól*, *mólls gròsos*, *aladròc*, y siempre pronta á aprovecharse de la mas leve indicacion para entrar en vuestra alqueria ó barraca, enseñaros por todas sus fases los pescados que lleva, haceros notar su frescura en los ojos, en las agallas, la cola y demás partes de su cuerpo, ponderar su baratura y buen peso, y obligaros por todos los medios posibles á comprar el género, demostrándonos de paso su habilidad en manejar el peso, y hacer uso de la arena, piedras y demás adminículos que consigo lleva.

A veces, cuando todas sus estratagemas han resultado sin efecto, cuando su actividad se ha malgastado inútilmente, la vereis dirigirse con tardo paso al mercadillo del mismo Cabañal, y allí, regateando, amenazando y burlándose alternativamente de los compradores, obligarles á cargar hasta con su último pez.

En esta temporada de verano, la *peixcaora* tiene otro gran recurso para su subsistencia, que la resarce en algun modo de sus trabajos como vendedora. Nos referimos á la probabilidad de alquilar su modesta barraca á alguna familia no muy rica de Valencia, que aspira á seguir la moda de la estacion, y hacerse la ilusion de que viaja trasportándose a la orilla del mar. Este nuevo recurso la

impone nuevas obligaciones, que si bien la mayor parte de las veces no pasan de actos de cortesía y buena urbanidad, llegan no pocas á constituir á nuestro tipo en una ama de gobierno ó patrona de huéspedes, con gran desdoro de su libre y primitiva profesion.

Si es invierno, y la pesca abundante, ó si es de la llamada del *bóu* ó parejas del *bóu* (que se verifica con dos barcas grandes que marchan á vela, llevando en su medio la red, nuestra *peixcaora*, por sí sola, ó en union con otras, segun los casos, fleta una tartana por su cuenta, ata á la trasera de la misma los cestos de la pesca, cubiertos con su indispensable paño mojado, y con aire conquistador y el pañolon caido sobre el cuello, emprende al escape el camino de Valencia; de Valencia que es su mas risueña esperanza, el centro de sus ilusiones y el terreno mas á propósito para desarrollar su carácter y costumbres; y por consecuencia, su astucia, vicios y virtudes.

Verdad es que en este camino tan deseado, hay un tropiezo de gran monta que hace pasar malos ratos á nuestras *pobres industriales*: verdad es que existe una fatídica Puerta del Mar que ataca sin compasion al bolsillo y á los *nérvios* de nuestro tipo, y conmueve todo su cuerpo como una descarga eléctrica. Pero cómo ha de ser, es preciso refrenar la lengua y aflojar el bolsillo, poniendo en las manos siempre abiertas de la Hacienda, la desesperadora cantidad de *cuatro reales* por arroba de pescado, so pena de pasar por el terrible dilema de dedicarse al contrabando (costumbre indigna de nuestro tipo) ó dejar de tentar fortuna en la plaza pública, renunciando desde luego á las glorias de la profesion.

Aun quedan, sin embargo, que pasar otros sustos á nuestra pobre *peixcaora*, y no debe contarse como el menor entre ellos el de los *dénau dinés* que la municipalidad la obliga á satisfacer para entrar en el goce de un puesto y un peso en la pescadería, y de todos las demás adherencias que constituyen el oficio.

Mucho podriamos estendernos en este lugar, enumerando las

trasformaciones que ha sufrido la pescadería desde su nacimiento en la *Plaza Redonda* hasta su instalacion en el cómodo y elegante lugar que hoy ocupa; pero como esto seria separarnos demasiado de nuestro tipo, haremos gracia á nuestros lectores de esta supresion, que estamos seguros nos agradecerán.

Ahora bien, cuando la *peixcaora*, despues de haber cerrado todas los manos que se abrian para pedirla su dinero, se encuentra sentada tras de su elevado puesto, tranquila la conciencia, caido el cabello y el manton, y en desórden los vestidos, es cuando empieza á hacer uso de esa gerigonza particular propia de su clase, y que tan célebre la ha hecho en Valencia.

Activa como siempre, apenas asoma un comprador ó compradora por la puerta, cuando le llama á grandes voces y en medio de insultos embozados, de alusiones picarescas y gritos penetrantes, le muestra su pescado como el mejor que se vende y regaña de paso, con aquellas de sus compañeras que quieren aparroquianar al vendedor y separarle del puesto de la que primero le llamó. Estas riñas frecuentes en las que nuestro tipo demuestra la agudeza de su ingenio con esas comparaciones y rasgos ingeniosos que le son peculiares, van acompañadas generalmente de un movimiento de aseveracion particular que consiste en golpear una de sus manos abiertas con la otra cerrada, inclinando todo el cuerpo hácia adelante. Además sucede generalmente, que á las primeras de cambio, y sin que exista para ello el menor fundamento, lloran como unas *Magdalenas* apenas han comenzado sus riñas, mezclando los insultos con las lágrimas y dando confirmacion al dicho vulgar valenciano *plora lo mateix qu' una peixcaora.*

Antiguamente, y cuando el tipo estaba en toda su originalidad y vigor, solian terminar estas riñas por acciones no muy *pulcras y decentes*, y aun por sendas palizas, pero en el dia en que ha degenerado hasta el punto ¡oh vergüenza! de que se peine y componga como las demás mugeres, y use ¡pañuelo de seda á la cabeza! hoy dia, repetimos, estas escenas han desaparecido de

la pescadería, y han terminado la diversion de los aficionados.

Aunque no tan generalizada como antes, todavía queda entre ellas una costumbre que se pone en práctica los dias en que la venta ha sido abundante y han sacado de ella el partido que esperaban, y consiste en tomar por grupos en las horchaterías un vasito de horchata, mas ó menos grande, y un chocolate con bollo ó panecillos, segun los casos, empleando de este modo sus primeras ganancias. Esta saludable costumbre ha producido otro semirefran valenciano, *el pesar de la peixcaora, pastilla y bollet y por d' á quinset*, por lo cual no hemos querido dejar de mencionarla.

De todos modos, despachada ya su mercancía y cumplida su obligacion, nuestro tipo vuelve á tomar su anterior aire arisco y desapegado, que solo habia perdido en el mercado de Valencia, donde, como hemos dicho, se muestra tan habladora como la muger que mas, y á pié ó á caballo, es decir en tartana, se vuelve á su querida patria, á su querido Cabanelar, ó á su querido Cabañal, unas veces despues de haber despachado por sí misma todo el pescado que se proponia vender, y otras dejándoselo por un precio dado á una revendedora.

De vuelta ya en el mar, arregla los quehaceres de su casa, como Dios la da á entender, ofrece velas ó misas á la Virgen del Rosario, para que el marido no tenga ninguna desgracia en su viaje, ó no le coja la tempestad que entonces amaga, vive su vida como buena cristiana y fiel conservadora de las costumbres de sus mayores y aun por y despues ella. Y al fin y á la postre, despues de tantos sudores y afanes, despues de tanta actividad y talento, con tan pocas esperanzas y tanto trabajo empleado para conseguirlas, si no es la madre cristiana siempre es la misma madre, la misma, y mas, siempre la misma cristiana, pobre y sin escudo. Los mas resueltos no se atreven que su corazon se abra, que se haga suya su mano, y que cuando la amenaza la vejez, y tanta desconsuelo que rodeando le desespera-

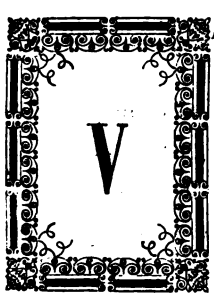
peñar un papel secundario en su pueblo, eche con júbilo sobre los hombros de sus hijas la pesada carga de su oficio.

Entonces descansa de sus fatigas de toda la vida, y acurrucada en un rincon de la barraca se mantiene con lo que la quieren dar, y lleva con paciencia las penas y dolores que como herencia y parte le tocan en esta vida de lágrimas, hasta que un dia, el menos pensado vá á buscar á una mansion de igualdad y de paz, un descanso eterno, y tal vez la bienaventuranza y la felicidad, que en vano pretendió en la tierra.

E. Serrano Fatigati.

EL CACAHUERO.

VENDEDOR DE CACAHUATE.



VALENCIA es acaso la ciudad de España donde figuran en guarismo superior los tipos originales, y creo poderme esplicar la razon. La necesidad de procurarse la subsistencia produce, desarrolla, y hasta, si es permitido hablar así, subdivide los instintos dirigidos á satisfacer aquella, y como los tipos describibles no salen del círculo de los empleos, profesiones, oficios ó industrias, que sirven para ganar la vida, allí donde estos medios é industrias se presentan en mayor número, allí deben abundar forzosamente los originales para las galerías biográficas. Valencia es region privilegiada en este particular. Su rico y feráz suelo brinda con mil recursos al

esplotador, quien á muy poca costa los beneficia, y precisamente de uno de ellos me propongo trazar en breves palabras el boceto. Tal vez parezca á primera vista árido el asunto al que lea el título que lo encabeza; pero he creido que esprimiéndolo, aun podria dar jugo á un artículo no de los menos interesantes del presente album.

A principios de este siglo se importó de América, con objeto de aclimatarla en nuestro suelo, la planta cuyo nombre indígena es *maní* ó *cacahuate*, y á la cual los valencianos con una ligera alteracion han asociado el diminutivo de cacau (cacao) llamándola *cacahuet*. En su primera época parecia no deber adquirir el desarrollo que despues ha adquirido, ni llegar á ser un ramo de industria tan considerable como es hoy dia. Pero la facilidad de su cultivo en un terreno análogo al pais de donde es originaria, y las aplicaciones que ofrece á algunos ramos, sin contar la estraccion del aceite, y la mezcla con otros productos de general consumo, han popularizado el *cacahuet*, ganando derecho de ciudadanía en nuestro reino hospitalario y generoso. Advirtióse desde luego que la almendra del *cacahuet* tostada daba un alimento, si bien un tanto estimulante, agradable y barato, cuyas circunstancias bastaron para que cundiese prodigiosamente su uso, especialmente entre las clases menos acomodadas de la poblacion, y para infiltrarlo mas en las entrañas de esa sociedad que vive de poco, brotó naturalmente el oficio de vendedor de *cacahuate*, vulgo *cacahuero*.

El *cacahuero*, con ligerísimas escepciones, ejerce su profesion de los seis á los doce años. Pertenece á esa categoría, que se ha dado en llamar de granujas, pero que ha subido un escalon mas; es decir que de mendigar por las calles, de jugar y reñir por las plazas, de eliscar por las puertas de los bodegones, y puestos de vendedores de comestibles, ó de procurarse goces por otros medios que no carecen de inconvenientes y peligros, se ha elevado al rango de comerciante. Su capital social se pasea entre los cuatro y seis reales; los enseres de su tienda ambulante los constituyen un capazo ó cesta, mas bien el primero, cuyas asas sujeta un cordel; dos

ó tres medidas de madera, fracciones del celemin, y un farolito con mechero de aceite. Porque es de advertir que el *cacahuero* es ave nocturna por punto general, sin que por eso dejen de observarse vespertinas y aun matutinas, lo cual debe atribuirse al aumento de la aficion y del *cacahuet*.

Siendo ave nocturna, su aparicion es de triste agüero para los que vivimos con el sol, y con el cielo azul, y con el dia largo. A mediados de Octubre, cuando ya el equinoccio se alejó lo bastante, para que perdiese el equilibrio y el pleito el dia contra la noche, una voz lúgubre, por mas que el timbre pueril y á veces argentino disminuya el efecto, vibra de una manera desagradable sobre el tímpano de los que ya se retiran al abrigo de cerradas habitaciones, y raro es el que no esclama: ya tenemos el invierno encima. Y en verdad que las pobres criaturas no tienen la culpa de que el dia acorte, y la noche alargue, y el frio se entre de rondon; pero como á estas ideas melancólicas se asocia periódicamente la del *cacahuet*, no puede uno defenderse de un sentimiento de pena, al echar una ojeada retrospectiva al mes de Mayo que ya pasó, á las fiestas del Córpus que lucieron, al Cabañal que yace solitario, y á Godella, Burjasot, Chiva, Buñol, Navajas, y otros puntos de deporte autumnal, que van despidiendo á sus huéspedes.

A bien que nuestro carácter nos preserva de impresiones duraderas, sobre todo de cierta índole antipática y fastidiosa. La imaginacion se traslada luego, ó bien á San Martin y á Santa Catalina, con la Albufera y sus tiradas, ó bien á la plaza de San Francisco con su feria y sus turrones, y ya solo queda del *cacahuet* y de su proclamador lo agradable y atractivo, que es el buen rato que se pasa á la lumbre royendo su almendra, y humedeciéndola con un baño, que cierto no es de agua fria, aunque lo sea de agua chirle, gracias á la cristiandad de los taberneros, y á su odio á cosa no bautizada. Desde aquel punto cesa ya la prevencion, y el *cacahuero* se halla en pleno ejercicio de sus derechos. El silencio de la noche es interrumpido por la monótona cantinela del muchacho, y

de cuando en cuando por una voz lejana, ó descendida de lo alto, que grita: *cacahuero*! El viandante pára: trata de penetrar en las tinieblas, y si éstas no le dejan vislumbrar de dónde partió la voz, despide á su vez la frase sacramental: *¿Quí crida?* (¿Quién llama?) Entonces se reitera el llamamiento, y de eco en eco llega al punto donde es esperado. Baja á la puerta de la calle, ó sale del interior, si es casa baja; el comprador ó compradora; llénales la medida bien colmada formando cono, y añadiendo dos ó tres granos de supererogacion, ó bien sosteniendo el cono con la otra mano para que no se derrumbe el castillejo; y el *cacahuero* continúa su peregrinacion por las desiertas calles.

A veces, y no son escasos los ejemplares, el *cacahuero* es invitado á entrar en la casa, donde se le llama, y donde encuentra gente maleante y juguetona, segun nuestro Cervantes; la cual en un abrir y cerrar de ojos se apodera del capazo, lo vuelve de arriba abajo, vierte el contenido, y todos los concurrentes, que llevan dentro de sí lo bastante para no necesitar nuevo *avisillo* de beber, recogen los despojos esparcidos, *avisan* de nuevo, y responden al *aviso*. Si el *cacahuero* es novel, se aflige y llora al verse entre cubas semovientes, dando por perdida su mercancía. Pero el que tiene mas esperiencia del vino en general, y del vino *cacahuero* en particular, ve con tranquilidad desaparecer en los bolsillos y estómagos las tres ó cuatro libras de *cacahuate* que encierra el capazo; cuida solo de salvar éste y el farol, y aguarda el desenlace que no tarda en presentarse. Pregúntanle el valor total de la partida, y oida la respuesta, entra el regateo, concluyendo casi siempre por satisfacer generosamente al *cacahuero* con un ciento por ciento de ganancia, figurando á veces en el contrato por añadidura el capazo y el farol, y sin faltar quien pretenda seriamente incluir en la venta al mismo *cacahuero*. En suma, éste despacha en media hora lo que por los trámites ordinarios le costaria tres dias de escursiones y de ejercicio de gaznate; y va risueño á casa á recontar el beneficio y utilidades de aquella especulacion imprevista.

Aunque el *cacahuero* domina la situacion nocturna, y la esclarece con su luciérnaga ambulante, no reina empero sin rival. El castañero le disputa, no la primacía, porque es imposible, sino la aristocracia del despacho, y el castañero, ave tambien nocturna, lucha á brazo partido, ó mejor, á gaznate tendido con el *cacahuero*, creacion jóven y lozana, llamada á destronar con el tiempo, á lo menos en ciertas regiones, el imperio que de inmemorial ejercian las castañas, y sobre todo antes de la aparicion del *cacahuate* sobre nuestro horizonte. Y en efecto, el castañero mantiene siempre á razonable y respetuosa distancia al ochavejo ó cuartejo ruin, ahogado con seis nudos en la punta de un mugriento pañuelo, ó apretado dentro de manecitas llenas de mocos, los cuales ochavejo y cuartejo sin escrúpulo ni empacho se descaran ante el capazo cacahueril, y son acogidos amistosa y familiarmente en sus rincones, sin que desdeñen su sociedad los demás compañeros, cuya representacion monetaria por milagro alcanza á los ocho maravedis. ¡Qué contraste el de esta democrática franqueza, con el orgulloso tono del castañero, quien sobre no rebajar su mercancía por menos de un real ó diez cuartos libra, con dificultad se aviene á fraccionamientos, que representen menos de la mitad de aquella! Esto siempre es un consuelo para el *cacahuero*; quien ve su jurisdiccion estenderse ilimitadamente, mientras la del castañero va diariamente perdiendo terreno y parroquia. Porque el *cacahuero* vende; y venden los puestos de viejas esquineras, y venden los hornos, y venden *las panolleras* (vendedoras de mazorcas de maiz tostadas), y vende todo el mundo, y el *cacahuate* triunfa, y acapara la influencia de las masas, y hasta sería capáz de producir una revolucion.

He dicho que son niños por lo comun los que se dedican á la especulacion *cacahuera* nocturna y diurna; cuya regla sufre una que otra escepcion. Entre éstas debo citar y consignar para memoria de la posteridad, un tipo tal vez único, que durante siglos registrarán los anales del *cacahuerismo*. Existe un anciano llamado Constantino; vejete alegre, retozon, travieso, y dotado de cierto gracejo natural; digno en suma de figurar en una de nuestras an-

tiguas comedias de capa y espada en el papel obligado de *vejete*. Su físico no riñe con la doble profesion que ejerce. Ojillos vivos y penetrantes, nariz corva y afilada como pico de ave de rapiña, formando la punta continuacion de arco con la barbilla, y entre ambas retirada la boca fisgona y de labios sutiles: la persona diminuta y ligera, los movimientos entre mico y ardilla, y todo condimentado con una inalterable jovialidad y nunca desmentido buen humor. He dicho que desempeñaba una doble profesion. En verano es vendedor de agua de cebada (vulgo cebadero), y en invierno *cacahuero*. Su juventud, si no miente la crónica, fue medianamente borrascosa, cuyas borrascas (y no del corazon) le crearon mas de una vez pensionista de establecimientos costeados por el ministerio de Gracia y Justicia. En su edad actual, que frisará en los setenta, hace tiempo se retiró á buen vivir, y tanto en la venta de la cebada como del *cacahuet*, sus canciones y mímica, que hacen desternillar de risa al esplin personificado, le han procurado un nombre y formado una clientela poderosa. Su querencia se halla, no circunscrita, sino designada comunmente en los arrabales allende el Turia, sin que por eso deje de recorrer las calles de la ciudad, las fiestas y toda concurrencia, donde se le ve a lo mejor soltar el capazo, y ponerse á bailar el minué, jota, fandango y zarabanda, acompañándose con la voz, y sufriendo sin alteracion, y sin perder la sonrisa, la rechifla y hasta los pescozones y tronchazos, que estudiantes, y gente rapáz y descreida tal cual vez le disparan por via de distraccion, aunque sabida ya su heróica tolerancia, apenas hay quien se tome tan brutal libertad, contentándose con oirle, reirse y vaciarle el capazo en cambio de abundante cosecha de calderilla.

De todo lo dicho sacamos en consecuencia que la aclimatacion del *cacahuate* en nuestro pais ha sido un acontecimiento de bulto, y de notable influencia gastronómica, física, y hasta social y política; y que el *cacahuero*, si se analiza con profundidad y detencion, es un poder, una palanca de no escasa fuerza en los destinos de la provincia.

Pascual Perez y Rodriguez.

EL BARRAQUERO.

L tipo que tratamos de bosquejar morirá pronto; el silvido de la locomotora que se lanza á través de un inmenso jardin para llegar hasta el Grao anuncia su agonía: las barracas que se levantan durante el caluroso estío, sirviendo á los bañistas de punto de partida para ejecutar sus escursiones, desaparecerán poco á poco para ser reemplazadas por habitaciones menos primitivas, y su constructor y dueño, el hombre que agota los recursos de su imaginacion, para proporcionar á las personas que necesitan refrescar el cuerpo un barreño de agua del mar y una sábana; el barraquero, en fin, dejará de existir, ó se transformará en otro ser de cuyo bosquejo se encargarán las futuras generaciones.

La civilizacion lo invade todo, y nuestro siglo no se contenta con tomar baños á la manera que lo hacia cincuenta años atrás; á nuestros abuelos, poco duchos en materia de refinamientos, les bastaba un toldo de estera que les interceptára los besos ardientes de Febo; nosotros, generacion raquítica y enclenque, remilgada y melindrosa, nos quejamos ya de las barracas que se levantan en la playa, y deseamos mejoras y citamos los adelantos de otros pueblos y pedimos colocarnos á su altura, y abogamos, en fin, por la muerte del barraquero y de sus hospitalarios albergues.

Y la prensa periódica, ese mónstruo de la época, que invade y lo censura todo, ha dado tambien en la mania de solicitar para los bañistas algo mas que barracas, se ha hecho eco, segun dice, de la opinion pública, y pone todos los años el grito en el cielo pidiendo reformas, y se burla ¡qué escándalo! del aspecto ridículo de los bañistas de ambos sexos.

¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! ¿Qué dirian nuestros abuelos de este proceder indigno si levantáran la cabeza? ¿Qué dirian de nosotros al ver que rechazábamos sus recuerdos y despreciábamos sus tradiciones? ¿No nos llamarian, con justicia, hijos ingratos y desnaturalizados, trastornadores de la sociedad, y enemigos declarados de todo lo antiguo?

Y en verdad que no puede encontrarse un paisaje mas poético que el que se desarrolla ante nuestros ojos si contemplamos desde el mar, la playa de Valencia, al caer de la tarde en uno de los ardientes dias del estío. A la izquierda se prolongan los bosques de naranjos y limoneros, limitados allá á lo lejos por elevadas cadenas de montañas; delante de nosotros se estienden las blancas casas del Grao, las alquerias y las barracas del Cabañal y el Cañamelar, á la derecha, la arenosa playa desaparece confundida con el azul del cielo y la verdosa tinta de las aguas, el muelle se adelanta en medio de todo, ofreciendo á los buques un refugio seguro, á lo lejos aparece Valencia, la oriental y poética ciudad, tan preciada de nuestros abuelos los árabes como la misma Granada, en medio de

un bosque de plantas de todas las calidades, perfumada por el aroma de las flores que crecen espontáneamente en este privilegiado suelo, y el sol que se esconde á nuestra espalda arroja sus últimos rayos sobre este sorprendente panorama y le ilumina con colores fantásticos y tintas mágicas, cuyo secreto no han podido encontrar los pintores. Y ahí, junto al mar, en el último límite de las arenas, besadas por las olas se eleva una multitud de barracas de formas caprichosas y grotescas: son *les barraquetes de nadar*, las barracas de los bañistas, la propiedad del barraquero: ahí está nnestro tipo; vamos, lector, á hacerle una visita.

II.

El abuelo *Pusa* (pulga) ya no sirve para los trabajos que requieren vigor y energía; nació antes que el siglo y los años han debilitado su poderosa organizacion. Marinero en su juventud, nunca abandonó los buques que hacen el comercio de cabotaje y conoce la costa palmo á palmo. Trabajador y amigo de especulaciones intentó algunas empresas comerciales que no le produjerou los resultados que esperaba; introduciendo unas veces tabaco y otras telas estrangeras, á despecho de aduanas y carabineros, se comprometió sin fruto y no pudo nunca llegar á ser dueño de un laúd, que era su sueño dorado.

Desesperado de su suerte y no encontrando otro medio de poner fin á sus males que el suicidio, se casó; desde entonces *Pusa*, abandonó sus arriesgadas especulaciones, dejó de ser camorrista y pendenciero, y se limitó á llevar á cabo los viajes de conveniencia y á esplotar la industria de la pesca.

Los años pasaron poco á poco, y á la vuelta de veinte se encontró con hijos que podian reemplazarle en las faenas mas rudas, con muy pocas fuerzas para trabajar, y con una muger vieja y murmuradora: Desde entonces adoptó una vida mas metódica. Durante el invierno se dedicó á llevar en una lancha pasageros y

curiosos á los buques, á componer redes, á pescar; á la llegada del verano se hizo barraqnero.

Allí le teneis todos los años en la playa; en el espacio destinado á las barracas de las mugeres, la costilla del abuelo *Pusa* proporciona comodidades al bello sexo, él por su parte se encarga de la porcion masculina del género, en el distrito que ocupan las barracas de los hombres. Allí están las barracas del *Pelut*, (el peludo) el *Nano*, (el enano) el *Frechit*, (el frito) el *Bort*, (el espósito) el *Caragól* (el caracol), allí la de la *sabata*, (el zapato) la *crehueta*, (la crucecita) la *gabia*, (la jaula) el *titót*, (el pavo), allí está tambien la del abuelo *Pusa* que tiene por emblema una máscara, por cuya razon se la conoce con el nombre de barraca de la *caraseta*.

Cada individuo paga dos cuartos por el disfrute de la habitacion y esta cantidad aumenta progresivamente á medida que va satisfaciendo exigencias tales como la de pedir calzoncillos, señalar hora determinada y otras semejantes; lo mismo relativamente sucede en las barracas de las mugeres. El barraquero, colocado á la puerta de su establecimiento, vigila á dos ó tres chicos que sirven á los bañistas y al mismo tiempo les proporciona grata conversacion contándoles algunas aventuras de su juventud y sobre todo los maravillosos efectos que producen los baños de mar en toda clase de enfermedades, en especial si los pacientes utilizan su barraca. Tambien suele vender algunos cigarros que siempre tiene *por casualidad* y por complacer á los amigos: esto es tambien un recuerdo de su juventud.

Lo que, sobre todo, hace recomendable al barraqnero, es su honradez y su integridad; para evitar robos fáciles en aquellos sitios va colocando en sus bolsillos los relojes de los bañistas y las sortijas en sus dedos, y no hay ejemplo de que haya faltado una de estas prendas de valor encomendada á su cuidado; su reputacion es antes que nada y la conserva sin mancha.

Su vestido es tan sencillo, que no podria suprimir uua sola prenda, por mas que lo deseara; un *barret* (gorro) negro por lo

regular, libra su cabeza del sol y de la humedad, una camisa de color y un ancho pantalon constituyen el resto del traje, el calzado no lo usa por inútil. Pasa el dia sirviendo á los bañistas y por la noche duerme en la misma barraca, de la que no se separa durante toda la estacion del verano. Su muger, ya hemos dicho que hace otro tanto en la barraca destinada al bello sexo.

Contento con su suerte, el barraquero vuelve, sin embargo, muchas veces los ojos á su vida anterior y no puede menos de exhalar un suspiro al comparar aquella energía y aquel entusiasmo con su inercia actual; recuerda á veces los hijos que tiene en el mar arrostrando los peligros de una vida azarosa, y él que no tembló jamás ante las embravecidas olas, tiembla por la suerte de sus hijos, y una lágrima ardiente se desliza silenciosa por su tostada mejilla.

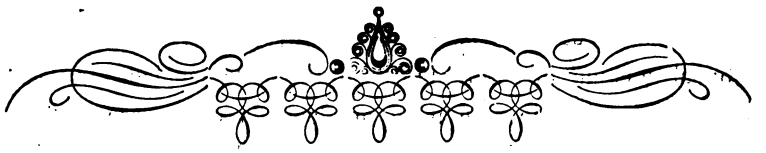
III.

El azul puro del cielo desaparece detrás de densos nubarrones, el viento fresco de la tarde conmueve la superficie de las aguas, y las olas azotan la playa con sordo rumor, la naturaleza va tomando un aspecto meláncolico, la gaviota atraviesa rápidamente el espasio anunciando la tempestad, el invierno se acerca.

Ha pasado la estacion de los baños; el barraquero destruye la choza, recoge los escasos muebles que componen su ajuar: arroja sobre el mar una mirada de gratitud y se dirije al Cabañal á ocupar su antigua habitacion, que ha tenido alquilada entre tanto á una familia de Madrid. Allí pasará el invierno tejiendo redes; contando historias y esperando la vuelta de la primavera para volver á edificar en la playa la barraca de costumbre.

En cuanto los rayos del sol empiecen á hacer notar la necesidad de los baños, la barraca del abuelo *Pusa* será la primera que se alzará altiva sobre la arena de la playa y á la puerta, honrado y reflexivo, se presentará de pie su amable dueño, que nos ha servido para bosquejar el tipo del *barraquero*.

Rafael Blasco.



EL SÍNDICO DEL TRIBUNAL DE LAS AGUAS.

UPONGO, apreciables lectores mios, que os habeis detenido algun juéves delante de la puerta de los Apóstoles de la Catedral: supongo que al pasar por allí, eran las doce del dia, y supongo, en fin, que sabeis el objeto que reune en aquel punto á siete honrados labradores, que escuchan, discuten y fallan en presencia de interesados y de curiosos. Sabeis que aquel grupo se llama el Tribunal de las Aguas. Esa institucion, vestida hoy de chaqueta, pantalon estrecho y sombrero redondo, nació por los años 911 al 976, bajo el gobierno de Abderrhman-Anasir-Ledinala y de su hijo Alhaken Almostansir Bilah. Estos nombres os darán á entender que la institucion que os llama la atencion, nació con turbante y alquicel. No creais por eso, que

voy á referiros su historia: y esto es muy grave, muy serio, muy tribunal; y como el editor de esta obra me ha señalado otro asunto, debo complacerle, apesar de mi decidida aficion á las antigüedades. Siento no poder hablar de las leyes, de las costumbres, de la imparcialidad y de la prontitud de este célebre tribunal; porque el susodicho editor lo lleva á mal y me indica con sus gestos, que hable de un individuo que le parece notable entre los que se sientan bajo los arcos de los Apóstoles. Vereis lo que quiere el editor.

El referido individuo es uno de los siete síndicos de las siete acequias conocidas por los regantes, los molineros y pescadores de caña con los nombres de *Tormos*, *Mestalla*, *Rascaña*, *Cuart*, *Mislata*, *Favara* y *Godella*. La de *Moncada* ocupa una categoría mas elevada; y no puedo decir ahora por qué. Ahora bien, el individuo á quien llamaré el *síndico* elegido por los regantes de su acequia respectiva, es hijo de una alquería grande, blanqueada, limpia, risueña, donde han nacido sus ascendientes desde el tiempo de la espulsion de los moriscos. Abundancia de gallinas, el tinado ocupado por robustos cerdos, la cuadra por un buen par de mulas y dos caballos, algunas ovejas en el corral, sillas de color, vistosas cortinas en los cuartos de familia, las paredes de la cocina adornadas con profusion de utensilios de bronce, y de brillante barro de Manises, los pisos limpios, frescos, lavados todos los dias, las mugeres de la casa aseadas, alegres, bondadosas, y un antiguo sillon de cuero, destinado al estudiantado que ha encontrado allí un asilo: he aquí el cuadro que ofrece la morada en que nació nuestro *síndico*. De niño no vino á estudiar por las calles de Valencia: iba á escuela y llevaba zapatos. Un estudiante pobretron, ó aspirante á maestro le requesaba á medio dia las lecciones, al mismo tiempo que enseñaba á leer á una su hermana, linda y graciosa labradora, cuyas mejillas se colorean constantemente durante la leccion: esta modestia la hacia bajar la voz hasta un punto que desesperaba al pobre maestro. El niño conocia á los semblantes del amo de la alquería: habia visitado su casa y jugado con ellos: conocia su carrera de leer, escribir y

contar en las Escuelas Pias. Su huésped esclaustrado le enseñó á ayudar la misa, y los modales que le distinguian de los hijos de todas las barracas inmediatas.

Cuando el camino estaba malo, el futuro *síndico* venia á Valencia en el carro de su casa; los jornaleros le permitian que montase los caballos y las mulas que se dirigian á la labranza; acompañaba á su madre el dia de Santo Tomás, cuando iba á pagar al amo el arriendo de las tierras de su labor: y egercia sobre los muchachos de la vecindad todo el despotismo de los caprichos pueriles.

Acabada su carrera literaria en las Escuelas Pias, despues de repetidas consultas acerca de su futuro estado, queriendo unos que fuera médico, otros abogado y muchos, en fin, que opinaban por el sacerdocio, pues era de rigor que hubiese un religioso en la familia, optóse últimamente por la vida labradora, fundándose en proyectados enlaces de familia, en combinaciones de intereses y en planes de ventajosa posicion.

El jóven llevó desde aquel dia las cuentas, apesar de que olvidaba la forma de letra que habia aprendido y no leia el *Año Cristiano* tan de corrido como antes; pero en cambio supo dirigir á los jornaleros, los distribuia convenientemente, cuidaba de las caballerías, reprendia á los holgazanes, y manejaba con soltura la jaca favorita. Donde quiera qne entraba recibia las mayores consideraciones de los padres, los nombres mas cariñosos de las madres, las sonrisas mas gratas de las hijas: la eleccion de esposa preocupaba toda la huerta. Por último, hizo lo que casi todos, una vulgaridad: se casó. Una carretela del amo llevó á la novia, á su madre y á la madrina: un faeton al novio, al padre y al padrino: cuatro tartanas á los amigos. Pasearon la ciudad entre multitud de chicos, haraganes y mugeres; cruzaron el mercado entre festiva y atronadora algazara; arrojaron algunas arrobas de peladillas y confites; socorrieron á la puerta de la alqueria á multitud de mendigos; y la novia, hermosa y llena de pudor, oyó mil cosas que aumentaron el color de sus mejillas.

Desde entonces nuestro personage fue mas activo, mas laborioso, mas grave: solo por complacer al Ayuntamiento, llevó á su linda esposa á grupa en una gran festividad. Fue el dia en que le envidiaron los elegantes de la capital: esto lo ha referido él con orgullo á cuantos lo han querido oir, y ella con rubor á las que le preguntaban lo que la dijeron en la carrera.

Su padre, viejo ya, disponia algo en su alqueria; pero el hijo era el alma de todo: era ya importante dentro y fuera de la huerta: era elector para diputados á Córtes. Al entrar en el goce de este derecho, fue buscado, consultado, visitado, obsequiado; y fue individuo del Ayuntamiento de la capital: no presidia los teatros; no abandonó su trage, pero no faltó jamás á una sesion. Su alqueria fué desde aquella época el punto de reunion de los labradores notables de toda la huerta: era el alma de sus deliberaciones; y respetábanle porque trataba con frecuencia al señor conde de M. al señor marqués de H., al señor canónigo N. y á otros muchos caballeros y personas notables que le estrechaban la mano, le admitian en sus casas, le llamaban amigo; y estas distinciones eran muchos mas notables en vísperas de una eleccion. Era una especie de adherencia á la aristocracia de la sangre y del dinero, á la que estaba ligado, sin darse razon de ello. Primero influyó en las elecciones de *síndico* su acequia, y despues fue elegido para este cargo, término de las ambiciones de los notables de la huerta. Es un hombre apacible en su trato: de mirada tranquila, de fisonomía bondadosa; escucha á todos sonriendo; pero su sonrisa no es la del cortesano, ni del hipócrita, ni de los pedigüeños: habla poco, porque no tiene el don de la palabra, como los diputados de la nacion, y siempre meditando; es consultado el último en una cuestion, porque se desea saber su opinion particular: tiene sus máximas peculiares y de cuando en cuando la echa de doctor, achaque general en los tiempos bienaventurados que corremos. Su trage es una mezcla de ciudadano y labrador; pero no abandona el pañuelo de pita que cubre su cabeza por debajo del sombrero, y no ciñe jamás su cuello con

ninguna de las ligaduras de seda ó lana, con que los hombres pensadores apretamos la garganta. Vedle en el tribunal: con los ojos medio cerrados escucha á los contrincantes, sin abandonar la vara nudosa de que se sirve, como los ricos nos servimos de las cañas de Indias. Oidas las partes, aprieta los labios, cierra los ojos, baja la cabeza y escucha el parecer de sus colegas.—Y bien, ¿qué le parece á V.?—le pregunta por fin uno de estos. El interpelado vuelve á apretar los lábios, coje la vara con las dos manos y despues de algunos segundos, principia á esponer su dictámen con un Psi!!!..., que viene acompañado de un meneo de cabeza á derecha é izquierda. Yo... continúa, diré, que... pues... El acusado no tenia razon.... porque esas cosas... ya se vé... otra vez hizo lo mismo; y como nunca se enmiendan... ya lo ven Vds., esto es claro. —¿Y qué hacemos?—pregunta otro de los colegas.—Hombre, eso está visto, que pague.—Corriente, añade un tercero....—Y el negocio se ha fallado: nuestro *síndico* está tranquilo, porque ha hecho justicia; y si quereis probarlo, debiais haber oido á las partes: no se equivoca, no, ha llenado su deber.

Cuando abandona el tribunal se confunde con los acusados y acusadores y allí habla con mas soltura, mas naturalidad: las formas le dejaban mudo, aunque estuviera muy clara su razon.

El *síndico* no es un empleo sujeto á traslaciones, ascensos, ni cesantias; no sigue las oscilaciones de la política, ni el movimiento de la rueda ministerial; no tiene derecho á jubilacion, ni está espuesto á la alza y baja de un sueldo. Pero á falta de tantos contratiempos, sacudidas y percances, goza de un prestigio no conocido bastante de los que estiman la posicion social por el brillo que despide el puño de oro de un baston, ó el número de porteros, de ordenanzas y cordones de campana, que se cuentan á disposicion del funcionario. El prestigio de nuestro mandatario, durante su cargo y despues de cumplido éste, tiene algo de patriarcal; impone sin terror, manda sin inspirar recelo, ni ódio; es estimado por lo que representa, porque lleva impreso una especie de sacer-

docio, venerable por la antigüedad y la santidad de sus funciones. En su elevada gerarquía no es tratado sin embargo, con adulacion, ruindad de espíritu, ni cobarde deferencia: los que acuden á consultarle, sobre la propiedad de una senda, sobre los pasos que debe distar en la huerta una barraca de otra, sobre la prioridad de que goza en el arriendo de una tierra tal ó cual familia y sobre otras cuestiones semejantes, unos y otros le dan siempre el dulcísimo tratamiento de *tio*, que significa para ellos en estas circunstancias tanto como *padre*. Oráculo de multitud de familias, aisladas en ese océano de verdura que envuelve á la capital, aconseja, manda, concilia, y falla en sus contiendas domésticas y en los negocios que han de salir de la esfera de familia. Los viejos le visitan diariamente; los hombres formales forman sus reuniones en los bancos que se levantan debajo del emparrado, que sombrea la puerta de la alquería del síndico, y los jóvenes le saludan con respeto cuando lo ven pasar. ¿Aumentan las contribuciones? ¿se estiende el radio? ¿peligra la paz de la huerta? Nuestro personage recibe, escucha, va, viene; y millares de brazos robustos se levantarán á su voz, si él lo indica solamente. Se halla en su mano la resistencia y la transaccion, dispone de la paz ó de la guerra. ¿Quiere luchar? En este caso, oireis en seguida el formidable rumor de que ha resonado en la huerta el terrible *caracol*, instrumento bélico, que ya ha desaparecido, pero que aun espresa en el dia el levantamiento en masa de una inmensa poblacion, que acude á las armas de una manera espantosa, como se ha visto dos ó tres veces en lo que contamos de este siglo. El alma, el espíritu de esta gran sedicion es el síndico: esto indica su poder: poder humilde á los ojos de otros poderes, menos robustos, aunque mas esplendorosos, pero que cuenta con millares de súbditos obedientes, sumisos y adheridos á él.

Así se le comprende en nuestra capital. En circunstancias críticas, las autoridades superiores le llaman, le consultan, le interrogan, le oyen; y no son por cierto despreciados sus avisos. Sin

frases estudiadas, sin tono parlamentario, ni forense, pero con esa franqueza ruda, pero autorizada, que adquiere el *síndico* en sus funciones, sabe decir la verdad y esponer su opinion, que pocas veces suele ser despreciada. De aquí resulta la especie de intimidad que liga á estos funcionarios de la huerta con las autoridades y magnates de la capital: el *síndico*, á pesar de su trage humilde, es una influencia en todas partes, porque es una potencia y una necesidad. El dia que desaparecieran estos patriarcas de nuestra huerta, ese pais, tan hermoso, seria temible: los *síndicos* son sus tutelares, sus guias, sus moderadores, sus consejeros, sus sacerdotes en fin.

La vejéz de estos personages es un objeto de veneracion: es preciso verlo, para comprender el grado de cariño y de respeto que se les profesa. Si algo queda entre nosotros de los tiempos primitivos; si algo resta de los antiguos caudillos de los pueblos, se encuentra en esta clase de ancianos de nuestra huerta. Representan siempre la institucion: los siglos han progresado, las revoluciones lo han destruido todo; y esta institucion ha permanecido de pié.

El *síndico* es un monumento: el pueblo labrador le venera: él le sirve de pedestal; para matarle, es preciso ahogar la agricultura.

Se concluyó el juicio, señor editor: he dibujado al *síndico* como he podido y he sabido; pero es un personaje tan histórico y tan formal, que no quisiera haberle ofendido, ni este es mi ánimo, y desde luego retiro cualquiera frase que pudiera desvirtuar á estos representantes de una venerable institucion. Me ha puesto V. en un compromiso; si he salido bien, mejor para los lectores.

Vicente Boix.

EL CAFETERO.

ECIDIDAMENTE quiere V., amigo editor, que hable yo del cafetero? Pero, señor, ¿qué he de decir de un tipo que todos conocen?—Doy por sentado que V. me dice: «nosotros no escribimos este libro para los que al presente ven á cada momento á nuestro tipo ir de calle en plaza todos los dias que Dios amanece, sino para los que en lo sucesivo, allá pasados, algunos años, quieran saber lo que es en nuestros dias el cafetero de Valencia. Es decir, que escribimos para la posteridad.» ¡Gran palabra! ¡magnífico! Esto me satisface, y voy á principiar.

Cuando yo vine á Valencia, viajero oriundo de un mundo des-

conocido—(del limbo tal vez, puesto que no recuerdo de él pena ni gloria.)—¡ah! y ¡*qué descansada vida*! se me viene ahora á la mente decir con aquel sapientísimo y virtuoso varon á quien no gustaba *el mundanal ruido*....—cuando yo vine á ver la luz pública en esta mi queridísima ciudad del Cid, que Dios prospere, ya el Nuevo Mundo descubierto por Colon, se habia hecho viejo entre nosotros y entre los ricos tributos que desde muchos años atrás viene rindiendo á nuestra madre patria, hacía ya tiempo que era conocida y esplotada en Valencia la semilla de la *cofea arábica*, llamada *café* en toda tierra de cristianos. Ya entonces habia en nuestra capital dos ó tres cafés. y si no los habia serian cafetines; que en esto no estoy muy seguro, ni el corto plazo que el editor me concede para escribir este artículo me permite recoger mas datos sobre la materia; sean cafetines y no insistamos mas: ya entonces habia dos ó tres de estos establecimientos, repito, y paréceme á mí que desde aquí estoy viendo como, nuestros sencillos y morigerados padres, algunas tardes, de vuelta de su paseo, entraban en una pieza oscura, alumbrada únicamente por un quinqué melancólico, y se sentaban ante una modesta mesa de pino, á departir un rato y á tomar su exigua racion de lo que hoy llamamos *caldo de higos* y entonces llamarían con toda formalidad *café*.

Desde entonces esta industria ha tomado creces. Ante todo, ha habido que decorar con lujo los establecimientos destinados al consumo del mencionado artículo. En aquel tiempo apenas concurría algun desocupado á tomar algo en ellos; hoy una población flotante hace de los mismos su residencia habitual, y dejando en su seno cada uno su contribucion pecuniaria, ayudan entre todos á la crecida que el estado les impone. Antes se servia una cosa mal llamada café, y nada mas, ó poco mas que esto; hoy se sirve café puro, y además licores, vinos, cerveza, sorbetes, pasteles, cigarros, y hasta política y literatura en enormes sábanas escritas, llamadas *periódicos*; y en fin, es probable que mas adelante se sirvan, como en el café Europeo de Madrid, almuerzos y cenas.

De lo dicho se deduce, que los establecimientos donde se sirva café, que no reunan las circunstancias antedichas y no estén por consiguiente á tal altura, merecerán otro nombre; efectivamente, tienen otra categoría y se llaman de otra manera.—Ahora me arrepiento de haber siquiera supuesto, que los antiguos cafés de Valencia, por modestos que fuesen, pudieran llamarse cafetines. Los cafetines son una especie de cantina en donde se sirve *peñascaró* de diferentes colores con otros tantos nombres, buñuelos y *café*. Aunque mas, hija y dependiente de esta, existe la industria cuyo representante es el amable señor que nos hace el obsequio de servir de tipo para este artículo, el *cafetero* ambulante.

Ea! ya hemos llegado á nuestro asunto.

El cafetero ambulante es muchas veces, ni mas ni menos, que el propietario de un cafetin, el cual, para lucrar doblemente en determinadas horas, lo concilia todo dejando en casa una cafetera y llevándose otra, es decir, dejando al frente del *tinglao* de casa á su costilla, en tanto que él recorre las calles con una cafetera de hoja de lata; otras veces es dependiente de la casa, y las mas suele ser un individuo aparte, que negocia por su cuenta y riesgo, tomando generalmente fiado el café que vende por la ciudad.

Un amigo mio muy dado á aventuras nocturnas, y que por sus pecados ha tenido alguna vez que ir á esperar la aparicion del dia en una buñolería ó cafetin de los que hago mencion, me ha iniciado en estos secretos del ramo, y me ha referido con frecuencia algunas de las escenas preliminares que preceden á la aparicion del cafetero, por esas calles de Dios. Si quereis, lectores, tener una idea de alguna de esas descripciones que á mi amigo he escuchado, oidme. Imaginaos uno de esos cuadros de tintas sombrías, de esas costumbres flamencas, que adornan en preciosa multitud el Museo Nacional de Madrid. La luz de un mísero candil alumbra apenas la estancia en que se ven tres ó cuatro mesas deterioradísimas: sentado negligentemente se apoya en una de ellas á las veces un mu-

chacho harapiento, de esos que no tiene hogar ni familia, y teniendo delante de si una copa de aguardiente, entona con el monótono compás de nuestros cantos populares un cantarcillo que pica como pimienta: otro muchacho, que por los rotos de su chaqueta enseña su camisa y por los de esta sus carnes, acompaña el cantar golpeando con las palmas en otra mesa que ocupan él y una copa medio vacía. Una moza despeinada, despues de haber limpiado el mostrador y sus adherentes, se entretiene en meter masa en una caldera llena de aceite hirviendo y sacar buñuelos con una ligereza notable. La dueña del establecimiento preside estas operaciones, y el cafetero, si no es de casa, preocupado entretanto con los preparativos de su venta, va y viene, trae fuego para su hornilla, llena la cafetera, ó busca, en fin, algo qne le falta para su avío. Al mismo tiempo y de paso, ora dice una chanza á la buñolera, ora impensadamente la toma un buñuelo ó dos: por fin, arregla con la dueña sus cuentas pendientes, se cala el *barret*, se atiza un latigazo de aguardiente, enciende un cigarrillo, echa un requiebro al ama, si lo permite, y despues de frotarse las manos con satisfaccion, se echa afuera sin temor al frío, y ofreciendo á voz en grito á los madrugadores su cuotidiano «café caliente.»

Ya tenemos al cafetero en pleno ejercicio de sus funciones. Con la dudosa luz del crepúsculo vuelve al mundo el confuso rumor de la víspera: suenan alternativamente el toque de alba en los templos, el de diana en los cuarteles, el agudo silbido de la locomotora que parte, en la estacion del ferro-carril: ladran los perros, se abren las tiendas, y pasan corriendo los carros que acarrean frutas y verduras al mercado: entonces, entre tantos rumores diferentes, suena la voz grave de nuestro hombre, que sale al encnentro á las criadas y á los asistentes, gritando: «café.»

Van las pobres fámulas soplándose los puños de puro frío, y él, abrigado con su grueso chaqueton, calado hasta las orejas su tradicional *barret*, añade entonces «¡caliente!»

Viéraisle á esta sazon con qué rapidez recorre multitud de calles

y plazuelas, repartiendo aquí y allá tazas de su humeante líquido, animando á los mas frios á tomar una racion con la seguridad de que está «calentito, caliente.» Viéraisle llegar á las administraciones donde parte ó llega alguna diligencia, ó cuando no, á la estacion del ferro-carril, y por último, dirigirse á la plaza del mercado, donde le esperan las vendedoras, á las cuales reparte él su respectiva taza entre saludos y buenas palabras, que nada quita lo cortés á lo comerciante. Allí la *lletuguera*, la *panaera*, la *taronchera* y otras son servidas sucesivamente, y nunca dejan de relamerse de gusto, aunque al devolverle el platillo, no pocas veces le reconvienen, ora *perque no está próu carregaet*, ora *perque té póc sucre*, etc., á todo lo cual satisface èl como puede, cobra el contingente y pasa adelante.

Despues de esto, la concurrencia que va afluyendo á la plaza la llena completamente, y entre ese *maremagnum* cuya animacion creemos que pocos mercados ofrecerán, el cafetero sigue haciendo su agosto.

Cuando ya el relente de la mañana no se deja sentir, la gente apetece poco la mercancía de su vehículo, y nuestro hombre por lo tanto, desaparece. Con todo, aun si le quisiéramos hallar no nos seria muy difícil verle á las puertas de las posadas; pero en esas horas no hace gran negocio, no aspira á mas que á pasar el rato hasta la hora en que acostumbra retirarse á casa: llegada la cual, no vuelve á dar cuenta de si hasta que anochece, semejante en esto á los murciélagos. En esa hora vuelve á aparecer en público y se oye su voz á la puerta de las posadas, bodegones, etc., en las plazuelas, cerca de los cuerpos de guardia, y en una palabra, en todos los *grandes centros* donde á tales horas hay animacion y movimiento de gentes, en especial de ciertas gentes.

El todo lo recorre, todo lo husmea, en todas partes está: detalle indispensable en todos los animados cuadros que por doqueir ofrecen las calles de la capital, su figura impasible aparece en último término siempre que hay riña, atropello ú escándalo. Si eres ar-

dista, lector, y te gustan las costumbres, ya te doy que hacer con él: ¿quiéres reproducir un altercado entre dos mozos *rasgaos*? te puedes olvidar, si quieres, de poner un agente que medie entre ellos, pero no te olvides de poner entre los mirones uno mitad hombre, mitad cafetera, ese es nuestro protagonista: se trata de una riña de mugeres de plazuela, de un accidente cualquiera? no omitais el cafetero: sin este accesorio el cuadro seria incompleto.

El cafetero se retira tarde: cuando las gentes salen de los teatros aun oyen su canto que á lo lejos se confunde con el del sereno: del mismo modo que al amanecer asedia á los madrugadores, por la noche aun á última hora persigue á los rezagados. En esto disiente notablemente el ejercicio de su industria del de otras muchas ó del de todas: en efecto, los demás vendedores de fruslerias y comestibles tienen horas mas cómodas destinadas para la venta: él únicamente es quien tiene precision de arrostrar el *gris* de las mañanas de Enero y las corrientes frias de las noches de Marzo: él es, como si dijéramos, la avanzada de esos innumerables hijos de la pobre plebe que salen á buscarse un pedazo de pan con ese comercio de mentirigillas. El cafetero es el último que abandona el campo y el primero que rompe el fuego; pero campechano siempre, alegro á pesar de lo molesto de la hora, observador maligno de los mil accidentes con que amanece el mundo, gacetillero que, si llevase á un periódico los mil chismes que recoge á su paso, daria material para una crónica larga, ó cuando menos para una letrilla v. gr., como la siguiente:

EL CAFETERO.

Estas noches y estos dias
Hace un frio que traspasa;
Por miedo á las pulmonías

No hay quien salga de su casa
Sin su taza de café.
¿Me entiende usté?
Hoy toma toda la gente
Una tacita. ¡Caliente!
¡Café, café!

—

¡Alza! ¿habré visto yo alguna
Que se sepa tratar bien?
—Diga usté que no ¡fortuna!
Que no lo toma... ninguna
Tan caliente como usté.
¿No me espliqué?
Que lo diga el *so Visiente*
Que lo sabe bien. ¡Caliente!
¡Café, café!

—

Cuando salgo se retira
De la *timba* Don José,
Y de estar tira que tira...
Lleva una cara... que inspira
Lástima; pues ya se vé,
Un mal entrés
Le arrancó el último diente,
Y el pobre vuelve ¡caliente!
¡Café, café!

—

¡Hola! Damian y Damiana
A la misma hora que ayer
Han abierto la ventana.

—¡Parroquiano! ¡parroquiana!
No bajan. ¿Qué les diré?
¿Me entiende usté?
Cómo se asoma la gente
A tomar fresco. ¡Caliente!
¡Café, café!

—

Deja él la ventana abierta
Y ella hace que no le vé.
¿Si bajarán á la puerta?...
No se sabe cosa cierta,
Mas yo espero aquí.—¿Qué haré?
¿Me entiende usté?
Como están los dos de frente
Lo toman juntos. ¡Caliente!
¡Café, café!

—

De la plaza Villarrasa
Hoy sale coche, y tendré
Que llevarles (que se pasa)
Una taza de café.
¿Cuándo podré
Libre del frio relente
Ir al lao de mí...—¡Caliente!
¡Café, café!

La anterior cancion, digna de la memoria del célebre *Tino*.... —Y á propósito de *Tino*, ¿No saben Vds. quién es *Tino*? *Tino* es el proto-tipo de cuantos cafeteros hayan existido y existirán en adelante en Valencia: *Tino*, al dejar por otra no menos honrosa la antigua industria en que se ha hecho memorable, ha dejado á sus

sucesores dignos ejemplos que imitar, y trazado para los que vengan sobre su huella, un honroso camino que recorrer con gloria. El café le debe en gran parte la propagacion de su consumo, y los vendedores de café molido, los propietarios de las lonjas de ultramarinos, *els botiguers del Mercat*, le deben un monumento sino quieren que la posteridad les señale con el dedo y arroje sobre su memoria la vergonzante calificacion de ingratos. Hé dicho.

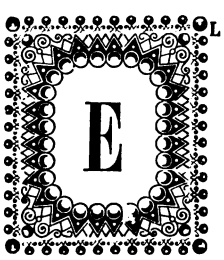
—Pero, señor editor, ¿aun quiere Vd. que diga mas? ¿Qué quiere Vd. que diga? que el cafetero, en verano se convierte en horchatero? que.... ¿no basta aun? Considere Vd. que no es floja obra, charlar tanto con tan poca sustancia.—Dispénseme Vd. por hoy. El tiempo urge y.... Hé dicho.

Pedro Yago.

LA TOSTONERA,

vendedora de Tostones.

(Vulgo) TORRATERA.



EL que tome el agua desde muy arriba, quizá no encontrará sobra de novedad ni originalidad en un tipo, que cuenta modelos en siglos remotos. En efecto, habia entre los romanos y en la época de Horacio, compradores de tostones (torrat),

Fricti ciceris, et nucis emptor,

como dice el mismo en su célebre epístola á los Pisones; lo cual no podia verificarse, sin que hubiese vendedores ó vendedoras. Aunque sin devanarse mucho los sesos, y sin apelar á la autoridad de Horacio, á cualquiera se le ocurre, que siendo aquella tierra de garbanzos, crudos no los comerian, y de allí á

cocidos, y de cocidos á tostados no hay sino un paso; y tampoco es de presumir que todos los aficionados á esta comida, tuviesen habilidad, ó humor, ó tiempo de tostarlos; por donde, de ilacion en ilacion se saca, que los buscarian, y los comprarian, y se los venderian. Hacemos esta generosa concesion á los que hilan delgado. Fáltanos ahora demostrar que, á pesar de todo, la vendedora de tostones valencianos, que nos proponemos colocar en berlina, es un modelo *sui generis*, y que semejante á ella no se halla en toda tierra de garbanzos. Vender tostones! Eso está dicho muy pronto. Vender! Cualquiera vende, si le compran.... Pero saber vender tostones, rodearlos de una aureola de atractivo y seduccion, que haga de su comercio y de su venta una especialidad.... esto solo es concedido á la *torratera* valenciana; y hé aquí lo que la constituye un tipo único, y con derecho á un asiento en la galería de los *Valencianos pintados por sí mismos*. En efecto, la *torratera* se pinta sola. Y de paso advierto que el bello sexo egerce el monopolio esclusivo de la venta de tostones, sin que el feo tenga en ello intervencion, á lo menos ostensible; y aunque la duracion de su imperio en la Ciudad es *flor de un dia*, el eco de su triunfo dura todo el año, y forma un sonido continuo, encadenando la deliciosa impresion de lo pasado con la seductora del porvenir. Espliquémonos.

Las romerías son una de las necesidades mas apremiantes de los pueblos. El sentimiento religioso se hermana en ellas al natural instinto del placer, aquel santifica éste, y persona que escrupulizaría asistir á una corrida de toros, ó á otra funcion puramente profana, creerá contraer un mérito para con Dios, visitando en romería tal templo, ó tal ermita, y procurando al paladar ciertas satisfacciones consideradas como parte de la ceremonia. La proverbial piedad de los valencianos ha pagado su tributo á esta necesidad, y consagra una especie de primicias del año á las romerías en los meses de Enero y Febrero, con la visita de ciertos santuarios, dedicados á ciertos Santos. Estos son San Antonio Abad, San Vicente Mártir, San Va-

lero, la Purificacion de la Vírgen, San Blas, y la Vírgen de Campanar. Las puertas y cercanías de las iglesias bajo las dichas advocaciones, de las cuales unas están situadas intramuros, y otras en los cuarteles y arrabales, se ven ampliamente surtidas de comestibles y golosinas saladas y dulces, entre las cuales los *tostones* (vulgo *torrat*) figuran en primera línea.

Comienza la originalidad de la fiesta en el título mismo con que se la distingue, que es el de *porrat*, nombre, cuyo orígen no es del caso averiguar, porque hallamos su esplicacion en la simple y mera corrupcion de *torrat*, y sustitucion de una *p* á una *t*. Ello es, que la palabra ha recibido la soberana sancion del uso, cuya voluntad, segun el citado elogiador de los compradores de tostones romanos, es suprema ley. Ello es tambien que el *porrat* de San Antonio, *porrat* de San Valero, *porrat* de San Blas, *porrat* de Campanar, designan sin lugar á equivocacion la feria de tostones en los puntos citados, y es palabra que suena agradablemente al oido de un valenciano devoto y aficionado á las golosinas. Y hé aquí porque tal vez no se les apellida: *romería de San Blas*, *de San Valero*, *etc.*, sino que se especifica lo que es objeto, ó capital, ó muy principal de la devota visita, la compra del *torrat*. Verdaderamente que para unos ojos y corazon genuinamente valencianos no deja de ser espectáculo tentador aquella larga fila de mesas, verdadero mosáico de golosinas, que llaman y atraen poderosa é irresistiblemente el contenido de los bolsillos. El aparato de cada *torratera* se compone de los siguientes adminículos. Una tijera semejante á la de un catre, aunque de piernas mucho mas elevadas, sostiene un anchuroso y desahogado tablero movedizo; de suerte que en un abrir y cerrar de ojos se desarma el aparato, quitando el tablero, y doblando la tijera. Fijo aquel sobre ésta por medio de dos listones, los cuales la impiden abrirse mas allá de los límites que le prescriben, se tiende sobre él un lienzo blanquísimo, y por toda su superficie se van distribuyendo en montones, prudente y sábiamente calculados para la mejor visualidad y contentamiento de

los ojos espertos, almendras y avellanas tostadas, castañas pilongas, ciruelas-pasas, orejones, y una especie de roscas garapiñadas, en cuya confeccion entran el huevo y la harina, y el azúcar cristalizado. Parecerá estraño que en la precedente esposicion no figure el producto principal, el rey de la romería, el *torrat*. Pero es porque ocupa un lugar único y privilegiado en sendas sillas, flanqueando el cuerpo de la *torratera* á ambos lados, y colocado en cuatro ó seis sacos de lona segun la calidad del garbanzo. Y los sacos no se dejan ver así como quiera, sino que el contenido llena hasta la mitad de ellos, y el resto del saco hasta el borde superior se arrolla curiosamente, formando un bordon en torno del *torrat*, logrando con ello el doble objeto de hermosear coquetamente la mercancia, y recogerla sin trabajo, terminada la feria, con solo desarrollar la mitad superior, y atarla con un cordel por donde toca al contenido. No faltan mesas donde los sacos de tostones se ponen mas en evidencia, colocados sobre el tablero; pero lo comun es no abandonar su puesto privilegiado. Entre ambas pilas de sacos, y detrás de la enunciada bateria de golosinas, descuella y domina la *torratera*, por regla general, fresca, lozana, rolliza, de ojos árabes provocadores y risueños, sentada sobre una elevada silla, que la deja dueña de sus movimientos, y resguardada por los flancos con los torreones de que hemos hecho mencion. El trage, que participa del pintoresco de la huerta y del de la ciudad, es siempre rico y elegante, y las joyas que adornan la cabeza, cuello y orejas de las *torrateras*, son algunas veces de no escaso valor por las perlas y pedreria que las enriquecen. Y esta limpieza característica de las valencianas, y que forma ley inviolable en las *torrateras*, es observada aun de aquellas, que ven ya muy lejos los umbrales de la juventud, y que sin embargo no desdoran el puesto, á pesar de las arrugas de sus rostros.

Pero los sitios escogidos para desplegar una *torratera* su mercancia, y no pocas veces sus gracias y atractivos, no son tampoco fiados al acaso. Porque si bien la generalidad se condensan en las

inmediaciones de la iglesia ó ermita término de la romería, las hay que prefieren sentar el campo á larga distancia, en una de las principales avenidas que conducen al punto; como sucede por ejemplo en el *porrat* de San Antonio, en el cual se ven puestos de *torrateras* en la bajada del puente de Serranos; observando, y no desacertadamente, que hay aficionados, que al primer envite ceden, en especial, si hay niños y novias á quienes contentar y obsequiar; y que los hay que no gustan de ir cargados largo trecho con el pañuelo del *torrat*; y á éstos les acomodará proveerse al regreso, ganando de descanso todo lo largo de la calle de Murviedro, emblema de la longitud, y aun mas de la suciedad por sus proverbiales baches é histórico lodo. De aqui se infiere que la eleccion de puesto no es asunto indiferente para las *torrateras*, y es en tanto grado verdad, que no faltan quienes toman posesion desde el dia anterior, tendiendo en el suelo la tijera doblada, y sobre ella el tablero, á fin de que otra no se les adelante á ocupar el espacio, que consideran como mas ventajoso á su despacho.

Ello no obsta para que el diablo que todo lo añasca, haga de modo que el sitio que *sobra*, no contente á las que llegan tarde. De aqui resultan polémicas científico-geométricas acerca de la estension del área, que á cada una concede la ley para construir; un palmo, un dedo es objeto de acalorada discusion; no es raro que intervenga la fuerza bruta, y que el hermoso y tentador edificio vaya rodando por esos suelos, y que la ofendida se dispare contra la ofensora, y que jueguen las uñas, al acompañamiento de *allegro agitato y vivace*, y.... Pero entonces.... perdona lector.... entonces.... desaparece la *torratera*, y se funde en el tipo general de la *muger pendenciera*, para el cual es ocioso gastar tinta y papel, porque es planta indígena de todos los climas, y de todos los paises del mundo.

En cuanto á la calidad de los artículos que vende, por punto general es buena y admisible, aunque entre ellos los haya de diferentes clases y precios. Porque no es el mismo el del *torrat* de

garbanzos del Saúco, que el de garbanzos ordinarios; ni éste el de los carcomidos y rotos. Tampoco lo es el de las almendras del *vale*, comparado con el de otras calidades inferiores, y así de lo demás. Respecto á las castañas pilongas. sufren alguna modificacion, porque como la provision que de todo se hace, es abundantísima, sucede que hay sobras de un año para otro, y este sobrante no se ha de echar á perros. Conténtanse pues las *torrateras* con mezclarlas con otras mas jóvenes, y allá pasa. Pero de todos modos fuera de desear que las pilongas hablasen, para oir de algunas de ellas como testigos presenciales, episodios del pronunciamiento del 43; y lo que es al tiempo de ser vendidas, podrian asimismo reemplazar sin inconveniente á la arcilla refractaria para hornos de alta presion. A pesar de ello se venden; ¿y quién seria capáz de resistir á la, no digo retórica, sino poesía destilada por labios rubicundos, y resuelta en frases, ya suplicantes, ya estimulantes, ya festivas, ya provocadoras, y siempre poderosas, usadas con femenil agudeza segun y como conviene, y segun y cual es el sexo y condicion de los devotos, blanco de sus tentaciones? Porque hay personas, en especial jóvenes que galantean, para quienes es un deber imprescindible *hacer el pañuelo* (fer el mocador) á su prometida; es decir gastar en el puesto del *torrat* cuatro ó seis reales; y á éstos es á quienes se dedican aquellas á envolver con preferencia en sus dulces redes. Dicho se está, que una vez mordido el anzuelo, tienen hecho su negocio; porque no hay enamorado mezquino, y se creeria deshonrado á los ojos de su querida, si pensase ni aun remotamente en regatear. La traviesa *torratera* le pide el pañuelo, lo estiende curiosamente por encima de los montones de almendras, ciruelas, avellanas, etc., le pregunta si quiere dos ó tres libras de *torrat*, con la esperiencia que tiene, de que algunos se ruborizan de pedir una; coge en su blanca mano un puñado de tostones, los enseña y ofrece á prueba, ponderando su bondad esquisita, é inmediatamente introduce el plato de la balanza en el saco repleto, y pesa, haciendo alarde de bizarría y generosidad, el obligado *torral*, prin-

cipe de la fiesta. No deja enfriar las buenas disposiciones del comprador: dale en seguida á probar de todos los demás artículos, inclusas las pilongas, elogiando su blandura, aunque al mascarlas salte un diente en dos pedazos, y por fin, despues de haber estirado y hecho prestar la longanimidad del pobre novio, ata curiosamente las puntas del pañuelo, lo entrega á éste y á veces á aquella á quien va destinado, y presenta verbalmente la cuenta en globo, haciendo creer, ó á lo menos tratando de persuadir al bondadoso parroquiano, que solo por su buena cara le hace un barato ruinoso á sus intereses. Si es muger la que compra, ó alguno de aquellos que miran el *torrat* como parte integrante de la romería, y lo compran por devocion, ofrece el de los sacos superiores, almendras ordinarias, y pilongas ancianas, sin resabio alguno de juventud, haciendo tambien con ellas su negocio, y completando el sistema de colocacion de su género de la manera mas ventajosa posible.

Los cuidados y práctica que requiere la preparacion del *torrat*, y demás artículos que figuran en la mesa de la *torratera* valenciana, serian sobrado dispendiosos, si su objeto único fuese lucir en los seis ó siete dias que indicábamos al principio; y las utilidades que reportasen, no estarian en consonancia con los gastos que representan. Pero la *torratera* no brilla solo en la capital: doquiera que hay fiestas que celebrar, y (cada pueblo de su provincia tiene la suya), doquiera que hay reunion de gente, sea cual fuere su objeto, alegre ó triste, allí se presenta, allí despliega sus recursos, allí cautiva, allí vende. Por eso se la vé hasta en las puertas del cementerio el dia de difuntos, como en las procesiones, y demostraciones de júbilo popular. Su traslacion de la ciudad á los pueblos no se hace sin estrépito ni aparato: muchas tienen carruage propio, otras lo alquilan; y llama la atencion de vecinos y transeuntes el momento de la partida, viéndoselas encaramadas en los vehículos, llenos hasta el tope de mesas, palitroques, sacos, cestas, y otras baratijas propias de la profesion. Terminaremos diciendo que los barrios de predileccion donde se albergan las *torrateras*, son las

calles de la Muela, Cubells, y adyacentes, bien que no las deja de haber esparcidas por otros puntos de la ciudad. Hay tambien *torrateras* perenes, que tienen, por decirlo así, arrendado un sitio en el Mercado por las inmediaciones de la fuente, para contentar á los que, sin ser devotos de romería, no son menos apasionados á los tostones, y roen con placer almendras y castañas, aun cuando éstas cuenten algo atrasada la fecha de su nacimiento.

Pascual Perez y Rodriguez.

EL PESCADOR DE CAÑA.

No es este un tipo que caracteriza las costumbres del pueblo valenciano, de ese pueblo jovial, activo, emprendedor maravilloso, y sin embargo tomamos el pincel y la paleta para ofrecer al público un boceto en el que se vean delineados los rasgos que marquen la fisonomía del personage que vamos á retratar.

En todos los paises existen pescadores de caña. Y se dirá tal vez por ello, que vamos á describir un tipo general: grave y notable equivocacion; el pescador valenciano y prototipo de esta industria negativa, puede servir de modelo á cuantos se dediquen á ella en toda la redondéz de la tierra. Aqui se pesca al anzuelo, en

[illegible]

[illegible]

[illegible]

jugador que pierde y el pescador de caña son los individuos que mas se abstraen del mundo en que viven; el una fija toda su atencion y su esperanza en el naipe que cree su felicidad, el otro fija su vista en las aguas, con la esperanza lisonjera tambien de que un pez le dé un placer inesplicable. Ambos fanáticos, é incorregibles en sus tendencias, y abrigando ambos la conviccion de que su fortuna pende del azar y del enigma que han de llegar á ver resuelto. Una circunstancia los presenta no obstante como tipos antitéticos, la de que el jugador puede mejorar de condicion si le da el viento del favor, mientras que el pescador al anzuelo ha de empeorarla, como capital en constante baja, y continuamente consumible.

Se dirá tal vez que el personage que nos ocupa es tratado con demasiada severidad, y que tan solo se toman en cuenta sus defectos. Somos justos y queremos reproducirle con la mayor exactitud, no pudiendo prescindir por ello del detalle indispensable que venga á formar el raro conjunto de cualidades que son propias de nuestro recomendado. Y ocurre otra cosa singular; siempre la generalidad de los hombres aplica y dirige frases benévolas hácia el que se ocupa en diversiones inofensivas y pacíficas, y faltando á este principio se guardan para nuestro pescador los mas calumniosos dicterios, y las mas torpes y burlescas murmuraciones, ¿cómo hemos de pintarle pues? del mismo modo que le vé la sociedad, para que no se le ocurra la pesada chanza de que nuestro retrato no tiene semejanza al original. Si es inocente y le condenan, la culpa no es nuestra; si es pacífico y le injurian, paciencia, así encontramos las cosas, así debemos dejarlas.

Los pescadores de caña tienen en Valencia y sus alrededores frecuentes tertulias en las que se conciertan para sus espediciones, y se habla estensamente de lances que diariamente les ocurren. Escusado es añadir que siempre se las prometen felices para el dia siguiente, y que con aire de triunfo producen algunas frases enigmáticas, como significando que poseen el secreto que les ha de conducir á una gran pesca.

Ellos saben como el acequiero mas hábil y entendido, el tandeo como la limpia de las acequias, y cuantos accidentes sufre el riego de nuestras hermosas campiñas, porque fuera indisculpable no estar en los pormenores que conduzcan á una feliz operacion, que mereciéra la crítica punzante entre los del oficio.

Por lo regular los pescadores salen acompañados de un camarada, con ánimo de separarse en el sitio que les convenga; andan precipitadamente, y no se entretienen en su marcha aunque se les llame; en tal momento van agitados por una ilusion brillante. Qué dicha si encuentran turbias las aguas, porque sea dicho de paso, las aguas cristalinas no hacen maldita la gracia á nuestro héroe.

Llegan pues al término de su espedicion, y con actividad incomprensible, arman la caña, dejan los aprestos en el suelo (vulgo orneig), se persignan, dirigen una mirada escudriñadora por los campos inmediatos, y teniendo que lamentar siempre algun pequeño contratiempo, arreglan el cebo, lo colocan, y manejando con cierta maestría el instrumento de sus lides, lo dejan caer sobre las aguas, animándose por las mas halagüeñas esperanzas.

Aquí debiera ponerse una línea de puntos suspensivos, porque á escenas tan activas siguen el silencio, la calma, la postracion, en que naturalmente deben caer hombres que fijan todas sus ideas en el albur en que juegan la mayor parte del tiempo de que pueden disponer. Su pensamiento cruza en todas direcciones por el fondo de las aguas, y casi seres anfibios se pegan como la ostra cerca de corrientes y los lagos, con una inmovilidad que asombra.

Hay dias fatales para el pescador de caña; cuando reina cierto vientecillo que les impacienta; cosa admirable, atendida su imperturbabilidad: entonces el pescado come á su sabor sin caer en el engaño, y el hilo se vé flotar por el espacio cien veces sin que una sola presa venga á premiar el suspirado anhelo de quien de buena gana se echaria en aquellos momentos de desgracia á lidiar en su desesperacion á brazo partido hasta con un cetáceo. No es estraño verle en tales horas variar de sitio, saltar, moverse con agilidad,

para dar de frente con la fortuna que le volvió la espalda; porque perdió la tarde, y no lleva muestra siquiera que le acredite en su fatiga, y teme la rechifla. En este caso se retira aburrido, maldiciente y de malísima espina, como si por el bromazo que le aflige, se hubiere dejado á trozos el honor de su timbre en las acequias, teatro de una calamidad, que en vez de producirle un desengaño, le aviva el deseo de volver por su reputacion al dia siguiente.

Varios son los cebos de que se vale el pescador valenciano, entre los que figuran la *pasta*, *moliná*, *gamba*, *cuc*, *etc.*, *etc.*: usándose para las ranas la caña corta y un vivillo de grana, como el medio mas general entre los que se dedican á esta ocupacion de tercero ó cuarto órden en razon á su poco mérito entre los aficionados.

La célebre cabaña ó barraca del *tio Plaza*, es el almacen de que se sirven para depositar los útiles necesarios al oficio. Allí gozan un refrigerio, se entonan, y toman punto de partida en sus espediciones, que suelen ser mas ordinarias *al Pechinar*, *al sequiól de D. Salvador*, *escorrentia de la dehesa*, *Perelló*, *acequia del Rey*, *el Toll de la Clósa*, *el Póu de Aparici*, *orillas del Turia*, y otros puntos que fuera prolijo enumerar.

Cuando el pescador tiene la caña en la mano, es arriesgado dirigirle la palabra, porque cree que se ahuyentan los peces al menor ruido. Nada le subleva tanto como la idea de que puedan haberse echado redes en los charcos, porque para el aficionado al anzuelo no hay otra pesca lícita que la que constituye su tranquilo recreo.

Nada es comparable al entusiasmo de nuestro pescador, cuando por rara casualidad tiene un momento feliz en sus operaciones, la jovialidad se pinta en su semblante, su orgullo adquiere un nuevo título que no cambia por otros lauros, y su familia tiene derecho á esperar un grato afecto y una alegria sin límites.

Nunca el pescador al exagerar la magnitud de una presa, se vale del número par; así se le oye de continuo decir que sacó en cierta ocasion casi rompiendo la caña, una anguila de diez y siete

onzas, ó un barbo de trece onzas y media; esto se esplica fácilmente, y lo mismo hacen los cazadores y cuantos desean ser creidos en sus relatos de tal género.

La investigacion fiscal ha llevado su vista de lince á todos los ramos en que se desarrolla la actividad humana, para que rinda un tributo que ayude á los gastos de ese ente moral, impalpable, que se llama Estado. Solo el pescador de caña pasó desapercibido, y no contribuye con un maravedí. Indudablemente debe haber considerado el fisco que no debe pagar contribucion el que ejerce una industria que destruye el capital, y una diversion que diariamente se convierte en martirio, porque fuera injusto gravar con impuestos la calma, esa inocente calma que tanto tributo presta á la malicia de las gentes.

Entretanto fijémonos en esta triste liquidacion.

Un peon de albañil gana 6 rs. vn. de jornal.

Un pescador de caña puede por término medio sacar cinco peces por dia.

Que valuados á dos cuartos importan.....	10 cuartos.
TOTAL.....	10 cuartos.

Baja del producto.

Dos cuartos por gasto de calzado.....	2
Uno por la pasta.....	1
Dos por deterioro de sus útiles.....	2
Dos por gastos de ropa.....	2
Cuatro por merienda.....	4
Y cuatro por imprevistos.....	4
TOTAL.....	15 cuartos.
Baja sobre el producto.....	5 cuartos.

Sin que se cuenten la pérdida del tiempo, las incomodidades,

insolaciones, tercianas, disgustos de familia, y otros accidentes, que no nos atrevemos á referir por no recargar el cuadro con tintas demasiado sombrías.

Dejémosle; no se mueve, fija su mirada en la pluma que se mece á flor de agua, si saca la piedra y eslabon es para matar las horas, si fuma es para tomar aliento; no le despertemos de esa horrible tranquilidad, tal vez seria desventurado; que haya de todo en el mundo, desde el que tenga una actividad peligrosa, hasta el que se rija por una pesadéz inalterable.

Por lo demás, dejemos consignado que generalmente los pescadores de caña son buenos ciudadanos, como les llama el vulgo, y no tengamos necesidad de repetir aquello de: «Señores, que á nadie aludo, que no me dirijo á persona determinada, etc., etc.:» porque el vicio está en la cosa, y no en el hombre.

Francisco de P. Gras.

EL CAPELLAN DE LAS ROCAS.

En todos vuestros viages, lectores que hayais viajado, no habreis visto en la procesion veneranda del Corpus, un objeto mas histórico, mas tradicional, mas conocido, ni mas remedado que nuestro *Capellan de las Rocas*. Es un tipo de Valencia, sin confusion, ni mezcla alguna; y apesar de las Rocas tan grandes, tan grandes los gigantones, tan grandes los famosos ciriales y tan grandes las águilas, la figura del capellan se destaca de la procesion, se destaca de los mohatras que le siguen; y cien mil ojos se fijan en él casi á un mismo tiempo. Mezcla de religioso y de civil, es un objeto solo, aislado, independiente, y al que no puede darse

una verdadera aplicacion. Se le comprendería asociado á una comision de fracs, ó de charreteras; se le comprenderia entre bonetes, ó coronas; pero donde está, donde brilla, donde tiene su lugar, es cosa que no se puede determinar, ni analizar. Antiguamente eran los síndicos del venerando, célebre y virtuoso consejo de la ciudad los que anunciaban la solemnidad, mandando disponer las colgaduras y ejerciendo una especie de autoridad, á cuyo paso se inclinaban los espectadores. Pero acabó el consejo, y al acabar la España grande, se introdujeron nuevas costumbres: a los síndicos sucedió el capellan, así como á los fueros sucedió la brutal centralicacion. ¡Cómo se han invertido los tiempos! Perdone Vd. señor editor; me olvidaba de que escribia un artículo recreativo; pero me enmiendo y vuelvo á buscar mi *Capellan de las Rocas*. Estoy persuadido de que el público recibiría con una silba espantosa al paisano, siquier fuese persona digna, que viniera hoy á sustituir al capellan: su carácter, su dignidad y el tiempo le han hecho triplemente respetable.

Pero al hablar del *Capellan de las Rocas* no hay un valenciano que no recuerde con cariño al que durante tantos y tantos años ha desempeñado este cargo honroso, que confiere la municipalidad. Es preciso buscar este inolvidable modelo, para describir este tipo, que ha de ser como el original; ó el público no lo encontrará completo. No puede ser: mas como él ha dejado tan impresas en la memoria de dos generaciones sus maneras, su talante, su gallardía, sus modales y su apacible sonrisa, todo parece pequeño, hasta que el tiempo haga olvidar al que por espacio de casi medio siglo se ha atraido las miradas y las simpatías de los valencianos.

No creais por eso que el *Capellan de las Rocas* hace destacar su importante figura en un cuadro militar ó religioso. No es un Guillermo de Tyro al frente de un ejército de cruzados, ni un sacerdote á la cabeza de numerosos neófitos, que van en devota romería: por el contrario, abre el camino á una porcion de figuras y de figurones que participan algo de las bacantes y de los locos,

confundidos entre algazara y bullicio con la Vírgen y San José y con tres autócratas orientales, con trajes del Asia, del Africa y de Europa. En pos de estas mudas, impasibles y plásticas magestades viene, á fuer de vasallos rebeldes, una turba inquieta, estrepitosa estraña, parecida á un delirio, golpeando, corriendo, voceando y agitando sus estrañas vestiduras, que se descubren como puntos raros sobre la masa de espectadores, que se estiende como una ancha alfombra por las calles y plazas de la carrera. El capellan precede, pues, á esta cabalgata fantástica en que ningun traje tiene propiedad, y que ofrece por eso mismo una confusion, parecida á los sueños de la calentura; y se acerca y pasa sin dejar impresion, como una vision estraña, é indefinible.

¿Sabeis el lugar que ocupa el capellan en este cuadro? Pues vedlo aquí: abren la marcha dos guardias civiles de caballería; y despues de ellos dos banderas, cuyos lienzos tienen un color de tierra particular, ostentando en su campo, pintados de negro, objetos que se parecen á diablos ó animales fabulosos: cada una de sus astas está coronada con una monstruosa diadema de hojarasca. Los heraldos que las llevan van cubiertos con unas dalmáticas ó sobrevestas del mismo color que las banderas. Detrás de estas visiones cabalga el capellan: su brillante sotana de seda está ceñida este dia con un ancho cinturon, dejando caer á un lado y otro su manteo. Cubre el bonete su cabeza, y los guantes de seda son de rigor. Un caballo, escogido entre los mejores de la capital, ricamente enjaezado con gualdrapas antiguas y oculta la erguida cabeza en una inundacion de lazos de todos colores, va sujeto por dos palafreneros que obligan al *hijo del aire* á marchar al paso, sin permitirle piafar, ni caracolear.

Ya viene el capellan, murmura la multitud: y todos los ojos se dirigen á él; por todos los balcones, ventanas, azoteas y miradores asoman rostros de todas cataduras para ver el personaje mas notable de la cabalgata. Aun los mismos amantes que en aquel momento escuchan palabras dulcísimas, suspenden su delirante co-

loquio para saludar al personage de todos los años y que todos los años parece nuevo en la escena. ¡Bien! ¡bien! se repite por todas partes; y hombres y mugores y niños, le contemplan con estraña mezcla de respeto, de admiracion, de cariño y de curiosidad. El capellan cruza la carrera, con el aire de un cónsul romano en el dia de su triunfo, como un prelado en los tiempos de la edad media; y su semblante debe estar risueño, tranquilo, grave y comedido. Su saludo, que es frecuente y casi sin descanso, consiste en levantar su brazo derecho con magestad y sin afectacion, y tendiéndolo cuanto sea posible, se quita el bonete trazando con él un semicírculo y se lo vuelve á poner, sin abandonar la sonrisa y el agrado que debe brillar en su fisonomía. Donde quiera que vé á una autoridad, á un amigo, á una persona de categoría repite sus saludos; y estos saludos eran inimitables por su gracia, su marcialidad y su soltura, cuando los admirábamos en el simpático y queridísimo D. Antonio Marco.

La cabalgata pasa ahora por delante de una iglesia parroquial. ¿Escuchais el vuelo de la campana grande de su torre? Es que su Quasimodo (este recuerdo nos dá á entender que los campaneros son feos) devuelve el saludo que el capellan dirige á la iglesia y se saludan los dos, porque el capellan es beneficiado de aquel clero. Magnífica correspondencia de cortesía y de cariño, que solo se consigue en Valencia la víspera y el dia del Corpus.

Por una costumbre que data de la época de los vireyes, el capellan, al frente de su cabalgata, se detiene á la puerta del palacio del capitan general para invitarle á la gran solemnidad. La carrera termina en la casa de las Rocas, donde tiene su principio.

¿Quién podria sustituir á este histórico capellan? Cuestion es esta, que ignoro si ha ocurrido á algun concejal el resolverla. ¿Quién sería, vestido de frac y la cabeza cubierta con nuestros ridículos sombreros, montar á caballo y pasear la ciudad, saludando á derecha é izquierda? Veis, por consiguiente, planteada una cuestion que no deja de tener mucha importancia en nuestras costumbres

populares. Suprimid el *Capellan de las Rocas*, y la muchedumbre se retiraria silenciosa y maldecirá en sus adentros al imprudente que le privára de aquel objeto principal *dels caballets*. Lo mismo ha sucedido cuando se ha tratado de suprimir la *dególla* y arrancar los pergaminos de manos de los golpeadores. El pueblo ha creido burladas sus esperanzas y sus derechos: exige todo eso porque así lo encontró en su niñez, y no es tan fácil cambiar las costumbres, como las formas políticas de un estado.

No creais por todo esto, lectores no valencianos, que el *Capellan de las Rocas* es un clérigo de misa y olla; es una persona que se titula capellan de honor del Escmo. Ayuntamiento, que es escogido entre los eclesiásticos mas respetables, y que en las funciones que descritas quedan, egerce un acto solemne en nombre del municipio. Cnando Valencia sabia y guardaba y hacia guardar sus derechos, daba á este personage la verdadera importancia que se merece: pero ahora solo una venerable tradicion conduce al pueblo á contemplarle bajo el doble carácter que representa. Una fria sonrisa de los centralizadores, un desden de los que han viajado mucho, porque han ido hasta Madrid, ó que han viajado por imitacion, y un mohin disimulado de los que se llaman ilustrados, porque concurren á todos los bailes de sociedad, no privarán al *Capellan de las Rocas* del prestigio que le rodea.

He concluido mi comision, señor editor. Haga V. el uso que quiera de este artículo, pero ni afuer de propietario diga V. que es bueno, porque no le creerán.

Vicente Boix.

EL CHIQUET DE SEN VICÉNT.

Si la tarea que hoy emprendemos se nos hubiese impuesto hace doce años, no aventuramos nada con decir que bastaria al lector echarse á la cara el retrato del tipo que vamos á bosquejar, para en su vista sonreir y prometerse durante la lectura del mismo, un rato de soláz y recreo.

¿Y el trascurso de doce años ha podido influir hasta el punto de que hoy ya no nos haga gracia lo que antes de ese tiempo nos la haria? He aquí uno de los raciocinios que surjen de la tésis que hemos consignado, y sin embargo no es esa precisamente la deduccion que nos proponemos resulte de nuestro aserto.

Decimos que hace doce años bastaria contemplar un momento el retrato del niño de S. Vicente para sonreir y prometerse un rato ameno y divertido, porque en aquella época el tipo que nos ocupa no podria menos de recordar á todo valenciano los rasgos característicos de esta especialidad que fué; todavia bullirian en la mente del lector los episodios perpetrados por aquel, y que todos los dias, y á todas horas se gozaba el vulgo en comentarlos. Hoy si algun tipo necesita del ausilio de Daguerre y de la pluma de Mesonero Romanos, lo es sin duda *el niño de S. Vicente.*

Cada siglo tiene su faz.

Siempre derrumbando, empero siempre reconstruyendo; esta es la mision del tiempo, vampiro incansable, fuerte, inflexible y pertinaz que todo lo arrastra en pos del ciego frenesí que le induce á no dejar huella de lo que fué: que borra, sepulta y pulveriza pueblos enteros y hasta la *fauna actual* la modifica haciendo desaparecer tipos que nunca han de volverse á ver, sucediéndoles otros con distintos caractéres, vida y tendencias. Hé ahí esplicado el que nuestro huérfano haya cambiado completamente sus costumbres y no sea ni sombra de lo que fué.

Para entrar de lleno, pues, en la descripcion de lo que ha sido y es *el chiquet de Sen Vicent*, bueno será que la historia nos diga algo acerca de la procedencia de este párvulo.

Existe en Valencia un Colegio Imperial de niños de S. Vicente Ferrer, que segun los datos que me he procurado (debidos la mayor parte á la galantería y amabilidad del actual clavario del mismo, D. Sábas Trapiella) su fundacion se remonta al siglo XIV. Efectivamente por esta época, el digno obispo de esta ciudad D. Hugo Bajes, en ocasion en que las discordias civiles devoraban á los hijos de la bella capital del Cid, que divididos en diferentes partidos y fracciones, aspiraban á todo trance á ceñirse la envidiada corona de Aragon, mandó llamar al ilustre y preclaro varon, gloria y prez de Valencia S. Vicente Ferrer, que al contemplar el abandono en que los disturbios políticos dejaban á los niños pobres, se dedicó con

el afan que caracterizaba todos sus actos, á recojer á los desgraciados huérfanos y depositarlos en la casa que ocupaban los Begnines.

Estinguida por falta de individuos aquella corporacion encargada de la educacion y direccion de los inocentes niños, varios personages de la capital, llevados de su filantropía, pensaron reemplazar á los Begnines en su benemérita mision cerca de los huérfanos; y al efecto, por los años 1540 formaron nuevas instituciones que merecieron la aprobacion del virey D. Fernando de Aragon, duque de Calábria y la proteccion de la ciudad, las que rigieron al colegio hasta que, habiendo ocurrido entre los cofrades varios disturbios que llegaron á noticia del Monarca D. Felipe II, éste en 1592 dispuso que el Beato Patriarca Juan de Ribera diese al establecimiento unas nnevas instituciones, bajo su real patronato, las que le gobernaron hasta que en 1624 se incorporaron al colegio de S. Vicente la casa y privilegios que disfrutaba el establecimiento fundado por D. Cárlos I en 1550, para la educacion de los hijos de los moriscos convertidos.

Desde aquella época, y á través de las vicisitudes del tiempo, se ha conservado tan útil establecimiento, sin embargo de sufrir tantas innovaciones como las circunstancias han exijido. Hoy dia, el gobierno interior de este colegio está encomendado á una Junta que representa los tres brazos, eclesiástico, noble y seglar.

De cuantas alteraciones han tenido lugar en esta casa de beneficencia *especial*, ninguna ha producido un cambio tan radical como la última que tuvo lugar hará como doce años.

Antes, como ahora, para ser colegial es requisito indispensable ser huérfano de padre, puesto que estas veces, segun la tradicion, las suple el santo, del cual llevan su nombre. Han de abonar el importe de 320 rs. (ahora 400), cantidad única para los siete ó seis años que fija el reglamento, como término bastante para salir á los catorce años con alguna instruccion, suficiente para dedicarse al arte ú oficio que mas vocacion tengan.

Remontémonos, pues, al año 1820 ó 30 y veamos al neófito que acaba de entrar colegial.

Son las tres de la tarde, y el niño de siete años ha sido presentado por su madre ó pariente al clavario, que ya recibió los 320 del pico, y tomó los informes necesarios para la admision del huérfano: éste sin dejar á su madre á quien tiene asida del vestido, recibe unos confites que le dá el director para que no le tenga miedo y sea buen chico y aplicado, lo cual promete el párvulo significándolo con una cabezada. Inmediatamente es conducido por su madre á las enfermeras (encargadas de la ropa, limpieza, aseo, y asistentas para cuando hay enfermos) y despojándole de su ropa ordinaria, en un momento le desfiguran y le convierten en un *chiquet de Sen Vicént* con su cotita parda, almilla, cálzoncillos y medias todo de hilo, zapatos como los de fraile, con punta redonda, y por complemento de esta singular trasformacion, le ponen un casquete de la misma ropa que la cota, y la correa que sujeta á ésta por la cintura: su madre que le vé y no le conoce ya casi, su primera esclamacion, es: «*fill meu de la mehua vida y de les mehues entrañes, ya tens pare atra vólta*;» (1) y arrojándose al cuello de su hijo le colma de besos y abrazos confundidos con las lágrimas de ambos, que no parece sino que ya no se han de ver mas, ó que el niño ha hecho voto de castidad, ó cosa equivalente; y en sus sueños de madre ya le contempla hecho un aprendiz de arzobispo.

Un tanto tranquilizados de esta primer impresion, todos á porfía procuran alentar al *novato* y le presentan en su nuevo traje al maestro de escuela, que despues de echarle un pequeño sermon concluye por darle tambien algun dulce, y el niño, mirando de reojo á todos no se aparta de su madre, única con quien cambia alguna palabra. Por fin, ha llegado el momento supremo de separarse madre é hijo: aquí te quiero ver; la madre llora de goze

(1) Hijo de mi vida y de mis entrañas, ya tienes padre otra vez.

y sentimiento á la vez, mientras que el hijo, imitando á un becerrito, brama que es un contento á la puerta del colegio por donde salió su madre: efectivamente, bien pronto principia el novicio á esperimentar los efectos de la separacion de la que le dió el ser: generalmente cuando se llora no es cuando se pone mejor semblante, así es que los colegiales que todos acudieron al llanto ejecutado en do mayor, quieren ver á su nuevo compañero y si por desgracia, este no tiene que agradecer á la naturaleza un físico agradable, empiezan las indirectas directas de «ese tendrá gran entrada en el cabildo (si es que tiene la cabeza grande);» «creo que es vecino de Bocairente (si la boca es desahogada):» si tiene traza de enano, ó es patojo, se acerca uno y le dice: «amiguito, ya eres feliz; ayer cayó un ángel de la cornisa de S. Nicolás y es seguro que eres acreedor á reemplazarle;» me parece, añade un tercero que este se ha de hacer amigo del cocinero y nos va á cercenar la racion: «¿por qué?» contesta otro; «porque no cesa de llorar y mientras el lloro se ha zampado un pan lleno de carne: y aquí principian á darse unos á otros empujones, y presto vienen encima del novato una docena, que si no lo aplastaron fue por que, apercibido el maestro, se personó entre los actores y les hizo desaparecer á latigazos, dejando libre por aquellos momentos al huérfano que á todo trance quiere irse en busca de su madre; pero el director le tranquiliza como puede, llevándoselo á su lado.

El primer mes lo pasa en una continua pesadilla, sin separarse jamás de la portería esperando á su madre que se llena de amargura al saber el mal trato que dan á su hijo los demás colegiales; al efecto, procura llamar á algunos y dándoles algun regalito, les incita á que se interesen por el huerfanito: así lo prometen y cumplen hasta un cuarto de hora despues que se marchó la buena muger; mas luego son los primeros en imaginar toda clase de engañosas redes para que el incauto vuelva á imitar al becerro, protestando de la mentida amistad de sus compañeros. Aquel le envia á la repostería para que le den de merendar designándole la morada del

zapatero de la casa, que lo recibe con el tirapié, pues es hombre de poca paciencia; este le dice que si tiene ganas de hacer aguas menores puede ir donde le indica, que es la cocina, y el marmiton le regala un cachete por via de respuesta.

Pero ha pasado el primer mes y todos sus dias han sido sellados de un verdadero martirologio. Nuestro novato ya sabe ayudar á misa y por consiguiente lo destinan á una iglesia para que, junto con cuatro, seis ú ocho de sus compañeros, segun la capacidad de la iglesia, se egercite en ayudar misas. Los primeros dias sufre otro purgatorio con los nuevos engaños que los colegiales le ocasionan: quién le dice que el sacristan es el cura y debe ir á besarle la mano, que como esto es á las primeras horas de la mañana y el sacristan está de mal humor, porque acaba de levantarse, al ver la insistencia del neófito buscándole la mano, le dá con esta en los hocicos y el pobre huérfano márchase llorando por la caricia recibida; y sin que la suerte le sea mas propicia en el segundo mes que en el primero, pasa un noviciado capaz de hacer ver la luz á un ciego. A fuerza, pues, de lecciones tan sentidas y que menudean los resultados sobre el cuerpo de nuestro colegial, llega á hacerse su cabeza á prueba de cachetes y trompazos.

Empero esta triste esperiencia que enseña el noviciado, redunda en pró del colegial, que obligado á tener en una actividad asombrosa sus cinco sentidos, acaba por salir un refinado y despierto centinela que lo mismo tiende su mirada ya sagaz sobre el vasto campo que se le presenta, como presta un oido gatuno á los rumores, por lejanos que se anuncien. Su imaginacion tampoco yace entumecida.

Para evitar asechanzas que tan sentidos resultados ofrecen, ayudado de su ojo avizor, fino oido, olfato canino, tacto adiestrado y tragaderas semi-antropófagas, llega con el tiempo, á fuer de buen calculista, á convertirse en un formidable torreon que imposibilita todo asalto que quiera hacérsele. En fin, la incombustilidad, mas que en la salamandra, está personificada en nuestro colegial; tanto que

un dia era sinónimo decir «*chiquet de Sen Vicent*» que «*estudiante de la tuna*» ó «*niño desmamado.*»

¡Cuántas lágrimas! cuántos sinsabores costó al pobre novato para llegar á ser un lince, un esperto rapaz, pesadilla eterna de las beatas que no dan limosna y de los viejos gruñidores; unas y otros serán el blanco de los nobles ataques del adiestrado mozo que jura resarcirse de los pescozones que en su noviciado recibió, tomando la rebancha á costa de estos pilares de iglesia por antonomasia que en vez de ser su sosten, solo sirven para murmurar y criticar cuanto ven y dejan de ver en el templo del Señor.

Cuando ya se considera apto para el egercicio de sus funciones semi-eclesiásticas, punto mas que monacales, se le destina para que vaya solo á un convento de monjas, capilla ó ermita, para que á la vez que ayude misa, haga las veces de sacristan, si como ocurre en estas últimas se carece de este personaje.

Aqui es de ver las ínfulas de que se reviste aquel tímido novato que un dia no tenia valor para alzar los ojos del suelo.

—¿Hay misa? pregunta una muger, olvidándose de acompañar la pregunta con una moneda cobriza.

—¿Y le parece a Vd. que en la católica Valencia dejará de haberla? ¡Somos judíos acaso!! y sin concretar mas la respuesta, se aleja el niño-sacristan, dejando con la boca abierta á la devota, que metiéndose la mano en el bolsillo y sacando una pieza de dos cuartos, vuelve á llamarle, y esta vez, como ya sabe nuestro lector que este huérfano es todo oido, oyó el sonido y no tardó un segundo en deshacer el camino, diciendo:

—¿Qué se le ofrecia á Vd.?

—Quisiera saber á punto fijo, contesta la muger, metiéndole la limosna en el cepillo que lleva siempre nuestro diminuto sacristan, á qué hora se dirá la misa, si es que la hay.

—Mire Vd., señora, la misa tendrá lugar dentro de un cuarto de hora, voy á sacar los ornamentos y al momento á dar los toques en la campana; la dice el capellan de la capilla, si quie-

re Vd. le traeré una sillita y estará sentada cómodamente y.....

—No, gracias, gracias, me basta con saber lo que me has dicho.

Y por este estilo se podrá sacar la consecuencia de lo obligada que deja á aquella señora para que otra vez principie su pregunta como lo hizo en su segunda interrogacion.

Ha principiado la misa y nuestro *chiquet de Sen Vicént* espera con ansiedad que llegue el *sanctus*, porque en este estado abandona al sacerdote y altar, desata la cajita ó cepillo que lleva sujeto á la correa de la cintura, y principia á rodar la iglesia y cruzarla en todas direcciones, repitiendo cada segundo:

—*¡Pare Sen Vicént! ¡Limosna pera el Pare Sen Vicént!*. Y aquí es de ver como sienta el pié y descarga el peso de todo su cuerpo sobre la pierna de un devoto que nunca le dá limosna y que se vuelve como un energúmeno contra nuestro huérfano que le contesta con la mayor sangre fria:

—Tómelo Vd. en paciencia, hermano, mas sufrió el señor por nosotros; y diciendo esto, le dá con el cepillo en los hocicos á una pobre beata que tambien tiene apuntada en su gran libro verde y que al sentirse tan fuerte golpe esclama desesperada ¡imprudente!

—Eres entre todas las mugeres, contesta á sotto voce y siguiendo su camino el rapaz que no puede contener la risa; y formando un duo lastimoso el devoto y la beata, hechan pestes de su boca contra el que tan mal parados les dejó.

En esto objeta un tercero:

—Vamos: callad ya y poned atencion á la misa, que Dios castiga al que murmura.

—Amen, contesta el pequeño sacristan con voz argentina al *per omnia sæcula* que pronuncia el sacerdote desde el altar.

Concluida la misa, es costumbre que el huérfano vaya á la aguadería mas inmediata por un chocolate para el clérigo: y como á cierta edad el apetito es insaciable, al *chiquet de Sen Vicént* se le pasan unas ganas de probar el contenido de aquella jicara, que

no pudiendo resistir á tan dulcificantes deseos, principia por meter el dedo miñique hasta el zócalo y despues que se lo ha chupado y relamido contempla con gran dolor que el líquido espeso ha bajado otro dedo desde el borde y sus ganas se han aumentado; resuelto por fin á apurar de una vez el contenido de la jícara, se mete en el portal de una escalerilla y allí concluye con el panecillo y chocolate, que aunque para un mismo fin, se destinaba para diferente estómago. Y ahora: ¿cómo me presento al P. Ambrosio? Ya lo he pensado; y diciendo y haciendo, deja el plato y la jícara en un rincon, y asemejanza de los pollinos cuando usan de la espansion placentera de revolcarse por la yerba, así nuestro héroe se revuelca por el suelo, logrando ponerse como un yesero; con una poca saliva humedece sus párpados, se apodera del plato y jícara, y al entrar en la capilla se acuerda que en un tiempo imitaba perfectamente al becerro cuando lloraba, y lo pone en ejecucion de un modo tan sobresaliente, que el capellan sale á su encuentro, diciéndole:

—¿Qué te ha pasado? ¿Cómo vienes tan puerco, sin chocolate y llorando tan lastimosamente?

—Es que al volver una esquina, unos perrazos que iban corriendo, me han tirado en tierra y uno de ellos se ha zampado el panecillo y el otro ha lamido la jícara, y á no ser por el Padre S. Vicente, á quien imploré intercediese por mí en tan apurado trance, es seguro que me matan; ji, ji, ji.....

—Vamos, hombre, no hagas caso ya, toma esos dos cuartos y cómprate una cosa. ¡Malditos perros! Ya me presumia yo algun cataclismo cuando tanto tardabas. Y el buen padre se marcha entonces á tomar su chocolate no sea que otro incidente le deje sin él, si manda otra vez al huérfano.

El *niño de S. Vicente* es el terror de los pobres vagabundos que situados á la puerta de la capilla reciben á veces la limosna, que á no estar estos, fuera sin duda para él: decir que no imagina todos los medios de deshacerse de estos seria una necedad.

Cuando hay algun maulon que se lleva la limosna de los fieles

que entran en la iglesia, por los lamentos con que implora la caridad, y su cojera es falsa (que lo sabe muy bien nuestro mozo con su ojo perspicáz), se marcha á la sacristía, pilla un barreño lleno de agua, y sin decir «agua vá» se la echa encima al pordiosero, y aunque sea en el mes de Enero le da un baño que mejor no le tomára en Julio: el cojo reniega del rapáz, éste se apodera de su muleta, y logra echarle en tierra (si es que no quiere ponerse de relieve, haciendo ver que es fingida su claudisformidad). En una palabra, el *chiquet de Sen Vicent* es el prototipo de los antiguos escolares.

Es un ciego que busca la puerta de salida á la calle?... pues allí está el rapazuelo que le conduce á la sacristía y le abandona en medio de un silencio sepulcral, hasta que despues de verle perder la paciencia al pobre ciego, desde una respetable distancia (pues conoce bien de qué modo se desahogaría aquel) principia á decirle: «dos pasos á la derecha; tres á la izquierda» y de este modo le conduce fuera sin haberse acercado al ciego, que no pudiendo resistir su furia, da garrotazos sobre el suelo que hacen salir chispas.

Es un hombrote brusco que con palabras y acciones propias de su carácter quiere por fuerza que el huérfano le diga qué capellan dice la misa mas ligero: hé aquí á nuestro *chiquet de Sen Vicent* que le encamina hácia una capilla donde ha de celebrar un semiparalítico que invierte de cuatro á cinco cuartos de hora.

Llora un chico de S. Vicente cno tema Vd. por él, es que practica los últimos reclamos sobre la faltriquera de algun individuo tenáz en no darle alguna limosna.

El niño de S. Vicente es hasta inteligente en pinturas: si se le destina á la Catedral ú otra iglesia donde hay buenas obras de Murillo, Rafael, etc., así que ve entrar un francés, se le acerca, y respetuosamente, le dice:

—*Monsiú, ¿querer que yo enseñar* pinturas de Rafael?

—Trés bien, le contesta el francés. Allí es de ver cómo al ense-

ñarle un cuadro de Goya, dice que es de Joanes, si es de éste, asegura muy formal que es obra del Ticiano, y así disparata hasta que poniéndole en los hocicos el cepillo al forastero le hace comprender que lo importante para él es que le afloje una buena propina, y como los estrangeros este servicio lo pagan bien, le ponen en la cajita una, dos ó tres monedas de plata, y no será el primer ejemplar de haberles dado hasta oro; entonces echa á correr como un gamo, y por mas que el estrangero se despepite llamándole: «éh, petit garzon;» nada, nuestro rapáz ya está en la sacristía practicando ciertos meneos en el cepillo, que muy pronto producen el efecto apetecido; esto es, que las monedas de plata se trasladen de lugar, y saliendo del cepillo, gracias á su destreza en esta parte, vayan á ser cambiadas en la confitería ó pastelería, puntos que son su delicia y encanto.

Hay dias fatídicos en que no percibe limosna, aunque llore, patee y acuda á todos los recursos imaginables; entonces es preciso que los pedazos de cirio que tiene el sacristan guardados en un cajon que nuestro huérfano conoce muy bien, le proporcionen en cambio de ellos algunos cuartos para las golosinas á que está tan acostumbrado, que sin ellas no puede pasar; no hay pedazos? pues coje un cirio, lo estrella en el suelo, y muy pronto lo reduce á fracciones. En fin, seria asáz prolijo si me propusiera dar todos los detalles que son peculiares á este tipo, tan característico del génio valenciano, que todos los dias discurre nuevos medios para hacer su agosto. Y sobre todo pasamos por alto ciertos oficios á que se presta por su intrepidéz y que mientras los dulcineos que se valen de él para lograr entrevistas con sus dulcineas descansan en los buenos oficios del huérfano, éste solo mira la cuestion matemátimente, esto es, bajo el aspecto de «cuánto le producirá.»

El *chiquet de San Vicent* es preciso en todas partes; de él se echa mano en las grandes festividades, de él sale la Vírgen para el misterio del dia del Corpus, á él se acude para representar los tan celebrados *milacres*; ellos ocupan un lugar preferente en las

procesiones: en una palabra, la persona del *chiquet de Sen Vicént* no podria reemplazarse en Valencia.

Así llegaba á los catorce años, y despojándose de sus hábitos semi-talares, se dedicaba á las artes, oficios, ó á la vagancia; pues á pesar de que en el colegio se le daba una educacion elemental de cuantos estudios son conocidos, á muchos les pasaba aquello que acontece á los estudiantes, «que muchos entran en la Universidad y á muy pocos les entra esta.» Así, con dolor, se encontraban andando el tiempo, unos en la primer grada social y otros en la última.

Hoy dia ha desaparecido esta heterogeneidad, haciendo mas humilde su porvenir, empero mas seguro y cierto. Mientras, el huérfano pasaba de los siete á los catorce años, segun el antiguo régimen entre la escuela y la iglesia; y despues era incierta su profesion; los estatutos de hoy dia, han prevenido este mal, dedicándoles desde los doce años á cualquier oficio mecánico, aquel que mas les agrada, y hasta los catorce años el colegio les mantiene mientras son aprendices, y de este modo, cuando salen de la casa ya pueden ganarse el sustento por sí mismos.

Este colegio es el mimado de todos los valencianos; nadie ve un colegial sin mirarlo con ojos de piedad por la conviccion de que es un huérfano, que la tradicion nos enseña que fué planteado por el famoso diputado en las Córtes de Aragon, por el gran Apóstol valenciano, cuyo solo recuerdo regocija y alegra el ánimo de todos los afortunados que vieron la luz en este suelo privilegiado de la naturaleza, y que fue la cuna de tan eminente y esclarecido patricio, de ese gran Santo que es, á no dudar, la providencia en todos nuestros conflictos y el orgullo del verdadero valenciano. ¿Hay uno solo de los hijos de la bella ciudad del Cid que no mire como objeto especial de su veneracion el que se encargó de ser padre de aquel de nosotros que la fatalidad le privase del suyo respectivo? Niego que así sea. Y si existe algun desnaturalizado que mire con cínica indiferencia el colegio de niños de San Vicente Ferrer, blasen

constante de la indecible dicha de ser patricio de tan inmortal y preclaro varon, que lo calle, que no lo diga, porque el anatema general de los valencianos caerá sobre su cabeza.

Luchas intestinas, ajitaciones populares, desastres y calamidades aflijirán un dia y otro dia á la filántropa Valencia, pero el colegio imperial prevalecerá á pesar de todo, puesto que llegada la hora fatal, el buen valenciano jamás dejará desamparado al huérfano de padre que fue el predilecto del ilustre varon S. Vicente Ferrer.

José Vicente Nebot.

EL GRANERER (1).

Yo canto del amor las gentilezas
Ni de Marte y Mercurio los cuidados,
Ni de nautas heróicos las proezas
Perdidas en islotes ignorados;
No mi musa con fáciles lindezas
Su voz ha de elevar á altos estrados,
Antes rasando el suelo de corrida
Al autor de la escoba ha de dar vida.
El *granerer*, oscuro y viejo tipo
Cuyo origen se pierde en las edades

(1) Fabricante y vendedor de escobas.

Jamás se presentó al daguerreotipo
Del pintor de las grandes sociedades,
Y es que el pobre á mí ver no sufrió el hipo
De brillar como *artista* en las ciudades,
Antes humilde, listo y consecuente
Limpia á todo español desde Torrente.

Que su alcurnia es antigua así lo infiero
Sin revolver mohosos pergaminos,
Pues si el polvo no fuera lo primero
No existieran el hombre y sus destinos,
Y como Adan fue polvo, harto ligero,
Y el polvo y el barrer son tan vecinos,
Concluyen con gran lógica mis trovas
Que en los tiempos de Adan ya habria escobas.

Mas no canto yo al arte informe y rudo
Que en manojos alió plantas ó varas,
Sino á la escoba [illegible]
Nació despues de industrias mas preclaras,
Porque es obvio que el hombre apenas pudo
Llegar á pelamangos, sin que avaras
Sus manos arrancasen á la tierra
El hierro que en sus sólamos encierra.

Despues alzó á Babel, mas el destino
Pronunciándose en contra del progreso
Al hombre le instruyó que en su camino
Jamás podrá avanzar si pierde el seso,
Y en castigo eterna del desatino
Que por grande cayó del propio peso,
Dispersó por senderos ignorados
A los hijos de Adan estraviados.

Desde entonces la raza que en España
Hizo pié tras los altos Pirineos,
Una vez con la fuerza, otras con maña,

Llenó la tradicion de mil trofeos,
Mas mezclada su fé con la fé estraña
De paganos y moros devaneos,
De aquel tipo y carácter primitivos
Los rasgos se guardaron menos vivos.
Pero Iberia triunfó!... y entonce Edeta
Sus hijos acercando al fuerte muro
Dióles su vega, encanto del poeta,
Y en ella un porvenir siempre seguro;
Sóbrios y activos, su mirada inquieta
Tendieron mas allá, y un cielo puro
Divisando entre el Sur y el Occidente,
Al borde se sentaron de un *Torrente*.
Gran villa por demás! su fértil vega
Dilatándose en cintas de esmeralda
A nuestra huerta su matiz alloga
Ciñéndole á su ocaso doble falda;
Y cual esmaltes que el capricho agrega
Aquí la roja flor, y allí la gualda
Sus aromas esparcen ondulantes
Bajo un cielo de hermosos cambiantes.
Sus blancas casas, de la paz espejo
Templos son donde el culto es la limpieza
Brillante sobre el nítido azulejo
Que ni al mísero esquiva su belleza;
Allí el niño y el jóven como el viejo
Al trabajo pidiendo su riqueza
Descansan por momentos presurosos
Tornando á sus afanes codiciosos.
No hay que decir si enmedio el paraiso
Huríes faltarán de tal frescura
Que desde el niveo rostro al pie conciso
Sean sal del placer por su hermosura;

Baste añadir, que para ser preciso
El poeta que cante á una cintura
Ha de ceñir el compendioso talle
De la hija de Torrente y de su valle.
¿Qué mucho si al pisar este terreno
Sembrado de peligros y de abrojos
Todavia no he dicho nada bueno
Del tipo que iniciaron mis antojos?
Mas ya que al invadir cercado ageno
Halle en vez de una escusa mil enojos,
Dejo cual fiel pintor trazado el marco,
Y vuelvo á mi figura. Seré parco.
El *granerer* por rancias tradiciones
A sus padres y abuelos fiel en todo,
No ha caido por dicha en tentaciones
De buscarse la vida de otro modo,
Y aunque nunca les vió contar doblones,
En sus trece cerrado á pie ra y lodo
Si nació *granerer*, *granerer* muere,
Y á sus hijos su oficio les transfiere.
En su rostro tostado y algo enjuto
No hay un pelo ... de tonto, por supuesto,
Antes revelan su pergeño en bruto
Su alegre ojo y malicioso gesto,
Y ágil cual corzo, como el gato astuto
Siempre á moverse con placer dispuesto,
Vivo libre, feliz é independiente
Por no pensar en serlo realmente.
Su casita le brinda en miniatura
Cocina, entrada, cuarto y deslunado,
Y una higuera ó moral, cuya espesura
Trepa á veces sombria hasta el tejado;
Mas allá caprichosa arquitectura

Dió renombre de hornillos á un tinglado
Donde en estío con gentil donaire
Se guisa la *paella* al sol y al aire.
Pero ¿dó está el taller, dónde la tienda
Que atesora los muebles del barrido?
Inútil es que hallarlos se pretenda
Porque fuera un afan nunca cumplido:
El *granerer* es fábrica y trastienda
Es mostrador, acémila y surtido
Es pregon, comerciante y traginero
Es todo donde está y en casa es cero.
Vedlo al partir!... apenas de Morfeo
Sacude con el dia lo importuno
El tálamo abandona de Himeneo
Por la mesa frugal del desayuno;
De un conato de almuerzo se hace reo,
Mas *en seco* dejándolo oportuno
Carga el seron con palmas y herramientas,
Y á Valencia se lanza echando cuentas.
Con su negro sombrero de anchas alas
O tal vez un chambergo muy raido,
El pantalon de *chin*, pobre de galas,
Alpargatas y *elástico* ceñido,
Cual magnate que pisa regias salas
Emprende su carrera de corrido
Tocando en Alacuás y Chirivella,
O cruzando Patraix y Vistabella.
Mas cual suele gentil el veterano
Marchar con el fusil muy mas airoso,
El *granerer* no suelta de la mano
La soguilla que teje laborioso,
Y sea en su camino; ó cuando en vano
Turba su grito el cívico reposo,

Protesta contra el ócio es su soguilla
Por la fe en el trabajo que en él brilla.
No es difícil creer que á cada instante
Ha de encontrar amigos, y aun amores
Este tipo de alegre viandante
Que huella sin cesar las mismas flores,
Pero firme en su objeto culminante
Que es la ciudad de premian sus sudores,
Suelta un chiste, requiebra, jura ó calla
Sin que el pie le detengan voz ni valla.
Cada punto mas ágil y acucioso
Por vencer á sus cólegas mas listos
A paso redoblado marcha ansioso
Tras de lucros escasos y provistos,
Mas el diablo que odia su reposo
Le tienta con mil goces imprevistos
Y ante el templo humeante del dios Baco
No puede resistir y se echa un taco.
Recuerda á su favor que en la alborada
Fue su almuerzo mas bien primera parte
Que comedia de efecto, y acabada
Con aquel buen saber que exige el arte;
Y fiando á su faja otra jornada,
Y sorbiéndose un vaso á cada aparte,
Llega al final, y digno de mil bravos
Rescata de cien nudos cuatro ochavos.
Terminado su almuerzo por entregas
Torna á coger su trote á lo perruno,
Y con voces que en Francia fueran griegas
Empieza á proclamarse inoportuno:
Si entonces hácia él por tu mal llegas,
Verásle cual traduce el desayuno,
Lanzando el «*gramercecen*.....» con voz sonora

Cien veces nada mas en media hora.
Por Cuarte ó San Vicente entró la plaza
Y ya las mozas están en movimiento,
Pues aunque el paso afloje, el darle caza
Es negocio que pende del momento;
Si el callizo dobló, buscan la traza
De trasmitir su tipe al desatento,
Y si no lo consiguen, que es frecuente,
A otro cólega aguardan mas prudente.
Llega el crítico punto en que encarados
Fregona y escobero, es ya preciso
Ajustar del convenio los tratados
Del piso de la calle á un cuarto piso;
Allí es oir de acentos desgarrados
Salir casi arreglado un compromiso
Que al pie de la escalera se termina
En dimes y diretes de cocina.
Porque eso sí, la dignidad humana
No permite al Marqués de la Escobilla
Molestarse en subir una mañana
Ni escala, ni escalon, ni escalerilla,
Antes si advierte resistencia vana
En la que osada su soberbia humilla,
O le planta en su cara un buen desaire
O le pide la escoba por el aire.
Ya que bajó por una ú otra via,
Abre el seron relleno de palmito,
Y el cordel que el manojo al mango lia
Deja á sus pies con gesto mas contrito,
Busca afanoso lo que al caso guia,
Saca el podon, la aguja, un podoncito
Y empuñando la escoba vergonzante
Le destoca sus barbas al instante.

Escoge de la palma mas mediana
Otro nuevo aderezo de á tres cuartos,
Y ajustándolo al mango cual campana,
Desarrolla los ásperos espartos;
De un garrote los lia, da con gana,
Y ciñendo el manojo en giros hartos,
Pasa el cabo, lo anuda, pule su obra,
Carga con su seron, escupe y cobra.

Otras veces luciendo sus quilates
En muestras primorosas ó sencillas
Ostenta sin gastar escaparates
Escobas, escobones ó escobillas,
Y encomiando con gracia sus remates
A doncellas que fueron.... criadillas,
Les ofrece por diez ó veinte ochavos
La palma.... del barrido en sendos rabos.

Son las doce del dia.... su paseo
En alza terminó, mas cuenta en baja
Su estómago cansado de barco
Y los pies de correr no muy en caja;
Seis reales llenaron su deseo,
Y ojalá no sufrieran mas rebaja,
Pero es el caso que al oler lo enjuto
Segunda vez á Baco dá tributo.

Alterando tal vez su itinerario,
Si el servicio requiere una contrata,
De su ruta revuelve el rumbo vario
A Cuarte, Chirivella ó á Misleta;
Trueca en palos su negro numerario,
Los ajusta al seron que le maltrata,
Y arrastrando una cruz de dos arrobas
Llega á casa sin blanca y sin escobas.

Como, enfilo las palmas, y halagado

De su sed importuna al dulce instinto,
Con sus cólegas y otros congregado,
Huyendo de lo blanco dá en lo tinto:
Alli es de oir su chiste descarnado
Junto al dintel del báquico recinto,
O embrollando la cuenta de un escote
Que se salda á favor de algun garrote.

Cuando llega el otoño que en España
Da al palmito lozano crecimiento,
Asaltan por cuadrillas la montaña
Por la palma obtener.... del sufrimiento,
Pues no es raro que un chusco de mas maña,
Sin licencia de Rey ni Ayuntamiento,
Recoja con sus palmas las agenas,
Reduciendo á una sola tres faenas.

Acaso el egoismo de la hartura
Su hastio al esparcir por verdes prados
Ignora la inminente desventura
Del oficio escobil y sus aliados,
Porque á fuerza de tanta peladura
Son ya tantos los montes repelados
Que solo por pelar quéda algun punto
En Tous ó Guadasuar, Chiva ó Sagunto.

Mas proviendo su fin el escobero,
Por un génio benéfico influido,
Se apresta á socorrer al compañero
Bajo bases que aun nadie ha infringido,
Y despues de cumplir con grave esmero
Del social estatuto lo ofrecido,
A su hermano acompañan en la muerte
Los que en vida partieron su vil suerte.

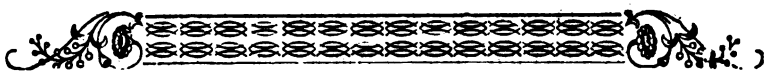
Tal es del *granerer* el tipo andante,
Sano, alegre, sociable y satisfecho
Con ver á su familia harto abundante,

Creciendo en derredor so el blanco techo;
Conductor, cosechero y fabricante
El dá forma al palmito sin provecho,
Y sostén del decoro en su llaneza
Es *hombre necesario....* á la limpieza.
A sus toscos trabajos mal premiados
Debe el sucio Madrid cien mil escobas,
Que en carros por Torrente sustentados
El aseo trasladan por arrobas:
¿Qué fuera de Castilla y sus estrados
Si el héroe ignorado de estas trovas
Abjurando sus limpias tradiciones
Al polvo abandonase los salones?
Pero no haya temor!... antes los rios
Torcerán hácia el monte sus corrientes,
Antes del *pollo* cesarán los pios
Al ver un miriñaque de tres puentes,
Antes con dotes se hallarán desvios,
Y han de faltar maridos complacientes
Que falten á este *artista* en sus apuros
Su fe y un capital de quince duros.
Recibid, pues, mis plácemes sinceros
Alberics y Verdets, Moras, Marsillas,
Y otros muchos que el gremio de escoberos
Ordenasteis con reglas tan sencillas:
En trabajo y virtud sed los primeros,
Invada vuestra escoba ambas Castillas,
Y al sol de panderetas y guitarras...
Alegre vuestra voz las Albujarras (1).

Cristóbal Pascual y Genís.

---

(1) Nombre del punto ó barrio en que terminan las seis calles de Torrente, donde habitan los 47 escoberos que actualmente existen en aquella villa. En 6 de Enero de 1851 crearon una Sociedad de socorros mútuos, para el caso de enfermedad; y las curiosas y bien meditadas bases de sus Estatutos, acreditan á un tiempo la prevision y filantropía de tan honrados menestrales.



EL CLAVARIO DE GREMIO.

El nombre de clavario que ha sido dado á diferentes destinos de la sociedad entre los cuales figuran la persona que tiene en su poder la llave ó llaves de algun lugar de confianza; en algunas órdenes militares el caballero que tiene cierta dignidad, á cuyo cargo está la custodia y defensa de su principal castillo, fortaleza ó convento, tambien lo ha obtenido el gefe de cualquier congregacion industrial.

Reunidos de inmemorial (1) en corporacion todos los individuos

(1) No se puede fijar la época en que se formaron los gremios, por lo que se lee en los fueros del antiguo reino de Valencia, cuando trata de las atribuciones de los jurados que dictaban, ó confirmaban, ó aprobaban las ordenanzas gremiales, entendiendo en las causas promovidas en el seno de los gremios; de los oficios que tenian el derecho de eleccion para individuos del consejo, segun indicacion de Pedro I: y sabido que los moros no tenian gremios, es de suponer: Que de pues de la conquista de Valencia por D. Jaime I de Aragon se fueron asociando todos los individuos que ejercian un mismo oficio, sujetándose á medios reglamentarios que aprobaban dichos jurados.

que profesaban un mismo oficio habia una junta para representarle, la cual era presidida por dicho clavario, llamado tambien hermano mayor, un compañero ó segundo, dos mayorales, dos celadores, seis ó mas prohombres y un secretario. Cada vez que el gremio, por circunstancias particulares, sufria una modificacion notable en sus ordenanzas, la eleccion de estos era por primera vez por votacion general de todos los titulados maestros de aquel oficio; pero en las demás elecciones sucesivas se verificaba á propuesta de los mismos empleados en junta particular proponiendo tres sugetos para cada empleo, dando cuenta á la junta general para que entre ellos elijieran los que creyeran convenientes.

El clavario, como presidente de la corporacion, tenia á su cargo hacer observar las ordenanzas que de órden del rey se espedian para cada oficio, habiendo precedido antes peticion de los maestros del mismo oficio, informe del ayuntamiento de la poblacion y audiencia territorial.

Interesado el clavario en llevar con todo rigor que los aprendices no pasáran á la clase de oficiales sin haber pasado el número de años que se marcaban en las ordenanzas, ni que estos últimos ascendieran á maestros sin el riguroso exámen y otros requisitos que se les exijia, nadie se traslimitaba del círculo de sus funciones y marchaban con regularidad en todo lo concerniente á cada oficio.

Como á espíritu de corporacion procuraba con sus compañeros sostener sus fueros y privilegios en lo político é industrial, aun cuando fuera necesario con las armas en la mano, acogiendo á sus hermanos bajo su bandera (1). Recurria al rey siempre que lo exijia

(1) No se sabe con certeza el origen de las banderas. Con motivo de unas fiestas que se celebraron en Valencia en 1373, se leen en un manual del consejo los colores que aceptaron los gremios para sus banderas: Los cortantes, azul claro; los pelaires, verde con manga blanca; los corregeros y silleros, carmesí con manga derecha azul claro; los curtidores, azul oscuro; los espaderos, carmesí, sembrado de amapolas, oro y manga verde; los hornero, encarnado y manga blanca; los esparteros, verde; los tejedores, verde rosado con manga negra; los molineros, blanco y manga encarnada con rayas; los corredores de cuello, morada y manga encarnada; los carpinteros, encarnado de colea con adornos de lenguas de madera, semejantes á frezadura; los roperveleros, azul claro; los corredores de oreja, encarnado y manga morada; los roperos, tafetan verde; los labradores, clavel y caperones encarnados; los sastres, morado; los plateros, tafetan encarnado. Las banderas

el caso, y éste con los informes que se han indicado y de acuerdo su real consejo dictaba leyes sólidas por las cuales quedaba premiado el trabajo y bien servido el comun.

Las diferentes ordenanzas de los gremios encierran en sí un plan de legislacion industrial al cual si se le añadiera la enseñanza científica que hoy dia da el gobierno en sus escuelas, se obtendria un resultado asombroso en la república de las artes.

Con los adelantos de la civilizacion y el desarrollo general de las ideas son mayores los goces de la vida, y de consiguiente la necesidades; y el manufacturero debe esmerarse mas en sus obras que se aumentan en número, forma y objeto. Por esto necesita que sea mayor su instruccion y por lo mismo que mejore la legislacion de su ramo.

La utilidad de los gremios es indisputable, porque no solo organiza las clases, sino que engrandece á los artesanos.

La razon humana, soplo de la divinidad, es bastante sábia para conocer *apriori* el bien y el mal; pero el corazon del hombre, sea por la debilidad de su materia, ó por otras causas que no conocemos, solo se mueve por el interés de gloria ó interés material; no encontrándolo en su acto lo busca en cualquier otra cosa; y así sucede. Cuando los gremios existian con sus fueros y privilegios, el aprendiz que se matriculaba en cualquiera de ellos, su ambicion se limitaba á lograr su inmediato grado de oficial que con suficiente tiempo y aplicacion alcanzaba; luego, con el mayor empeño, aspiraba á ser maestro, y cuando esto lograba se creia un hombre

---

que existen hoy en diferentes gremios no concuerdan con los colores indicados en dicho manual.

En unas notas halladas entre los papeles de D. José Mariano Ortiz, cronista de Valencia en 1788, se lee: Que en 1519 cuando se formaron las asociaciones llamadas germanades, cada oficio reunió bajo una bandera los que á él pertenecian, y que estas son las que llevan hoy en las procesiones. Estas banderas son de color encarnado, verde ó carmesí; el palo á que cada una está sujeta es como una pulgada y media de diámetro y de unos veinte palmos de altura, el estremo superior de este remata por un santo de mazoneria de un palmo y medio de alto. Debajo de la peana sobre que está colocado el santo se desprenden unas cintas de varios colores, y como de unos tres palmos de largo, del mismo punto, bajan hasta el suelo unos cordones que terminan en unas borlas, en los vértices colgantes de cada bandera vá asida otra borla igual á la de los cordones, todo del mismo color que la bandera.

de gran posicion, porque veia que á nadie se le permitia trabajar por su cuenta sin haber pasado por igual tramitacion. Revestido de su saber y privilegios, procuraba establecerse en su tienda para servir al comun con la doble moralidad de alcanzar la mano de alguna jóven honrada, que á manera de los estudiantes, siempre solia ser la que le habia estado esperando llegára al fin de su carrera. Abierto su establecimiento, su interés material se limitaba á trabajar con afan, para proporcionar una decente manutencion á su familia, y su interés de gloria estendia su ambicion al honroso aspirantísimo de ser de los que componian la prohomanía del gremio y el empleo de clavario. Entonces se creia haber llegado al colmo del poder, y era respetado por todos sus inferiores. Lleno de orgullo y satisfaccion, mandaba reunir y presidia las juntas de su gremio, leia y volvia á leer los oficios que la autoridad le dirijia por asuntos de contribucion y otros informes; siendo su mayor goce cuando acompañaba á la imágen del santo patron de la corporacion, llevando delante el estandarte que fue primero enseña de guerra y luego guia de la procesion que acompañaba á la imágen.

Los aprendices y oficiales cuyo bello era llegar con el tiempo á aquel empleo, al ver al clavario con tanta pompa, se decian unos á otros, señalándole con el dedo: «*Mira al clavarí. ¿Cuánt aplegarem nosatros á ser lo que és ell?*»

Es una verdad indisputable que aunque la razon nos dá á conocer que es mala la envidia, nuestro corazon nos inclina á ella, por manera, que no hay hombre que no se sienta molestado por esta pasion que es á veces el móvil de las mejores acciones, y otras la causa de los mayores trastornos sociales. Sucede lo primero cuando la aficion se fija en el deseo de una cosa que puede venir por pasos sucesivos sin interrupcion de la marcha normal de los acontecimientos, y lo segundo siempre que se intenta salir de la esfera que cada uno debe recorrer. Sentado, pues, que todos se encuentran solicitados por esta pasion, debe conducirse por el mejor sendero dando representacion ó importancia á todas las clases de la

sociedad; así se destruye el exagerado aspirantismo porque revestido el hombre de ciertos derechos, piensa que muchos lo envidian y siempre la envidia es menor en aquel que se cree envidiado.

Disminuida hoy la importancia que nuestros mayores daban á las clases obreras, y abolidos sus fueros, el artesano que nace pensador y con gran imaginacion, busca medios para salir de su clase desprestigiada y pretende adquirir posicion en la representacion nacional, unas veces dando su voto en elecciones para alcanzar un destino á quien no es digno de representarlo, otras queriendo ser él el representante entorpece en cuanto alcanzan sus fuerzas la marcha progresiva de la civilizacion, perturba el órden y de consiguiente aumenta la inmoralidad. Si no se encuentra en edad de dedicarse á seguir una carrera facultativa, ni á la práctica de una oficina administrativa, sigue en su empeño para sacar al menos á sus hijos del taller donde los cree humillados. Los dedica á carreras para las cuales no son muchas veces aptos, y les inculca la empleomanía, orígen de los disturbios de nuestra época. Despues ó antes de su muerte lega á la sociedad con un hijo la casa, por ejemplo de un abogado pobre y poco capáz, en vez de la de un herrero rico y hábil, cuyo taller encuentra acreditado por su padre, y que puede engrandecer con los adelantos del arte.

De los diferentes puntos de vista que se miran las cosas nacen las diferentes ideas y de éstas las diversas opiniones, y mirando los gremios como un obstáculo para ganar tiempo aquellos cuyo talento no necesita tantos años para aprender un oficio, consideran perjudicial que se obligue á ser aprendiz tanto tiempo para ascender á oficial y despues á maestro: pero aunque la pérdida de tiempo es cuasi irreparable, harto estaba compensada por cuanto un obrero que concluia los años de aprendizaje pasaba á trabajar de oficial, ganando un jornal proporcionado á su capacidad y destreza. Además, por mucho mayor que sea la capacidad de un sugeto respecto de otro, para aprender un oficio, no siendo éste enteramente inepto, no pasará de una mitad el esceso de tiempo que uno ne-

cesite mas que el otro. Respecto al ascenso de oficial á maestro, sino reunia suficientes conocimientos para ascender, no se le aprobaba.

Cuando cualquier sugeto llegaba á una poblacion y queria mandar construir cualquier manufactura, no tenia que preguntar quién seria hábil para su ejecucion, porque sabia que sin mas que ir á cualquier taller públicamente establecido, se encontraba con un sugeto que habia probado legalmente su capacidad para ejecutarlo. Caso que el maestro no desempeñára bien el cometido, se podia recurrir al gremio donde el obrero era pericialmente juzgado.

El gobierno de nuestros dias, que no deja de protejer en cierto modo á las artes mecánicas creando enseñanzas públicas para el efecto, no ha previsto en el modo de establecerlas los inconvenientes que se presentan para que un artesano pueda asistir á ellas, tanto por la complicacion de materias que se esplican en un mismo curso, como por las horas en que se entra y sale de las clases. Las muchas materias que se cursan en estas clases exijen que el alumno esté continuamente ocupado en el estudio de las ciencias y que abandone la práctica del trabajo, que es lo mas esencial para llegar á vencer los obstáculos que se oponen al verificar las construcciones del obrero, si bien es bueno conocer la naturaleza de los materiales y el equilibrio y movimiento de los cuerpos. Además el artesano necesita un número considerable de horas para poder ganar un jornal que sea suficiente para atender á los gastos de su manutencion y no puede disponer de ciertas horas, especialmente de las del dia, para acudir á la escuela, únicamente puede hacerlo por las noches y esta es la razon por la cual las escuelas industriales no se ven concurridas por artesanos, que son los que podian sacar una utilidad mas inmediata; únicamente suelen concurrir á éstas personas, acomodadas que por sus costumbres, y á veces vanidad, no les es permitido descender al terreno de la práctica, lo que ocasiona el poco adelantamiento en la manufacturas de nuestro país.

La mayor parte de los inventos mas útiles en las artes, son debidos á la casualidad ó á cierto instinto mecánico, y no á la filosofía; esta casualidad acontece en la manipulacion ó inmediata inspeccion de la cosa; la filosofía nace de la observancia y meditacion, pero el discurso crea ideas y forma juicios sin tener en cuenta fenómenos que no concibe la razon y solo los aperciben los sentidos cuando los encuentran en la práctica. Hé aquí el motivo porque se concibe un proyecto que aparece claro al entendimiento del inventor y al de los demás á quienes se esplica; mas al llevarlo á la práctica quedan destruidas todas las ilusiones al ver que no produce el efecto que se proponian.

Sin en vez de haber instituido las enseñanzas industriales de la manera que se han dispuesto, se hubieran dejado los gremios como de antiguo, obligando á saber tales ó cuales materias á los que tuvieran que tomar el título de oficial ó maestro, precisándoles á acudir por las noches á sus escuelas, se obtendrian grandes adelantos en las artes mecánicas. Si los adelantos de la época reclaman modificaciones, háganse enhorabuena, mas no se destruya lo bueno, no se quiten las ilusiones á quien pueda gozarse en ellas, y búsquense las verdaderas utilidades.

En los tiempos del rey Fernando el VI, conociendo este que aunque los tejidos de seda de esta ciudad de Valencia forman uno de los principales objetos de la industria de sus naturales, y no se recojian las utilidades que pudieran por hallarse estos destituidos de los estudios y conocimientos radicales de que depende la invencion, variedad y buen gusto de los dibujos que facilitan los grandes consumos de telas, por medio de una real cédula de 29 de Setiembre de 1756, se mandó que la ciudad de Valencia contribuyese de sus propios á la sistencia de seis jóvenes destinados al estudio del dibujo y flores para los tejidos bajo la direccion de unos maestros que pasaron á ella de Lion de Francia, con motivo del establecimiento de lo fábrica de cuenta de los cinco gremios mayores de Madrid. Por manera que unieron la escuela con el taller; con esta

disposicion dada por el rey y otra que su sucesor D. Cárlos III dió en 30 de Setiembre de 1784 se debe tal vez, el estado de nuestros adelantos en la fabricacion de tejidos de seda.

Tales disposiciones podian haber servido de ejemplo para el presente. En la actualidad se distinguen con los pomposos nombres de bachiller, maestro en artes ó ingeniero aquellos que han hecho ciertos estudios teóricos, sin que los mas se hayan dedicado á la parte práctica y material de las manufacturas. Jóvenes muchas veces de preclaros entendimientos han empleado el tiempo en aprender las matemáticas y fisisa, y como no conocen la práctica, ni por sus hábitos les es fácil acostumbrarse al penoso trabajo de la ejecucion, tropiezan con dificultades que no tropezára un mediano aprendiz de un taller.

En los tiempos en que los gremios gozaban de sus fueros y privilegios se sabia ciertamente que el titulado maestro de un oficio sabia llevar á cabo lo que se le mandaba, y ahora se debe preguntar si el titulado maestro en artes ha visto ejecutar una vez siquiera lo que se trata de encargar. El maestro en artes ó ingeniero mecánico, cuando lo titulan tal, podrá saber matemáticas, lógica abstracta del número y la forma, tambien conocerá la física y química, ciencias todas utilisimas para el adelanto de la industria, pero ignorará completamente el mejor modo de hacer realizable un proyecto, y suponiendo que al ponerlo en práctica consiga concluirlo, vendrá en conocimiento de que pudiera haber ahorrado tiempo y dinero con haberlo hecho de tal ó cual manera. Una de las grandes ventajas que puede llevar un fabricante, respecto de otro del mismo ramo, es, que pueda vender sus fabricaciones á menor precio. Como la baratura consiste en la menor cantidad de tiempo, material y habilidad que se necesita para construir la cosa, y solo el ejecutar muchas veces esta misma, da conocimiento para disminuir dichas cantidades, resulta que la práctica es la que debemos abrazar con preferencia.

Para las nobles y bellas artes como la pintura, escultura y gra-

bado, nunca ha habido gremios en la forma que en las mecánicas, porque estas dependen únicamente de la imaginacion y la práctica de ver pintar, esculpir ó grabar tantos ó cuantos años, muy poco puede influir para que salgan buenos artistas; una buena educacion dada en las academias ilustraba su entendimiento por medio del dibujo y otras materias sin sujecion á tiempo, porque pretender que los artistas de este género caminasen por pasos sucesivos en las producciones de su arte, seria querer formar una carrera de poetas.

La arquitectura, aunque está incluida en las bellas artes, por las ciencias ausiliares que se hace indispensable el poseer para la ejecucion de sus obras, siempre se ha considerado como una carrera científica; así es que nunca se les ha obligado á poseer el dibujo natural con tanta latitud como la necesidad obliga á los pintores, escultores y grabadores, al paso que se les ha exigido con todo rigor el estudio de las matemáticas, física y construcciones.

Volviendo á nuestro héroe el clavario del gremio, pues queda demostrada la importancia que han tenido, y utilidad que han reportado y podian reportar á la sociedad las asociaciones gremiales, me concretaré á describir el estado en que hoy dia se encuentran.

Los artesanos que tienen título de maestro, todos los años en el mismo dia que marcan sus ordenanzas continúa eligiendo clavarios, compañero ó segundo, y demás empleados. El clavario, cuando recuerda y compara su poder con el de sus antecesores, queda como estático por algunos momentos, y luego esclama «¡si estuviéramos en tiempos pasados!...» Sin embargo insiste aun en querer darse preponderancia, procura se celebre la misa anual al Santo patron de su gremio, manda sacar en andas la imágen para acompañar al Señor Sacramentado en la procesion del Corpus y en la que se celebra en las fiestas de S. Vicente Ferrer, patron de Valencia; además de la imágen saca la bandera, y á modo de antigua usanza, marcha con los demás maestros á formar parte en esta otra procesion. El clavario, compañero y otros empleados van delante de éstos llevando los cordones que bajan del alto de la bandera ó

las borlas en que rematan los vértices colgantes de ésta. El encargado de sostener y llevar la bandera por su asta, suele ser un oficial del mismo oficio que tenga mucha fuerza, y al són de la dulzaina y tambor él va haciendo varias evoluciones con el palo ó asta bandera, colocándola verticalmente sobre el hombro izquierdo, luego la pasa al derecho, ya la hace descansar sobre la barba, ya sobre los dientes de la mandíbula inferior, ya sobre la frente. La víspera del Santo patron del gremio suele pasar el clavario, acompañado del síndico, secretario y otros prohombres, por casa de los demás maestros con objeto de invitarles á que concurran á la fiesta y den alguna limosna para los pobres maestros ó viudas de aquellos que por su vejez ó achaques no pueden trabajar.

A estos actos está hoy dia reducida la representacion del clavario de un gremio, gefe en otro tiempo del ramo que profesaba, y que ahora va á desaparecer hasta el nombre de tal empleo. Casualmente se me ha invitado para que escribiera este artículo cuando ya se ha comenzado á vender hasta las casas en donde han estado y están las congregaciones de que hablamos. Los clavarios y demás maestros antiguos, desde el fondo de su corazon lanzan un suspiro al ver desaparecer hasta los edificios que fueron tribuna de su representacion social. En ellos se dieron á conocer sus antepasados como patricios, como artesanos y como religiosos. ¡Grande es vuestro dolor! Pero no os quejeis de lo que os pasa, sino gozais de los privilegios que de inmemorial, sino os dejan sitio siquiera para verificar vuestras reuniones, en cambio teneis un gobierno que no os quiere mendigos sino propietarios. Un ministro lo ha dicho; creo que saldrá con su intento, de lo contrario no lo hubiera manifestado. «¡Podeis creer que un ministro diga una barbaridad!» Los que actualmente sois clavarios, diga cada uno para sí de su destino: «¡En mí se acaba el clavario!» O á manera de como se leia en aquella lápida que encontraron en Portugal:

«Ultimo rey de los godos
Aquí Rodrigo repcsa.»

Alejandro Buchaca y Freire.

EL ARENERO.

(Vulgo) TERRERO (1).

Un forastero que penetre desde las seis hasta las once de la mañana por las calles tortuosas de la ciudad de D. Jaime de Aragon, podrá notar entre la multitud de objetos que herirán su vista é imaginacion, ciertos ginetes, cuya edad no baja de seis ni pasa de once por lo comun, cabalgando sobre individuos de la familia del compañero de Sancho Panza, y recorriendo los barrios á paso grave y mesurado, y al compás de una cancion,

(1) Este artículo, asi como el del *Estercolero* (femater), se publicaron ya con algunas variantes y alteraciones, el segundo en el periódico titulado El Cid, y sus números de 23, 24 y 23 de Setiembre de 1848, y el presente en el periódico hebdomadario titulado el Sueco en los números del 7 y 14 de Noviembre de 1847.

cuya letra es un acertijo mas indescifrable que la cuestion del dia, y cuya inflexion musical desafia á los mas intrépidos filarmónicos. Esta cancion anuncia la venta de una mercancía del reino mineral, de cuya mina son los ginetes susodichos los esclusivos esplotadores. Por abreviar, el forastero topará con muchachos que venden arena ó tierra de fregar.

Existe en las inmediaciones de Valencia y junto al pueblo de Burjasot una mina, cuyos productos despues de fregar los cacharros, que sirvieron al alcuzcuz y pilau del rey Zaen, y las marmitas de la cocina de D. Pedro el Ceremonioso, continúan despues de siete siglos, prestando tan útil servicio á las cazuelas, *peroles* y *paellas* de los vasallos constitucionales y dos veces leales de Isabel II. Inútil es nos detengamos en su descripcion y clasificacion geológica, ni en si es terreno de aluvion, ó pertenece á la série neptuniana, ó si tiene partículas esquistosas, etc.; lo que nos importa saber, es que es mina, y mina inagotable de *tierra de fregar*. Las cuevas, que el continuo descarnar y cavar de tantos años ha practicado en las laderas del monte, son la escuela práctica de los niños de Burjasot, desde que saben tenerse en dos pies. Es, digámoslo así, un empleo de entrada, cuyo ascenso es el de *femater* (estercolero) y el término, arriero ó labrador.

El *terrero* es esencialmente viajador, pues desde niño emprende viages por su cuenta. Otros, hasta que son mancebos, no salen del cascaron, ni abandonan las faldas de su madre: el *terrero* posee ya su cabalgadura, (que tanto lo es un jumento como un caballo árabe *pura sangre*) su mercancía y su capital. Al amanecer llena el seron de las riquezas de la mina, monta en el asno, sirviéndolo en general de estribo la cola arrollada al pie, y pica hácia la ciudad. Apenas entra en ella, su voz aguda y argentina pone en movimiento las criadas del barrio que atraviesa. Lo ordinario es aguardarle á la puerta, cuando no se le llama desde balcon ó ventana, diciéndole que aguarde. Alguna vez aquel aguardar se parece al aguardar de un buen gobierno, que nunca nos llega; y es debido

semejante burla á los que el vulgo apellida *conills de pòrche* (conejos de desvan) designando con esta calificacion á los velluteros, ó del arte de la seda, los cuales solazan su trabajo y entretienen el fastidio del telar con tal cual pulla lanzada desde lo alto á los transeuntes, y mejor á las *transeuntas*.

La criada que aguarda al *terrero*, va armada del indispensable *perol*. Pocas veces sucede que el vendedor lampiño descienda de su cabalgadura para distribuir el contenido del seron. Lo comun es alargar el brazo, y llenar el vacío que le presenta la sirviente. Pero sabedor antes de estudiar física, de las leyes de las densidades y volúmenes, á los pocos puñados el *perol* aparece colmado, y con su cono por añadidura. El caso es que tiene por contrincante á quien posee igualmente la ciencia de las densidades, y aprieta la tierra á medida que el *terrero* la vierte, de donde se origina una polémica acalorada, que termina muchas veces por vaciar otra vez la tierra en el seron, y rescindirse el contrato de venta, no sin sendas jaculatorias que mútuamente se lanzan los enemigos. Lo general es adoptar un justo medio, gracias al cual el *terrero*, que conoce que vale mas perder, que mas perder, tapa la boca de la mozuela y la del *perol* con uno ó dos puñados suplementarios, y quedan sentadas las paces entre las potencias beligerantes.

Se conoce que la educacion de estos niños tiene muchos puntos de contacto por lo que toca á la sobriedad, con la que los espartanos y lacedemonios daban á sus hijos, obligándoles á sufrir el hambre y la sed hasta un estremo, del que se quejaba la naturaleza misma y hasta la economía. El *terrero* divierte al parecer su hambre cantando, sin resignarse por eso á soportarla espartanamente. Cuando disputa y altera con las criadas sobre la tierra de fregar, pide con frecuencia en pago de los puñados que agrega á la masa primitiva, un pedazo de pan, y no es raro que éste figure tambien en el contrato y arreglo, exigiéndolo con insistencia y sin apelacion. Así las criaturas logran una ganancia, cuyo beneficio disfrutan en el acto, y restauran las fuerzas, que bien necesarias les son para vocear,

y para aumentar el despacho, esforzando los medios de publicidad.

Al ver á unos niños de tan corta edad desplegar una energía económica tan tenáz y pendenciera, cualquiera la admirará, como impropia de aquella edad, por mas ensayos y lecciones que la precedan. Preceden lecciones, sí; pero van condimentadas y ribeteadas de amenazas de parte de los padres, las cuales saben ellos muy bien por esperiencia que no son bocanadas de aire poniente, y sus costillas y region inferior guardan á veces recuerdos mas indelebles de lo que ellos quisieran. Los padres al fiarles la hacienda, se la dan medida ó calculada, en términos que conocen matemáticamente los kilógramos de arena que contiene el seron, y en consecuencia el valor exacto de ellos al precio corriente. Ha de volver pues el seron á someterse á la inspeccion fiscal, á ver si suma igual el producto y resíduo al total primitivo. El *terrero* que esto sabe, apela pues al recurso de ahuecar la arena para que abulte, y ganar por ejemplo una onza en libra, lo cual siempre le proporcionará un repelon de tres ó cuatro ochavos por seron.

Todo esto revela en el *terrero* una agudeza y despejo, que hablan alto en favor de su mérito y aptitud mercantil. Pero no es de ahora de cuando data esta prenda recomendable, pues de otras hizo alarde en tiempos antiguos, que el descuido y la injusticia de los hombres han consentido eclipsarse y caer en la sima del olvido.

Y no sé yo, por qué razon no ha de hacer valer el *terrero* sus derechos á la nobleza: derechos acaso mas averiguados que otros que suenan y se frotan por los hocicos de todo bicho, con mas empeño y frecuencia que conviniera. Ello es que al infeliz *terrero* solo le queda de caballero la caballería, sea cual fuere la especie á que pertenece. En cuanto á los servicios eminentes y arriesgados que sus ascendientes prestaron al pais, esos se han echado en *seron* roto, que tanto monta como en saco roto, y el pobre *terrero*, con todos sus méritos á la cola, pasa su infancia apeando y subiendo por ella. Cuáles sean esos méritos, que á otros valieron títulos, y tier-

ras, y casas, y todo lo al, una simple indicacion lo dará á conocer.

Cuando el Rey D. Jaime estrechó el bloqueo de Valencia, poco antes de su definitiva conquista, entretenia relaciones con los cristianos que en ella vivian; pero la vigilancia de los sarracenos impedia que aquellas fuesen muy frecuentes y estrechas. Por eso sucedia á veces la mas completa incomunicacion á las noticias mas consoladoras, y á fin de sostener el espíritu, no público, sino privado de los pobres cristianos, se hacia indispensable escogitar un medio, ya que no directo, á lo menos indirecto y solapado, de manifestarles que no se desistia de la empresa, y que se acercaba el dia de su redencion. Cuando con mas empeño corrian los ciegos moros, ó moros ciegos de entonces con las Gacetas y papelitos de entonces (porque Gacetas debia haber, aunque no existiese imprenta, y sino, ¿de qué modo se habia de mentir de oficio?) cuanto con mas empeño, repito, andaban colgándose reliquias al Rey Don Jaime, y suponiéndole en retirada lo menos hasta Mallorca, con solos cuatro descamisados; en una palabra, cuando forjaban los políticos guerreros de antaño los moldes, sobre que con el tiempo se habia de vaciar los partes de ogaño, etc., etc., etc., penetraban por la ciudad una nube de rapaces con sus turbantitos, y caftanitos, y babuchitas (eso me lo figuro yo, porque no iria el generoso Rey de Aragon á enviar descalzas á las pobres criaturas), montados en su seron de tierra de fregar, y gritando por las calles en su endiablada gerga idéntica á la de ahora: *la térra*, *la guérra*, *guerrialaguela*, *la guérra*, *la térra*, siendo acaso la vez primera que la misma sirvió de medio estratégico contra una ciudad sitiada, y para dar aliento y vida á un partido moribundo. Ello es que los cristianos, por lo poco que husmeaban, y por los antecedentes que tenian de los nuevos apóstoles con mocos, inferian lógicamente que las Gacetas de Zaen mentian, y que el Rey D. Jaime en vez de ir á solazarse con Doña Teresa, pensaba repetir la célebre é histórica *patada*, y echar á *patadas* á los descreidos, de la tierra que no

pudieron sostener los hijos primogénitos del Cid. Y vea V. como el *terrero* ha figurado en primera línea en nuestras guerras, ya que no figura en nuestras crónicas por un olvido (quién sabe si envidia) del cual se debia pedir estrecha residencia á Beuter, Escolano y demás turbamulta de ensucia-papel, á quienes haria sombra un burro con un seron, y un muñeco por remate. Pero como de esas las tragamos; tenga paciencia el *noble*, *benemérito y patriota terrero*, y arree como pueda su gentil cabalgadura.

Esta no siempre olvida el sentimiento de su valor y de sus recuerdos; así es que mas de una vez, mientras su ginete se distrae inocentemente delante del anaquel de un quincallero, ó del mostrador de una confitería, se cruza detras de él, ocupando en su longitud total los dos tercios de la anchura de nuestras espaciosas calles; y como en tiempo de lluvia su pavimento no es de aquellos que puedan servir de modelo y estudio á los que se dedican á la carrera de ingenieros de caminos y canales, los transeuntes han de describir un semicírculo, poniéndose en incómodo contacto con el estribo del animal (ya he dicho mas arriba qué cosa sea este estribo) y dando unto de balsa á los zapatos ó alpargatas, para que aquel no ensucie los cuatro sustentáculos de su elegante masa. De aquí resultan altercados y disputas con el *terrero*, que como de juro, siempre ceden en daño y mengua del angelito, sino pasa la cosa adelante, y un envion aplicado por mano robusta y villana no hace perder el equilibrio al jumento, y no le envia á descansar sobre el terreno que conquistó por concomitancia, y alfombrar con el contenido del seron el teatro de sus antiguas glorias.

Esto que en otros individuos de diversa edad y sexo daria pie á reyertas y escenas divertidas, no causa mella por lo comun en aquella edad de indiferencia y abandono; el *terrero* sigue su ruta, y sin cuidarse de que su compañero haga alarde de ligereza y soltura, le deja dueño de sus instintos pausados y tranquilos, y á veces emplea un cuarto de hora en medir de un estremo á otro una calle de doce metros de longitud, mirando entretanto con distrac-

cion y desmayo las tiendas y objetos, vistos ya centenares de veces. Anímale algun tanto el encuentro con un cofrade, en cuyo caso se entabla un diálogo acerca de la buena ó mala venta, ó de otros asuntos pueriles, y luego se separan enviándose saludos filarmónicos por via de despedida, y derrochando todo el repertorio musical que guardan para ciertas ocasiones, en cuya grata tarea les ausilia tambien á veces el compañero, dando el tono con algunas notas de bajo profundo, cuyo efecto no deja de ser notable.

Pero entre los percances del *terrero* ninguno hay tan amargo y trascendental, como el que sufre de cuando en cuando, y casi siempre por su culpa. Terminada su escursion y despachado el género, nada le queda que hacer, sino tocar en retirada hácia su hogar, donde le aguarda el padre tan severo como un comisionado de apremio, á pedirle cuenta de los puñados de tierra, y examinar si el cargo y data suman igual, y ¡guay del cuitado, si hay trabacuenta ó níquil! Pero el genio perseguidor de los muchachos le hace encontrar al paso, ó bien en el muro, ó bien en las afueras, algun corrillo de gente *non sancta*, trabajando en su oficina, es decir, dedicados á la chapa, sin tener chapeo. La tentacion es irresistible: la ocasion se pinta calva: montones de ochavos limpios y esmerados como si saliesen del troquel, pueden agregarse al producto de la mina: en un momento se hace comerciante y especulador: calcula el capital, los intereses, pero no calcula la bancarrota, ó *sarria* rota: aventura algun ochavillo; gana, el infeliz cae en el garlito: pone, pierde; pone, pierde, y pierde, y pierde, y gana, y pierde, y pierde, y lo pierde todo.

«A Dios *leche*, dineros,
Huevos, pollos, lechon, vaca y terneros.»

Menor es la fatalidad, cuando el diablo solo se contenta con ponerle por contrincante algun consocio, en cuyo caso la partida se halla equilibrada, y entonces la suerte, mas que la prestidigitacion decide la inclinacion de la balanza. Pero de todos modos el perdi-

doso ha perdido, y el juez severo que le aguarda, es inexorable. Raro es que la madre se interponga entre la espada justiciera empuñada por una mano, cuyo pulso hace latir la sangre árabe.... Lo menos que debe temer es.... una aplicacion demasiado práctica y literal del sistema de educacion espartana....

Pero hay *terreros* que tambien han recibido su dósis de sangre árabe para sufrir el juicio y sus consecuencias; y con magnánima resolucion esclaman: ¿y qué le hace costilla mas ó menos? Y se presentan al padre, y le dicen como Polion á Oroveso: *Feri, ma non interrogarmi. Pegad; mas no me preguntéis*.....

Al otro dia se les ve con su acostumbrado jumento (así reza Cervantes), camino de Valencia, y saludando otra vez los torreones arabescos del Portal Nuevo, ó de la Puerta de Cuarte.

Al principio dijimos que son niños esclusivamente los que se dedican al oficio de *terreros*; sus gracias y candor, aunque ya un si es no es adobadas con la malicia campesina, son el mejor señuelo para la venta, y tanto es así, que solo un *terrero* se conoce, que por lo visto ha cogido gusto al oficio, que ejerce hace quince años; y dicho se está que su voz, la cual desgraciadamente para él pudiera en caso urgente reemplazar a un contrabajo, desmayaba al instante, al ingenuo labrido, al *terrero* usurpador; y por eso ni gana simpatías, ni su género preferencia; lo cual unido a su carácter malhumorado, agreste y adusto, acaba por magnificar por completo las cualidades frívolas y por convencerte que su persona es un anacronismo gritador en la existencia del *terrero*.

Y para que no quede pincelada por dar en el lienzo y correspondiente, cuando menos, la espuma en esa gama, debemos decir que, si los niños [illegible] [illegible] [illegible]

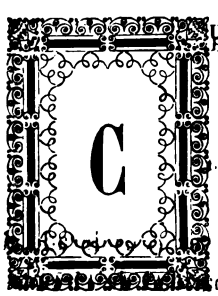
tar manchas. Ello es que de la tal tierra tienen un despacho no despreciable, siendo su valor naturalmente superior al de la de fregar; y los que poseen en su seron el aditamento enunciado, tienen buen cuidado de anunciarlo con repeticion, para no ser confundidos con el vulgo de los *terreros*, que se mueven dentro del círculo inmemorial de su antigua y noble profesion.

Pascual Perez y Rodriguez.

EL TORRONER.

(TURRONERO, QUE DICEN EN MADRID.)

«Si la luna fuera pan,
y á pedazos se comiera,
Es tanta el hambre que tengo,
Que toda me la comiera.»
Cosas de mi abuelo.



Cuán grato, cuán dulce es para una periodística pluma el refocilarse con la melosa tinta del epígrafe, que acabamos de dejar consignado!.., ¡El turron!... No levantes mucho la voz, al pronunciar tan codiciada frase, querido lector, porque las paredes oyen; y si á comprender llegan lo que entre dientes murmuras, capaces son de desplomarse por ver de atrapar bajo sus ruinas el fruto á ellas prohibido, el tesoro de la época, la piedra filosofal.....

¡El turron!... ¡Magnífica palabra!... ¡El «*veni, vidi, vinci*» de

los ejércitos beligerantes, el *post nubila Phebus* de los vencidos, el *jam lætus moriar* de los vencedores!... ¿Dónde se encuentra otro vocablo de tan risueña perspectiva, de tan odorífera fragancia, de mas esquisito paladar?.....

Muy bueno dicen que es, y muy bueno será él sin duda, cuando se le desea, se le busca, se le persigue en todas direcciones con tanta tenacidad y encarnizamiento.... ¡Oh! ni el Vellocino de oro inspiró en otros tiempos mas arrojo, mayor audacia, para lograr su difícil posesion.

Torpeza, y grande, fuera, pues, el disputar á este sabroso fenómeno de la *Dulce alianza*, ni sus calidades aparentes, ni su mérito positivo, ni aun su higiénica bondad. Convenimos sin repugnancia en todas y en cada una de las virtudes del *niño mimado*, del plato de las Ninfas, del néctar de los Dioses. Nada mas natural.....

Pero.... «¿qué tiene que ver (dirá alguno de mis lectores) toda esa música celestial con los *Valencianos pintados por sí mismos*?» «El *Torronér* (contestaré yo entonces) es un *tipo* como cualquier otro, tan valenciano como el mismísimo *Micalet*; y cuando el editor de esta *obra* (no la del Micalet) dejando á mi libre alvedrío la originalidad de la materia, me ha dicho únicamente: «escriba usted un tipo *de gusto*,» he creido de buena fe, hablando con toda formalidad, que

«Entre los *tipos*, ya en plaza,
Que ofrece esta coleccion
Vendiendo hasta.... *calabaza*,
Nó haria un papel.... de estraza
El vendedor de turron»....

ó el que lo compra, que tan *turronero* puede ser considerado el uno como el otro.... Y por mas señas que esta paridad de circunstancias características, esta analogía de títulos apelativos, hubiera puesto en un sério compromiso la eleccion del modelo para mi retrato, á no haberme ocurrido afortunadamente un medio muy sencillo de zanjar la dificultad. Hélo aquí:

«Comernos las *aceitunas*
(De pasta dulce se entiende),
Y dejarnos en ayunas
A quien las compra y las vende.»

Que al fin y al cabo, no es tan mal *tipo* ese *almibarado ciudadano de Alicante y de Gijona*, que no merezca los honores de una breve *pincelada*, mayormente siendo *valenciano* de tan buena *catadura*.

Por otra parte ¿qué pudiéramos decir nosotros tampoco ni del espendedor de ese *género* estancado, ni de las varias *especies* de histriones *sin estancar* que pululan por cualquier sitio proclamando á voz en grito la escelencia de tan sabrosa pasta?... Nada, que no salte á la vista de quien la fije por un solo momento en la adjunta lámina.....¡*Ecce homo*!..... Ahí los teneis: al uno con sus verdes antiparras y su leviton castaño oscuro, repartiendo á manos llenas el codiciado fruto de su *dulce* industria; y á los otros con un palmo de boca abierta, repitiendo sin cesar aquella aria coreada de la *Gazza-ladra*, «¡cuán rico es!... ¡sí que nos gusta!...» ¡Vaya una salida!...

Pero entremos nosotros en *materia*, que el asunto es bastante delicado, y merece la pena de masticarse bien, prescindiendo de *formas*, cuanto de él se diga.

Solo conocemos dos maneras de adquirir *el turron*: comprándolo ó procurando ganar la voluntad de sus fabricantes para que nos le regalen, para obtenerlo *gratis*; y confesamos ingénuamente nuestra inaptitud en ambos sistemas. Para lo primero nos faltan medios y oportunidad. Para lo segundo.... habilidad, gracia, vocacion. *Quod natura non dat, intellectus non prestat.*

El turron, el manjar especial de los predestinados, no lo han criado tampoco Dios ó los hombres para el primero que llegue: se necesita genio, carácter, poca aprension en ciertos casos, y hasta una marcada tendencia en otros hácia él: «¡*me importa un bledo*! y ¿*qué se me da á mí*?....» para mascar á dos carrillos, y á la puerta

misma de la calle, lo que tal vez, en igualdad de circunstancias, no se atrevieran otros á tocar siquiera con la punta de la lengua en el mas oscuro rincon de su domicilio.... Verdad es que cada uno, en este pícaro mundo, suele ser hijo de su madre, y que sobre gustos nada hay escrito; pero á lo menos los que descienden por línea recta de la antiquísima y barriguda familia de *Juan Palomo*, dejen estar en paz al mísero mortal, que antes, ahora y despues... «*tantum pellis et ossa fuit.*»

Sin embargo, á pesar de las dificultades que ofrecer suele generalmente la adquisicion de este *maná* terrestre, nada hay mas sencillo, cuando Dios quiere, que el poder decir á los envidiosos, chupándose los dedos: «míralo, ya le tengo entre dientes, no le catarás»....

«Yo una vez lo he probado,
Y afirmar puedo
Que en mi vida he comido
Manjar mas tierno.
¡Y que bien sienta....
Lo mismo al medio-dia
Que tras la cena!

Pero ¡qué batalla, Dios mio, en materia de turrones!...

Antes, en tiempo de nuestros abuelos, se conocian muy pocas especies de esta fruta de Pascuas. Los individuos aquellos contentábanse con las que habian visto siempre por Navidad en la mesa de sus antepasados, sin que les ocurriese siquiera el deseo de innovacion alguna en el particular. Todo se reducia, pues, al turron de almendra, de canamones, de avellana, de.... de.... cualquiera otra fruta seca, y.... pare Vd. de contar. Pero en el dia se ha hecho casi interminable el catálogo de sus varias nomenclaturas....

«Hay turron de *chorizos*,
De *economías*,
Turron *de breja larga*,
De *cana de Indias*.

En fin, hay tantos,
Que es difícil sin duda
Poder contarlos.

Y.... ¡ya se ve! siendo tal la abundancia del género, y no escasos tampoco los medios de poder acercarse á las respectivas fábricas....

No es estraño tampoco
Que quien de él gusta
Tire al agua su anzuelo
Del pez en busca:
Que, si está fresca,
Bien saben mas de cuatro
Lo que se pescan.

Y si está caliente, ó tibia por lo menos, poco se pierde en probar fortuna. Lo que conviene, lo que importa, lo que interesa es no soltar nunca la caña de la mano; que el *pez-turron* es voluble, caprichoso como una coqueta; se enamora fácilmente mañana de lo que tal vez hoy desprecia y aborrece; y á fin de aprovechar una favorable contingencia,

El pescador, que sabe
Lo que es su oficio,
Apenas se permite
Mudar de sitio:
Porque no ignora
Que en el dia se cuentan
Veinte y cuatro horas.

Hombres conocemos nosotros de tan rara habilidad, de tan fino tacto, de tan certera puntería en esta dulcísima pesca, que, como ellos se propongan atraparla, y digan: «vente conmigo» ni el mismísimo diablo en persona sería capáz de impedirles el salirse con la suya. Verdad es que se necesita para ello una constancia sin límites, una paciencia á toda prueba, y una abnegacion á veces que raya en heroismo; pero «no se cogen truchas á bragas enjutas» ni

se come turron con la boca cerrada. Es preciso decir algo mientras se mastica, aunque solo sea

¡*Beati possidentes*!

Otras clases hay tambien de este alicantino fruto, designadas por los inteligentes con los nombres de turron de *esperanzas* y turron de *caridad*....

¡Este si que es bien dulce,
Rico y sabroso!...
Se deshace en la boca
Como el bizcocho.
Cuando lo pruebes,
¡Ya verás, lector mio,
Que sabor tiene!

Del turron positivo de *caridad* al turron de *esperanza* ó de *olfato*, como le llaman algunos, hay tanta distancia sin embargo, como de lo blanco á lo negro, de lo vivo á lo pintado, del cielo á la tierra; en una palabra, la misma diferencia que de hincar en él el diente á quedarse materialmente en ayunas....

«Huye, pues, de quien vende
Turron de *espera*,
Que hay *esperanza* á veces
Que nunca llega.
El otro, al menos,
Aunque huela á limosna,
Lo zampas luego.»

Por lo demás, el *turron de carne* ha sido siempre, entre los valencianos, el bocado predilecto de toda mesa decente, de toda fiesta popular: y bajo de este concepto nadie negará sin duda, que si hasta ahora tuvo grande importancia (y bastante consumo) en nuestra provincia, de hoy mas ocupará un punto distinguido en las ferias de sus principales poblaciones, y muy especialmente en el techo de ciertas salchicherías de pasta dulce; como el Zancarron de Mahoma en la mezquita donde se le adora.

Esta especie de turron se hace unas veces á mano, y otras á máquina; porque en tiempo de Pascuas principalmente suele ser tan enorme el consumo, que no bastan los recursos naturales de los operarios, y es preciso acudir para su fabricacion á los adelantos *científicos* de la época.

Se subdivide dicho *turron de carne* en cuatro diferentes clases. 1.ª superior de *embuchado*; 2.ª de *chorizo* propiamente dicho; 3.ª de *longaniza*, y 4.ª turron de *salchicha*.

Al de *embuchado* le corresponde de hecho, si no de derecho, la primacia entre todos los demas turrones; es, digámoslo así, lo que en la milicia el general en gefe; es la cabeza, la veleta de la torre; es el vuelo del águila comparado con el de las otras aves. El turron de *embuchado*, en una palabra, contiene lo mas delicioso de los almacenes de la *Dulce alianza*.

Sigue al de *embuchado* el turron de *chorizo*, que es el que da vulgarmente el nombre á los demas de su especie, y el cual, cuando no está mezclado con almendra de mala índole, es un postre de muy buena catadura en una mesa regular. Y como que ocupa un escalon mas bajo que el primero, está tambien mas al alcance de la generalidad....

«Tiene mucha salida,
Despacho grande,
Lo mismo en las aldeas,
Que en las ciudades.
Pobres y ricos
Todos probar desean
Turron-chorizo.

Viene despues el turron de *longaniza*, que no es otra cosa que una especie de cañuto de pasta ondulante y flexible, compuesta de las mismas sustancias que se usan para las anteriores, con la diferencia de que tanto en calidad como en proporcion, son algo inferiores, lo mismo que en color, olor y sabor.

Pero el último, el *turron-salchicha*, será siempre, por mucho

que de él se diga, la grada mas baja de la escala turronera, y la mas fácil, en consecuencia, de poder ser ocupada por los aspirantes á tomar asiento en tan dulcísima base.

¿Pues siendo el mas barato
De los turrones,
Si el rico lo desprecia,
Lo busca el pobre.
Y como hay tantos,
Por todas partes siempre
Le van buscando.

En fin, visto ya generalmente lo que viene á ser el *turron de carne*, y particularizadas, á mayor abundamiento, sus diversas especies, concluiremos por ahora haciendo una levísima indicacion acerca de las cualidades digestivas de cada una de sus *categorías*.

Nada mas fácil y bonancible que la digestion del de la primera clase. Con dificultad pudiera encontrarse otro manjar que mejor se preste á sentar perfectamente en el mas delicado estómago.

Los turrones de la segunda y tercera no ofrecen tampoco una gran contra á las *hipocráticas* doctrinas; aunque siempre es buena alguna taza de té de paciencia, ó caldo de resignacion, para obtener, en ocasiones dadas, el apetecido resultado.

Pero el *turron-salchicha* es en estremo temible para los que tienen una organizacion biliosa; pues producir suele, por lo regular, irritaciones, cólicos, y hasta descomposicion pútrida de los humores....

Por eso te aconseja
La musa mia,
Que no compres ni vendas
Turron-salchicha.
En todo caso
De los otros mejores
Toma un buen *cacho*.

Sueca 10 de Abril de 1859.

José Bernat Baldoví.

APÉNDICE.

«Mirad cual pone la cara
Ese voráz *turronero*,
Al retirar la cuchara
De nuestro *patrio* puchero.»

GLOSA.

Lo que pescó no se sabe,
Pero, si bien se repara,
A nadie duda le cabe
De que no ha sido agua clara;
Porque, aunque el tal no lo alabe....
«*Mirad cual pone la cara.*»

Segun su afilada muela,
Y segun su diente fiero,
Si no es de la parentela
De *Juan Palomo*, yo infiero
Que pertenece á su escuela....
«*Ese voraz turronero.*»

A devorar sin rebozo
Contemplad cual se prepara,
Y como llora de gozo,
Sin ver que la suerte avara
Turbar puede su alborozo....
«Al retirar la cuchara»

Pues no falta algun *heraldo*,
Que con rostro placentero
Engulló ayer su aguinaldo,
Y hoy muestra ante el mundo entero
Que no es siempre igual el caldo....
«De nuestro *patrio puchero.*»

EL BARQUERO DE LA ALBUFERA.

I.

LECTOR, si no eres aficionado á cazar, pasa por alto las páginas que siguen: yo las he escrito, bajo la impresion de mis recuerdos campestres, y creo que en el campo hay algo mas poético y mas agradable que los árboles y las flores; este algo son para mí las perdices y las liebres.

Entre los muchos sitios alegres y pintorescos que no deja nunca de visitar el viagero que arriba á la bulliciosa Ciudad regada por el Turia, ocupa lugar preferente el famoso lago de la Albufera, lugar de recreo de los valencianos en general, y de los amantes de la caza en particular.

Este magnífico depósito de agua dulce, situado á dos leguas escasas de la poblacion, separado del mar por una frondosa lengua de tierra que se llama la Dehesa, y que riza sus olas en una superficie de ochenta mil pies de longitud, y mas de veinte mil de anchura, es á no dudar, uno de los mejores cazaderos del mundo para toda clase de aves acuáticas, de las cuales se encuentran en número infinito y con portentosa variedad. Las que mas abundan entre ellas son principalmente las *fochas*, cuyos inmensos bandos semejan sobre las aguas una alfombra negra y flotante; los ánades neguetas, los ferinos, los silvadores y los de pico ancho. En las orillas del lago se encuentran tambien con abundancia las becacinas, picardonas, pollas de agua, y caballeros de todas clases.

Los pájaros mas notables por su hermosura son, despues del cisne, rey de los lagos, el calamon ó gallo, de color azul muy subido y pico encarnado; el soberbio flamenco, blanco, con las alas y pico de color de grana; la elegante garzota blanca y de sedosa pluma, el avetoro y el suaya, bellos por sus vivos colores.

Pocos espectáculos conocemos mas animados y curiosos, que el que ofrece la Albufera los dias de tirada, que solo son una vez á la semana. Reúnense la víspera todos los cazadores en las pintorescas barracas del Saler, á donde acuden tambien los barqueros, despues de haber recorrido la laguna para observar en qué puntos tienen mas querencia los pájaros, y hacer luego la eleccion del puesto para tirar, con arreglo al número que disfrutan sus respectivos años.

Por consecuencia, un barquero inteligente y trabajador es lo primero y lo mas indispensable para todo cazador que quiera disfrutar de los placeres que proporciona la Albufera. El barquero es un tipo especial cuyo retrato me será imposible bosquejar siquiera, aun apuntando algunos de los rasgos que mas le caracterizan y lo han hecho célebre.

El barquero tiene su morada en los arrabales de Catarroja ó Silla, cerca de las riberas del lago, y su casa es la modesta habi-

tacion de broza y cañas, tan útil y conocida en nuestra huerta con el nombre de *barraca*. Los adornos de su vivienda que constituyen toda su fortuna, son los aparejos de su barca, las redes de pescar, la fitora, y una escopeta vieja, generalmente de chispa.

El personage de que nos ocupamos jamás es conocido por su nombre propio: desde tiempo inmemorial y sin una sola escepcion, el barquero se llama Ganchót, Marchút, Rudero, Pulo, Flaquer, Parra, Sebetes, Cota, Tendre, Rorra, etc.

Es generalmente flemático y cachazudo; nunca, ni aun en los momentos de mas prisa, sale de su paso grave y mesurado, y en los preparativos y maniobras de á bordo gasta la misma calma, por mas que la impaciencia devore á su amo el cazador. Es sentencioso y tardo en su conversacion, y en lo tocante á sus atribuciones, en si hay poca ó mucha caza, y en qué sitio se encuentra, su palabra tiene siempre cierto aire misterioso de que no se avergonzaria una Sibila, y cierta enfática circunspeccion que haria honor al mas hábil diplomático portugués.

Cuando el cazador de Valencia llega al Saler, lo primero que hace es preguntar á su barquero: ¿qué tal? hay pájaros? dónde tiramos mañana? El barquero oye la pregunta, saluda á su amo, y alarga la mano para tomar el cigarro que éste le ofrece; pero no contesta jamás. Yo soy de los que mas han conseguido en este punto, y solo hago memoria de algun monosílabo acompañado de una mueca, horrible aunque verdadera espresion del silencio.

Mas tarde, cuando le he hecho paladear dos ó tres veces el vino de mi bota, cuando le he presentado ante sus ojos mi cesto repleto de provisiones; mi hombre, despues de asegurarse que estamos solos, me ha llevado al rincon mas escondido de la barraca, ha tomado una postura imponente, que es para él cruzar los brazos sobre la parte superior del pecho, ha echado la última mirada de recelo á cuanto le rodea, y bajando todo lo posible su voz, gutural y áspera de suyo, me ha dicho: *Si demá tenim vent á micha véla, y mos deixen la Enchumara ó la maleta dels esclafidors...*

mos divertirém: encara que es chent volandera, y l'aigua está creixcuda; poro els animals están ben posats y ó fan bé.

Pero (he contestado yo) y si el número primero nos pide esos puestos, ¿dónde vamos con el cuatro? Entonces tomando el barquero un tono mas solemne y respetuoso, y ahuecando la voz contesta: *L'amo va al puestót.* (El amo es el arrendador de la Albufera, que elige y tira siempre el primer puesto; y es á los ojos del barquero el primer personage de la nacion.)

En él puestót l'amo la esgarrará demá, niá déu mil galeraes á la sóca del puesto, y tots grósos.

A todo esto el barquero habla generalmente á bulto, no ha recorrido la laguna, segun es su deber, y lo que afirma con tal aplomo y misterio lo sabe por algun compañero, que probablemente le ha contado una *filfa.*

No hace aun muchos años ningun barquero decia á su amo ni una sola palabra acerca de su pensamiento sobre la eleccion de puesto; creia su dignidad altamente rebajada, si en esta parte no se le concedia el mas completo voto de confianza; pero en esta época espansiva y parlamentaria de suyo, ya sufre el mejor barquero las interpelaciones del cazador, y aun se digna descender hasta discutir con él sobre si se ha de elegir el puesto *del Petuquero*, ó el de *la Inglesa.*

II.

A las dos de la madrugada del dia de tirada, tiene lugar en casa del arrendatario, (ó empresario, como le llama un amigo mio) la gran reunion de cazadores y barqueros, que han de hacer la eleccion de puestos para aquel dia, cuya operacion se llama *tirár bolletes.*

El amo preside este interesante acto, sentado detrás de una mesa de pino, sobre la cual un candelero de hoja de lata con una vela de sebo, alumbra la escena, infestada por el olor del aguar-

diente con que todos los barqueros han tomado la mañana y con el humo del detestable tabaco que fuman los cincuenta ó sesenta marineros de agua dulce, allí presentes.

La mesa ó presidencia se compone á mas del amo, de un secretario que anota los puestos que van eligiéndose, y del barquero del amo, gefe respetado por todos los demás, por ser la mas elevada posision social á que puede llegar un barquero. Este abre la sesion y teniendo derecho á usar de la palabra antes que nadie, sube sobre una silla, y dice en alta y solemne voz—*caballers: ¿estém tóts?* Luego pasa lista, y elige el primer puesto para su amo en medio del mas respetuoso silencio—*el primer vá al puestót.* En seguida pide el barquero del segundo y dice, por egemplo —*el segon vá á la punta del puchòl.* Así van eligiendo por su órden hasta que alguno pide un puesto ó empábesada que perjudica á los puestos vecinos por estar demasiado aproximado á ellos: allí se acabó el órden: principian las disputas salpicadas de las mas duras y gráficas palabras, que producen la mas espantosa gritería, y algunos argumentos *ad hominem*; por fin suele restablecerse la calma cuando se cansan de gritar, y *el amo* ó su barquero deciden la contienda, cuya sentencia no sufre jamás réplica ni apelacion. Acabada esta escena que dura siempre largo rato, se marchan los barqueros á la tienda, y con repetidas libaciones de aguardiente templan el ardor de la pasada batalla, y toman fuerza para el trabajo del dia.—Ya á bordo, la primer idea y habilidad del barquero es ir á la vela al puesto, sea el viento de donde quiera; el trabajo de remar es pesado y aunque el viento sea poco ó malo, el caso es llegar aunque sea tarde, y cruzar el bonancible lago fumando puros que pide á su amo, porque el barquero se olvida siempre el tabaco, y contando maravillas de la tirada, para distraer la impaciencia del cazador por llegar al puesto. Los primeros rayos de la aurora abriéndose camino por entre los frondosos pinares de la dehesa alumbran las bandas de patos que llegan ya de sus guaridas nocturnas, y principia la tirada.

La primer advertencia que hace el barquero á su amo es—*tírelos al còll: no els fasa nafráts* (heridos), y es que cuando cae un pato herido se aleja del puesto á capuzones y los barqueros tienen que perseguirlo á fuerza de remos hasta rematarlo de un tiro y cobrarlo, cuyo trabajo muy repetido en un dia de tirada, es verdaderamente pesado.

La barca se coloca á doscientas varas del puerto, y desde allí avisa el barquero con hueca y campanuda voz, el sitio por donde entran los pájaros al puesto—*del Palmár..... del Salér..... vanda de Sollana..... tèrra de már.....* y cuando ya entra el bando á tiro avisa con la alarmante voz de..... *als bòts.*

Si algun pájaro recibe un tiro pero sigue volando y va á caer á tres ó cuatrocientas varas del puesto, el barquero debe ir á coblarlo; pero como su fuerte es la navegacion á la vela, el viento le hace tomar un rumbo que no es el del sitio donde el pato cayó; no lo encuentra, y de vuelta de su cómodo ó inutil paseo, cuando el cazador le pregunta si lo ha encontrado, responde muy sério... *volá.*

Todo barquero es pescador y *braconiere* en la Albufera en los dias que no son de tirada; á pesar de los cinco guardas: necesita municion pero jamás la compra; porque el dia de tirada pide á su amo—*un grapát de munisió pera rematar*, lo cual da con gusto el cazador, siempre liberal en aquel momento, y el barquero la guarda toda rematando los pájaros heridos con la fitora, que es una larga caña armada como un tridente, fingiendo que su escopeta no sale, por tener la llave descompuesta, ó el oido tapado: el caso es conservar la municion, aunque se pierdan pájaros. No hay que decir que la comida, el vino, y los cigarros han de estar abundantes y buenos en la barca, si el barquero ha de trabajar con gusto.

Concluida la tirada y de vuelta ya en el Saler, es de ley que el barquero quede natural propietario de los restos del almuerzo y tabaco, y despues de cobrar su crecido jornal, tiene tambien de rigor *una focheta pera el caldero.*

Tal es, dibujado á grandes rasgos, la fisonomía del barquero de Catarroja ó Silla, pero la del barquero del Saler es todavía mas especial y característica. Este último no sirve nunca á un cazador inteligente, y que le obligue á desempeñar su oficio con la actividad necesaria; su barca solo está al servicio de los cazadores novatos, de los forasteros, y sobre todo de los ingleses. Esta es la caza que mas los distrae.

Vosotros, los que leais estos renglones, y no esteis iniciados en los secretos de la Albufera; huid de los barqueros del Salér! Porque ellos se burlarán de vuestra lengua y vuestro trage, harán suyas vuestras municiones y comida, os depositarán en el puesto que encuentren mas próximo, aunque en él sea mas fácil cazar aves del paraiso que patos; os verán achicharrados por el sol mientras ellos duermen á la sombra en el fondo de su barça, y por último, os dejarán en tierra tan llenos de cansancio como de fastidio, para ir á referir el lance á sus compañeros, y reirse juntos de los que llevan á los cazadores viejos, y que cobrán muchísimo menos, trabajando en cambio mucho mas.

Este es el barquero, tal como le hemos conocido siempre; tal como está sin duda destinado á ser durante muchos siglos.

Y es que todo hombre refleja en su corazon, como en su inteligencia algo de la mision á que se consagra, y si el marinero del Océano es á pesar de las tormentas, tan sencillo y tan rudo hoy como en los primeros tiempos, ¿qué no sucederá al pobre barquero de la Albufera, que no conoce mas tempestades que las de su vida, tranquila y sosegada como el lago, teatro un dia de las hazañas de sus padres, y que espera seguirá siéndolo de las de sus hijos?

Una palabra y concluimos: por mas que la verdad nos haya obligado á parecer duros alguna vez con la clase que hemos querido dar á conocer, debemos decir que hay en ella honrosas escepciones, y que entre los barqueros de la Albufera hemos encontrado no solo trabajadores honrados y compañeros leales, si no lo que es mas aun; amigos fieles y desinteresados.—**Baron de Cortes.**

Madrid á 21 de Marzo de 1859.

Tal es [illegible] la [illegible] del barquero [illegible] aquel [illegible] es todavía mas [illegible] un cazador [illegible] obligue [illegible] con la actividad [illegible] de los cazadores novatos, [illegible] la caza que [illegible]

[illegible] iniciados en [illegible] Albufera, [illegible] los barqueros del Salér! Por- [illegible] de vuestra lengua y vuestro trage, harán [illegible] y conida, os dispondrán en el puesto [illegible] cercano, aunque en el sea mas fácil cazar [illegible] os verán acribillados por el sol [illegible] el fondo de su barca, y por [illegible] de ansiedad como de fas- [illegible] a sus compañeros, y reirse jun- [illegible] los cazadores vistos, y que cobrarán mucho- [illegible] mucho mas.

[illegible] barquero, [illegible] como le hemos conocido siempre; tal [illegible] dispuesto á ser durante muchos siglos.

[illegible] que tal [illegible] fija en su corazon, como en su intelí- [illegible] de la [illegible] que se conserva, y si el marinero del Oc- [illegible] a pesar de las tormentas, tan sencillo y tan rudo hoy como [illegible] al pobre barquero de [illegible] impulsadas [illegible] de su vida, [illegible] como [illegible] un dia de las hazañas de sus padres, y que [illegible] de las de sus hijos?

[illegible] que la verdad nos haya [illegible] con la clase que hemos queri- [illegible] dejemos decir que hay en ella honrosas escep- [illegible] entre los barqueros de la Albufera hemos encontrado no solo [illegible] y compañeros leales, si no lo que es [illegible] amigos fieles y desinteresados. —**Baron de Cortes.**

EL COLOQUIERO.

EL año para los vates
que en las edades antiguas,
con el guitarro á la espalda
y la escarcela vacía
sin dar reposo á las piernas
se andaban toda la vida
tras el humo salvador
de alguna feudal cocina.
Una lonja de venado
sazonada en el aciber
de la soberbia, y en copa
dorada un trago de tinta
hacian vibrar las cuerdas

No así los ilustres émulos
de aquella errante familia,
que hoy del Guadalviar pasean
la sacra, fértil orilla.
Estos sí que en venturosa
edad pulsaron las fibras
de la lira vagabunda
sin jamás hallar esquiva
á la fortuna voluble.
Estos sí que inmortalizan
su nombre, y á la alta cumbre
llegan por senda florida
pisando escudos por zarzas,
y por abrojos morcillas!

EL COLOQUIERO.

IV

fiesta ó zambra campesina
donde el vate valenciano
á quien el vulgo apellida
Coloquiero, no haga alarde
de su musa peregrina.
Hay que obsequiar al patrono
del lugar; se viene encima
centenar, fiesta patronal,
parte real, mayoría
de príncipe, é concesion
hecha en favor de la villa!
Hay bodorrio que trascienda,
venció en eleccion reñida
simpático municipio.
Al punto, venga una tribea
de ciegos músico andantes
con guitarra y bandolina,

y no falte entre los miembros
de tan ilustre capilla,
el popular coloquero.
Sin él no hay fiesta lucida,
ni la asistencia se mira
retozona y agresiva
suple becerro nestagado
en tal manera es preciso
labor al sublime numen
pirotécnico debida
del gran Polent. Veamos
trovador, como le mana,
no bien llega á sus umbrales,
el alcalde, como escita
su apetito trasnochado
con la exhibición continua
del rico *fruto* guardado
en panza maja.
En tanto que la alcaldesa
dispone cómoda mullida
con sábanas, cuyo estambre
Penélope compuesta
hiló en doméstica rueca
Pues y el pueblo? como brinca
de placer, saboreando
de antemano la incisiva
parla del cepero insigne!
Ya está la plaza invadida,
todos se sientan ancianos
y hembras en redondas filas,
y los hombres en el suelo,
cruzando la morena
las piernas, en ademanes

ó el balcon la vista fija
donde el edetano bardo
dispensador de la risa
en breve de puro gusto
hará crugir las mandíbulas.
Vedle subir al tablado
ó al balcon de la alcaldía
que adornan cedas vistosas
en que la color domina
roja y naranjada: vedle
con qué gravedad olímpica
sube la angosta escalera
cual si trepára á la cima
de Helicon, ó al capitolio
á ceñir la sien altiva
de laureles inmortales.
De los orfeos sin vista
síguele en pos el cuarteto
y lleva por cortinilla
alcalde, ronda, clavarios,
y notables de la villa
con capa de ceremonia.
La multitud reunida
se conmueve; un gran murmullo
agorero de la risa
suena por doquier; los codos
con brusco lenguaje avisan
al vecino que el silencio
le inculcan en las costillas.
Callan todas las guitarras
el violin y la bitara
preludian: hasta las piedras
escuchan. Suena en seguida

una tos, y rasga el aire
voz que emiten con fatiga
á un tiempo fosas nasales
y boca sin policía;
y al monótono rasgueo
de las vihuelas, publica
en alto acento los hechos
de la sangrienta heroina
Sebastiana del Castillo,
ó cualquier otra fatídica
historia que á la asamblea
espeluzna y horripila.
Tan alta empresa á los brios
de la soprano confía
el musical consistorio,
y en ella gloria cumplida
ha alcanzado la famosa
Malibran de la Ollería!...
Calla la voz, del guitarro
la postrera nota vibra
moribunda en los bordones:
la muchedumbre se agita,
tose, escupe, se acomoda
en el suelo ó en la silla,
y otra vez reina el silencio:
el coloquio principia....
¿Qué dirá? todos alargan
el cuello, la oreja afilan
hácia el tablado, la boca
entornan, porque la risa
que está de escapar ansiosa
halle dispuesta salida,
y pendientes de sus labios

ni se mueven, ni respiran.
En breves frases y estilo
jovial la musa festiva
al auditorio saluda,
reclama el silencio y trisca
por las faldas del Parnaso.
Mas de repente ¡oh delicia
del campesino auditorio!
Del trovador la incisiva
sátira fija su rumbo,
y entrega al ludibrio y risa
popular ora un marido
de quien murmura la crítica
y que escucha allí quizá
su historia, sudando tinta,
ora un burlado galan
ó moza desvanecida
y casquivana que lleva
revuelta á toda la villa
Rien todos; del cuitado
objeto de escarnio y fisga
circula de boca en boca
el nombre y de fila en fila:
y no falta en la asamblea
Argos cruel que le atisba
recatándose en la sombra
ó revolviendo una esquima.
Alto clamor interrumpe
al bardo; los hombres silban,
ladran los perros, los niños
vocean sobre las sillas,
y las mugeres persiguen
á la sombra fugitiva

con aguda carcajada
que á un tiempo es chillido y risa;
mientras grave y reposado
suspende el vate la mímica,
los labios cierra, y aguarda
que cese la gritería.

. . . . . .

Oh de Quèlo y Santa Pola,
manes ilustres; qué dias
de júbilo y de placer
habeis dado á los que habitan
del Turia la fértil vega!
Los ecos de vuestra lira
aun vibran en los oidos
de la gente campesina,
á quien vuestro solo nombre
desternillaba de risa.
Emulos de vuestras glorias
aun hay, aun el suelo pisan
del Cid, vagabundos vates
de gran ingenio y valia
que de pámpano y laureles
tal vez ceñirán la altiva
frente un dia, y los umbrales
pisarán de Nemosina.
Pero en tanto vuestros nombres
á trompetazos publica
la fama y eterno aplauso
os reserva la curtida
gente que del turbio Júcar
y el Guadalviar, fertiliza
con arado y con esteva
la dilatada campiña.

con ese de coraje
que a un tiempo es cuchillo y risa;
cuando gravo y reposado
apenas el arte la imitaría,
se sabes cierra, y agavilla
que sace la prisa.

. . . . . .

Ese Quebe y Santa Pola,
bancos nuevos: que días
de fiesta y de placer
[illegible] a los que habían
[illegible] el tiempo vegal
[illegible] vosotros la
[illegible] en los ríos
de [illegible] campesina,
y [illegible] solo nombre
[illegible] Isla de [illegible].
Pueblos [illegible] gloriosos
[illegible] que el sudo [illegible]
[illegible] valaberos valos
de [illegible] arrojo y valía
[illegible] de [illegible] y laureles
[illegible] voz cubrían la [illegible]
[illegible] en día, y los umbrales
[illegible] de Somosierra.
Pero en tanto vuestros nombres
[illegible] inspiraz a publica
[illegible] y eterno aplauso
es [illegible] la cuchilla
[illegible] que el turbo hacer
y [illegible] cubrirlar, [illegible] utilizar
[illegible] arado y con esteva
la dichada campiña.

EL ALTRAMUCERO.

(Vulgo TRAMUSER.)

No sé en qué consiste. Apenas hay provincia en España, cuyos naturales sean objeto de mas burla, irrision y sarcasmos que los valencianos; y al mismo tiempo tampoco la hay que sea mas esplotada y esprimida, empezando por el gobierno. Echase en cara á los valencianos su perversidad natural, propasándose alguno á calificar á Valencia de *Paraiso de España habitado de diablos*; cuando la esperiencia está dando un contínuo y solemne mentís á la triste agudeza, designando á un tercio de sus moradores como forasteros, y que en ella han adquirido riquezas, honores y elevada posicion social, lo cual de cierto no sucederia, si la perversidad genial de los naturales fuera tan repulsiva y formidable como se pre-

tende. Desde el que dijo: *Llevaban por cascabeles cabezas de valencianos*, hasta el que en ruines asonancias quiso crear un proverbio, sentando que: *en Valencia—todo es apariencia;—la carne pescado,—el pescado agua;—los hombres mugeres,—las mugeres nada*, no se han vertido mas que insulsezes, cuyo carácter mas bien se resiente de envidia y emulacion que de fundada antipatía. Se les critica porque comen, por ejemplo, cosas que en otras provincias sirven de alimento á las bestias; como si no se pudiera con mayor razon retorcer el argumento, esponiendo simplemente, que si los valencianos comen, v. g. altramuces, que en otras provincias comen los bueyes, lo hacen por un gusto particular, que nada tiene de repugnante, y ademas no constituye dicha legumbre su ordinario alimento; al paso que el *pan de bellotas* forma el casi esclusivo de otros pueblos no tan maltratados por la censura, de la cual los defiende su misma pobreza é insignificancia; y que los mismos Aristarcos se regalan con bellotas como con un bocado esquisito y muy bien pagado Pero veo que si insisto mas largamente en la apologia de nuestro calumniado pais, justificaré hasta cierto punto la prevencion con que se le mira. Dejo, pues, en su lugar ventajoso y decente el uso del altramuz, y voy á ocuparme de su venta y circulacion.

El altramuz es una planta leguminosa, que se cria en abundancia en Valencia, Murcia y Andalucía. Su cultivo se ha estendido estraordinariamente como pasto de los animales, y forma un ramo de comercio considerable, de modo que figura en los precios corrientes de las plazas mercantiles de dichas provincias, señaladamente de Sevilla, llamándose altramuces sevillanos los de calidad superior. Pero en Valencia, ademas del destino indicado, sirve tambien para alimento de las personas. El altramuz se vende seco, y su gusto es amargo, lo cual no es un inconveniente, tratándose del paladar de los animales.

Alboraya es un pueblo que dista media legua de Valencia, y donde el cultivo del altramuz se verifica con mas esmero, pues el destino de dicha legumbre la hace acreedora á cuidados mas espe-

ciales. Si se ha de creer á algunos, el altramuz posee cualidades higiénicas y digestivas recomendables, en términos que hay quien lo toma á postres de la comida, para ayudar á la digestion.

El altramuz destinado á la venta para el regalo de los aficionados, se somete préviamente á un remojo para quitarle la amargura, y á un largo baño de agua salada, el cual penetra é hincha el altramuz, convierte su tinta pálida primitiva en un color de yema de huevo, y lo hace blando y tratable; de suerte que con un poco de destreza en el manejo de la dentadura, salta la cascarilla y el altramuz se come limpio. La operacion del remojo la repite el altramucero todos los dias, y á las primeras horas de la mañana tiene ya á punto la dósis suficiente de altramuces para el calculado despacho del dia. Deposita luego su mercancía en un doble capazo de palma, es decir, un capazo dentro de otro. En una de las dos asas del capazo esterior hay cosida y afianzada una gruesa correa doblada, de unos dos dedos de ancha y dos cuartas de larga, contando el doblez; y esta correa introducida por la otra asa cierra el capazo, y permite llevarle á la espalda, cayendo la correa sobre el hombro, y llegando la estremidad á la mano, que lo sostiene. El doblez de la correa está hecho para introducir por él el brazo, y aliviar de rato en rato el trabajo de la mano. Examinemos ahora el contenido del capazo interior. Diez ó doce libras de altramuces preparados, segun arriba se ha dicho, ocupan el fondo, cubiertos con un lienzo húmedo ó mojado para impedir su desecacion, y conservarlos todo el dia en un estado de frescura y humedad. Dentro del mismo capazo ocupa casi siempre un rincon un saquito con chufas, á las cuales se hace sufrir igual operacion de remojo; pero como quiera que éstas son poco conocidas fuera de Valencia, no son acreedoras á mencion detenida y especial. Raro es el comprador que á los altramuces no agrega su puñadito de chufas, pues no falta quien encuentra admirable al paladar la mezcla del sabor dulce de las chufas con el salado de los altramuces. Algunos capazos contienen en su pared interior una bolsita de cuero pegada ó cosida á ella, y sirve para

depósito del producto pecuniario del dia. Completan el ajuar unas balanzas y pesos correspondientes de libra, media libra y onzas, las que algunos altramuceros sustituyen por hermosas piedras calcáreas, que aseguran ser exactamente iguales en peso á las de hierro, y que han sido revisadas por el Reposo, asercion que ninguno se toma el trabajo de rebatir; así como tampoco se la toma de compulsar la legitimidad del peso, recurriendo al Tribunal.

Así como en el oficio de *terrero*, *femater*, *cacahuero*, y otros semejantes, los que se dedican á ellos son por lo comun niños ó jóvenes, así la profesion de *tramuser* es ordinariamente egercida por gente chapada, ancianos y aun mugeres de avanzada edad. Es como si dijéramos, una especie de jubilacion del labrador, ó un descanso al que se halla imposibilitado de soportar los rudos trabajos de la agricultura.

Por milagro, pues, se oye sonar proclamando altramuces una voz fresca y juvenil: la mayor parte son voces cascadas que huelen á catarro de media legua, sin que por eso la inflexion musical de estas mismas voces deje de formar parte de la escuela del *tramuser*, para atraer compradores; y altramucero conozco, y por cierto bien entrado en dias, á quien muchos parroquianos dan el nombre de *tramuser dels* (altramucero dulce) á causa de la dulzura y suavidad de su canto, que parece diga á cuantos le escuchan: «compradme á mí altramuces, porque los canto bien.»

Entre diez y once de la mañana, comienzan á penetrar en la ciudad por las puertas de la Trinidad y Serranos comparsas de altramuceros, que se desparraman por toda ella, llegando hasta los barrios y callejones mas escéntricos, ó quizá buscándolos con preferencia, por ser allí donde consideran mas probable y asegurado su despacho. Algunos, y son los mas, se limitan á anunciar la mercancía, sin indicar el precio; otros ya duchos en el conocimiento del carácter de los compradores, muchos de los cuales prefieren no comprar á preguntar el precio y regatear, publican éste en voz clara, y á lo mejor se escucha la agradable frase: *arg sí que*

van á cuatro els tramusets. (Ahora sí que van á cuatro los altramuceitos.) Tambien hay altramucero de buen humor, el cual adorna la pelada y fria palabra *tramuser* con repulgos y pelendengues, que hacen reir á los hombres, y mas á las mugeres, y le proporcionan una salida al género, que camaradas mas sérios y formales no saben realizar. El altramucero es ave de todas estaciones, pues lo mismo canta en verano que en invierno, lo mismo vende en la ciudad que en la huerta, en los *porrats* que en las procesiones; el eco de los altramuces resuena de dia por todos los ángulos de la poblacion, de la vega y de los pueblos circunvecinos. Por eso no es estraño que haya quien se dedique con amor é intencion al cultivo de una planta, que á algunos produce mas que un miserable jornal, ó el ejercicio de cualquiera otra profesion de las que puede desempeñar un sugeto de su clase. Y el altramucero, como generalmente todos los vendedores ambulantes, tiene su *vuelta*, es decir, su itinerario de las calles que debe recorrer, y donde la esperiencia le demuestra que su presencia y su capazo son acogidos con cariño. Y en recorrer el itinerario y en la hora de recorrerlo es tan exacto como un cronómetro; lo cual proporciona á los que carecen de reloj, uno seguro; porque basta oir la voz del *tramuser* en una calle ó en otra, para que los vecinos digan con certeza: «ahora es la una y media,» ó, ahora son las dos:» y en consecuencia arreglan sus quehaceres y ocupaciones, sabedores ya de la hora en que están.

El altramucero tiene una predileccion particular por los muchachos. Las inocentes criaturas se contentan con ver en sus bolsillos ó en sus manos un gran puñado de altramuces y chufas, sin fijarse en el fiel de la balanza. Lo mas que se permiten, y esto mas bien por costumbre que por penetracion, es decirle: *eném, no fata ganchét*; es decir «que pese bien.» Y el altramucero, riendo socarronamente, les hace ver que la balanza de los altramuces cae doble que la opuesta, y ellos se van convencidos y contentos. Aun es mas ventajosa su especulacion, cuando en lugar de comprarlo por libras ó por medias libras, lo piden un ochavo ó un cuarto de altra-

muces ó chufas; porque entonces mete la mano en el capazo, y les satisface con un puñado, que pesado en regla no valdria la mitad de lo que le dan.

Una singularidad ofrece la venta de altramuces, que no sabemos si tendrá igual ó semejante en el catálogo de vendedores de esta galería. El altramucero, recibe no solo dinero, sino tambien hierro viejo en cambio de altramuces y chufas. El hierro lo vende despues ó lo cambia á peso con la regular compensacion, por rejas, azadas, legones y otros instrumentos de labranza. Esto que para él es un cálculo ventajoso, no lo es para las casas donde hay muchachos traviesos y aficionados al altramuz: los cuales, si no se atreven á sisar ochavos, tal vez porque no los hay á mano, no escrupulizan en secuestrar y hacer perdiza una llave, una cerraja, ó cualquier pedazo de hierro viejo, yendo presurosos á ofrecerlo al altramucero, quién colocándolo en un plato de la balanza, iguala el peso con altramuces, con la legalidad acostumbrada, y los despacha contentos.

Las fiestas de calle llaman especialmente al *tramuser*. Dos dias pasados en el ocio y contínua diversion, y para los cuales, grandes y pequeños, ellos y ellas condensan los ahorros de todo el año, deben ser naturalmente un venero de ganancias. Aqui, es verdad, comparte el altramucero la influencia y la parroquia con el *cacahuero*, pero aun queda á ambos un campo harto espacioso en que moverse, sin incomodarse mútuamente. Si se recorre la calle de fiesta, se la verá alfombrada de hojas de naranjo, espadaña, y toda clase de enramada fragante y aromática, que con tanta profusion brota nuestro hermoso clima; y entremezclada con ella otra segunda alfombra de cáscaras de altramuz y cacahuate. Si se levantan los ojos del suelo para fijarlos en los risueños vecinos, y risueñas y retozonas vecinas, se los verá empleados en contínuo ejercicio de masticacion; promovido por los *tramusers*, quienes confunden sus discordantes voces con las chillonas notas de la dulzaina y atabalillo (tabalet y dolsaina) y todo redunda en mayor solemnidad de la

fiesta, en mayor aligeramiento de los bolsillos, y en mayor peso del bolsillejo de cuero del capazo del *tramuser*.

Por concluir de una vez, y resumir en uno toda la epopeya del *tramuser*, añadiremos, que la música se ha asociado á la gloria de su canto, y existe un vals, titulado del *tramuser*, compuesto por D. Juan Lestang, profesor de violin de este teatro, por los años de 1830 á 35, cuyo tema obligado es el canto que ordinariamente sirve de acompañamiento á aquel, para el anuncio de la mercancía.

Merece, pues, este tipo pasar á la posteridad, ó á lo menos circular por las provincias contemporáneamente, á fin de que se sepa apreciar, y que los censores del uso del altramuz, tratándose de personas, aprendan á comerlo á fuer de hombres de gusto, ó á lo menos se abstengan de manejar el látigo, que muy bien podria, por la torpeza del que lo empuña, darle en la cara, y estamparle el cardenal, que á otros necia é injustamente destinaba.

Pascual Perez y Rodriguez.

EL HACENDADO VALENCIANO.

DAGUERRE, el inmortal Daguerre que con su invento ha aumentado el número nada escaso de los que cuenta ya en sus páginas el siglo XIX ha hecho un gran servicio á la ciencia y en particular á la pintura, sacando con su máquina en un minuto, símiles de retratos, paisages, grupos y cuadros. Esto se me ocurre en el momento en que cojo el pincel, álias la pluma para pintar ó *daguerreotipar* al tipo que sirve de epígrafe á este artículo, pues encuentro no esa *difícil facilidad* que ese descubrimiento tiene para retratar un objeto, sino esa dificultad insuperable que una inteligencia medianísima y una mano poco diestra tienen para sacar el original de un sér vario en sus manifestaciones y las mas veces incomprensible aun hasta para los que mas le conocen.

Sin embargo, dejando á un lado los escrúpulos voy á trazar á grandes rasgos el diseño de *el hacendado valenciano*, á pesar de que no lo he sido nunca, ni lo soy, ni el horizonte me muestra que pueda serlo algun dia. Entremos en materia; ¿pero por dónde empiezo? ¿Interrogaremos á nuestro personage, diciéndole de

dónde viene, qué es, á dónde vá, cuáles son sus aspiraciones, qué es lo que trata conseguir? En verdad que muchas preguntas de estas no tienen respuesta á menos que no penetremos en el sagrado de la intencion ó formemos un juicio temerario ú ofensivo. Con todo, yo voy á decir lo que sepa, bueno ó malo, ágrio ó dulce, alegre ó serio, protestando antes de mi buena fé al emitir mi opinion, la cual no quisiera se interpretase en otro sentido que en el que realmente puede tener cuando se dirige al público; el de la verdad.

El hacendado valenciano, como todos los hacendados del mundo, repito que es un sér vario en sus manifestaciones, efecto de que cada uno tiene su origen; unos son hacendados porque sus padres y sus abuelos y toda su ascendencia lo fueron; éstos tienen el orgullo de la sangre y de los pergaminos; otros deben sus rentas á su trabajo y éstos tienen el orgullo de habérselas ganado con el sudor de su frente; otros poseen inmensos capitales, gracias á las revueltas políticas que han agitado por tanto tiempo á nuestro desdichado país, y estos tienen el orgullo de haber salvado á la pátria; y otros, en fin deben su fortuna á un azar de la suerte; llámese bolsa, lotería, especulacion mercantil, descubrimiento de un tesoro, etc., etc., y estos solamente tienen el orgullo de ser ricos. Todos ellos á primera vista parece que se distinguen, y efectivamente, cada uno tiene sus rasgos propios y particulares; no obstante, á la larga los van perdiendo y vienen á confundirse en la clase aristocrática, entre la cual no hay mas diferencia que aristócratas con dinero y aristócratas sin él. Nosotros, pues, dejando á un lado aristocracia y nobleza, vamos á ocuparnos de la hacienda; pero no de esa que enredan y enreda á nuestros políticos, que se embrolla mas cada dia y mata los deseos y la vida de tanto ministro y empleado, sino la de nuestro tipo que es la mas lucrativa, cómoda y regalada.

El hacendado que podemos llamar por *derecho hereditario*, es regularmente de un pueblo en donde egerce una soberania ilimitada, omnímoda, absoluta, casi de derecho *divino*; es en el pueblo, y

á veces en toda la comarca ó partido, un bajá, un mandarin, un reyezuelo que tiene su camarilla, su palacio, sus aduladores y hasta su córte; tiene la *influencia moral* en toda clase de nombramientos y elecciones; ordena y manda á su antojo, y hace cuanto le dá la gana, sin temor de que se oponga nadie á su soberano gusto. ¿Quién se le ha de oponer si todos van buscando los medios de satisfacer sus deseos? ¿Quién se le ha de oponer si su desagrado puede hundirles y empobrecerles y su sonrisa puede elevarles y engrandecerlos? Temeridad seria y mas que temeridad, locura, querer contrariarles y hacerles la guerra en su suelo, del que vienen siendo propietarios por generaciones y siglos. Despues de haber dicho que es el *señor* del pueblo, tratamiento que se le concede y se le dá respetuosa y humildemente, inútil parece añadir que él es el diputado *nato* por su distrito, el elegido para representar sus intereses y los de su pueblo en el seno de la representacion nacional y en la diputacion provincial, y no se le nombra alcalde, y concejal, y síndico, y administrador, y recaudador, y con estos todos los cargos que hubiese, porque tendria que reproducirse cien veces, tomar mil formas, y adquirir una actividad que de ordinario no posee; empero si él no desempeña esos destinos por la imposibilidad material que hay en ello, en su lugar los egercen sus paniaguados ó favoritos.

Por lo que llevamos dicho, ya se vé la influencia y poder que tienen en sus pueblos; en la capital tienen tambien su autoridad é importancia. Frecuentan los altos círculos, se rozan con lo mas notable que encierra la poblacion, gastan sin medida, pasean en carruaje, asisten á toda clase de fiestas que tengan su tinte aristocrático, hablan de todo é intervienen en todo: y por último, sino son grandes talentos, son grandes *personalidades*. Este es el hacendado que hemos llamado por derecho hereditario: veamos al que lo es por el derecho de su *trabajo*.

Este personage tambien suele ser de pueblo; las industrias y oficios hoy dia elevan á pocos de la simple condicion de artesano

á la de señor: la tierra, mas productiva que la mayor parte de las industrias y mucho mas en este pais, si que presenta ejemplos de estas gloriosas y estrañas trasformaciones. El padre de nuestro héroe, por lo regular fue un hombre trabajador, económico y precavido; vistió con honra los blancos zaragüelles, y aunque con la mutacion de fortuna varió la vida, él conserva sus antiguos hábitos, y si no vá como antes, viste á la usanza de los labradores ricos del dia. Su hijo, es decir, el hacendado, el encargado de gastar lo que su padre con grandes trabajos economizó, el tipo que nos ocupa, habiendo probado la vida agitada de la capital, cuando su padre le mandó para que cursase algunos años en la universidad, no puede acomodarse á vivir todo el año en el pueblo y se decide á pasar los inviernos en el centro de la provincia, en la hermosa Valencia. Su afan de figurar le atrae á ella, y no pierde medio de mostrarse espléndido social, inteligente, y sobre todo rico; el que no lo ha sido nunca necesita hacerlo saber á todos, así como el que de rico pasa á pobre va procurando siempre ocultarlo. Para manifestar y probar lo crecido de sus rentas, que ordinariamente son bastante cortas, tiene palco en el Teatro principal, tartana destinada á tomar parte como una de las mil cuentas de ese interminable rosario que se forma en el paseo de la Alameda y que tanto espanta y desanima á los apasionados de las beldades valencianas; es miembro, socio ó cofrade de casi todas las corporaciones científicas, industriales y religiosas, y especialmente de la de S. Vicente de Paul. Mas, á pesar de todo esto, sus aspiraciones tienen un fin mas alto, un objeto mas elevado, una mira mas grande, mas dilatada, mas vasta, ya no se satisface su orgullo con ser rico ó con la apariencia de serlo, ya no se contenta su vanidad con que le den las consideraciones que se le prestan á un hombre de importancia ó de significacion política; quiere algo mas, y este algo es salir diputado. Esta es la ilusion de su vida, la esperanza de sus sueños, el término de su carrera, la gloria de sus dias, su título de nobleza. Esto que no podremos llamar virtudes, ni vicios,

constituyen los principales rasgos de su vida; ahora sin descender á su vida íntima, que cada uno tiene la suya, vamos á delinear ligeramente otros rasgos que le caracterizan por completo.

El hacendado valenciano, como hijo de este país que tiene siempre un aire tibio para arrullarle, una atmósfera perfumada para adormecerle; un cielo azul para sonreirle, un campo inmenso para perderse, una naturaleza rica y fecunda para vanagloriarse de haber visto por primera vez la luz en su seno, tiende por instinto á la pereza, hija clásica de los suelos meridionales. No pretendemos hacer una virtud de lo que el catecismo califica con el nombre de pecado mortal, pero séanos lícito escusar nuestra falta de *diligencia* por el clima y situacion topográfica de nuestra poblacion. No dejarán de tachar algunos de infundada esta razon, mas á los que tal crean, solo les rogaremos que visiten en la encantadora primavera los mil pueblecillos que desde lo alto del Miguelete se distinguen como nidos de pájaros y que matizan esa sábana verde que se estiende desde un estremo á otro del horizonte, desde los pies del elevado monte hasta las orillas del espumoso mar. Y si no que en la estacion del verano se acerquen á esas playas, cuya abrasada arena quema los pies, cuyo fuerte sol tuesta las manos y cuyo viento encendido escalda las mogillas, seca la lengua y ahoga la respiracion, y digan si al llegar á la alquería, oásis de esa tierra, si tendrán fuerzas para trabajar con afan constante, con celo incansable. Seguro que no; el sol del Mediodia tiene un filtro sin duda que lo envenena todo; tanto aroma, tanta luz, tanta flor y tanto tan bello adormecen el cuerpo, y el alma parece que se escapa con tanta mirada, tanto beso, tanta sonrisa, tanta lágrima, tanto suspiro. La tierra que los hijos del desierto pisaron un dia jamás será otra cosa que lo que la naturaleza quiere que sea, jardin de España, paraiso perdido del moro, trasunto del cielo. Por eso sus hijos se resienten de esa indolencia que es el carácter distintivo de nuestros antepasados; pero no obstante, hoy dia ha disminuido mucho, gracias al movimiento regenerador del mundo. Como con-

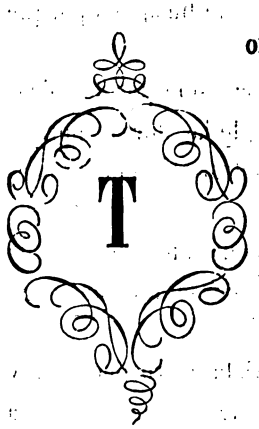
secuencia de lo que llevamos espuesto, otra de las cualidades que distinguen al hacendado, es la de interesarse en todo lo concerniente á su patria. Si es tan bella ¿cómo no la ha de amar? ¿cómo ha de ser posible que la olvide? ¿cómo no la ha de tener siempre presente en su imaginacion? Imposible es que la olvide como es imposible que se olvide el recuerdo del primer amor, las últimas palabras de un moribundo, los consejos de nuestro padre, las tiernas caricias de la que nos dió el ser. El hacendado valenciano podrá ausentarse por algun tiempo de su tierra, pero, por fin vendrá á descansar al seno de su familia, vendrá á buscar la paz en una de esas alegres casitas ocultas bajo las copas de los árboles, saturadas de perfumes y perdidas entre bosques de rosales y naranjos y vendrá á cerrar sus ojos al suelo que le vió nacer, que le recibirá en su lecho de flores.

Este es el *hacendado valenciano*; si el original no se reconociese en esta copia hecha, no con máquina ni pincel, sino á pluma, le ruego que me dispense: y si acaso se creyese retratado, entonces no le pido nada; me quedo satisfecho y me doy la enhorabuena. Sin embargo, creo imposible que se pueda pintar fielmente á este tipo, porque para ello seria preciso clasificarlo en mil órdenes, tantas como ellos son; y hoy dia con mucho mas motivo cuando la desamortizacion, las sociedades de crédito, las acciones de minas, ferro-carriles, etc. hacen variar el estado social de casi todos los individuos. No se crea por esto que nosotros sentimos que se opere este movimiento, no; cuando se trasforman las cosas es porque cambian las ideas y éstas en su revolucion constante y perpétua van esplicando la verdadera fórmula del progreso. Pero esto ya no hace referencia al valenciano en particular, sino al hacendado en general.

Concluyamos; este mal retrato solo puede llevar una mala firma al pié; el tipo hecho está: ahí arriba le teneis; ahora si quereis saber el nombre dél que lo ha ejecutado..... *voilá*.

C. Calvo y Rodriguez,

EL PALLETER.



TODO pasa: el tiempo borra las huellas de lo antiguo con la misma facilidad que el matemático una operacion algebraica escrita en la pizarra.

Del acontecimiento de ayer apenas queda memoria hoy.

Y sin embargo, entre el ayer y el hoy hay algo invisible, misterioso, que los une y encadena. Es la ley de la atraccion universal lo que produce este resultado, ó es que todo dimana de un principio eterno, fijo, invariable, orígen de todas las cosas humanas?

Si llamáramos á la filosofía en nuestra ayuda, materia habria sobrada para sérias y profundas reflexiones. Pero la indagacion de la verdad filosófica llevaría muy allá nuestro cometido, y ahora es-

preciso caminar á la ligera, es decir, sin equipage, como el soldado, como el comisionista, con el mostruario debajo del brazo.

Esto, al menos, ahorra tiempo y esplicaciones en la exhibicion del personage que ofrecemos en el gran barato social de nuestras costumbres.

Nos asalta una duda sin embargo.

El personage que vamos á retratar ¿es un tipo de actualidad, vivo, perenne, existente, ó es una trasformacion, un derivado de lo que fué?

¿Invocaremos al artista para que nos preste su pincel, ó lo delinearemos de nuestra cuenta y riesgo, prescindiendo del parecido, considerándolo únicamente como otro de los individuos de la gran familia humana?

Fuerza es ser eclécticos en la ocasion presente, por mas que no hayamos podido comprender hasta de ahora las escelencias de esta escuela.

Ventajas de la teología, un distingo nos saca del apuro.

El *palleter* de ayer ya no es el de hoy. No le busqueis porque no existe.

Recorred las calles y plazas, haced una escursion por los alrededores de esta ciudad que los poetas llaman de las flores, porque sin duda su inspiracion es primaveral, y encontrareis de él un borron nada mas.

El tiempo ha hecho de este sér social lo que un espositor de cuadros fantasmagóricos; lo ha desleido hasta conseguir una completa trasfiguracion.

Necesariamente hemos de hacer una revista retrospectiva, y aun cuando retroceder no sea de nuestro agrado, la circunstancia especial de este trabajo nos dispensa.

El *palleter* del pasado era un tipo; los que hoy le han reemplazado no llegan á ser ni un trasunto: son una mala copia.

Aquel era la personificacion gráfica y genuina, una idea completa de su sér físico, moral é intelectual, consecuencia lógica de

su raza, de su existencia; los de hoy, un derivado incompleto, inexacto, abigarrado.

El primero tenia pureza de raza; sus sucesores son mestizos.

El original, el verdadero tipo, tipo de *pura sang*, egercia su industria con orgullo, con independencia, hasta con altivez, decia como el filósofo, *omnia mea, mecum porto*. Todo me lo debo á mí mismo. Mi industria me pertenece, soy el avaro que codicia el despilfarro del rico y los desperdicios del pobre, porque en mis manos sufren una trasformacion completa. Egerzo el comercio como en los tiempos primitivos: desconozco el papel moneda, realizo mis existencias sin necesidad de ese agente intermedio que llaman dinero, y adquiero por un puñado de azufre, desde el cristal de Venecia que refleja la hermosura de una encopetada señora, hasta el vidrio de una vasija, rota por las frecuentes libaciones de una orgía.

Su oficio era un oficio menudo, era un modo de vivir que no daba de vivir como decia Larra, y que sin embargo vivia, no con holgura, pero sí con escasez, con resignacion, como vive en nuestros dias el sér social, condenado por los adelantos de la industria á ocupar una gran parte de su existencia en un trabajo que por lo insignificante y mecánico no puede darle lo suficiente para cubrir todas sus necesidades.

Su vida era nómada. Judío errante de la generacion pasada, crecia y se multiplicaba en calles y plazas, sin olvidar sus visitas en ciertos dias del mes y en ciertos meses del año por los alrededores de la ciudad y por los pueblos de su deliciosa vega.

Del seron que pendia á sus espaldas sacaba los abanicos y pajuelas que ofrecia por algunos pares de zapatos viejos, que iban á poder de algun remendon para trasformarlos en nuevos, ó por pedazos de vidrio y cristal que se fundian de nuevo.

Modesto en sus aspiraciones, de inteligencia limitada, y poco sensible al aguijon de las pasiones, no veia otra atmósfera que el pequeño círculo de sus comensales, y la taberna estraviada donde

por poco precio refrescaba sus fauces con el *tinto* del pais, corroborante que le animaba á volver á emprender su correría, pregogonando el cambio de abanicos y pajuelas, por vidrios y zapatos viejos.

Oposicionista nato de criadas y mugeres de artesanos pobres, sostiene luchas heróicas en sus ajustes, y acaba las mas de las veces por dejarles como recuerdo, en compensacion de su buena fé, el romance de algun bandido ejecutado años há, ó algunas endechas de brocha gorda, que una musa hambrienta y corrompida daba á la estampa con las licencias necesarias, en celebridad del arrepentimiento de una moza que por sus malas pasiones y torpe vida habia vendido su alma al diablo, y encomendándose á la Vírgen del Rosario se habia ido al cielo en derechura.

Fuera del presupuesto social, este personage egercia su multiplicada industria sin percances, sin licencia, lo que es mas, sin matrícula; ese *fac simile* de contribuyente, que da hasta representacion y voto en nuestros dias.

Pero los adelantos de la época han operado una trasformacion radical en este tipo. La division del trabajo le ha robado parte de su comercio.

La invencion de los fósforos casi ha venido á suprimir su representacion.

Las traperías han monopolizado las compras de alpargatas de cáñamo, papel viejo y trapos que antes solia cambiar por pajuelas si el negocio le proporcionaba utilidades.

Y hoy por miserable que sea una familia, siempre tiene provista la cocina de su correspondiente caja de fósforos.

Ha trasmitido, pues, su herencia; no á sus hijos, sino á otra generacion nueva, adolescente, que egerce esta industria, como primer paso de su educacion futura.

Con efecto, no es ya el hombre que llegaba á la vejez, egerciendo siempre un mismo oficio; hoy es una niña, jóven, que muchas veces cubre sus formas con harapos, y cuyo distintivo carac-

terístico es el pañuelo de algodon á cuadros azules, que en forma de toca oculta su cabeza, muchas veces calva.

Hoy ha empezado ya la degeneracion de este sér; hoy se sienten ya los efectos de una metamorfósis, la trasfiguracion, propiamente dicha, de esta crisálida viviente, que crece y se desarrolla, dejando plaza á los quince años de edad á otras niñas que la sustituyen.

Hoy al filántropo debe preocuparle el estudio de estas criaturas desgraciadas que, empezando su existencia en medio del abandono y de la abyeccion suelen entra en un hospicio á llorar los estravíos de la vida en la primavera de sus dias.

Pulula por calles y plazas esa familia errante pregonando con voz chillona el cámbio de zapatos viejos por las consabidas pajuelas que apenas se conocen hoy en la cocina de las casas, y cuyo uso y aplicacion mas frecuente es servir de combustible á la descuidada maritornes que, medio soñolienta y restregándose los ojos, ha equivocado la hora en que ha de servir el chocolate á la ama que la atormenta con sus gritos, y á su esposo que ha empezado á leer el diario sin tener delante el sabroso soconusco con el correspondiente vaso de agua.

¡Cuánta infelicidad no reune la vida de esas criaturas abyectas arrojadas al mundo como gotas de agua corrompida en el cristalino mar de la esperanza!

Solas y sin amparo, fluctuan sin cesar entre el atractivo de una ganancia mayor, ofrecida por un bribon, ó la golosina con que suele brindarle el vendedor de cacahuate, la *carabasera*, ó la *panollera*, únicos *restaurants* que conoce, y cuyas provisiones son de su agrado.

Aqui, ó en los sitios donde se colocan estos vendedores, se pára á entablar conversacion, dando cuenta de las ganancias obtenidas durante su correría, que suelen pasar de sus manos á la del vendedor, terminando su viage en la puerta del cuartel, esperando que un tambor le diga cuatro chicoleos y le ofrezca, de buena voluntad, el pan que le ha sobrado, y algunos cuartos por añadidura.

Corto es el trecho que debe recorrer ya; del cuartel á las tabernas y bodegones situados en los arrabales de la ciudad, la distancia es corta.

Ha llegado, pues, al término de su viage.

Espera que el toque de oracion anuncie que se van á cerrar las puertas. La distancia, la plática sabrosa con sus buenos amigos y el requerir de amores del tambor ó del veterano que echándola de rumbon, se la ha suplantado, la hacen comprender el tiempo perdido, y las cantidades negativas que lleva consigo.

Se desespera, pero una mano generosa la saca de apuros en aquel trance de prueba.

Calcula, medita, abarca con una mirada todo cuanto la rodea, y echando cuentas se decide por aceptar los afectos del chaval que la aligera del peso y la ayuda á soportar «la débil carga que sobre sus hombros pesa.»

Desde este momento se observa una reaccion en ella, se la ve con mas frecuencia en sitios solitarios, descansa las horas de sol, sobre el banco de algun paseo, se familiariza mas con tan buenos compañeros, y acaba por devolver con un brindis el cordial saludo de un nuevo huésped.

Decimos, acaba: no; hace alto para despojarse de sus atavíos, y renunciar á las incomodidades y privaciones de una vida que le ha acarreado disgustos y sinsabores.

Algun tiempo despues suele aparecer de nuevo en el teatro del gran mundo, pero ocupando un lugar que sus compañeras le envidian porque sin duda ignoran que ciertas galas que ostenta son el producto de una vida licenciosa y corrompida.

Tal es en esqueleto el sér social que aun existe entre nosotros, y que así como el primero ha desaparecido en su conjunto, debe esperarse que de sus sucesores no quede mas que la memoria dentro de algunos años.

Francisco Puig y Pascual.

LA REVENDEDORA.

Tengo el pie en el estribo del coche que va á partir, y me ponen la pluma en la mano, y me piden un artículo, esto es, la copia de uno de los mil tipos que de entre esa varia multitud se destacan. La idea es inoportuna si las hay. ¡Y ha de ser en este momento precisamente cuando he de bosquejar mi tipo! Aunque, si bien se mira, no es el peor, que digamos. Si mi tipo y yo nunca hubiésemos de perdernos de vista, maldito el chiste que tendria hacer una copia cuando habiamos de estar á todas horas faz á faz el original y yo. Pero habiendo de salir de Valencia y pudiendo ser mi peregrinacion corta ó muy larga, el asunto varía de aspecto, y ello bien

mirado, no me disgusta ya tanto el pensamiento de tomar unos apuntes de cualquier viviente de los que hormiguean á mi vista en la populosa Valencia. En nuestra naturaleza abundan tales caprichos y tales peripecias; un sitio, una muger, un objeto cualquiera, jamás nos parecen tan bellos como cuando les damos un «á Dios». No sé qué encantos nos guardan todas las cosas para esos momentos solemnes de la separacion: ¡qué variedad de rasgos hasta entonces desconocidos descubrimos en ellas! Toda mi vida habia permanecido en Valencia, y únicamente al tiempo de emprender un viaje sentí una vez deseos de conocer el célebre tribunal del agua, porque hasta entonces no me habian ponderado su originalidad y mérito, ó bien porque hasta entonces, si me lo habian ponderado no me habia fijado en ello. Algo de eso mismo me sucede ahora. Hace bien el editor en proponerme que escriba: venga la pluma: hasta ahora no me habia ocurrido que la *revendedora del mercado* tiene rasgos característicos y peculiares del país. Andando el tiempo ¿qué será lo que en Valencia los tenga como ahora, y no pierda una gran parte de su originalidad? El ferro-carril y el puerto estendiendo nuestras relaciones, llevan trazas de borrar nuestro carácter provincial No hay otro pueblo como el nuestro que con tanta facilidad abdique sus gustos y costumbres para tomar los del primero que llega, y si bien nada en este mundo nace para permanecer estacionario y conservar por mucho tiempo una misma manera de ser, la volubilidad de nuestros paisanos, lleva á una exageracion (que no trato de censurar) esta condicion natural de todo lo que subsiste de tejas abajo. La naturaleza ha dotado al valenciano con este objeto, de felices disposiciones, que le hacen aprender con suma facilidad las lenguas estrañas é identificarse con los usos establecidos en todo pais que él visita: de lo cual tenemos egemplos en las principales poblaciones de España y aun en algunas del estranjero. En Madrid hay barrios poblados completamente de valencianos: hay industrias en cuya esplotacion no interviene nadie mas que ellos; pues bien, oid sus diálogos: al

mismo dejo y entonacion, los mismos modismos y cuanto contribuye á caracterizar y dar colorido al lenguage del pueblo indígena de Madrid, advertireis en el lenguage del valenciano aclimatado; id á Barcelona, otro tanto respectivamente podremos decir; id á Andalucía, igual. En Marsella, en Argel, donde hay muchísimos, los valencianos se confunden con los naturales de la localidad donde se han establecido. Consecuente en esto la naturaleza, los ha dotado de una organizacion á propósito para aprenderlo todo con rapidéz, si bien les ha negado la obstinacion que hace profundos á los pensadores en una esclusiva materia. Las artes de imitacion, las bellas artes, son sus estudios favoritos, en cuyo cultivo han honrado mucho á su patria y en el cual saben apoderarse del efecto de la naturaleza con una exactitud asombrosa.

Ved, pues, como no ofendo á mis paisanos diciendo que constituimos el pueblo voluble por escelencia. Si fijamos para corroborar lo dicho, nuestra consideracion en el dialecto del pais, advertiremos que nuestra lengua, rica en su orígen, sin dejo ninguno que haga intransigente el hábito de su pronunciacion con cualquiera otra lengua, ha ido tomando tantas palabras del castellano, que teniendo un mismo punto de partida que el catalan, apenas se puede creer hoy al ver su notable diferencia; tanto se alterna su uso con el de un castellano medianamente castizo. No tema el castellano viejo que no se le comprenda en nuestra ciudad como habrá sucedido tal vez en otro tiempo: aquí se entiende y se habla bien la lengua nacional aun por las clases mas ínfimas y desprovistas de instruccion. Viniendo despues á nuestros bailes tradicionales, á los cantares provinciales, como son en sus respectivas localidades *las habas verdes*, *las manchegas*, *el vito*, *la jota*, y como era aquí no hace muchos años *la cháquera vella* y otros, ya no los busque el curioso en los alegres alboroques de la gente del pueblo, porque si alguna vez sale á ver *els verenars* que se celebran orilla del rio y en nuestra campiña, oirá despues de terminada la *paella*, cantar á uno de sus consumidores *unas playeras* acompa-

un interés tal, que al año el capital viene á dar un cuatrocientos ó quinientos por ciento, pues ese es nuestro tipo, la revendedora *en gordo*, la comerciante al por mayor, que sacrifica á su hermana la *revendedora pobre*. Muger incansable, va al portal á esperar á los labradores, con quienes ajusta la carga que traen, antes que lleguen al mercado y la traslada á su casa, sita en alguna de las calles contiguas á éste, desde donde va aquella á surtir en pequeñas porciones los innumerables puestos de las vendedoras *al detall*. Concluida la venta del dia, nuestra protagonista acude á los diferentes puestos que la deben, á cobrar de sus deudoras, lo cual consigue, gracias muchas veces á su buen método, en que entran por mucho insinuaciones manuales é interpelaciones de cierto género: cuando no, ella compra, vende, ajusta, fia, cobra; en fin, ella hace todo cuanto se ofrece en el negocio que lleva entre manos, dejando cosas de otra importancia al dominio del marido, y probando una vez mas que en esta tierra las mugeres son mas activas que los hombres.

La otra revendedora de que llevamos hecha mencion, la pobre víctima sacrificada al monopolio y á la ambicion de su colega, es la que, contando con mucho menos capital, tiene que vivir á la sombra de la anterior y en quien la falta de numerario determina una diferencia notable de costumbres. Esta, apegada como un hongo á su puesto, nunca se menea del mismo; todos los dias permanece en su sitio desde el amanecer hasta la hora en que realiza todo el género, ó hasta la noche muchas veces: así es que esta muger, á semejanza de los perros que viven encadenados, tiene un carácter sumamente irascible, y apenas hay parroquiano que no la merezca una espresion afable si hace indicacion de comprar y no compra, ó por cualquier otro motivo.

Esta pobre muger se preserva de los rayos del sol con una gruesa lona; sostiene animadísimos diálogos de parada á parada con sus compañeras en sus ratos de buen humor y abandona rarísimas veces su puesto, para alguna diligencia muy precisa tan solo, y de-

jando en su lugar una persona tan íntima como algun hijo suyo ó su marido.

Esta que es la revendedora á quien con mas frecuencia se oye vocear en las acaloradas disputas de la plaza, que se distingue por su traje deterioradísimo, ésta cuya imágen espeluznada y harapienta se nos representa siempre que oimos mentar á *la revendedora*, es la que nos provee directamente de lechugas, cebollas, ajos, peregil y otras menudencias, para cuyo comercio no se necesita la fortuna de un *Rostchild*. Especie de fiera sin domesticar á quien vemos todos los dias como enjaulada entre canastos de hersas y cebollas, suele ver exasperados sus instintos feroces por esa cohorte de sucios y malignos arrapiezos, conocidos en otro tiempo con el significativo nombre de *canònches del mercat*, los cuales, creciendo sin educacion ninguna, empiezan por robar verduras y llegan con el tiempo á terminar honrosas carreras.

Pero no vayais á creer por lo que llevo dicho que todo lo que hay en nuestro mercado son harpias y desmelenadas furias, no creais que entre las vendedoras no se encuentra tambien género muy apetecible; hay por el contrario muchachas de ojos espresivos capaces de hacer olvidar la compra á un santo, si un santo fuese á comprar; hay una *figuera* cuya gracia ha merecido los honores de ser aludida por plumas distinguidas en *papeles públicos*. Venid, conmigo, sinó, lectores, y pasar emos revista á tanta jovencita qu muy bien pud eramos calificar de *boçato di cardinale*, si los cardenales pudieran en realidad gustar bocados tan esquisitos. Lleguémonos hácia el mercado nuevo y así como quien inspecciona las naranjas levantemos la visual hasta las labradoras que las venden, tan frescas como sus frutas, trasplantadas aun con el rocío de la mañana desde nuestra vega á nuestro mercado; y viendo esto, no sabremos qué alabar mas, si la fertilidad de nuestros campos ó la buena suerte de nuestros campesinos.

Empero, creo, lector, que se me hace tarde y el tren me espera: me voy: el boceto queda trazado. Si cuando vuelva algun

dia á Valencia, no encuentro á mi tipo íntegro, si con el tiempo vemos un dia sustituidas las oscuras y mal ventiladas casas de la calle de Batriola, San Gil y la Muela, donde hoy se amontonan las patatas, nabos y otros artículos comestibles que surten el mercado, por limpios y espaciosos almacenes; y los libros de entradas y salidas en donde hoy hace constar la revendedora las partidas que negocia con rayas y otros signos convencionales, inteligibles para ella sola, por elegantes libros rayados; cuando el lenguaje de la revendedora sea mas limpio y traje mas aseado, y tengamos mercados con techos de cristal como sucede en otras partes; cuando, en fin, atemos los perros con longanizas; entonces echaré la vista sobre estas rayas, y dichoso yo si por ellas puedo venir en recuerdo de lo que es hoy la *revendedora del mercado*. Y si es que he sido tan torpe que por lo que llevo trazado no alcanzo á reconocer á nuestra heroina, me haré la cuenta del pintor que decia: «si sale con barbas, San Anton» ó la de aquel chico que decia á su compañero el acólito

«canta, repica á santos,
serán manchegas,
y si no lo repicas
serán boleras.»

Pedro Yago.

EL COCOTERO.

(Vendedor de cocòts.)

I.

PARA elevarse un mortal
A la cumbre del poder
Y llegar á ser ministro
Desde mozo de cordel,
Dice la gente de peso
Que es necesario tener
Decision en la cabeza
Y en el pecho mucha fé.
Pero mas fé y decision
Ha de atesorar aquel
Que grita por todas partes
Cocòts y vi, caballero (1).

(1) Cocots y vino, caballeros: este es el grito con que el cocotero pregona su mercancía. Se llama *cocót* á una especie de empanada de pescado que tiene la forma de una media luna: en las listas de las pastelerías de Valencia le bautizan con el profano nombre de *pastel de pescado*.

Dicen que lucha el ministro
Con dificultades cien
Para llevar adelante
Las empresas de interés;
Pero el pobre cocotero
¿Tiene poco que correr
Para llenar el estómago,
Que es una empresa tambien?
Y aquel puede hacer contratas;
Pero éste, ¿qué puede hacer,
Sino gritar por las calles
Cocòts y ví, caballers?
Lectores, el cocotero
Derrama doquiera el bien;
Dá de comer al hambriento,
Y al sediento de beber.
Tranquila está su conciencia
Con su honrado proceder,
Y en sus sueños descansados
Apariciones no vé.
Hijo del pueblo sencillo,
Donde está el pueblo está él;
Gritando con voz sonora:
Cocòts y ví, caballers.
Dejadle paso, lectores,
Que el hombre tiene que hacer
Y con la cesta y la bota
Embarazado se vé.
Dejadle paso; en la fiesta
Hay muchos con hambre y sed,
Y calcula el cocotero
Los *cocòts* que vá á vender.
Ya se aleja presuroso,

Ya apenas se alcanza á ver;
Solo su grito se escucha,
Cocòts y vi, caballers.

II.

En los Toros.

En un dia de verano
Cuando el sol desciende á plomo
Y los sentidos aturde
Y del mas sabio hace un bolo;
Como á las dos de la tarde
En que es mayor el bochorno,
Y Valencia es un infierno,
O al menos un purgatorio,
Cruza por calles y plazas
Con estruendo y alboroto
Una multitud alegre
Que no tiembla ante un sofoco.
Corren tartanas y coches,
Marchan ligeros los mozos,
Lanzan las niñas miradas
Matadoras, de sus ojos,
Se apresuran los ancianos,
Flechan sus lentes los pollos
Y se incomodan las madres,
Que se incomodan por poco.
Una frase se repite
Y anda en la boca de todos,
Y vago el aire resuena:

¡A los toros, á los toros!
Las varias localidades
De la plaza, poco á poco
Se van llenando de gente
Que habla y grita por los codos.
Allí aparece el romántico
Tratando de templos góticos,
Con un imberbe político
De cerebro poco sólido.
Allí la santona mística
Que se divierte de incógnito
Con un capitan de húsares
Muy pedante y muy estólido;
Allí está la niña pálida
Que quiere cazar un prógimo;
Allí el altivo aristócrata
Y el papanatas atónito;
Allí, en fin, el *cocotero*
Ejerce su sacerdocio
Y vá *cocòts* ofreciendo
Y sendos tragos de mosto.
¿Una muger se desmaya?
Cocotero, vino pronto.
¿Siente un inglés un vahido?
Un *cocòt*, por S. Antonio.
¿Sufre un ataque de nervios
La esposa de Capricornio?
Pues un *cocòt* y un buen trago,
Con eso se cura todo.
—¿Qué tal se porta el espada?
—Muy bien; ya está muerto el toro
—Venga un trago, cocotero,
A la salud de ese mozo.

—¿Con qué, pérfida, me olvidas?
—Déjame, que eres muy tonto.
¿Y tus promesas, ingrata?
¡Válgame Dios qué bolonio!
—¡Oh rabia! yo me suicido,
No, no, me volveré loco:
Cocotero, cocotero,
Dame vino que me ahogo.
Y el cocotero solicito
Satisfechos deja á todos
Y si arregla dos disputas
Promueve veinte alborotos.
Porque el vino en el verano
Se sube á los cascos pronto
Y el *cocot* dicen las gentes
Que es llamativo del mosto.
Nuestro héroe todo lo mira
Con la calma de un estóico,
Y aunque jamás abrió un libro
Tiene facha de filósofo.
Nada importa al cocotero
Que dos chulos mate el toro,
Que ande á cachetes el público,
Que dén de palos á un prógimo.
Que silben al presidente,
Que lo dé al espada un cólico,
Que escandalice una maja
Reputada de buen tono.
Mientras él su mercancía
Despache, bueno anda todo;
Para las demás cuestiones
Está ciego y está sordo.
Pasa la tarde, la noche

Su manto estiende ó su toldo,
Y terminada la fiesta
Vuelven á Valencia todos.
El cocotero vacía
Lleva la cesta en el hombro,
Y á su lado vá la bota
Desocupada de mosto.

III.

En los Baños.

Arrulla con dulce acento
La playa el Mediterráneo
Y al compás de su murmullo
Alza el marino su canto.
Los buques se balancean
Con un movimiento blando,
O ligeros como flechas,
Se lanzan por el espacio.
Cruza la vela latina
Del pescador, como un pájaro
Que vá rozando las aguas,
Con impulso temerario.
Frente á la mar se levanta
La Villanueva del Grao,
Y entre las aguas y el pueblo
Las barracas de los baños.
Allí, cuando el sol aprieta
En el rigor del verano,
La gente acude solícita
Buscando un refresco grato.

Los hombres y las mugeres
Casi juntos van al baño,
Pues aunque están divididos
No sé si están separados.
Una multitud curiosa
Siempre observa el espectáculo,
Que á todos les gusta ver
Flaquezas de sus hermanos.
Y hay pullas y chanzonetas
Y equívocos enigmáticos
Y hay misteriosas historias
Y hay hasta cuentos fantásticos.
Un hombre lo escucha todo,
De todo se va enterando,
Callado como un estúpido,
Impasible como un sabio.
Es el cocotero amigo,
Que vá á vender á los baños
Con la cesta en la cabeza
Y con la bota en la mano.
Como en los toros, él es
La providencia de cuantos
Para vivir necesitan
Un impulso soberano.
Así fortifica estómagos,
Entona cerebros lánguidos,
Dá fuerzas á los raquíticos
Y buen sueño á los ponderados.
No falta una sola tarde,
Porque se precia de exacto,
Y mientras haya un bañista
No se aparta de su lado.
Cuando el fresco de la noche

El otoño vá anunciando
Las barracas se destruyen
Y queda el mar solitario.
Y entonces el cocotero
Queda pensativo un rato
Y se encamina despues
A otra parte con sus bártulos.

IV.

En el tiro del palomo.

¿Quién no conoce, si mide
Solo dos dedos de frente,
Que en el tiro del palomo
Ha de hallarse nuestro héroe?
¿Hay hombre tan mentecato
Que le juzgue tan imbécil
Que abandone los productos
Que esta diversion le ofrece?
El cocotero es activo,
El caminar no le duele,
Y al tirador proporciona
Muy nutritivos deleites.
Este gasta municiones
Que muchas veces se pierden;
Pero aquel le proporciona
Municiones de otra especie.
Y si el tirador á casa
Sin un palomo se vuelve,
En cambio una cesta entera
Los cocotes llena en el vientre.

Esto, sino es económico,
Una gran ventaja tiene;
Que un hombre se acueste sano
Y un cólico le dispierte.
Pero estas son quisicosas
Que el cocotero no entiende;
Despacha su mercancía
Y en nada mas se entromete.
Él vá vendiendo salud,
Y si veneno se vuelve,
La culpa está en el estómago
Que dijerirlo no puede.
Callen, pues, los detractores
Que en su contra se revuelven,
Callen, porque el cocotero
Limpia la conciencia tiene.

V.

No hay broma, lance ridículo,
Porrat ó fiesta de calle,
En que al punto no se halle
El héroe de nuestro artículo.
Trabajador sin igual,
Con la bota y con la cesta,
Desempeña en toda fiesta
Un papel muy principal.
Pero mas de él no refiero,
Que fuera no concluir
Empeñarse en escribir
Las glorias del cocotero.

Rafael Blasco.

EL PORTA-VIOLONS.

Está visto: este señor se ha introducido en mi casa cargado con su armatoste y teniéndome sin duda por pais conquistado, de grado ó por fuerza me hará tocar el violon que maldito si de ello tengo gana.

Pero esto no puede quedar así; yo voy á montarme en ira, á enarbolar el puño, á poner cara *feroce* enseñando los incisivos y veremos si con tan canina y hostil actitud, le haré miedo al señor editor y en su consecuencia se llevará la música á otra parte. Esto pasa de castaño oscuro; pues con meterme un dia y otro dia el violon en mi casa, es forzarme á que le toque, y ya he puesto de ma-

nifiesto mi rotunda negativa, mi formal protesta, mi... vamos; ya lo he dicho, no quiéro tocar el violon á sabiendas que bastante lo tocaré ignorándolo: y ahí es un grano de anís; hoy dia que tan en boga está el hacer sentir los desacordes sonidos de este descomunal instrumento, iré yo á jugar con fuego; yo, que no necesito mas que cojer la pluma, cuando se me convierte en arco y como consecuencia precisa creo estar trazando renglones y resultan rasgados y altisonantes berridos ¿qué no será, pues, si me propongo escribir *al pòrta violons*? Claro está que el tipo traerá su voluminoso apéndice para que yo toque el violon.

Además ¿qué he de decir yo? Que hay en Valencia uno ó dos hombres que llevan este pequeñuelo instrumentito allá donde se les manda y punto final.

—Pues amigo mio, está ya anunciado en los periódicos que usted es el encargado de escribir el tipo que nos ocupa y no hay mas remedio que cumplir la palabra.

He ahí el argumento eterno del señor editor que cada vez que le miro á la cara cuando de esto me habla, me recuerda al majister de primeras letras en ocasion de repasarme una leccion que no sabia.

—Pues corriente, le contesto yo, escribiré lo que sepa y pueda indagar acerca de dicho tipo, y daré gusto á V.; pero si algun lector murmura por la poca gracia de mi escrito, en castigo me voy á casa *del pòrta violons*, le mando cargar con su estupendo chismé y le zampo en casa del murmurador para que nos lo describa á medida de su deseo.

Y ya me tienes, benévolo lector, corriendo calles y plazas en busca de un amigo que cierto dia me dijo que consideraba tipo especial *al pòrta violons* puesto que en Valencia se hace de ello un oficio ú ocupacion y además porque tiene sus leyes particulares.

¡Pero calla! ese hombre que hacia mi viene creo que es uno del oficio, si no hay duda.

Me acerco á él

—Oiga Vd. buen hombre; ¿es Vd. el que se ocupa en llevar arriba y abajo los violones?

—Yo no los llevo arriba y abajo, que los llevo á las iglesias ó teatros.

—Pues bien, eso precisamente es lo que yo queria preguntar á usted.

—Y bien ¿qué se le ofrece á Vd?

—Se me ofrece una duda acerca del modo de vivir de Vd.

¡Nunca se lo hubiera dicho! Se quedó como si viese almas. Efectivamente, confieso que anduve poco acertado en el modo de interrogarle.

—Pues á mí, contestó él, pasada su admiracion, no se me ofrece ninguna. Y echando á andar le tuve que detener añadiendo.

—Y si yo le gratificára á Vd. su trabajo ó molestia por darme algunas noticias que le pediré, seria Vd. mas amable.

—Vamos diga Vd. pues lo que desea saber, porque tengo prisa, y para mí el tiempo es oro.

Chúpate esa dije para mi mejin. Este hombre tan andrajoso que cualquiera le creerá un mentecato, me ha dado una leccion de la cual voy á aprovecharme.

—Pues si el tiempo es oro, repliqué yo ¿cómo lo invierte Vd. tan infructuosamente, no ocupándose mas que en llevar violones á donde le mandan?

—Porque con ello gano mi subsistencia y no me creo en el caso de exijir mas á mi destino.

—¿Cuánto le pagan á Vd. por llevar y traer un violon?

—Nueve cuartos, y si es violonchelo cuatro y medio.

—¿Y cuántos violones llevará Vd. aproximadamente al dia?

—Qué sé yo; unos dias no paro desde *la descubierta* hasta las tantas de la noche, mientras que he tenido dia de truenos en que no he hecho mas viaje que por el violonchelo.

—Y diga Vd. ¿qué cosa es *la descubierta*?

—Cuando descubren al Señor por la mañana.

—¿Y Vd. solo sirve á un profesor ó á muchos?

—A todos.

—¿Y cuántos contrabajos hay en Valencia?

—Como unos doce.

—¿Y les conoce Vd. por alguna seña para distinguirlos?

—Yo doy al violón el nombre del profesor y así me entiendo.

—Y los profesores ¿qué tal se portan con Vd.?

—Bien y mal; de todo hay.

—Pues ¿cómo así?

—Los de la *paella*...

—No pase Vd. adelante. ¿Quiénes son los de la *paella*?

—Los de la paella son la seccion de músicos que toca en lo mas rumboso, como son teatros, grandes cafiorros, en fin en todo aquello en que eligen á los mas distinguidos.

—De modo que les podremos llamar la aristocracia del arte.

—Sí señor.

—¿Y estos cómo le tratan?

—Bien en cuanto á que sin apresurarme llevo la orquesta entera ó media orquesta.

—Espere Vd., ¿qué es eso de orquesta y media orquesta?

—Si es orquesta he de llevar cuatro atriles y si es media, dos; y gano en el primer caso nueve cuartos y en el segundo cuatro y medio.

—Perfectamente. ¿Y cómo dice Vd. que le trata la seccion de la *paella*?

—Si no fuera porque á veces me hacen ir sin ninguna gratificacion á avisar á los cantantes para esta ó aquella funcion, podria servirles mejor que á los *guerrilleros*.

—¿Y quiénes son los guerrilleros?

—Los guerrilleros son los músicos que van á los pueblos y que les he de servir á escape.

—¿Pero tambien ganará Vd. mucho mas?

—No hay duda, si es funcion en el Grao tengo 4 rs., si es en el Cabañal 5 rs.

—De modo que podremos decir que por media hora de distancia le pagan á Vd. una peseta.

—Es segun: hay pueblos mas lejanos y pagan menos.

—¿Qué funcion recuerda Vd. haber ganado mas?

—¡Oh! cuando los funerales de D. Tomás Brú que fui á Morviedro, me dieron 30 rs. En lo que vá de siglo ha sido el dia que mejor he tocado la *quirra*.

—¿En lo que vá de siglo?

—¡Oh! si el siglo pasado ya tenia yo este oficio.

—¿Y Vd. qué es, casado, viudo ó soltero?

—Nada de eso.

—¿Pues qué es Vd.?

—Porta-violons.

—De manera que no teniendo Vd. hijos, no podrá legarles su oficio.

—¡Mejor!

—¿Por qué?

—Porque así los llevaré yo por ellos.

—¿Pero y á la muerte de Vd. entonces?

—Cuando yo muera ya se ha finado el mundo.

—¿Y diga Vd., cuando vá fuera cargado con el violon le pesará mucho?

—Vaya si pesa, como que hay uno que tiene dos arrobas y media de peso, pero yo me paro en todas las ermitas que veo ramo y hago estacion sorbiéndome de un trago un *careo* (1) así alcanzo fuerzas para resistir hasta el término del viaje. Hay dias que me gasto todo lo que gano en *dosets* y *rosquilletes*.

—¿Y qué es eso del doset?

—Dos *chavos* de aguardiente y una rosquilleta.

¿Qué dias son los peores para Vd.?

(1) Cuartillo.

—Aquellos en que hace aire contrario, y me hace bailar sin gana cargado con el violón y si hace poniente porque rompe las cuerdas y levanta las tapas del contrabajo.

—¿Y cuando se le rompe á Vd., quién responde de ello?

—Yo no tengo mas obligacion cuando se rompe alguno que es llevarlo á componer, haciendo gratis cuantos viajes sean necesarios.

—¿Y le ha sucedido á Vd. rompérsele alguno por porrazo?

—Sí señor, una vez iba á Algemesí y como habia llovido estaba resbaladizo el piso, y cuando Dios lo quiso me fuí rodando con el violón desde un márgen bastante alto hasta un foso y tuve que recojer en un capazo lo que fue contrabajo; tan hecho astillas quedó.

—Se me figura que la culpa de este percance la tendrian las estaciones repetidas que haria Vd. por adorar á Baco.

—No me descuidé, pero yo debia dar la culpa al piso porque efectivamente estaba resbaladizo.

—¿Y su oficio tambien tiene contrarios?

—Vaya si los tiene.

—¡Hombre! ¿será posible?

—En primer lugar los sacristanes, porque son tan egoistas, que cuando voy á llevar el violón, he de formar un cuadro de bancos de la iglesia para la orquesta y como voy solo, no puedo levantar á peso los pesados bancos, y lo hago á rastras; como el piso se raya, arremeten contra mí como unos energúmenos, y de ahí que siempre estamos como el gato y el perro. Además los sacristanes son malos para todo el que es pobre y yo por desgracia lo soy.

—¿Con qué tan egoistas son los sacristanes?

—Cómo que así que concluye la funcion, si es tarde me obligan á sacar atriles y violones para que lo deje en una casa inmediata y de allí que me lo vaya llevando bajo mi responsabilidad, para evitarles la incomodidad de esperar á que me lo vaya llevando tras una cosa, otra.

—¿Y qué otros contrarios tiene Vd.?

—Los chiquillos y los perros; que los primeros me acosan á pedradas cuando voy cargado y no puedo defenderme, y los segundos por que sin duda se asustan al verme con el armatoste á la cabeza, me ladran y persiguen hasta hacerme caer alguna vez, por cruzárseme por entre las piernas cuando van corriendo. Pero mi mas acérrimo contrario lo es mi compañero de oficio.

—¿Pues y por qué?

—Porque no nos podemos ver el uno al otro: así que nos juntamos, sin saber el por qué los dos deseamos venir á las manos y darnos de cachetes hasta hinchirnos las narices. Por fortuna como vamos con las manos ocupadas para sostener el violón, evitamos mil contratiempos.

—¡Mala peste de chiquillos y perros!!

—¿Con que no desea Vd. mas?

—Sí hombre, le deseo á Vd. mejor estrella y un porvenir mas pacífico y tranquilo.

—No me faltará Dios mediante un hospicio para concluir mis dias cuando ya no tenga fuerzas para cargar con los violones.

—Sí, es verdad: algo es algo. Tome Vd., toque hoy la *quitra* á mi salud y le quedo agradecido por su amabilidad.

Y despidiéndome de mi porta-violons, me dirijí á mi casa donde intranquilo y afligido escribí toda la conversacion que no pudo menos de afectarme vista la triste consecuencia que se desprende de un relato que prueba la buena índole de este ser desgraciado, que tras una vida de perros y caminando eternamente cual otro judío errante con el doble peso del violón, toda su esperanza la cifra en que para terminar tan azarosa existencia le den asilo en un hospicio. Pensábamos escribir un tipo coronado de *dias de sol*, y la fatalidad ha querido que negras y manchadas nubes, viniesen á empañar tan bella ilusion.

El *porta violons* es una pájina de gloria, un recuerdo perenne de lo amante que es el valenciano de condicion humilde de pro-

porcionarse un *modus vivendi*, aunque bien podria aceptarse por antítesis esta proposicion.

Consignemos, pues que este ser cuya única ventaja en el mundo, es que aposar de llevar siempre el violón, á todas partes, casi podriamos afirmar que nunca lo toca, mientras otros que jamás lo llevan, por su desdicha lo tocan con mucha frecuencia, es acreedor, no solo á nuestra consideracion, si no á la de que el gobierno estableciese una casa ó departamento, que montado sin ningun boato, y si con mejores condiciones que los hospicios ordinarios, sirviese de morada á los seres desgraciados que como nuestro *porta-violons* tras una vida ajitada y llena de amarguras, resisten sus fatigas hasta donde no es dado esperar, porque les repugna la clausura absoluta, poca salubridad y peor alimento que allí se les dá.

José Vicente Nebot.

EL TAMBORILERO.

(Tabaler.)

No hay hombre sin hombre.

L *tabaler* es un individuo como otro cualquiera.

O por mejor decir es un individuo como ninguno.

Se parece á los demás hijos de Adan en que es un sér dotado de naturaleza física y naturaleza moral, de cuerpo perecedero y de alma inmortal.

No se parece á los demás individuos de su especie, porque sus hábitos, su manera de existir, sus ocupaciones, su educacion, difieren esencialmente de los hábitos, de la manera de existir, de las ocupaciones y de la educacion de los hombres constituidos en sociedad.

Por que el *tabaler* es un hombre constituido en sociedad: mas diremos; es un individuo utilísimo á la república y cuya mision egerce una benéfica influencia en el estado moral de la humanidad.

¿Quién ignora que el tamboril valenciano es un talisman que lleva la alegría al corazon de los hijos del Cid? Y en este concepto, ¿Cuánto mas fecunda no es la influencia del tamborilero que la que egerció el famoso Cárlos Broschi en el ánimo del rey Fernando VI?

Y sin embargo, la sociedad es injusta con el tamborilero. En la escala social se le designa un peldaño ínfimo y rastrero: en la esfera del arte, se le considera como un apéndice, como una escrecencia, como una especie de verruga del *donsayner*.

De aquí se desprende naturalmente un corolario amarguísimo, por mas que parezca vulgar. La locuacidad y el poder de los pulmones son medios seguros de hacer figurar en la sociedad.

Es nn absurdo considerar al *tabaler* como la sombra de un cuerpo, como el apéndice del *donsayner*. Como individuo de la especie humana, y como músico, el tabaler debe ser considerado individualmente: tiene su manera de ser especialísima y es tan digno de la estimacion pública como el *donsayner*.

Hay mas: el segundo no es nada sin el primero: luego el primero es tanto como el segundo; luego la pretendida preponderancia de la dulzaina es cuestion de pedantería y de orgullo mal fundado.

Iriarte lo ha dicho en una fábula que se llama *El pedernal y el eslabon*.

Oigamos á Iriarte:

Al eslabon de cruel
trató el pedernal un dia
porque á menudo le heria
para sacar chispas de él.
Riñendo éste con aquel
al separarse los dos,
—Quedaos, dijo, con Dios;
¿valeis vos algo sin mí?
Y el otro responde:—Sí;
lo que sin mí valeis vos.

Hasta aquí el Lafontaine español: su fábula coge de medio á medio á los dos músicos populares de que venimos hablando. El *tabaler* y el *donsayner* son el pedernal y el eslabon: entre los dos está *la chispa*.

No hay, pues, supremacía en la dulzaina, ni en la gerarquía del arte ocupa mas alta region el dulzainero que el tamborilero.

Con esto queda suficientemente demostrado el axioma con que comienza este artículo; es decir, que *no hay hombre sin hombre*.

Pero hay mas: se puede probar que el *tabaler* tiene sobre el *donsayner* ventajas de importancia artística y de prioridad.

Veamos cómo.

El *tabaler* va siempre delante del *donsayner*, pero no á la manera del heraldo que preside á su señor, sino á título de sábio regulador sin el cual el dulzainero seria el salvage inculto y bravío de la música.

El *tabaler* es el que marca y sostiene el ritmo músical y defiende los fueros del compás, sin los cuales no habria música posible.

Y finalmente, al hablar de la combinacion de esos dos instrumentos bulliciosos, siempre habreis oido decir: *tabal* y *donsayna*, y jamás *donsayna* y *tabal*, ni mucho menos *donsayna* á secas.

Luego bajo este punto de vista el *tabaler* y el *tabal* son mas escelente que el *donsayner* y la *donsayna*.

¿Por qué, pues, se ha dado siempre tan poca importancia al *tabaler* y tanta al *donsayner*? ¿Y por qué en el curso de esta publicacion sale á luz y forma en las páginas de los *tipos valencianos* mucho despues y detrás del *donsayner*, en vez de ir delante como le corresponde por esencia, presencia y potencia?

Esto sucede porque estamos en España y en Valencia; porque vivimos en el pais de los *piceversas*; porque la modestia no es el medio mas á propósito para hacer fortuna; porque hazte de miel y comerán te moscas; porque allá van leyes do quieren reyes, y finalmente, porque *el peix gròs se mancha el menut*.

El *tabaler* no es un hombre; pero es un chico y con el tiempo crece, se desarrolla y se madura. Pero entonces pierde ya su fisonomía.

Es hijo de un *donsayner* ó no lo es. Lo primero es lo mas frecuente. El sagrado fuego del *tabal* y la *donsayna* pasa de padres á hijos hasta que se estingue, como la llama de la pira antigua, en un miembro indigno y degenerado de la familia.

Su padre, además de *donsayner* es tejedor ó zapatero, y el chico aprendiz de lo mismo.

Nace, crece y se desarrolla á los *melodiosos* acentos de la dulzaina.

Su instinto músico es precoz. Se destota chupando las baquetas (palillos) del tamboril y entre sus ilusiones de niño acaricia en su mente la idea de manejar algun dia un bombo.

El autor de sus dias lo contempla con orgullo y dice para su sayo:—Sino se desgracia llegará á oscurecer las glorias de *Magaña* y del *Mellat*.

El chico estudia con ardor, redobla como un energúmeno, hace crugir el pergamino del tamboril y llega á dominar el instrumento en el mismo punto y sazon en que los vecinos han ensordecido por unanimidad.

Qué triunfo para el arte!

Qué gozo para la familia!

Qué orgullo para el que le ha dado el sér!

El chico tiene ocho años y ya es un artista solicitado. Cuando el padre y el hijo funcionan juntos en alguna fiesta de calle ó procesion, el primero, al atacar un pasage de entusiasmo, baja los ojos y la dulzaina para mirar con ternura á su hijo que camina delante *haciendo hablar* al tamboril.

Qué momento de espansion artístico-paternal! Aquella inclinacion de la dulzayna es todo un poema y señala una generacion de artista. Aquella dulzaina ha producido aquel tamboril.

El muchacho es ya tan artista como su padre: su agilidad, su

limpieza de ejecucion no han podido menos de llamar la atencion de algunos clavarios, y su fortuna está hecha. Su padre le consulta ya algunas dudas sobre el compás y lo inviste así con el carácter de autoridad musical.

Por lo comun, el tamborilero está dotado de una notable fuerza digestiva y de un sistema mandibular muy á propósito para triturar el mármol de Carrara. Así es que en los *lances de honor* llena su mision con ardor asombroso. Su mision entonces es el estómago. Su padre lo mira tambien con orgullo bajo este punto de vista; considera la solidez y el escelente mecanismo de su creacion y mur mura por via de corolario;—¡Qué diente!

¡Qué diente! quiere decir: ¡qué bien come! ¡qué bien toca el tamboril! ¡qué talento tiene! qué ilustracion para su patria!

Los mejores *tabalers* suelen ser zurdos.

No necesitamos esplicar este fenómeno. Cualquiera que los haya visto tocar habrá observado la asombrosa agilidad de su mano izquierda, educada con singular esmero. Esta agilidad es un perfil de escuela.

Cuando el *tabaler* toca con entusiasmo, especialmente si es de noche, se duerme tocando y las baquetas movidas por los nervios y el cerebro en estado de somnambulismo, siguen repicando con fantástica rapidez.

En este estado el *tabalér* salva las cumbres mas elevadas del arte y se convierte en un semi-dios. Quasimodo en estos momentos era una campana: el *tabaler* es un tamboril.

El *tabaler* habla poco: el genio no es vocinglero; pero, como ya hemos dicho, mastica como un gastrónomo romano.

Apesar de esta circunstancia no tiene pelo de tonto.

Sus funciones que mas odia son las nocturnas y matutinales. Las alboradas (albaes) le apestan. Esto se concibe: las verdaderas almas de artista gustan mas de ver la puesta del sol que su salida; porque la puesta del sol tiene un fondo de melancolía que está muy en consonancia con las vagas inquietudes del alma superior.

Porque el *tabaler* tiene inquietudes vagas lo mismo que cualquiera hijo de vecino.

Las novilladas y las procesiones son su elemento, y allí es donde se muestra artista inspirado y escelente. En las fiestas de calle suele estar apático é indiferente y bosteza con frecuencia.

Si la naturaleza le favorece con dotes musicales, antes de los diéz y ocho años llega á dulzainero. En caso contrario es *tabaler* toda su vida ó cultiva el oficio en cuyos secretos han iniciado su niñez. De suerte que de un tamborilero á un tejedor de seda ó á un zapatero no hay mas distancia que la longitud de una mala baqueta.

Es raro ver un *tabaler* mayor de veinticinco años. Si lo hay suele ser el descrédito del arte y el escarnio de los verdaderos artistas.

Los tamborileros nacen y mueren lo mismo que todas las cosas; y como tambien los artículos fisiológicos nacen y mueren, resulta que terminando aquí este artículo, todavia estamos dentro del tipo que describimos. Pero antes de poner el signo ortográfico con que terminan todos los articulos del mundo, indicaremos algunas celebridades valencianas que ilustran los anales *tabaleristicos* y recordaremos con profunda veneracion al Mellat, Bartolillo, el Rataet, Magaña, Súbies, el Clavell, Carnistòltes, el Andalús, Micolau y el Tòrt de la Sénia, sin contar muchos artistas contemporáneos que honran la profesion y el pais que los vió nacer.

Peregrin García Cadena.

EL ADORNISTA.

(FLORERO.)

PARA probar la popularidad y estimacion de que goza entre los valencianos el tipo que nos proponemos retratar, basta saber que, al encontrarse dos individuos del pais y querer uno de ellos ensalzar el trage que viste el otro, suele dirigirle esta esclamacion: «*Ché ¡pareix que vaches apañat de florero!*»

En efecto, el adornista es un hombre que se atrae la estimacion y el aprecio público como pocos otros; pues no hay fiesta grande ni pequeña en la que no desempeñe tambien un papel de suma importancia como sucede al *donsainer* y al *cuheter*. Por esta razon no debemos negarle un lugar, aunque humilde, entre los valencianos

á quienes se han dedicado ya algunas páginas en este libro, pues seria hasta punible olvidarse de un funcionario tan importante tratándose de pintar á la provincia que mas se distingue entre todas en achaque de fiestas. Por otra parte, temeridad muy grande seria disputar al adornista ese derecho para el que cuenta con títulos inapreciables, porque si es una verdad que las costumbres han nacido del hombre, ya que las nuestras son tan originales justo es que no releguemos al olvido á aquellos que son sus buenas mantenedores. Si nosotros presentásemos á nuestros lectores al adornista simplemente como es, tal vez no podrian formarse nna idea de su verdadera importancia: por eso creemos necesario agregar algunas otras consideraciones que puedan conducirnos á nuestro objeto, y que nos servirán como punto de partida.

Valencia es un pais privilegiado por la naturaleza, y esto que por lo sabido bien pudiera pasarse por alto, debe, sin embargo, recordarse para poder deducir que, si á ello se une el carácter festivo de sus habitantes, nuestro pais se convierte en el encanto de los encantos. Conste esto por si acaso donde menos se piensa salta la liebre, porque por muy humildes que sean nuestras pretensiones, estas líneas podrian ir á dar un rato de soláz ó mal humor al mismo gran turco ó cuando menos á un pobre manchego, gracias al inmortal Gutemberg, que prestó á la publicidad las alas de su génio convirtiéndola de raquítica y débil en robusta y poderosa. Cabalmente por si tal sucediese nos imponemos espontáneamente la obligacion de manifestar, que los valencianos son gente dada á la broma y al jaleo, por supuesto como Dios manda y sin faltar á los deberes que cada cual en su respectivo estado tiene que cumplir, y que por esta razon no desperdician la menor circunstancia en que puedan improvisar ó crear una fiesta, mientras que los hombres de estado, sin duda alguna no muy aficionados al *tabalet* y *donsaina*, se esfuerzan por reducir los dias de precepto, cuyo pensamiento nos parece de difícil realizacion en nuestro pais, á menos que no se supriman préviamente aquellos instrumentos declarando la profe-

sion como género de ilícito comercio. Aun así, no nos atreveríamos á responder del buen efecto de nuestro golpe de estado.

Pero dejemos ya tan pesada digresion, porque nos está dando un elocuente egemplo de que solemos apartarnos mas de un objeto, cuando mayor es el deseo con que pretendemos llegar á él.

Tres son, como hemos dicho, las personas, ó digamos *funcionarios públicos*, porque intervienen en las funciones populares, que figuran en ellas de un modo envidiable: el *donseiner*, *cuheter* y *florero*. Probar cual de las tres es la mas importante seria tarea ociosa é imposible de aclarar, por cuya razon tenemos que colocarlas en igual altura en el aprecio público. Esto sentado pasaremos á hacer la diseccion del adornista como Dios nos dé á entender. No es del caso decir si el adornista es alto ó bajo, gordo ó flaco, bonito ó feo, porque en esto cada cual es lo que es y lo que puede, sin que deje de ser mejor por falta de deseos. Porque sea alto ó bajo, gordo ó delgado, ó bonito ó feo, al cabo y al fin el *florero* no es mas que *florero*; si bien no siempre, pues no faltan individuos en el gremio que suelen ayudarse con el producto de otra ocupacion, como por egemplo la de carpintero, porque aunque esta no sea en él habitual, se dedica tambien á ella por lo hermanada que está con su industria. En efecto, dedicándose nuestro héroe á la carpintería puede labrar por sí mismo muchos enseres que en su dia necesita para el mejor resultado de los trabajos que se le encargan. Si penetramos en su taller, veremos colgadas del techo algunas arañas de cristal cubiertas cuidadosamente con fundas de percalina con pretensiones de gasa, á las paredes algunos trages de los misterios que suelen representarse en las procesiones; y esto que en sí no tiene nada de particular, presenta, sin embargo un espectáculo original para el curioso observador. Sabido es que el *florero* lo mismo se dedica á cubrir de colgaduras un templo que un teatro; lo mismo llena una calle de banderas, trofeos, *boles y gallardets* que alquila trages para máscaras, y á tanto alcanza su poder que si examinamos detenidamente su tienda podremos observar que, gracias

á su génio, andan por allí revueltos el cielo y el infierno confundiéndose en una misma cosa, y que por consiguiente se avienen muy bien San Miguel y Satanás que se hallan el uno junto al otro sin dirigirse la mas mínima reconvencion. Por este medio el *florero* logra hallarse al mismo tiempo condenado y en estado de gracia, y él y sus hijos y su muger bordan ó trabajan tranquilamente rodeados de los espíritus celestes é infernales. Bien es verdad que en este pícaro mundo la manía de *metalizar* todas las cosas no hace reparar en pelillos; y esto, hasta cierto punto, nos dispensa de dirigir la menor reconvencion á nuestro pobre florero.

¡Pobre florero! ¡oh! no! sin duda alguna hemos perdido un tercio y quinto de nuestro capital *discurridor*. ¡Llamar pobre á uno de los pocos afortunados mortales que merced al carácter de nuestros paisanos tiene varias épocas en el año que llegarian á envidiar los mas encopetados y.... nosotros mismos! Y sino, acompañemosle en ese viaje que va á emprender.

Se le ha ajustado para *apañar de florero* la iglesia de cierto pueblo. Así que penetra en él con su carro atestado de diferentes objetos, se le aloja en una de las mejores casas donde se le guardan todas las consideraciones gastronómicas apetecibles. Mientras que el *donsainer* hace su *pasa-calle* destrozando con universal aplauso cualquier aire popular ó alguna que otra melodía arreglada, ó mas propiamente dicho, desarreglada por él; nuestro hombre se halla recorriendo impávido las cornisas de la iglesia con el fin de colocar las arañas, ó bien adornando el altar del Santo en cuyo honor se celebra la fiesta, á ocupado en otro trabajo que tenga por conveniente practicar en uso de sus celebérrimas atribuciones. Lo cierto es, que en un momento planta en ciertos puntos de la poblacion la señal de la fiesta, y que esta señal acompañada de los animados ecos de la dulzaina y del repicado acompañamiento del *tabalet* cambian como por encanto el aspecto de todo el pueblo. La conversacion general, particularmente de las mugeres, pues hasta en esto es afortunado el *florero*, versa sobre el adorno de la igle-

sia, y la *clavariesa* ó la *obrera* que por un espíritu de economía tan inveterado como mal entendido muchas veces entre el bello sexo, habian determinado adornar la mesa donde ha de descansar el santo al pasar la procesion por la puerta de la misma con una blanca sábana y con el cobertor de la cama, desisten de su empeño y llaman al *florero* para que se encargue de este trabajo. Acude nuestro hombre con su bolsa colgada sobre el lado derecho en la que lleva una buena provision de puntas de París y con su almohadilla tambien colgada en el lado izquierdo donde conserva los alfileres que necesita para arreglar los pliegues de las colgaduras y principiando la operacion, que practica con un *coquetismo* digno de mejor suerte, retirándose de cuando en cuando algunos pasos atrás á fin de observar la buena simetría del adorno, logra dejar satisfechos los deseos de la *clavariesa* ó de la *obrera*, las cuales pagan religiosamente el trabajo habido y por haber, además del vaso de aguardiente con que lo obsequian y que no es mas que el conductor fiel de alguno que otro *prim*, *pá socarrat*, *coca fina* ó *pá beneit*.

Sin embargo de tanta honra y provecho, no es en los pueblos donde nosotros debemos buscar al adornista con su aureola inmortal: dentro de los viejos muros de la ciudad del Cid le veremos con todo su esplendor. En los pueblos, si bien es cierto que las fiestas meten mucho ruido es mas pronto ocasionado por *els masclets* y *els tronaors* que por el sordo crujido de los damascos y ropages del florero.

En Valencia es otra cosa.

Las fiestas de calle son relativamente mas vistosas que atronadoras, y por lo tanto hay que apelar á todos los recursos del arte. El adornista despliega aquí todos sus conocimientos y buen gusto, y de una calle sobre cuyo estado de limpieza han tenido que estar llamando contínuamente los periódicos la atencion de la autoridad local, hace él en pocas horas un hermoso salon en donde millares de personas disfrutan del buen efecto del adorno realzado, notable-

mente por torrentes de luz. A los estremos de la calle el florero adorna dos improvisados y elegantes arcos con telas coloradas ó verdes y galoneadas de una cinta que á lo mas puede pasar por un conato de galon de oro, pero que producen el mejor efecto: de trecho en trecho de la calle y á guisa de telarañas suspendidas de una cuerda atada á los pisos de ambas paredes de la misma unas preciosas telas, que podrian ser, pero que en realidad no son otra cosa sino zarazas ó percalinas teñidas de colorado ó del color que mas le place ó conviene, y en la parte superior del ángulo que forman estos pabellones una corona cuyo color de ocre del pais es un testimonio fiel de que no es oro: entrelazados con estos adornos primorosos colocaba el florero en otros tiempos mil y mil bolas de papel de color y *gallardets* en cuyo centro, como propagador de las *luces* en medio del *oscurantismo*, ponia un cabo de vela de sebo ó alguna que otra tísica cerilla.

La civilizacion ha sido inexorable con este sistema de alumbrado *festero callegit*, y hoy casi han desaparecido por completo aquellas verdaderas parodias de melones alumbrantes sustituidas por las hachas, que si bien arrojan mas luz tambien suelen poner á los transeuntes en un estado lastimoso convirtiéndolos á veces en verdaderos panes de cera. El altar del santo, el balcon de la casa del clavario y algun otro edificio se trasforman igualmente por el genio del florero y tanto estos como el altar del santo que suele colocarse en una vetusta ventana ó en algun mísero balcon ó cuando mas en el centro de la calle en forma de templete presentan el aspecto de una verdadera decoracion de teatro. No faltan por supuesto, las banderas colocadas en varios puntos de la calle, invencion del espíritu moderno, y en las que se ven escritos los nombres de la mayor parte de los pueblos de la vega y aun de la provincia, y todo esto, si bien carece de lujo, como no puede menos de suceder, atendido el capital que en ello ha empleado el florero, que aunque no es tan escaso como el de la *carabasera* no ascendera seguramente á muchos millones, produce un efecto magnífico, por

cuya razon estamos tentados á creer que quien tales prodigios obra y vive pacíficamente, como hemos dicho al principio, entre espíritus buenos y malos, debe poseer, cuando menos, el inescrutable secreto de la mágia.

Si no es esto será otra cosa, que nosotros no queremos averiguar, porque ni nos interesa ni menos creemos que interesará á nuestros lectores aunque sean chinos, ó persas, mahometanos, ó rusos, ó algun habitante del valle de Andorra ó vecino *dels Orriols*.

Pero donde el adornista saca toda su habilidad y si es posible se escede así mismo, es en las fiestas de iglesia durante la semana ú octava del Corpus. Todo el mundo sabe con cuanta solemnidad y lujo se celebran aquellas funciones religiosas en Valencia y la fama que goza en este particular la ciudad de las flores. Pues bien: el adornista es uno de los que mas contribuyen á este lujo, á esta fama, á esta solemnidad que se imprime á los actos religiosos que tienen lugar durante aquel período.

El adornista se ajusta con los clavarios y compone el carro triunfal que va en la procesion, adorna las fachadas de las casas de los clavarios y obreros y el tablado donde toca una banda de música durante algunas horas de la noche que precede á la funcion. Como por lo regular participa del doble carácter de ropero el adornista viste *dansetes*, y aunque alguno de ellos no tiene elementos suficientes para proporcionar trages á todo el apostolado, podría no obstante aspirar á vestir *decentemente* al *bòu* y á la *mula* ó al misterio de la *degòlla* de tan contundentes recuerdos entre los valencianos. En cuanto al adorno de la iglesia, nuestro héroe practica en grande escala los trabajos que en miniatura hace en las funciones de que ya hemos hablado, pero sin los ribetes de ridiculéz que podrán desprenderse del relato que de las mismas hemos hecho. En las funciones del Corpus el adornista secunda admirablemente los deseos de los clavarios ostentando en el adorno de los templos toda la pompa y magnificencia que requieren los actos religiosos, para cuya

mayor brillantez los valencianos no escatiman medio alguno; porque si bien por su carácter especial en la funciones populares *se despachan á su gusto*, cuando se trata de dar culto á Dios no olvidan nunca que son hijos de Vicente Ferrer y Luis Beltran.

¿Pero donde iríamos á parar si hubiéramos de referir una por una las ocasiones en que se busca el ausilio del adornista? Diremos únicamente que el Corpus tiene sus fiestas de iglesia y sus procesiones, San Vicente Ferrer sus altares y sus *milacres*, San José sus carpinterías y sus *falles* y que unos y otros acontecimientos arrastran en pos de sí al adornista, porque este es tan necesario para las fiestas como el aire para la existencia del hombre.

Finalmente, dentro de una circunferencia no tan grande como bello es el pais que encierra, el adornista recorre un espacio que cubre de vistosas colgaduras en épocas determinadas y frecuentes, como si la naturaleza tan pródiga y tan amable para el suelo valenciano fuera insuficiente por sí sola para acreditar las calificaciones que de este pais se han hecho en los pasados y presentes tiempos y que probablemente seguirá mereciendo en los futuros.

Tal es el adornista y la importancia que tiene entre la gran familia valenciana. El siglo XIX podrá borrar con su huella el nombre de muchos de los individuos que se hallan escritos desde inmemorial en el gran libro de nuestras costumbres, porque la civilización, por doloroso que sea, tiene que destruir con frecuencia para perfeccionar. El adornista saldrá incolume de esta revolucion y lejos de desaparecer de la escena le veremos cada dia en mayor estado de progreso.

Es verdad que dentro de poco no veremos por los caminos á dos hombres que, como si llevaran una camilla, trasportan de un punto á otro las arañas de cristal que sirven de avanzadilla para dispertar el entusiasmo en la gente del pueblo donde se celebra la fiesta. En cambio los ferro-carriles y los tramway proporcionarán al adornista un medio de trasporte mas seguro y económico, subiendo cada dia un escalon mas por la interminable escala de la ci-

vilizacion irá obteniendo todas las ventajas que los adelantos de nuestro siglo vayan conquistando; porqué cuanto mas delicado sea el gusto de nuestros descendientes en las fiestas popnlares y religiosas mayores serán las utilidades que alcanzará nuestro héroe.

Leonardo Calvo.

LA RIFERA.

I.

UENOS dias, lector.

Soy cortés y te saludo antes de hablar de la *rifera*.

Además aspiro á conquistar tu benevolencia y procuro, saludandote, atraerme tus simpatías.

De manera, que mi saludo, es interesado en parte.

Esta observacion te probará que, además de cortés, soy franco, Pero vamos al asunto.

Para tratar de la *rifera* comenzaré hablando de la lotería, porque, como sabes muy bien, conociendo las causas se aprecian me-

jor los efectos, y es indudable que no existiria la *rifera* si antes no hubiera existido la lotería.

Hinquemos, pues, el diente en la lotería.

Si pretendiese pasar por reformista de costumbres te espetaria ahora una peroracion filosófico-moral, poniendo de vuelta y media á todos los juegos en general y al de la lotería en particular; pero ni quiero abusar de tu paciencia, ni pretendo moralizarte, porque te supongo hombre de costumbres morigeradas.

Si fuera diputado de la nacion te pronunciaria un discurso de oposicion, tronando contra el gobierno y anatematizando á la lotería. Diria que este juego es una contribucion desigualmente repartida y por consiguiente injusta, contribucion que pesa con especialidad sobre los pobres, cuando, segun la constitucion de la monarquía, todos los españoles están obligados, cada uno segun sus fuerzas, á sostener las cargas del estado. Diria tambien que consentir el juego de la lotería es explotar la credulidad pública, fomentar la holganza, causar la ruina de muchas familias, y de todo esto tomaria pié para esplicar mis opiniones políticas y para arreglar á mi modo la nacion. Pero esto, lector, seria meter la hoz en mies agena, quitando uno de sus entretenimientos á los *padres de la patria*. Además de que al ministro del ramo siempre le quedaría el derecho de no hacerme caso, ó el de contestarme que, injusta ó no, moral ó inmoral, esta contribucion produce cuarenta millones anuales y cuarenta millones no son un grano de anís.

Esto, pues, no nos conduciria á nada. El resultado es que, buena ó mala, la lotería existe encarnada en el presupuesto de ingresos de nuestra nacion, como un árbol profundamente arraigado á la tierra y es casi una necesidad para ciertas gentes, que invierten su tiempo, su buena fé, y su dinero soñando *números* y arreglando *combinaciones* desde una estraccion á otra. ¿Qué importa que á la llegada del correo se encuentren con un desengaño mas y algunos reales menos, si durante quince dias han vivido de esperanzas?

II.

Ya que hé resuelto hablar de la lotería te diré, lector, cuatro palabras acerca de su historia.

Comenzaré por su etimología.

Creen algunos que el nombre de lotería viene del aleman *lot*, que significa *suerte*. Otros aseguran que se deriva de la voz italiana *lotta*, lucha, porque cada jugador parece como que lucha con la fortuna y con los réstantes jugadores.

La negra noche de los tiempos envuelve con sus sombras el orígen de la lotería. Hay quien la cree un pasatiempo antidiluviano, pero los autores sensatos tienen por muy aventurada esta opinion. Caminando á través de los siglos y rasgando las nieblas de la historia encontramos á la lotería representando un brillante papel en una fiesta pagana, instituida en honor de un dios antropófago de quien la fábula cuenta que devoraba á sus propios hijos. Con efecto, se sabe á ciencia cierta que los romanos amenizaban las *saturnales* (1) distribuyendo gratuitamente billetes entre los convidados y verificado el sorteo, parece que gozaban de ciertas consideraciones los individuos á quienes favorecia la suerte. Al principio, las estracciones consistian en objetos cuyo valor material era insignificante. Es preciso llegar á los reinados de Neron y de Heliogábalo para encontrar el juego de la lotería provisto de su principal aliciente, la esperanza de fortuna. Estos estravagantes emperadores reformaron los *lotes*, ordenándolos de manera, que los sugetos que resultaban premiados tenian, en muchas ocasiones, asegurado desde aquel momento su bienestar.

Este juego cayó despues en el olvido hasta que en el siglo XVIII le resucitó en Nápoles un monje llamado Celestino Galiani.

---

(1) Fiestas que se celebraban en Roma en honor de Saturno y que fueron instituidas bajo el consulado de Sempronio Arratino y de Minucio, segun unos autores, y que, segun otros, fueron creadas por Tarquino el Soberbio, durante el consulado de T. Largio. Tito Livio asegura que Tulio Hostilio habia ya antes hecho voto de instituirlas.

En España, la primera estraccion de la lotería *primitiva* ó antigua, única de que me ocupo, porque á ella y solo á ella se debe la aparicion del tipo que me hé propuesto delinear; la primera estraccion, repito, se celebró en Madrid el dia 10 de Diciembre de 1793, bajo el reinado de D. Cárlos III y siendo ministro el príncipe de Esquilache. Sus productos se destinaron al sostén de varios establecimientos piadosos y en el dia continuan casi dedicados al mismo objeto; porque, ¿qué mas establecimiento piadoso que el Estado que ha de sostener á esa larga falange de empleados qne se sientan á la mesa del presupuesto?

Desde entonces hasta nuestros dias, las estracciones de la lotería han venido sucediéndose unas á otras, siendo causa de alegría para algunos, los menos; de pesar y disgusto para otros, los mas.

III.

En algunas ciudades, la aficion á la lotería está tan profundamente grabada en el corazon de las clases menos instruidas de la sociedad, que raya su entusiasmo en monomanía.

Ciertas coincidencias, ciertas casualidades vienen en algunos casos á dar tal celebridad á determinados números, en determinadas estracciones, que los jugadores acuden en tropel á dejar su dinero en las administraciones de loterías á cambio de papeles, que en último resultado, no son mas que *papeles mojados.* Y como el entusiasmo es contagioso, hay ocasion en que, aun aquel que no ha jugado nunca, se siente, digámoslo así, arrastrado por una tentacion irresistible á probar fortuna por la vez primera.

Si eres valenciano, tú recordarás, lector, que no hace mucho tiempo llegó la idolatría de los jugadores hasta el punto de producir casi un alboroto en esta capital. Tú recordarás que, despues de haber corrido de boca en boca, y de haber sido el obgeto obligado de las conversaciones durante muchos dias. una mañana apareció en todas las calles, en todas las plazas, en las paredes, en las puer-

tas, en las baldosas, escrito el número 57 y no habrás olvidado que á la llegada del correo hubieron de colocarse centinelas en las administraciones de lotería, de órden de la Autoridad, para contener á las gentes que acudian en busca del número con tanta fé esperado.

Y esto, lector, habla muy alto en pró de la ilustracion de que blasonamos.

En cada estraccion del juego de la lotería hay cuatro períodos marcados: el primero es aquel durante el cual el jugador se acerca á una administracion y juega los números que quiere y el interés que se le antoja; cuando concluye este período se dice que se ha *cerrado el juego de poco precio*. En el segundo ya tiene que sujetarse el jugador á ciertas reglas, con respecto á la cantidad que deposita, que siempre es mayor que en el primer período: el tercero es un intérvalo destinado al cambio de las jugadas por los pagarés, y el cuarto, en fin, es el momento supremo, decisivo: corresponde á la publicacion de los números premiados.

Durante el primer período es muy precioso el papel de la *rifera*: se reduce á preparar sus listas (sèdas), á comprar los objetos que se propone rifar y á esperar á sus parroquianas. Durante los tres últimos períodos, va, viene, corre, se afana, disputa, cobra, y entra, como quien dice, en el pleno egercicio de sus funciones.

IV.

Y hé aquí, lector, que ya comienzo á hablar de la *rifera*.

Esta muger no tiene fisonomía, ni figura propia: puede ser jóven ó vieja, fea ó bonita, alta ó baja; pero pertenece casi siempre á la clase ínfima de la sociedad. Es ordinariamente pobre, sobre todo si cuenta poco tiempo en el ejercicio de su industria, aunque algunas merced á los caprichos de la pícara fortuna y á su talento particular, consigue crearse una posicion desahogada que le permite emprender otras especulaciones, la de prestamista, por ejem-

plo, con lo cual consiguen darse lo que se llama buena vida y aun ahorrar algun dinerillo para la vejez.

Generalmente, la *rifera* es viuda; algunas veces casada; pero en este caso al marido no interviene para nada en los negocios de su muger que sabe manejarse sola lo suficiente para no salir nunca engañada.

La *rifera* establece en torno suyo una reunion de jugadores, que casi en su totalidad pertenece al sexo femenino, y representa el papel de un banquero que cobra y paga, ni mas ni menos que el gobierno con respecto á los restantes jugadores de la nacion.

¿Cómo es, pues, preguntará alguno, que encuentre clientela, cuando seria mas cómodo y mas seguro jugar en las administraciones del gobierno que entregarse en manos de una muger sin responsabilidad? Porque la *rifera* admite posturas mas cortas; porque cobra intereses mas reducidos, porque además de dinero, rifa pañuelos, pendientes, sortijas, vestidos, mantillas, abanicos y otras mil zarandajas; porque fia algunas veces á sus parroquianas; y sobre todo, porque la costumbre egerce tal influencia sobre nuestros actos, que hay mugeres que no depositarán un cuarto siquiera á la lotería y fiarán, sin embargo, todo el jornal de una semana de sus maridos en manos de una *rifera*.

Hay que tener tambien en cuenta qne los buenos jugadores de lotería, las jugadoras *pur sang* aguardan siempre á ultima hora para elegir el número en que han de depositar su confianza, despues de haber consultado sus libros cabalísticos, de haber formado sus *combinaciones* ó de haber pescado al *flaret* una palabra, una seña, cualquier cosa que pueda traducirse á números. Y como cuando creen tener resuelto el problema, cuando imaginan que han despejado la incógnita, ya no pueden jugar á la lotería, corren desaladas en pos de las *riferas*.

Y son de oir entonces los diálogos que se entablan entre las *riferas* y sus parroquianas, es de ver el afan con que éstas acuden á casa de aquellas y el ahinco con que les suplican que admitan

cuatro ó cinco cuartos al número dos para los pañuelos de pita, ó un real al primer estracto de los tres duros, etc.

V.

¿Ves aquellas dos mugeres que acaban de encontrarse á la puerta de una casa, cuyo esterior no indica por cierto la opulencia? Pues son dos entusiastas jugadoras, dos aficionadas de la mas pura raza: la casa ante la cual se han detenido es la de una *rifera*.

—¡Ay señora Tomasa! dice la una, enjugándose el sudor con el embés de la mano, ¡válgame Dios y qué carrera acabo de dar! pero al fin me he salido con la mia.

—¿Sí? pues del mal el menos... cuénteme Vd., señora Pepa, cuénteme Vd., esclama la otra.

—Para el primer estracto una *figura de dos*. Yo pienso jugar el 11 que no ha venido desde el año pasado por Navidad.

—El 11... ¡bueno! ¿y qué mas?

—Para el estracto simple una *figura alta*; *una figura de siete*. Yo creo que el 16 no faltará.

—11 y 16.:.. corriente son números muy bonitos, señora Pepa.

—Muy bonitos y *seguros*. Se los he podido sonsacar á Juan, el cuñado de la tia Antonia.

—¡Calle! ¿Juan el tuerto?....

—Justo...

—Uno gordo.... picado de viruelas...

—Ajajá.... el mismo. Acierta dos ó tres todas las estracciones..... es lo mas gabulista....

—¿Sí.... eh?

—¡Ya se vé, tiene un libro que vale mas que el Potosí!

—¡Oiga!

—Pero no es esto todo, señora Tomasa.

—¡Cómo! ¿hay mas?

—Toma, toma.... ¿No le hé dicho á Vd. que yo sin números no

me quedaba?..... Y que son *fijos*.... apostaria las dos orejas á que vienen clavaditos.

—A ver, á ver.

—Pues señor, asi que ha amanecido me hé puesto la mantilla, hé tomado una peseta y anda que àndarás, á ver al *flaret*. ¡Y cuánta gente que habia esperándole, Vírgen santa! Pero todos se han quedado á la luna de Valencia, porque no le han entendido los muy torpes. Ya se vé, no saben donde tienen la mano derecha. Apenas le hé visto salir le hé dado la peseta y le hé dicho: hermanito, cóbrese Vd. media libra de aceite para la lámpara de la Virgen. Ha cojido la peseta sin decir palabra y me ha devuelto trece cuadernas en cuartos.

—Eso es el 26.

—Sí señora, el 26. Y al darme el cambio me ha dicho. La virgen te conceda la *mayor* felicidad.

—¿La *mayor*? El 90.

—Justamente; he formado la *piña* y ha salido el 90; pero aun falta lo mejor... Despues, se ha restregado los ojos y se ha rascado el cogote.

—Los ojos.... el 2.... y el cogote... calle V... el cogote... ese número si que no lo entiendo.

—Yo tampoco, pero ello es número.

—Yo lo creo:... el cogote.... el cogote.... Y diga Vd. ¿se lo ha rascado con toda la mano?

—Con las dos.

—¡Oh! pues entonces es el 10.

—Y es verdad. Despues de todo esto, ha sacado una naranja y un pedazo de pan y se ha puesto á almorzar.

—El 25 y el 50.

—Sí.... esos son claros.

—Con que tenemos el 26, el 90, el 2, el 10, el 25 y el 50.

=Sin contar el 11 y el 16 de Juan el tuerto.

=¿Y qué piensa Vd. que hagamos, señora Tomasa.

=¡Yo! jugarlos.... ¡pues no faltaba mas! aunque me quede sin camisa.... Como que no tenia mas dinero y hé empeñado por seis pesetas el pañuelo de crespon. Hé corrido ya dos ó tres *riferas* y las muy picaronas no han querido admitírmelos. Sin duda han olido el negocio, y como saben que son del *flaret*... Ahora vengo á ver si me los admite Quica.

=Sí, sí... vamos pronto.

Y las dos jugadoras penetran en casa de la *rifera*.

Esta las recibe con benévola sonrisa y despues de escuchar su pretension, esclama:=Diantre, han venido Vds. tan tarde..... yo ya habia cerrado el juego....

=Por Dios, tia Quica.... que ya sabe Vd. que las pobres no podemos hacer las cosas cuando queremos. Mi marido es un necio que nunca quiere que le hable de lotería; de modo que hé de ir escondiéndome.

=¡Jesus. qué barbaridad!

=Calle Vd. tia Quica... si es lo mas borrico.... Dice que todo son embustes.

Pues muy mal dicho porque bien mirado, esta es una cosa á la que *tonto el que juega y tonto el que no juega.*

=Eso le digo yo. Con que quedamos en que....

=Vamos, bueno.... Los admitiré porque son Vds.- sino....

=Dios se lo pague tia Quica. Y los números son bonitos, ¿es verdad?

=Bonitos son. Aunque al fin y al cabo todos son bonitos si salen. Y como todos están en bolsa.

Y diciendo y haciendo la *rifera* saca, al fin, con gran prosopopeya *la sèda* y, como no sabe escribir, señala los números por medio de figuras estrambóticas, que consisten, ya en una cruz, ya en uno ó dos círculos mal trazados, ya en cualquier otro garabato de aspecto raro, que huele á cábala desde una legua. Entrega despues á las parroquianas una contraseña con idénticas figuras y cobra luego el importe de los números, despidiendo á las jugadoras

que se retiran tan contentas como si tuvieran ya entre sus manos el dinero ó los objetos que ambicionan.

VI.

Y llega al fin el correo: los números cacareados, los que las cábalas daban por *seguros*, los que el *flaret* (1) habia pronosticado no aparecen en el cuadro y la *rifera* se solaza con el dinero de las ilusas, que en vez de escarmentar para siempre, se maravillan á voz en grito de su torpeza por no haber llegado á descifrar un número que con tanta *claridad* se les habia anunciado y juran y perjuran que han de desquitarse en la estraccion siguiente.

Por el contrario, una casualidad hace que lleguen premiados los números que se esperaban y entonces la *rifera*, si estaban muy *cargados* dichos números, recoge su atillo, se declara en *quiebra* y desaparece hasta que pase el chubasco, para volver á las andadas, despues de mas ó menos tiempo.

Por lo dicho, lector, comprenderás que la *rifera* es una defraudadora de los intereses del Estado, que su industria es una industria de contrabando, una industria privada por las leyes. Y si la mayor parte de las veces produce á nuestra heroina una ganancia segura y un jornal mas crecido que el que obtendria dedicándose á cualquiera otra ocupacion, le ocasiona tambien, en muchos casos, sérios conflictos, graves disgustos y formidables persecuciones. Pero no hay atajo sin trabajo y algo es preciso sufrir en este mundo para ganar *honradamente* el sustento.

---

(1) Frailecico. Es un pobre lego á quien las mugeres de Valencia sacan de quicio doscientas veces al dia, porque han dado en suponer que posee el don de adivinar los números que han de salir premiados cada estraccion. No puede ir por la calle, ni estar quieto en su casa, sin que sus apasionadas le interpelen, le cojan, le suelten y le zarandeen por todos lados. Una palabra suya, un gesto, un estornudo, la mas mínima accion el mas pequeño movimiento es para las jugadoras de lotería un *número* que ha de venir irremisiblemente premiado en el próximo sorteo. Pero como cada muger lo interpreta á su modo, resulta que una misma palabra recibe noventa interpretaciones distintas y hé aquí que una de ellas ha de ser precisamente algun número premiado. Verdaderamente aunque las mugeres le regalan para tenerle contento, yo creo que este pobre hombre es digno de compasion por haberle caido encima una plaga de mugeres, y de mugeres fanáticas.

Esta es la *rifera* que, como hé dicho mas arriba, se convierte á veces en prestamista, por el módico interés de dos reales por duro cada mes, y que egerce con frecuencia ambas industrias á la par.

VII.

Voy á concluir; pero me ocurre un escrúpulo, lector.

El de que esta obra lleva por título *Los valencianos pintados por sí mismos* y si hemos de hablar con franqueza la *rifera* no es un tipo enteramente valenciano.

Tú dirás que este escrúpulo me ocurre un poco tarde.

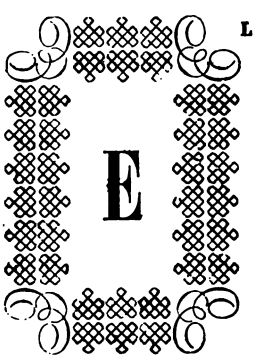
Verdad es; pero mas vale tarde que nunca.

Además, en descargo de mi conciencia debo decirte, y tú no podrás menos de convenir conmigo. que si es cierto que debe haber *riferas* donde quiera que se juegue á la loteria, tambien lo es que la *rifera valenciana* presenta ciertas particularidades que la distinguen de las demás *riferas* y que la hacen digna de figurar en la presente obra.

Adios, lector. B. T. M.

Joaquin Serrano y Cañete.

ÉL COQUILLER.



L hombre que ama el aire puro y libre de los campos, y goza con la contemplacion de su inmenso horizonte limitado á lo lejos por las empinadas crestas de las montañas ó la movible superficie del mar, y anhela respirar la perfumada brisa que brota del crepúsculo de las tardes de primavera como brota del amor la esperanza, y contempla la nacarada luz de la luna, que se mece en el espacio como lámpara solitaria, colocada por la mano de Dios para alumbrar una inmensa tumba, y vive una vida mejor escuchando las armonías de la naturaleza y los ecos solemnes que se desprenden de la creacion como un tributo magestuoso dedicado al que la

sacó de la nada; este hombre, repetimos, ha de sufrir una pena amarga, un desaliento cruel, si se vé obligado á olvidar ese mundo á que le llama su corazon, esa existencia que soñaba tan agradable y tiene en cambio que ocuparse de las pequeñeces del hombre y pintar sus debilidades, quizá sus vicios, y estudiarle, no como se estudian las maravillas de que Dios ha sembrado la creacion, teniendo á nuestros pies un abismo, ó colocados en medio de un valle fértil y perfumado, ó sobre la cima de una montaña, con el cielo estendiéndose sobre nuestra cabeza, escuchando los prolongados bramidos de la tempestad, ó el estruendo del torrente ó el rujido de las olas, abrumados siempre por tanta grandeza, sino en medio de la sociedad, rodeado de miserias, víctima de la inconstancia, luchando siempre con el destino, descontento siempre y siempre iluminado en la carrera por la bendita luz de la esperanza.

El escritor que se dedica á estudiar las costumbres, á describir tipos sociales ha de sentir muchas veces ese desaliento, esa pena de que acabamos de hacer mencion; tiene en ciertas ocasiones que abatir el vuelo de sus ideas, tiene que descender de la region de la poesía para caminar lisa y llanamente entre la prosa, y esta brusca transicion no puede menos de causar en su alma un estremecimiento de disgusto.

El botánico que desea encontrar una flor la pide á la naturaleza, el naturalista sale por la mañana armado de una red á cojer insectos, el físico roba á las nubes el rayo destructor y le hace esclavo de su voluntad; descendiendo mas, encontramos al pescador de caña que se coloca á la orilla del arroyo y espera con paciencia la llegada de un pez, el cazador que camina dias enteros en busca de un un volátil; pero el escritor que ha de describir al *coquiller*, desgraciado como nadie en el mundo, tiene que sentarse descansadamente en un horno y esperar allí á que se presente su presa y examinarla atentamente y averiguar su estado de domesticidad y adivinar su porvenir, si es que tiene alguno, y retratarle, por último, que es lo mas difícil del caso.

El *coquiller*, lectores mios, no sé que tenga nombre propio en castellano, es el dependiente del horno que se ocupa en llevar de las casas el pan no cocido y volverlo en disposicion de ser masticado. Su nombre se deriva, sin duda alguna, de *coca* (torta), porque el *coquiller* seria en otro tiempo el encargado de hacerlas, y corrobora esta presuncion nuestra la costumbre que tienen todavia muchas dueñas de casa de entregarle un puñado de pasta, diciéndole: *chas*: *fesme una coca* (toma: hazme una torta.).

El grado de *coquiller* es el primero que se recibe en la carrera de los que se dedican á los trabajos del horno: por eso casi siempre es un chico el que se honra con tal título. Cargado desde las primeras horas de la mañana hasta el medio dia, ya con la pesada tabla del pan, ya con enormes canastos, obligado durante la noche á tomar parte en las faenas del establecimiento, sus piernas de niño se doblegan bajo el peso de tan contínuos esfuerzos y todos presentan de frente el aspecto de un arco gótico sobre el que descansa su cuerpo. Duerme por la tarde y mal, de manera que anda siempre abandonándose á Morfeo, y en muchas ocasiones camina con los ojos cerrados de puro sueño, á riesgo de romperse las narices contra una esquina.

El interior de una casa-horno ofrece siempre un cuadro muy animado; en unas ocasiones se confecciona la pasta alimenticia que despues han de dijerir todos los que no estén reñidos con su cuerpo, en otras se procede á su coccion; ya entra el *coquiller* con las tablas de las casas particulares, ya vuelve á salir llevando pan para las tiendas, ora es preciso calentar el horno, para lo cual se necesita mucho tino y mucha práctica, ora se hace necesario atender á los consumidores al pormenor que acuden á entregar el óbolo ganado con el sudor de su frente, en cambio del sustento necesario: allí no se reposa, allí todos se agitan y procuran desempeñar escrupulosamente su cargo.

A la entrada se encuentra el depósito de pan consagrado á la venta; allí regularmente se halla el dueño de la casa ú otra per-

sona en quien él deposite toda su confianza para vigilar con escrupulosidad cuantas personas se introducen en el establecimiento; en el interior se hallan colocados los trabajadores que fabrican la pasta, el que la pesa y corta, que lleva el nombre de *serreta* ó *tallaor*, y allá en el fondo aparece un agujero enrojecido como debe ser la entrada del infierno, guardado por un hombre muy ligero de ropa que con una pala en la mano se asemeja á Neptuno apoyado sobre el tridente; el agujero es la boca del horno y el hombre el *paler*; esto es, el que cuida de la coccion del pan. El *coquiller* no tiene puesto determinado; gira de un lado á otro como una ardilla, sirve á todos á un tiempo y entra y sale continuamente de la casa: en sus vueltas y revueltas suele cruzarse muchas veces con un perro propiedad del amo, que pasa sin dificnltad por entre sus piernas torcidas, acostumbradas por ótra parte á este ejercicio canino.

Durante la noche amenizan el trabajo los operarios por medio del canto. Es de notar que el hombre tiene una inclinacion innata á cantar; canta como susurra el viento entre los árboles, como murmura la fuente, como exhalan perfumes las flores; el hombre canta sin duda desde el primer dia de la creacion. desde el momento en que se apercibió que sus órganos vocales pronunciaban sonidos; los niños cantan antes de hablar imitando el arrullo de la madre que le adormece en su seno, el hombre canta siempre que se encuentra solo en medio de la naturaleza; así vemos á los labradores elevar su cancion melancólica al trazar sobre la tierra el surco que la hace fecunda, canta tambien cuando es largo el trabajo para hacer breves las horas; por eso se canta en los talleres donde se ven precisados muchos individuos á residir por largo tiempo; el canto fortalece y consuela el alma, sin duda, y hace olvidar las fatigas del cuerpo.

El *coquiller* es el héroe obligado de estas fiestas; recuerda infinidad de cantos populares y destroza al mismo tiempo la música de las zarzuelas, haciendo de este modo una combinacion horrenda que solo puede resistirse á la boca de un horno, que es como si

dijéramos junto al cráter de un volcan. En una ocasion lanza su voz atiplada, al viento y dice:

Carabasa m' han donat
Y no m' han donat meló;
Mes me estime carabasa
Que casarme en un *furó*.

En otras pretende demostrar sus profundos conocimientos en la lengua castellana, y esclama:

Los árboles d' Arancués,
Onidos de dos en dos,
No tienen tanta finura
Como yo li tengo á vos.

Por último, el auditorio queda asombrado cuando ahulla:

Siñor Don Simon,
La vida es fugal,
Y naide privó
Su trage fatal.
Esta suele venir d' Aragon,
No perdona ni 'l sexo á la edad;
Y pues dise que fué l' anguilon,
Buenas noches, siñor don Simon.

Hemos dicho que el título de *coquiller* es el primero que se recibe en la carrera, y en efecto, despues se halla el de *serreta* ó *tallaor* y el de *paler*; son como si dijéramos los grados de bachiller, licenciado y doctor en la facultad horneril. Si el *coquiller* es muy corto de entendimiento se queda en este estado toda su vida y no pasa de tal aunque se muera de viejo; si, por el contrario, dá muestras de inteligencia y aplicacion asciende á *serreta* y hasta puede llegar á *paler*, que es el último límite de la carrera.

El *coquiller*, bueno ó malo, haragan ó trabajador, reposado ó pendenciero, guarda siempre en su corazon intacto el sentimiento religioso; venera como patrona especial á Nuestra Señora de las Mercedes, y lleva constantemente su escapulario en el pecho para

que le sirva de consuelo en sus aflicciones, de amparo en sus adversidades, de refugio en sus penas. Con este ausilio el *coquiller* lo sufre todo y vive contento en medio de la escasez, amparado bajo el manto de la religion que todo lo abarca y todo lo embellece. Se cuida poco del porvenir y apenas se ocupa del presente; vé pasar los dias sin reflexionar que pasan sobre él y sólo de cuando en cuando vuelve la vista atrás para recordar un momento de felicidad que quizá no le vuelva á sonreir durante su peregrinacion en la tierra.

Rafael Blasco.

EL VELLUTERO.

SEGUN el diccionario de la lengua castellana es el que teje en seda. Esta definicion es mezquina para dar á conocer al vellutero valenciano que, además de tejedor en seda, es un docto *sui generis* colegial del Arte Mayor de la seda. El vellutero valenciano es planta indígena de los barrios llamados «Las Torres» y técnicamente *el clòt*. Frecuenta pocos años las Escuelas Pias, para remontarse hasta la *botiga*, (1) y su entrada en el arte mayor, es para *aviar* (2) ó *fer canilles*. En este período no tiene voz ni voto; pero en cambio tiene la facultad de probar antes que nadie y

(1) La azotea donde se tienen los telares.
(2) Desmotar la tela y llenar las canillas.

sin medirlo en la jícara el zumo de uvas que vá á buscar de vez en cuando á la taberna. De este estado pasa á ser el verdadero vellutero y entra en participacion con sus compañeros de los placeres y fatigas diarios, que son poco mas ó menos así. Se levanta ya bien entrado el dia; (el vellutero tiene sus humos de señor y no quiere principiar su trabajo á la hora que el albañil) toma la capa, que es su uniforme tan querido, que hay quien no la suelta ni aun cuando Febo nos visita quince horas diarias, poniéndonos á 34 sobre cero, y no saldrá nuestro hombre nunca de casa de su maestro sin dar una prueba de su fidelidad, llevándola plegada bajo del brazo hasta la puerta de la calle. Su primer visita matinal es á una de las ermitas que pueblan sus barrios, donde no de lo tinto, sino de lo anisado, se toma uno ó dos cuartos para *matar el cuc.* (3) De allí, en conversacion con sus compañeros, á la *botiga.* Ya te crees, lector, que el vellutero valenciano se eclipsa todo el dia encorbado sobre su telar sin pensar más que en hacer crecer su tela; pero te equivocas: eso cualquier trabajador sabe hacerlo y él tiene mas imaginacion de la que se necesita para esa vulgaridad. Habituado desde su niñez á *elevadas* regiones, y filósofo por raza, mientras trabaja para ganar el pan de su familia, se distrae en continua conversacion ó canto y versa aquella siempre sobre temas vulgares, pues él conoce el arte de gobernar, y los males que afligen á la nacion los tiene él corregidos con solo dos dias que fuera ministro; sabe al maravedí cómo se reparte en Madrid el producto de las contribuciones; es enemigo nato de los derechos de puertas; sus conocimientos en diplomacia eclipsan á Meternich y Valesky; cuenta con la gravedad que le es peculiar lo que costaron los muebles de la casa del presidente del consejo de Ministros; los platos favoritos la mesa del embajador francés; las conversaciones mas secretas de S. M. la Reina con su alta servidumbre; los galanteos y sa-

(3) Matar el gusano; frase equivalente á tomar la mañana.

crificios de ciertos elevados personajes por esta ó la otra bailarina; conoce, con todos sus pormenores, el régimen interior del palacio del Sultan; los trajes del emperador de la china, y su clase de tejido; la grandeza del puerto de Cronstadt: describe todas las batallas habidas y por haber y lo horrible de las fieras de Africa y América, con pormenores que sus cazadores desconocen; pero donde mas fuerte se muestra el vellutero valenciano es en administracion municipal: conoce á cuantas personas ejercen autoridad en Valencia empezando por los alguaciles del Ayuntamiento, y como estas cosas las vé de cerca, dice verdades como puños y acaba siempre diciendo: «si yo fuera Alcalde.....—Despues de comer le es indispensable su ratito de siesta, aun cuando sea sentado en la misma banqueta del telar. Tambien canta el vellutero al compás de *les cárcùles*, y recita versos de comedias, porque tambien asiste los lunes á las funciones de teatro, á beneficio del público, y mezclado con versos de Zorrilla y Olona, canta en Cuaresma cánticos sagrados; desde Pascua florida á la granada recita *els milacres de Sen Vicènt*, y desde esta fecha *els mistèris de la festa del Corpus*, porque has de saber, lector, que supongo no serás valenciano si lo ignoras, que los personages de esos autos sacramentales son casi todos velluteros, y como el que va con un cojo.... así es que todos ellos los saben todos y muy particularmente el bando del rey Herodes, que principia:

faráu saver
de part del rey de gran poder
siñor que tot ó mana,
qu' el dichòus d' esta semana
vinguen totes les dònes
axí les males com les bònes, etc., etc.

Desde la primera Pascua deja el trabajo antes de anochecer, para irse estramuros, y ahora, merced al gran adelanto del siglo, tiene que andar algo mas y colocarse extra-radio, donde sentado sobre la yerba, al aire libre y sin dársele un bledo de los transeun-

tes, cena ó merienda con su familia y amigos con una libertad y sosiego envidiables. Repite á menudo los *bandos* (4) y la conversacion se va poniendo tan animada que es un gusto oirle y no es difícil verle regresar á la ciudad como, si siendo turco, llevára en brazos á su muger. Es de indispensable política antes de separarse de sus compañeros *fer dos ó tres doséts*, (5) durante cuya operacion si la conversacion gira sobre los hombres de gobierno dice nuestro vellutero cosas tan grandes como verdaderas; mientras los niños, cogidos con las cestas se van durmiendo, y las mugeres, cargadas con el pequeñito, que se ha dormido, tratan en vano de adelantar el regreso á casa.—Su odio á los derechos de puertas y su enemistad con los dependientes del ramo es tan natural como el del niño al gato que se le come la merienda. Con frecuencia, al regresar el vellutero de esta espedicion le exigen en la puerta cinco ó seis cuartos por un poco de vino que queda en la bota y que nunca paga sin tener antes una larga polémica con los dependientes, y veces hay que por evitar que estos salgan con su empeño, se sale, y trascolando el vino de la bota á su estómago, entra ufano sin que le pillen los cuartos y zumbando á los dependientes A estas meriendas pone fin la víspera de S. Gil, en que el maestro, poniendo, segun antigua costumbre, sobre la banqueta del telar un puñado de azofaifas y un candil le indica que principia la vela. Esta es la vida regular del vellutero; pero hay épocas especiales que no debe ignorar el lector. Los sábados al marchar de casa del maestro toma *la dita* (6) con tan esquisito cálculo, que siempre tiene la cuenta en partida de cargo, así es que al dejar un maestro tiene con frecuencia la satisfaccion de que quede en su libro una partida á su nombre: acto contínuo de tomar la *dita*, la fuente del mercado le sirve de punto de reunion para orientarse del estado del arte. En tiempos de

(4) Echar tragos.
(5) Llaman así al escote de uno ó dos cuartos para echar un trago.
(6) El tanto que adelanta el maestro semanalmente á los oficiales, basta que al cortar la tela se arregla la cuenta.

hermandades y *concòries* (7) el vellutero figura en todas y asiste á sus actos con tanta formalidad y tal acopio de razones, como acude á su compañía en tiempos de milicia nacional. ¡Cómo es posible que no suspire todo antiguo vellutero valenciano al recordar *el rosari de la pastora* (8) y aquellos versos:

No es penseu que soc pastora,
perque porte borreguets,
que soc la Verge María
de la concòria dels Porchets.

Dejára de ser valenciano nuestro vellutero sino tuviera el talento de suspender sus ocupaciones siempre que puede procurarse un buen rato en este valle de lágrimas; así es que no hay fiesta que no le haga dejar por mas ó menos tiempo el telar.

Su aficion á *les paelles* es tanta, que no permitiéndole sus medios hacerlas con la frecuencia que desea, se entretiene *fentles de boca* (9) con sus compañeros de *botiga*, y sin moverse del telar ni interrumpir su trabajo, se conviene *á cóm posém*, (10) se designa el sitio en que se cree ya estar y ¡qué gusto es oirle cómo se come uno una pierna del pato, al otro pedir vino para acabar de tragar un pedazo de pechuga! En fin, como la frase valenciana esplica muy bien, la paella se hace y se come solo.... de habla, pero con una gracia que solo el vellutero posee, porque es chistoso en su modo de decir.

Si hay calma en la demanda de géneros de su arte él te la dará á conocer pronto, lector mio, porque cuando salgas de casa le encontrarás á parejas por las esquinas implorando la caridad pública y sabe Dios cuánto me duele ver distinguirse de los demás gremios en costumbre tan fea, al que mas gloria ha dado á mi país.

Hé dicho algo acerca del vellutero jornalero; pero considerado como maestro, aun cuando tiene mucho del que acabo de

(7) Hermandades así llamadas.
(8) La mas célebre de las dichas.
(9) Hacerlas de conversacion.
(10) El escote.

bosquejar, tiene, sin embargo, su cualidades especiales, porque éste gasta levita ó tuhina, en verano, y gaban y guantes en invierno, los dias de fiesta, se entiende. Está suscrito á dos ó tres semanarios de literatura, y hace comedias caseras, siendo jóven, si viejo, ó es pescador de caña, si no tiene familia, ó si la tiene le es indispensable tartana y barraca en el Cabañal. Le conocerás siempre que le encuentres por la profusion de terciopelo y telas de seda que verás en los trajes suyos y de su familia, hasta el niño de pechos lleva falda de seda y gorrita de terciopelo. El tiempo que le dejan libre sus ocupaciones lo emplea prestando muy buenos servicios, como individuo de sociedades religiosas ó de beneficencia.

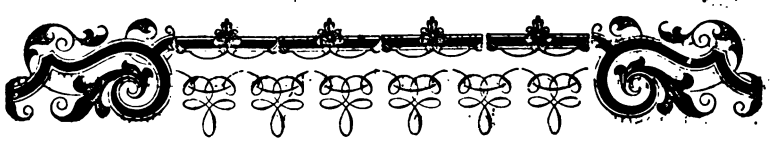
Tambien diré algo del vellutero que cuelga los hábitos, ó sea del que, habiendo nacido hijo de vellutero y pasado su niñez *aviant ó fent canilles* se deja el arte de la seda por dedicarse á otra carrera; á éste le conoce todo valenciano á tiro de ballesta: si quiere ser guason, es un necio cargante, y si le dá por lo grave es tan insufrible como las campanas del convento de Sta. Tecla. Si presume de elegante..... ¡ay Dios mio! aquello es lo que llamamos *un velluter fi.*

Pero esta es una variedad de la especie que no tiene colorido determinado, ni aplicacion posible en nuestro artículo.

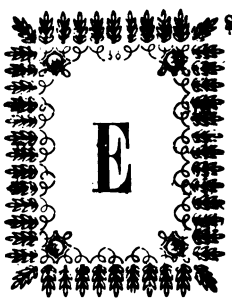
Es un vellutero degenerado, es una negacion de sí mismo y pasa á constituir el embrion de un ente indescifrable que por cualquier punto de vista que se le mire solo ofrece rasgos ridículos y pretensiones exóticas.

El tipo verdadero, el industrial que nos propusimos bosquejar queda trazado segun le comprendemos, en las líneas que anteceden. Cuando deja de hacer lo que nosotros hemos consignado, es, ó porque no ha entrado en su esfera, ó porque ha salido de ella saltando torpemente la valla que le separa de las que ocupan otros.

En cualquiera de estos casos le debemos abandonar, porque en ninguno de ellos le comprenden nuestras observaciones.



EL MADERERO.



Ese hombre, vestido tan á la lijera, como su ocupacion exije, y que en ciertas épocas del año veis aparecer en las orillas de los rios, conduciendo maderas de construccion, es el maderero, de cuya individualidad, bien conocida en el resto de España, vamos á ocuparnos.

Sus anchos *zaragüelles* revelan en todas partes su orígen valenciano. El *gancho*, instrumento único de que se vale para todas las operaciones de su oficio, se asemejaría mucho á las picas que usan los cosacos, si ademas de su parte punzante no tuviera esa especie de acerado espolon, con el que atraen ligeramente los maderos que se apartan de la corriente. Para ser ma-

derero se necesita haber nacido en Ademúz, Cofrentes ó Chelva. En este último pueblo encontrareis la figura que nos hemos comprometido á bosquejar, es decir, el tipo perfecto de la clase, el maderero puro, el cual no se ocupa en otra industria ni conoce otro género de vida que el trabajo ó merodeo á orillas de los rios, ora se llamen éstos el Duero, el Guadalquivir, el Tajo, el Júcar ó el Túria. En los otros dos pueblos indicados, el *maderero* es á la vez un jornalero del campo, y maneja mas tiempo el arado que el *gancho*. Solo cuando Chelva ha enviado á los rios todo su contingente, es cuando se acude á Cofrentes ó Ademúz en busca de *madereros*. Además en Chelva reside la plana mayor de este ejército acuático, compuesto de *empresarios*, *mayorales* y *cuadrilleros*, y de cuyas respectivas posiciones vamos á ocuparnos sin dejar de dar pinceladas al tipo que se contorna en el cuadro.

El *maderero*, jeneralmente es hijo de un maderero tambien. Cuando tenia seis años (1) su padre se lo llevó consigo y haciéndole servir de *ranchero* le hizo entrar en la clase, pasando por esta escuela de aprendizaje, en la que, además de la instruccion, se les proporciona la comida y doce cuartos diarios. El Túria, es casi siempre el rio donde hacen sus primeros ensayos estos tiernos reclutas. Cuatro ó cinco conducciones han bastado para que el niño se familiarice con el manejo del gancho y aprenda á nadar como un pez. El *ganchero* puede llegar á ser *cuadrillero*, especie de cabos *que tienen bajo sus órdenes siete gancheros*, y cuyo jornal es dos reales mayor que el de éstos que ordinariamente es de tres reales. El cuadrillero necesita ya tener cierta instruccion y condiciones de mando, amen de las de valor y práctica en el oficio, y si éstas son muy sobresalientes puede aspirar á ser un dia *mayoral*, en cuyo último rango se cobran diez y seis ó veinte rs. diarios y se puede mandar y administrar á la española.

(1) No os admire la edad. Cuando veais los madereros en las orillas de los rios podeis acercaros á ellos y encontrareis muchos niños de esta ó menor edad, sirviendo de *ranchéros*.

El *maderero* puede decirse que es el representante mas puro de la raza ibérica, de esa raza que formó las mejores legiones romanas que luchó siete siglos con los árabes y que dió celebridad á la infantería española en Italia y Flandes. El *maderero* es sóbrio, ágil, valiente y gran nadador. Respecto á su moral, con solo hacer presente que el género de industria que ejerce es el que mas se presta á actos de insubordinacion y que ésta jamás ha levantado su cabeza en las filas del ejército acuático, queda hecha su apología. El *maderero* es considerado en todas partes como ave de paso; conoce la geografía de su nacion por el curso de los rios: sabe que siguiendo el Túria llegará á Valencia: que si se contrata para el Guadalquivir verá la gran ciudad de Sevilla, mientras que si ha ido al Tajo podrá admirar los jardines de Aranjuez, pasar á Madrid y ver la leona del Retiro. En las grandes poblaciones nunca vereis discurrir á un *maderero* solo por sus calles, y es que en esta industria la individualidad se cree débil y torpe hasta para cruzar de un puesto á otro. En esto se parecen á los marinos que siempre visitan las poblaciones en grupos. El *maderero*, como tipo primitivo, y de honradez heredada conserva un miedo tradicional á las malas artes que se suelen ejercer en las grandes ciudades, y prefiere el ruido armonioso de los rios, aunque cambie de tono en los dias de tempestad, al bullicio de los grandes focos de poblacion, y aquí resalta de nuevo su semejanza con los marinos, los cuales, cuando desembarcan lo hacen por pocas horas y solo por dar un vistazo á la poblacion que se les ha presentado delante; pero que por la noche no dormirian tranquilos, sino fuesen mecidos por las olas del mar. Del mismo modo nuestro héroe solo duerme tranquilo y sin recelo oyendo el murmullo de los rios. El *maderero* vuelve á su pueblo tan puro como salió de él: ni en su habla, ni en su traje ni menos en sus costumbres se ha mezclado nada de otras provincias: sus largas ausencias no han entibiado sus afectos de familia. En sus largos viajes lo vé todo, lo observa, lo admira; pero no se adhiere á nada. No hay memoria en la clase

de ese individuo que haya echado raices en ninguna de las poblaciones que visita. Su presente está en los rios; su porvenir en Chelva. Cuando es viejo, sus hijos, á quienes él ha educado en el manejo del *gancho*, le guardan el lugar preferente, junto á la chimenea, y el jubilado marino de agua dulce se complace en oir hablar de las vicisitudes de la última *conduccion*. El *maderero* es amante de su pais sobre todas las cosas del mundo. Si le asaltan las *tercianas*, enfermedad del oficio, su primer exijencia es para que se le conduzca á Chelva. El aire de sus montañas y la brisa de sus vergeles cree que pronto le devolverán la salud. Si el mal arrecia en el camino pide á la *Vírgen del Remedio* (2) que le permita ver el campanario de su pueblo, aunque á su sombra haya de encontrar la muerte.

El *maderero*, sin embargo de las vicisitudes de su industria, se cree feliz. Preguntadle si está contento y os contestará, echándose el *gancho* al hombro, que prefiere su manera de vivir, con todos sus riesgos, al trabajo monótono del labrador abriendo surcos en la tierra ó del industrial pegado siempre á la máquina que mueve. Para comprender que no se halla mal avenido con su difícil y arriesgada industria, seria preciso que le vieseis con sus compañeros, en las calles de Chelva, en un dia de partida. Nunca para una conduccion salen menos de ciento, y á veces doble y triple número. El pueblo todo se pone en movimiento. Las mugeres van y vienen á llevar los equipajes de sn maridos al *ropero* que vá á partir. Los chicuelos destinados á servir de *rancheros* se agitan y se multiplican. Es muy frecuente en esos dias ver á la puerta de una casa cinco ó seis individuos de una familia, despidiéndose á la vez, el marido, de la muger, el padre, de las hijas, los hijos de la madre. Cuando así sucede, las pobres mugeres se consuelan del abandono en que se van á quedar, pensando en los ahorros que

(2) Imágen que se venera en Chelva en un ermitorio situado á la falda del elevado monte llamado *El Pico*.

pueden traer sus hombres. Ellas, generalmente se apoderan de las ruecas y los esperan hilando. (3) Cualquiera que hubiera tenido ocasion de presenciar estas ó parecidas escenas habria creido asistir á los preparativos de una campaña, sobre todo si repara en el gancho que nunca abandona nuestro héroe y que le da un color guerrero.

Si el tipo que vamos bosquejando ha llamado tu atencion, querido lector, no podrá menos de llamarla tambien la clase de industria que le presta nombre y que difiere en mas de una cosa de todas las que ocupan á la gran familia humana. El *maderero* no tiene necesidad de trabajar todos los dias ni es el trabajo igual ni lo verifican siempre en un mismo punto. Si en el rio ha sobrevenido una fuerte crecida, el *maderero* se aparta de sus orillas y espera en el pueblo inmediato que el agua disminuya para volver á él. Cuando el tiempo les favorece con lluvias contínuas y moderadas, el rio aumenta su caudal de agua, y esto contribuye á dar impulso á la conduccion; pero llegan á veces ocasiones terribles en que tras un largo período de sequía el estampido del trueno anuncia la proximidad de la tempestad. Brilla el relámpago, el cielo abre sus cataratas y los montes y los valles se ven de repente inundados de agua. El rio, por cuyos puros cristales se deslizaba el *maderero* media hora antes, ha recibido el tributo de cien arroyos. El manso cordero acaba de convertirse en leon irritado. El *maderero* rompe las antiguas amistades con su viejo compañero, y olvidándose de la tormenta que ruje á su alrededor y menospreciando la muerte que le amenaza airada desde el fondo de las turbulentas corrientes, trabaja desesperadamente para facilitar el curso de la madera, ó se lanza en su seno para salvar la existencia de un compañero, cuyo gancho agitado de cierto modo anuncia el peligro eminente en que se encuentra. En estos trances de muerte, ningun

(3) Generalmente la muger del maderero hila cáñamo, cuyas madejas se convierten en lienzos ordinarios en Chelva mismo, ó en el vecino pueblo de Calles.

maderero, si es chelvano, deja de invocar la proteccion de la *Vírgen del Remedio*, Hé aquí los dias de prueba que se ofrecen á mis marinos de agua dulce, y que ninguna industria conocida los proporciona tan amargos. En cambio tiene tambien los suyos de bonanza y de ventura.

La madera está ya en Aranjuez.

Las lluvias que, haciendo crecer el ya caudaloso Tajo han amenazado su existencia, han facilitado la conduccion.

Los empresarios han llenado de oro sus bolsillos y ellos han recibido tambien alguna gratificacion no convenida. Vedlos como discurren por las frondosas alamedas del *Real sitio*. Parecen soldados que merodean la victoria con que ha sido coronada una penosa campaña.

Nuestra jóven Reina, siguiendo la costumbre de sus antepasados, se digna alguna vez acercarse á los industriosos valencianos para admirar sus trabajos. Los *madereros*, entonces, comprendiendo toda la importancia de la régia visita, ejecutan las principales maniobras del oficio con prestoza é inteligencia á la voz de sus cuadrilleros, y pronto la córte, admirada, les ve inaugurar un puente movedizo, pero seguro, por el cual S. M., seguida de sus aristocráticas damas, cruza el Tajo.

Estos inesperados sucesos son el bello ideal del pobre *maderero*. Sus padres le han hablado de las visitas que solia hacerles Fernando VII cuando arribaban á Aranjuez en época que se hallaba la córte, y ellos podrán recordar á los suyos la munificencia de su hija Isabel II, que en mas de una ocasion ha mandado distribuirles algunas cantidades.

¿Qué hombres son esos? esclamará un estranjero al ver un grupo de *madereros* en la plaza mayor de Madrid, con los ganchos al hombro y mostrando sus piernas desnudas, debajo de sus anchos y sucios zaragüelles, sin embargo de que se siente un frio de tres grados bajo 0.

—Esos son españoles, se les podria contestar, esos son hombres

de hierro que resisten el frio de hoy como el calor de los trópicos, y qne desafian la muerte en las corrientes de los rios como desafiaron la que vomitaban vuestras baterias asestadas contra la inmortal Zaragoza. (4)

Bosquejado el tipo del *maderero* nos resta solo, para dar por concluido nuestro artículo, decir cuatro palabras sobre el sistema económico administrativo con que se gobierna la milicia acuática de que él forma parte.

Cerca de los *madereros*, aunque siguiendo ruta diferente, camina lo que ellos llaman la *tienda*, especie de brigada compuesta de soberbios mulos que llevan sobre sus lomos las provisiones de harina, vino y aceite, únicos artículos de su consumo, á los que la tropa agrega las frutas y verduras que encuentran en las orillas de los rios. Con las provisiones va tambien el equipaje del *maderero*, que consiste en un par de camisas, igual número de *zaragüelles* y alguna chaqueta de paño pardo. Esta seccion se llama la *roperia* y el mozo ó mozos que cuidan de ella *roperos*. La *tienda* suministra las provisiones á los *rancheros* que caminan siempre una hora delante, á orilla del rio, para disponer y confeccionar los dos ranchos diarios, que forman su alimento. Preciso será advertir aquí que desde inmemorial ha consistido éste en migas, que se ofrecen al *maderero* en el almuerzo lo mismo que en la comida, sin que exista memoria de que se haya cambiado nunca de vianda. Más de un *ganchero* ha creido ver en esto una cosa providencial, y al considerar que tambien á los peces se les alimenta con migas de pan, han convenido en que este es el alimento de todo sér acuático, en cuya familia se cuenta ya él. Aparte de esta creencia, digna de atencion, añadiremos nosotros, que la dificultad de surtir la tienda de otros artículos que los indicados, han obligado á los *mayorales* y *empresarios* á suministrar á la clase el pan puro, ó convertido en migas,

(4) En la guerra de la Independencia un batallon formado en Chelva y compuesto en su mayor parte de madereros tuvo la gloria de defenderse en Zaragoza contra las águilas francesas.

amén del vino que no se les escasea, y del aguardiente, que encuentran tambien en la tienda, si bien con la restriccion de haberlo de pagar para poderlo trascolar al estómago. El *maderero*, sin embargo, á fuer de español y de *bien criado* no protesta nunca contra su obligado rancho de migas y, como hemos dicho, se halla contento con su suerte y en buena armonía con los mayorales ó empresarios que se lo suministran.

El movimiento progresivo del siglo del vapor, del telégrafo eléctrico y del déficit ha ejercido tambien su influencia en la vida del pobre *maderero*. Antiguamente los dueños de las maderas hacinadas en los puntos de embarque, se entendian con los *mayorales*, los cuales reclutaban la gente y con ella acudian á encargarse de su conduccion, bajo un tipo de jornal que nunca variaba. En este sistema no habia interés en que la conduccion fuese mas ó menos pronta. El trabajo se dejaba siempre para mañana y podria decirse que el rio solo hacia la conduccion bajo la vigilancia del maderero. En el dia todo ha cambiado. El genio especulador del siglo XIX ha hecho nacer la persona del empresario, digna de figurar en un cuadro aparte, el cual por una cantidad alzada, pero bien calculada, se obliga á hacer la conduccion: de ahí el interés en que ésta se verifique en el menos tiempo posible, y como consecuencia inmediata, que el trabajo sea mas duro: en cambio el empresario haciendo trabajar mas al individuo, ha descubierto ancho porvenir para la clase, llevándola á todos los rios de España.

Joaquin Pardo de la Casta.

EL OBRERO DEL CORPUS.

Nadie que conozca un poco el tipo cuyo nombre va al frente de estas líneas le confundirá ciertamente con el Clavario, ya *de fiestas de calle*, ya mucho menos *de Gremio*. No negaremos que existe cierta analogia entre el Clavario y el obrero del Corpus; tanto mas, cuanto que generalmente se suele denominar á éste como aquel.

Pero muy otras son las obligaciones, las incumbencias, los caractéres, en fin, del Clavario y el Obrero del Corpus. Aquel es un cargo mas popular (y permítasenos la frase); el Obrero pertenece á una corporacion mas elevada: en una palabra; el *Clavario*, con raras escepciones, es de la clase proletaria; el *Obrero*, de la clase media, y aun muchas veces de la aristocracia.

Hechas estas breves indicaciones, vamos á nuestro asunto.

Un domingo cualquiera, regularmente del mes de Mayo, se reune la corporacion, llamada *Obreria del Corpus* de la parroquia A. ó B. y celebra junta general. Si hubiésemos de juzgar por el número de individuos que á ella asisten, creeriamos que era reducidísima la congregacion, y no nos podriamos figurar que pasase de doscientos el número de los asociados. Por lo regular, componen la junta el cura propio de la parroquia que preside, el Fabriquero, los obreros de aquel año, y seis ú ocho asociados mas. Abierta la sesion, danse cuentas, y aprobadas, regularmente sin discusion, pásase á la eleccion de obreros (que ordinariamente son tres), ó lo que sucede con mas frecuencia, se invita á los concurrentes que no han obtenido nunca aquel cargo, á que lo desempeñen en el año entrante.

Hasta ahora hemos hablado en general; pero supongamos que Don Ambrosio, hombre muy honrado, de buenos sentimientos y muy religioso, individuo de la obreria de su parroquia, se presenta por primera vez en la junta general. Así que le ven entrar los obreros, hablan entre sí, y convienen en dirigir sus tiros hácia el buen Don Ambrosio.

Efectivamente, uno de ellos toma la palabra, y con razones mas ó menos fundadas le convence de que debe ser obrero, y queda así convenido. Terminada la junta, todos se acercan á Don Ambrosio, dándole mil enhorabuenas por su honroso cargo; él dice que en verdad le asusta la empresa, porque lleva muchas incomodidades y disgustos; pero los obreros le tranquilizan con aquello de que *no es tan fiero el leon como le pintan*, y que sobre todo Dios recompensará esa nueva prueba de su religiosidad. D. Ambrosio va á su casa, cuenta á su muger y á sus hijos lo que acaba de pasar, y en aquel mismo dia el sacristan y los macipes de la parroquia van á felicitar al nuevo obrero.

Dejemos á un lado las visitas del cerero, adornista, ropero, etc., etc., etc., que recibe nuestro hombre en aquellos dias;

y pasemos tambien por alto las conferencias que tiene D. Ambrosio con sus dos compañeros de obrería, formando planes para el año próximo.

Lo que si haremos notar á nuestros lectores es el cuidado con que mira aquel año todas las procesiones de la octava del Corpus, contando las andas, ciriales, incensarios, capellanes, danzas, músicas, etc., que van en ellas, y confiándolas á su memoria, ó si esta es fragil, al papel. Inutil nos parece advertir que la que mirará con todos sus cinco sentidos, como suele decirse, es la de su parroquia; porque así sabe ya á que atenerse y tiene *una base segura*, como él mismo dice, para el año próximo.

Nada, que merezca llamar nuestra atencion acontece á nuestro obrero en todo lo restante del año; pero á principios del venidero ya comienza la cosa *de veras*, como se dice vulgarmente. Se trata con el ropero de las figuras que han de ir en la procesion; con los clavarios de los gremios, de los ramos y ciriales que se les ha de dar, porque sus andas vayan en la mismas; con el sacristan, sobre el aceite de las lámparas; con el cerero, de las velas que ha de suministrar; con el fabricante de ramilletes, de las varias clases de estos; en una palabra, se ajusta todo lo necesario para el mayor lucimiento de la funcion.

Esto es cosa de los obreros en comun; por lo que toca á Don Ambrosio, además de eso, tiene otras muchas cosas que arreglar. El ha de pintar toda la casa, interior y esteriormente, de arriba á abajo; ha de poner colgaduras nuevas en las alcobas; él, su muger y sus hijos, han de estrenar aquel dia trajes nuevos; así es, que ha de ver al sastre, para que le haga el frac negro, pantalon, id., y chaleco blanco; ha de encargar sombrero nuevo y botas nuevas. La niña mayorcita cose una camisa á su padre, destinada para aquel dia; mientras que su mamá se ocupa, cuando su marido no se halla en casa, en hacer unos tirantes de cañamazo, para darle una agradable sorpresa con los tirantes y con una corbata negra de moaré, hecha de un trozo que ha sobrado de su vestido.

Todo es, pues, animacion y movimiento en casa de D. Ambrosio. El pasa todas las noches tratando con sus compañeros de obrería, de todo lo que concierne á la funcion; no se habla en su casa de otra cosa; los niños no piensan mas que en sus trajes nuevos; la *obrera*, en la cortesía que harán los jigantes cuando pasen por enfrente del balcon; D. Ambrosio, en fin, en su marcial aspecto cuando enarbole el guion y vaya marchando al compás de la música con su peculiar prosopopeya.

Llega por fin la víspera de la fiesta. ¡Qué tragin! ¡Qué impacientarse! ¡Qué arrepentirse de haberse metido en semejante laberinto! El sastre, que no ha concluido el frac; el zapatero, que no ha cumplido su palabra; la modista, que devuelve el vestido y lo ha errado; el fabricante de los ramos, que no los ha concluido ni los puede concluir; la..... Todo, en fin, parece que se conjura contra D. Ambrosio. El no para en todo el dia, de casa del obrero á casa del sastre, de allí á la capitanía general para que asista á la procesion un piquete de tropa; de la capitanía general á la casa de aguas heladas para que no se olviden de preparar el refresco; de aquí á la parroquia, de la parroquia á casa del adornista; del adornista á..... ¿qué se yo? Lo que si sé es que por la noche el buen hombre está rendido y con mas deseos de tenderse en la cama, que de estar recibiendo visitas y oyendo la música, que ejecuta varias piezas en el tablado que hay a pocos pasos de su casa. Resígnase, no obstante, y cede á esta exigencia, otras de las mil que lleva su espinoso cargo.

Finalmente, á la una de la noche bajan los músicos del tablado, y se despiden las visitas de D. Ambrosio; pero él tiene todavía que obsequiar á aquellos con unas cuantas botellas, resultando por consiguiente que no se acuesta hasta las dos y media de la madrugada. Esto no impide que á las cinco de la mañana llamen ya á la puerta de su casa algunos individuos de la parroquia en demanda de ramos y ciriales para la procesion; demandas que continuan todo el dia, que se reproducen sin cesar á cada momento, hasta la hora de

salir aquella, y fastidiando soberanamente al buen D. Ambrosio, sin dejarle vestir, tomar chocolate ni comer tranquilamente. Así es que pasa dos horas y media en vestirse y acicalarse para ir á ocupar en los oficios de la mañana el sitio preferente que le está reservado.

Llegada la hora de la procesion, nuestro hombre se dirige á la iglesia que se halla entonces convertida en otro campo de Agramante.

—Que ha de ir delante Santa Lucía.

—No señor, San Ramon es primero.

—Tiene Santa Lucía el sitio de preferencia,

—No señor.

—Si señor, le digo á Vd. que si.

—Y yo digo que no.

—Pues yo no salgo.

—Pues yo tampoco.

He aquí una de las muchas cuestiones que se suscitan y que ha de cortar el obrero como su prudencia le dicte.

En esto avisan que no han llegado todavía los apóstoles; que Noé está echando un trago, y que falta un evangelista. D. Ambrosio y sus compañeros se incomodan y se arrepienten una y mil veces de haberse metido en tal fregado. Pero no es esto solo; los encargados de llevar el anda del titular de la parroquia dicen que no quieren llevarla sino se les aumenta diez reales á cada uno sobre lo estipulado; los obreros gritan y patean; pero tienen que transigir. La procesion sale en fin, y D. Ambrosio, cogiendo maquinalmente el guion, olvida entonces todos los sinsabores y disgustos que tan desconcertado le traian. Al pasar por delante de su casa, dirige la vista hácia sus balcones, y ve á su esposa sonriendo de satisfaccion, y á sus amigos saludándole afectuosamente, al paso que los niños gritan «el papá, el papá» y arrojan un puñado de flores deshojadas sobre su cabeza.

Concluida la procesion, D. Ambrosio vuelve á su casa condeco-

rado con una docena de manchas de cera que le regaló un porta-cirialete y que le han causado no poco disgusto; pero el refresco, que produce una alegría general, le hace olvidar el percance. Despues la música ejecuta varias piezas como la noche anterior; Don Ambrosio no puede tenerse de sueño, y tras de unas cuantas horas de sonsonete, y *gaudeamus* á los músicos, se entrega rendido en brazos de Morfeo, no sin jurar una y mil veces que no volverá á ser *Obrero del Corpus*.

Al dia siguiente se levanta nuestro héroe á las diez de la mañana, todo molido y lleno de dolores, efecto del guion y del contínuo ir y venir de los dias anteriores, y recibe una porcion de visitas, pero de varias clases.

—Amigo D. Ambrosio, muchos años que V.. ..

—Gracias, Don Lucas, gracias: ¿qué tal le pareció á Vd. la funcion?

—Magnífica, oh..... si, magnífica, como no se ha visto igual en la parroquia,

—Señor obrero, interrumpe cierto prójimo quitándose la gorra, para servir a Vd.; aqui tiene Vd. el recibito de.....

—¿Qué tal? ¿Se ha descansado? Dice el vecino de enfrente, que devuelve tres ciriales que llevaron en la procesion él y sus dos hijos.

El buen D. Ambrosio tiene que mostrarse risueño y afable con todos, y recibir los plácemes, y soltar *l'argent*, y contentarlos con sendos pesos duros que no son de ceremonia, y etc., etc., etc.

Pero al través de su rostro amable y de sus palabras afectuosamente afectadas, se ve al obrero triste, y fijo solo en una idea, la de que toda la fiesta y bullicio pasó, y sus monedas pasaron tambien á manos de los que han contribuido á ese bullicio y á esa fiesta, mientras que solo no han pasado para él el cansancio y aburrimiento, y el vacio que tras si ha dejado la animacion de los dias anteriores. Pudiera creerse que D. Ambrosio, en aquellos momentos compadece á los obreros de las otras parroquias á quienes

aun no ha llegado el dia de la prueba, es decir, el turno de la fiesta, y á los que, andando el tiempo, han de sucederle en su espinoso cargo.

La esposa de D. Ambrosio, por otra parte, tiene que guardar toda la ropa *de fiesta* ó de *etiqueta*, como ella la llama; los trajes de los muchachos; los suyos; la mantelería; el cubre-cama, las colgaduras, el..... en fin, es lo cierto que todo el dia está ocupada en semejantes faenas, á pesar del dolor de cabeza que la produjo la bataola de la fiesta.

Cualquiera que haya leido este artículo, y seguido con la imaginacion cuanto llevamos espuesto, comprenderá fácilmente que hablábamos en la hipótesis de que la procesion haya podido verificarse. Pero supongamos por un momento que al tiempo le da la ocurrencia de *hacer el oso* el dia de la procesion. Si llovera; si no lloverá..... Son las cinco de la tarde y principian á caer gotas.

—¿Qué hacemos?

—Hombre, veremos si esto para.....

—En el suelo, contesta un chusco.....

. . . . . .

—Ya parece que no llueve....

Pero una lluvia regular interrumpe la frase.

Los músicos están en la iglesia; parte de la corporacion ha acudido tambien; los jigantes están esperando y mojándose. Algunos gremios han llegado; todo, en fin, está casi dispuesto.

—Esto no será nada, dice uno.

Y D. Ambrosio se alegra.

—Si que lloverá, contesta otro, el tiempo está muy cerrado.

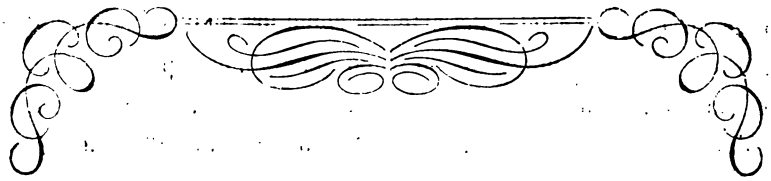
Y D. Ambrosio vuelve á desazonarse.

Por fin, el tiempo se decide ó á continuar obsequiando al público con agua, ó á serenarse; en el primer caso, la procesion se suspende para otro dia, en el segundo cesan los sustos y todo prosigue como si tal cosa.

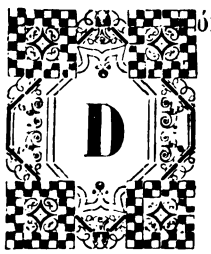
Francamente, no sabemos como hay quien sea dos y tres veces

Obrero del Corpus. Es una cosa que á la primera vez fastidia, y el que prueba el bocado de la obreria queda saciado y harto para toda su vida. Solo un celo decidido y una aficion á toda prueba pueden hacer llevadera una carga mas pesada de lo que á primera vista parece, como habrán podido comprender nuestros lectores por el breve bosquejo que hemos trazado. No es esto decir que no juzguemos dignos del mayor elojio á los que sabiendo los disgustos, sinsabores y gastos que lleva consigo este cargo, quieran no obstante desempeñarlo. Mas aun; creemos que en este pais clásico de religiosidad y celo por la fe que nos legaron nuestros padres, no han de faltar nunca personas piadosas que consagren con decision sus desvelos é intereses á tan laudable objeto, como no faltarán tampoco para las mil fiestas con que Valencia obsequia todos los años á sus patronos.

G. H. M.



EL CORREDOR DE CHOYES.



DÓNDE ireis que no se celebren carreras de caballos? Allá donde semejantes espectáculos se dan, no tienen, por cierto, ni el objeto de las de Valencia, ni el aparato que las precede puede asemejarse. Generalmente las carreras de caballos tienen por base el fomento de la cria caballar, el estímulo de los criadores, y si es por diversion con ciertas formalidades que ponen á cubierto la malicia y las ventajas relativas. Por mas que las de Valencia tengan cierta fórmula original, no es nuestro propósito hablar de ellas, sino del ginete que es el protagonista de la funcion.

El *corredor de chòyes*, que así se llama en la huerta de Valencia, no es un ginete amaestrado en los picaderos, ni monta poniendo

do en práctica las reglas del arte, ni como los jokeys ingleses tienen por oficio la equitacion. Su físico generalmente puede definirse de modo que ponga de relieve su originalidad, y ahí está la especialidad del tipo. La edad de nuestro héroe frisa de 20 á 30 años, estatura mediana como la del cazador español, membrudo sin ser grueso, moreno, de ojos vivaces y una agilidad á toda prueba. Sus ascendientes han sido honrados colonos ó jornaleros de campo. Bajo estos auspicios el *corredor de chòyes* no sabe que lo es hasta que un dia practica el oficio; pues de pequeño montaba un asno con el cual recogia estiércol; y de mayor saltaba ya de un golpe sobre las ancas de un mal rocin, con el cual traia y llevaba la ropa al lavadero. Por supuesto, que nunca usó de estribos, valiéndose para montar, casi siempre por el rabo, de las cerdas de éste metidas entre la planta del pie y la alpargata, cuando la llevó y cuando no, que eran las mas veces, formando sobre las falanges de los dedos una [illegible] que se desliza al tiempo de dar el salto. Cuando el jaco va horro de carga, y en momentos en que el corredor en ciernes se halla en parage que puede ser visto de algunos, menos de sus padres ó amos, aplica sus talones á la cabalgadura, y le hace dar un trote largo que mas tarde se convierte en escape. Cualquiera, menos él, quedaria molido despues de un ejercicio de esta clase, que procura reproducir diariamente. Una carrera y otra montado en rocines de semejante especie, sin montura, sin freno, y con solo *el serretó*, ó barbada, que es todo el avío de nuestros labriegos, le da una práctica tal, y una seguridad sobre el animal, que solo puede apreciarse teniendo en cuenta el lastimoso estado de nuestros caminos vecinales.

Andando el tiempo, el mozo es criado de labranza, ó zagal ó tartanero, y si en la casa del amo se necesita desbravar algun potro no se llama al picador; basta que el chico le tome de su cuenta para dejarle mas manso que una oveja. La intrepidez y los conocimientos que ha adquirido de los gitanos con algunos plagios de los inteligentes del *dichòus*, feria de animales que se celebra los jueves

de cada semana, le dan alguna fama relativa, con la cual asciende á la categoria del hombre de confianza en el ramo de la cuadra. A esta altura, las mozas de su clase le quieren, y si entre ellas hay alguna que les peta, no es por cierto para hacerla el amor, sino para tener una señora de sus pensamientos en los dias de la lid. Esta no se presenta siempre porque ni hay ganaderos que prueben sus razas, ni estos juegos se celebran sin tener por objeto una fiesta religiosa ó patriótica.

Llega una de esas que á la vuelta del año presenta la oportunidad, y aquí se deja ver al *corredor de chòyes* en toda su deformidad, y tambien en toda su hermosura. El clavario ha sondeado de antemano á los labradores, molineros ó tratantes que poseen algun buen caballo; y merced á la intervencion de los corredores y á los muchos aficionados á las carreras, se enciende la emulacion que viene á concluir por una gruesa apuesta. Aquí es nuestro héroe el objeto de todas las atenciones por la parte que le elige su campeon. Algunos dias antes se pone á cuidar del caballo, le mima, le mantiene con regalo, y su entrada en la casa del dueño del animal no se le puede prohibir. Esto mismo es uno de sus recreos, y tal vez la mejor de sus distracciones, porque al tránsito procura pasar por la puerta de su chica, sin detenerse mas que lo preciso para decirla un á Dios que no tienen interpretacion.

Ya han llegado los dias de la fiesta. Las cosas se preparan, y los momentos de la carrera se aproximan. Señalado el punto en que se ha de correr, el alcalde del distrito ó vara á que pertenece la funcion, con su sombrero peludo y ancha cinta, su chaqueta corta ó su levita treintañal azul turquí, y siempre con unos pantalones tan anchos que al caminar no se vislumbra del interior mas que lo que divisa el espectador en las olas de teatro del armazon que las promueve, va señalando las dimensiones de la carrera. Los *llautinents* y los guardas están apostados en las embocaduras de los caminos para que no pase ningun imprudente en los apurados momentos, mientras el alcalde, señalando siempre con una varita no-

gra con cabos de plata, que es el cetro de su jurisdiccion, dispone y ordena con una precision que heredó, y una regularidad que forma otro de los contrastes de la funcion. Mucho antes de la carrera, las mozas y las solteras de la vecindad discurren por los alrededores del campo, con ese aire tradicional que ni han mudado las revoluciones ni es fácil hacer desaparecer. Por supuesto que ha de ser muy pobre la jóven y aun la vieja que no se adorne con el collar de gruesas perlas, rica adjudicacion del quinto de su madre, y con un par de barquillos de oro con esmeraldas, que si desaparecen es para dar paso á otros pendientes de la clase del collar. Si ha de ir á la órden del dia llevará pañolon de crespon amarillo, ú otro color fuerte, y blanco si es hija de rico arrendatario ó propietario acomodado, con falda de seda de tornasol á rayas diminutas, y un buen abanico de nácar ó hueso. Las que no reunen tantas conveniencias se aprestan con el pañuelo de crespon ú otro pequeño de pita, hueca falda de percal francés, y borceguíes de cabra. Píntense como se quiera, mas lindas labradoras no las hay en el mundo.

Mientras llegan los campeones y el señor alcalde, los encargados de éste han hecho dos metas, una de salida y otra de llegada, pero rigurosamente siempre formadas por una línea de *matapusá* y espadaña, ó de yerbas recortadas en los márgenes de la acequia mas inmediata. Ya están ahí los ginetes con sus caballos: la algazara comienza; pero el dulzainero no toca. Es que no es hora, y además se halla ocupado *refrescando*. Durante el rato que se espera la señal de apresto, el *corredor de chóyes* tiene cogido á su caballo de la brida, cuidando de que su impaciencia no le exaspere ni se calme. El animalito, que suele ser un buen jaco de la marca, cuidado como una joya, mimado espresamente, y aun, al parecer de algunos, semi-embriagado con pan y vino para darle fuego y resistencia, está impaciente, relincha, bufa, patea, y no ve el momento de que le suelten. Los curiosos y los interesados de una parte forman un grupo al rededor del campeon, el cual vá vestido lo mas ligeramente posible, que es otra de las originalidades del tipo.

Una camisa gruesa pero limpia con pecheras, y unos anchos calzoncillos es todo lo que lleva: esa es la reminiscencia de los árabes del desierto. Ni pañuelo á la cabeza, ni faja, ni medias; pues si alguna vez añade algo á lo dicho, serán unos mitones sobre las pantorrillas, que dan en decir que son *culses de traveta*. Va descalzo, los brazos arremangados hasta mas arriba del codo, desabrochado y colgando de los ojales *les mansanetes*, que son dos gemelos formados de reales de plata, los mas nuevos que halló su novia, entre las monedas del reinado actual. El *corredor*, aunque oye á los circunstantes, generalmente calla porque se trata de la apuesta, de la calidad del caballo y de las comparaciones consiguientes. Si habla será para decir que siente el mal estado de la jaca, que ha pasado muy mala noche, que hace cuatro dias no se podia mover de una indigestion. Aunque estos sean todos sus conocimientos en veterinaria, si la conversacion se alarga y toma interes, es preciso que se queje de que la carrera es larga y que los alcaldes no han puesto las metas arregladas á los 125 pasos. Ademas hay una irregularidad en el sitio que es preciso tener en cuenta. La distancia forma curva y es preciso considerarlo para apreciar el valor del vencido; el ginete cede la línea interior á su contrario para demostrar su generosidad; pero el dueño del caballo no quiere, y el alcalde llama á juicio á campo raso. Se avienen por fin echando suertes, no sin prometerse los ginetes ir con cuidado en los latigazos, á fin de no darse por equivocacion ó por ardid en las narices ó en la cara del otro animal.

Suena por fin la hora, y el dulzainero que tocaba y reproducia una de esas variaciones de su instrumento entrelazado de solos de tamboril, emprende el tango americano ú otro coro de una zarzuela que no ha visto, pero que tampoco ha escrito el autor. Los corredores atan sobre sus muñecas dos látigos y los afianzan para tenerlos seguros en la carrera. Los animales al oido de la música que les es tan grata, se revuelven y están impacientes: los ginetes no montan hasta el último momento; pero aun así, cuando llega es preciso que dos mozos sostengan sobre la meta á los caballos para que no se des-

boquen. En pelo, con la ropa que se ha dicho y con un látigo en cada mano, tomada la distancia paralela conveniente, parten como rayos á la señal del alcalde. Vedlos volar: pero no los vereis, porque el caballo cuyos músculos han tomado toda la lonjitud posible describiendo una linea horizontal sobre vuestro frente, no os deja ver al ginete que pegado á la columna dorsal del belerofonte suelto, y agitando vivísimamente los dos látigos sobre las ancas del caballo, no os parece sino que el animal tiene alas. Es imposible describir la velocidad de la carrera: no puede creerse que esta se ejecute en un pedregal, sobre una superficie llena de baches; y lo mas admirable es que esos ginetes que parecen parte de sus cabalgaduras, desprecien su vida por esa aficion, dejándose llevar como pajas en un terreno que podrian quedar estrellados al menor tropiezo del animal. El entusiasmo de los héroes de la fiesta supera todas estas inconveniencias y dificultades. La carrera concluyó.

El vencedor y el vencido arropan bien sus caballos despues de la carrera.

El primero, llevado en triunfo hasta el punto en que se halla el tribunal, recibe de este en el acto la joya que está colgada de un triangulo de flores puesto sobre el balcon del clavario, y consiste casi siempre en un pañuelo de pita de colores muy vivos. El segundo aunque haya sido por dedos la diferencia, de buena fé confiesa que no ha ganado; pero se ratifica en el mal estado del caballo y se consuela con increpar al dueño porque ha permitido la competencia. Todo se apacigua cuando se habla de la otra; y los ginetes, aparte los comentarios que se les permite en desahogo de la alegría ó de la desgracia, se desquitan con refrescar á la salud de los clavarios durante la cantada de guitarras en la cual, el ladino cantador de oficio nunca deja de recrearles el oido con aquella célebre y antigua cancion.

Cualsevol home que té
Rosi corredor de choyes
Y la dona balladora,
Ya pot dir que's pinta á soles.

Manuel Calvo

EL COHETERO.

LLÁ voy, y no á hacer cualquier cosa; nada menos que ha describir á un pirotécnico, pero no de aquellos que en la pirotécnica se dedican á la aplicacion tormentaria y arte de destruir, sino á la parte recreativa; los primeros necesitan de muchos y sublimes estudios para poder merecer una charretera en el cuerpo de artillería, á la par que los segundos sin teoría de combustion, ni cálculo diferencial, ni integral, son los que sin causar espanto entretienen á las gentes con el ronco son *dels masclets* (1), con el traqueteo de *les piuletes* (2), la rápida ascension de *les ixides* (3) y con

(1) Morteretes.
(2) Cohetes sin petardo.
(3) Cohetes voladores.

las vistosas ruedas que ya con direcciones rectas, ya describiendo volutas ú otras curvas, despiden fuegos de diferentes colores presentando bellísimos cuadros capaces de animar al inglés mas flemático.

El pirotécnico que vamos á describir llamado vulgarmente el *Cuheter* (1), es un hombre que causa la mayor admiracion á los labriegos: generalmente es sério, previsor, sereno, arrojado y pronto en sus acciones; suele no fumar y en caso de hacerlo lo verifica pocas veces. Estas cualidades son debidas á el eminente peligro á que continuamente está espuesto por la fácil inflamacion de la pólvora y otros combustibles que forman el principal material de sus obras. Los instrumentos de su arte se reducen á una artesa y una bala de á doce para desmenuzar la pólvora; un almirez para machacar el azufre; una hoz para cortar las cañas; unas tijeras para cortar papel; un embudito de ojadelata; unos cuantos pinchadores; atacadores de hierro huecos y macizos; una balanza pequeña; mesas y sillas. Su trage siempre modesto y de poco valor, suele componerse de un pantalon no muy ancho y bien cortado de tiro para poder saltar con facilidad; una chaqueta de manga ajustada, porque los faldones de un gaban ó levita le incomodarian y la manga ancha permitiria la entrada á las chispas hasta tocar el cutis de los brazos. Prefiere la ropa de lana á la de hilo y mas á la de algodon, porque en aquella el fuego no puede prenderse con facilidad, mas no tiene noticia de las telas de asbesto que son incombustibles. Estos humildes Pirabolistas andan siempre de fiesta en fiesta al revés de los médicos que andan siempre de llanto en llanto. Trabajan con ligereza y precaucion, son exactos en sus presupuestos y sacan un regular producto de su trabajo. Sus mas utiles y altas relaciones son los alcaldes de los pueblos y los clavarios de las fiestas. Cuando unos ú otros se presentan en su casa, en representacion de la junta de fábrica ó ayuntamiento, el *cohetero* los recibe con mucha se-

(1) Cohetero.

riedad, les dice que se sienten quedándose él de pié. El alcalde y demás del comandin le observan atentamente, se miran unos á otros y tomando uno la iniciativa esplica al *cohetero* el objeto de su venida manifestando si quiere *mascles*, traca de cohetes, castillo ó cuerda. Siempre son tres de estas cosas las que se le encargan, pero infaliblemente, si es para pueblo entran en ellas las dos primeras; la determinacion de si la tercera ha de ser cuerda ó castillo depende de una discusion que los principales del pueblo han tenido de antemano en la cual suele haber mas debate que en el congreso de diputados cuando se trata de presupuestos.

Resuelta la cuestion, al paso que encargan la traca y los *mascles* entran en ajuste del castillo ó cuerda, sin esplicacion de la clase de vistas de fuegos que ha de tener y sin otro mas que decir un castillo ó cuerda de tantas libras de valor (1). El *cohetero* que les ha estado escuchando con suma atencion uno los estremos de los dedos índice y pulgar y llevándolos á los lábios, se queda pensativo y como reflecsionando si podrá desempeñar el cargo. Por pocas que sean sus ocupaciones en aquel entonces, contesta:

—Mucho trabajo hay. Y sigue como meditando; no obstante haremos lo que se pueda.

—*Es que no fasa falta.* Contesta uno de los otros. *El dia abans per la vesprada l'espere en casa.*

—Bien, bien. Contesta el *cohetero*.

—*No se olvide de dur bon cabás.* Dándole á entender con esto que lleve un buen capazo lleno de cohetes sueltos.

—Bueno; no faltará nada de lo que sea menester. Envien ustedes un carro uno ó dos dias antes, segun lo distante que está el pueblo, que allá iré con mi gente.

Se despide la comision y el *cohetero* principia á preparar la encomienda por sí solo ó auxiliado por sus oficiales, los cuales traba-

(1) Libra, moneda imaginaria que equivale á quince reales vellon y dos maravedises.

jan sentados con mucha separacion unos de otros para evitar desgracias. Con mucha facilidad ocurren esplosiones causándolas á veces muy terribles. En la fabricacion de *les ixides* de luz que se componen de una mezcla de salitre, azufre y carbon; cuando atacan estos ingredientes dentro del rollo de papel ó cáñon de caña que da forma al cohete y por inadvertencia ó descuido choca el atacador con otro hierro que hay dentro del cohete mientras lo forman, se produce la esplosion del que tienen entre las manos; y es cosa de admirar como no lo sueltan y lo sostienen con los dedos para que no comunique el fuego á la obra que suele haber en derredor. Los mas de ellos que ignoran las materias que constituyen la pólvora suelen admirarse que unidas las materias indicadas se inflamen con tanta facilidad, y mil veces se les oye decir: «Cosas hay en nuestro oficio á las que se prende fuego con mas facilidad que á la pólvora.

Un poco antes ó despues que el *cohetero* y sus oficiales han concluido el trabajo encomendado, como de improviso, se presenta á la puerta de su casa un hombre acompañando el carro convenido para la traslacion del *cohetero*, oficiales y su obra al pueblo donde se ha de celebrar la funcion.

—¿Ya están hechos los fuegos? Pregunta el conductor del carro. ¿Podremos divertirnos? No se olvide usted de los cohetes sueltos.

—Ya tengo hecho buen acopio de ellos. Responde el *cohetero*. Y por cierto que los hay bien gordos.

Con sumo cuidado cargan su obra sobre el carro, y el conductor, *cohetero* y dos ó mas oficiales suben en él y se dirijen hácia el lugar de la funcion. Durante el camino el *cohetero* le va ponderando al conductor el buen trato que á él y á sus ayudantes les dieron en tal ó cual pueblo, lo mucho que les gustó la cuerda ó castillo; los oficiales que tambien meten su cuarto á espadas en la conversacion, como en un entreparéntesis preguntan si en el pueblo á donde van hay buen vino, citando algunos puntos donde dicen que les dieron á beber con abundancia uno muy bueno; el conductor con inocente

amabilidad les contesta que en su pueblo hay vinos de escelente calidad, porque aunque no sea así cree que todo lo que existe en el lugar en que ha nacido es lo mejor que se conoce en el mundo, y les promete que durante los dias que permanezcan en el pueblo les dará á beber cuanto quieran del mejor vino que se encuentre. Con esta y otras conversaciones van pasando el camino sin serles fastidioso y cuando menos piensan se encuentran en las inmediaciones del pueblo. El previsor *cohetero* manda á sus oficiales que inmediatamente echen pié á tierra y se queda en el carro puesto de pié; el conductor baja y toma con su izquierda la mula por la brida junto á la boca, con la derecha hace crujir el látigo y formando un curioso grupo entran en el pueblo. Todos los muchachos salen frenéticos á recibirles, andan saltando y gritando al rededor del carro; los oficiales les separan empujándoles, uno cae junto á la rueda, otro se plañe de un latigazo que ha recibido del conductor, las mugeres salen á las puertas y miran aquel aparato hasta que le pierden de vista. Como en triunfo acompañan al *cohetero* y demás jentes hasta la casa donde debe pernoctar. Llegados ya los oficiales descargan todo el comboy y lo depositan con precaucion en sitio retirado y seguro. Mientras, acuden el alcalde, el secretario, los regidores, el cura, el médico, el maestro de escuela y todos aquellos que figuran en primer linea en el pueblo; cada cual dirije al *cohetero* mil palabras que todas se reducen á preguntarle *¿Que tal, tindrem bones desparaes? Será bó el castell? ¿Pórta cuhets solts?*

El secretario suele recordar á media voz la órden dada por diferentes gobernadores civiles de que no se permita disparar carretillas sueltas en las poblaciones. Todo el mundo calla y oye al secretario con desprecio; alguno mas osado contesta. *¡Vhá, vhá! Els de Valencia vólen arreglaro tot. Mes valguéra que se arreglaren ells.* Algun viejo de los presentes suele concluir la locucion del osado añadiendo: *Tota la vida han tirat cuhets els dies de les festes. ¿Per qué no nam de tirar hara?* Entre estas y otras razones el *cohetero* y su jente descansan del viage y toman su buen vaso de agua con limon y azúcar.

Luego sale acompañado de la comitiva que allí se ha reunido á su llegada y se dirijen al sitio donde quieren que se dispare el castillo ó cuerda, examina atentamente el terreno y como sabe la direccion de los fuegos y el efecto que pueden producir á la vista del espectador de mirarlos de uno ú otro punto, si acaso no juzga el sitio á propósito lo manifiesta á los que le acompañan, les indica la mejor disposicion, y estos, por aquello de *Magister dixit* convienen sin replicar con el *cohetero*.

Al dia siguiente apenas principia el sol á rayar sobre el horizonte dorando las cumbres de las montañas, las azoteas de los edificios, y las copas de los árboles mas elevados; cuando las flores muestran su mejor lozanía resaltando sobre sus corolas las brillantes gotas de rocío que el relente depositó durante la noche; cuando acariciadas por un suave céfiro embalsaman la atmósfera con sus aromáticos olores, un vuelo de campanas y clamoreo general anuncian el principio de la fiesta y el *cohetero* comienza á demostrar sus habilidades. Frente á la puerta del templo tiene colocada como una hilera de *masclets* que va disparando uno á uno al son de las campanas: Todo se pone en movimiento, los niños saltan de alegría, todos van abriendo las puertas de su casa; únicamente suele permanecer cerrada la de algun palacio, antiguo castillo donde mora alguna señora de alta estirpe que por haber gastado con demasía en la córte se ha retirado provisionalmente en aquel lugar, de donde toma el nombre su título; y el confuso rumor la despierta, tal vez, de un sueño que que la hacia gozar de un fantástico baile que se daba en una embajada en cuyos salones soñaba estar. La banda de música repite varias piezas alegres y todo aparece bello y encantador.

El *cohetero* vuelve á su alojamiento, almuerza y prepara de nuevo los *masclets*. Los oficiales que no han olvidado las promesas del que les condujo al pueblo, cuando en el camino le preguntaron si habia buen vino en el lugar á donde iban, recuerdan á su conductor lo prometido y logran visitar algunas bodegas donde dan á Baco un culto reverente.

A las diez de la mañana suele principiar la misa mayor con orquesta y sermon; al llegar al primer evangelio se disparan otra vez una hilera de *masclets*, lo mismo al levantar á Dios y á la conclusion de la misa.

Por la tarde del primer dia de la fiesta no suele haber cosa particular en el pueblo que ocupe notablemente al *cohetero* ni á sus oficiales. Por la noche despues de haber tenido un concierto de ciegos, haberse recitado algun romance ú otra diversion por el estilo; cuando la noche ha mediado su carrera y todo el pueblo se ha retirado á descansar deseando que llegue el siguiente dia para continuar la fiesta, aquellos mozos solteros á quien el pérfido Cupido ha herido con sus invisibles flechas, pretenden dar un desahogo á sus eróticas pasiones, manifestando el amor que tienen á sus sílfides con una serenata que llaman *albaes*. Este es un episodio de la fiesta en que el *cohetero* toma parte aunque indirectamente. En los pueblos de nuestra provincia las mozas solteras tienen vanidad de que sus pretendientes les tiznen con humo producido por el fuego de los cohetes las fachadas de sus casas que por razon de las fiestas han blanqueado, pues en ello creen ver grabadas las señales del aprecio que se les tiene entre los solteros. Cosa singular son las tales serenatas: una dulzaina, un tamboril; dos Bardos, y no de los que tuvo Salomon ni la Escocia; un gran número de mozos y el *cohetero* ó uno de sus oficiales con un capazo sobre las espaldas lleno de cohetes, se presentan frente la ventana de la jóven que quieren obsequiar. Principian con una monótona orquesta y cuando concluye la introduccion, que dura unos tres minutos, el tamboril acompaña con unos golpes pausados y pianos; uno de los Bardos se pone á cantar improvisando el primero y segundo verso y el otro concluye el cuarteto cantando tambien de improviso el tercero y cuarto. De tales improvisaciones suelen salir unas veces pensamientos ingeniosos y sutiles; otras, estravagancias y sandeces de á folio; el lenguaje es castellano, valenciano ó una mezcla de entrambos, como por ejemplo:

—Niña que estás en la cama,
despierta si estás dormida.
—No aumentes la ardiente llama
que va acabar con mi vida.
—*Cuanta cósa en lo mon pasa,*
¡pues anem com te que ser!
—*Tens al rector dins de casa*
y al teu novio en lo carrer.
—Prenda de amor adorada
pomell de aroma y chesmil.
Eres niña mas salada
que les róses en abril.

A la conclusion de cada cuarteto vuelve la música igual á la introduccion, disparan algunos cohetes, dan unos prolongados ahullidos que allí llaman *rellinchar*, semejantes á los lelilies de los árabes y cantan otras canciones por el estilo.

La hurí que ha estado escuchando desde el principio aquella armónica manifestacion del amor que inspira, dá mil y mil vueltas por su mullido lecho y no satisfecha de estar oyendo desde la cama se levanta con ligereza, pone desnudos los piés sobre el suelo y con solo el grotesco camison que cubre sus torneadas formas corre á colocarse encojida debajo de la ventana para escuchar mas de cerca las coplas que entonan en su alabanza; se repite el disparo de cohetes que tiznan la blanca fachada, siguen cantándola improvisadas canciones haciéndola aumentar el férvido deseo que tiene de que llegue el suspirado dia en que el himeneo haga reales sus esperanzas; la comitiva se despide cantando, y se marcha con la música á otra parte.

Cansados de darle culto á Cíteres pasan á dárselo á Momo parándose á la puerta de algun viejo regañon que por desgracia tiene dos ó mas hijas feas y presuntuosas y entre otras canciones tambien improvisadas y con igual filarmonia que las anteriores suelen cantar.

—*Ya se que tens dos chiquetes*
Deu fasa que siguen bónes.
—*Mes valguera que tingueres*
dos pórcs de catorse arróbes
—Cuando paso por tu puerta
me haces cara de *Musolo* (1)
—y como soy *Teulaino* (2)
solo paso, pico y *volo* (3)

Con estas sátiras y aquellas trovas se termina la funcion y cansados se retiran á sus casas.

Principia el dia á clarear, Morfeo deja su presidencia, vuelve Febo á ocuparla y las pintadas avecillas saludan al padre de la luz con sus suaves y melodiosos trinos. El pobre *cohetero*, ó uno de sus oficiales sin embargo de no haber dormido en toda la noche coloca sus *masclets*, como el dia anterior, frente la puerta del templo, los dispara acompañando al estampido el vuelo de campanas y comienza el segundo dia de la fiesta.

Este es el dia de mas trabajo y en el que el *cohetero* muestra todas sus habilidades. Mientras se celebra la misa conventual hace los disparos de costumbre y luego pasa con los oficiales á preparar el castillo. A manera de un arquitecto cuando plantea un palacio clava en el suelo los piquetes que juzga necesarios, los une por medio de cuerdas, marca los puntos donde han de ahincarse los piés derechos, y los oficiales principian á hincar dichos piés sujetándose estrictamente á lo prescrito por su director; concluida esta operacion el *cohetero*, para probar la solidez del trabajo, se abraza á cada madero le empuja hácia adelante y atrás y si vé que no se mueve dá por sólida la obra. Coloca las ruedas donde están ensartados los cohetes y queda montado todo el aparato.

Como muchas jentes de los pueblos circunvecinos suelen acudir

(1) En vez de Mochuelo.
(2) Por Gorrion.
(3) Por vuelo.

á la fiesta siempre envidiosos del goce de los de aquel lugar, algunos mal intencionados intentan á veces prender ocultamente fuego al castillo; para que esto no suceda el alcalde pone dos ó mas vigilantes que no dejan acercar á nadie mas que hasta una distancia desde donde no pueden hacer mal.

Muchas veces en lugar de un castillo hay dos, uno que paga el ayuntamiento y otro los clavarios; otras, el ayuntamiento paga una cuerda y los clavarios un castillo ó vice-versa. En el mayor número de pueblos por razon de economía solo se dispara una de las dos cosas.

El disparo de la cuerda no ofrece tan buena vista al público ni lucimiento para el *cohetero* como el del castillo, sin embargo que son mayores las dificultades que hay que vencer para que una cuerda sea buena.

A lo largo de una cuerda tirante sujeta por sus estremos hacen correr varias ruedas de cohetes, que van prendiéndose fuego por un órden sucesivo desprendiendo muchas veces otros cohetes hácia bajo y otros rayos de luz de diferentes colores con intérvalos de oscuridad, sin que por esto deje de estar prendido el fuego. Dichas ruedas caminan por solo el impulso que reciben del fuego; únicamente si por el rozamiento con la cuerda les impide la marcha, los oficiales les empujan con una caña. Presentan estas, vistas mas ó menos agradables.

El castillo es la obra mas bella de las del *cohetero*. Despues que se ha celebrado la procesion, cuando la imágen del santo patron del pueblo que llevan en andas está entrando en el templo, una estrepitosa traca de cohetes retumba en los oidos de los concurrentes terminando con trueno de ronco estampido al que el pueblo contesta victoreando.

Segun disposicion de los señores que dirijen la fiesta, concluida la procesion, ó una ó dos horas despues, proceden al disparo del *castillo*; disponen lo primero cuando hay muchos forasteros y quieren dispensarles la gracia de dispararlo pronto para que no regre

sen tarde á sus casas, y lo segundo cuando por antojo quieren guardar la mayor diversion para despues de cenar.

Llegada la hora convenida, gran número de gente se encuentra agrupada en derredor del castillo, los balcones y ventanas se hallan llenos de curiosos y todos aguardan con impaciencia que se dé principio á la funcion.

Dada la órden para proceder al disparo, el *cohetero* y sus oficiales se disponen para el efecto atándose cuatro hilos ó cintas uno en el estremo de cada manga de la chaqueta y los otros dos en los estremos del pantalon, con objeto de que no se les pueda introducir ninguna chispa. Llegado el momento se principia disparando de uno á uno varios cohetes voladores que suben con una velocidad admirable, estallando unos con un pequeño trueno cuando llegan á su mayor altura, otros, mostrando una luz amarillenta ó rojiza que ilumina todo aquel espacio dejando ver con bastante claridad el rostro de los espectadores; luego van prendiendo fuego á las ruedas mas avanzadas, las que jiran en torno de su eje desprendiendo luces de admirable vista, siguen á estas los fuegos de enmedio y luego las del centro, que son las últimas, se desarrollan en figuras semicirculares, cónicas ó élices con profusion de luces de mil colores que causan un maravilloso encanto; suele concluir por una estrepitosa *traca* de cohetes y por la ascension á la vez de varios cohetes voladores. Aquí es ella: los mozos que han vaciado el capazo del *cohetero* comprándole todos los cohetes sueltos que ha traido además de los gastados en *les albaes*, principian á prenderles fuego lanzándoles a diestra y siniestra sobre los grupos de gente; todos se ponen en movimiento; corren, chillan, gritan, rien, vocean; por todas partes se ven raudales de fuego; parece que el Piroflejeton (1) se ha salido de madre, todo el mundo aunque contento se encuentra alarmado; únicamente el *cohetero* permanece impasible al fuego y se muestra satisfecho por haber dado fin á su compromiso.

(1) Uno de los rios del infierno.

En la misma noche y despues de haber desmontado las tablas y desclavado los pies derechos que armaban el *castillo* se presenta en casa del alcalde ajusta su cuenta; firma si sabe el recibo que suelen darle estendido ó lo hace por mano agena, cobra el valor de todos sus trabajos, cena, le dan las gracias y se retira á descansar.

A las fiestas que se celebran en los pueblos suele seguirse el que haya despues dos ó tres dias en que se corren novillos; convidan como es regular al *cohetero* para que asista á ellas, pero este, ó sea por aquello que á nadie le gusta estar en la tienda despues que concluyó su hacienda, ó bien porque conviene con aquel refran anglo-americano de *Times is money* (1) no aguarda mas y se marcha en cuanto amanece.

Estas son las observaciones que tengo hechas acerca de la vida del *cohetero*. Es uno de aquellos individuos que no gustan de revoluciones, no desean mas que haya fiestas y su mayor gloria consiste en que se le encargue la formacion de un *castillo* ó *tuerda* que haya de dispararse en presencia de S. M.

Hé concluido con el *cohetero*, caro editor, y voy á principiar á escribir otro tipo en que trataré tanto de cosas acuosas, como en este he tratado de cosas ígneas.

Alejandro Buchaca y Freire.

(1) El tiempo es dinero

EL FORMACHER.

(Requesonero.)

BUENAS tardes, señor editor.

—Buenas tardes, amigo: diga Vd. mas á tiempo que la paloma mensagera al arca de Noé.

—De veras? Me alegro, porque la oportunidad sino es una virtud, es á lo menos un sistema completo de filosofía ó de política. Pero explíquemelo Vd. su cita bíblica.

—Mi cita bíblica, traducida al lenguage profano se reduce á dar al diablo á los ditenatos indolentes, irregibles é indemables, que componen las tres cuartas partes de la república.

—¿Por qué lo dice Vd. ahora mas que nunca, señor editor?

—No se dé Vd. por aludido: yo con Vd. no tengo motivo de queja

por el momento. Lo que acabo de decir es una cancion que por desgracia tengo aprendida desde que soy editor. Quevedo hablaba muy mal de los sastres y zapateros y los tenia por mónstruos de inexactitud; pero yo sé que no tenia razon. En materia de inexactitud, la de muchos literatos dá quince y falta á todos los sastres y zapateros habidos y por haber.

—Vamos, ya estoy en ello: Vd se lamenta de que el original de los Valencianos pintados por sí mismos no venga á la imprenta con la urgencia que reclama la publicacion ¿No es eso?

—Ciertamente. Ya vé Vd. que me sobra la razon por los cuatro costados.

—No tanto como Vd. cree.

¡Cómo!

—La pereza de los literatos valencianos está en la índole de la publicacion de Vd. Mas diré: es de la esencia de la obra y debia usted pagarla á precio de original.

—¡Esta es otra! A ver, espliqueme Vd. esa idea peregrina que de seguro no está impresa en ninguna parte, ni de ella ha oido hablar ningun editor del mundo desde la invencion de la imprenta.

—Es muy sencillo. ¿Cómo se llama la obra que Vd. publica y que pone á prueba su paciencia de editor?

—Los Valencianos pintados por sí mismos.

—Perfectamente: pues entre esos valencianos que se pintan á sí mismos hay un tipo bastante general que podremos llamar el literato indolente. Si el adgetivo le parece á Vd. desagradable podremos llamarle el literato contemplativo. Es un tipo meridional que no carece de poesía.

—Pues reniego de Apolo y del Mediodia.

—No, amigo mio; reniegue Vd. mas bien de la inflexible ley que obliga al editor á ir en pos del literato, y al literato á ir en pos del editor.

—Llámele Vd. ache. El resultado siempre será que estoy comprometido á dar una entrega semanal de tipos valencianos y que tengo

que sacar los artículos con pinzas. Yo á esto le llamo pereza, indolencia ó cualquiera otra cosa que signifique lo mismo.

—Indolencia, sí; pero indolencia poética, indolencia que tiene color local. No hay que corregir á la madre comun, señor editor. Valencia es un país africano, la naturaleza es aquí espléndida y poderosa y nos rodea por todas partes halagueña y embelesadora, halagando nuestros instintos de molicie. No es estraño que los que viven de poesía encuentren en este delicioso paraíso mas disposicion para mecer el espíritu en lo vago, que á sujetar el pensamiento á la fórmula activa y circunscrita.

—Lo vago! lo vago! Es decir, que lo que en el órden social se castiga por la ley, en el órden moral viene á ser un oficio lícito y reconocido? Es decir que el pensamiento puede vagar impunemente en menoscabo de un editor?

—Ay, amigo mio! es que la inteligencia parece que está destinada á vagar eternamente: unas veces por huir del editor y otras por correr en su busca. Cristóbal Colon fue un ilustre vago, y los mismos que le trataron de mendigo y de insensato porque buscaba un editor para una de las obras mas grandes que han visto los siglos, pudieron aplicarle la ley de vagancia si en aquella época la hubieran tenido á mano.

—Todo eso es muy santo y muy bueno, señor poeta, pero no me esplica por qué razon no ha de obrar ya en mi poder un tipo valenciano que se me ofreció hace mucho tiempo y que á estas horas debia andar ya impreso por ese mundo.

—Y qué tipo es ese?

—El requesenero, ó llámese *formachero*.

—Acabára de esplicarse! Pues ya veigo en la causa de la demora.

—Y cuál es?

—El requesenero valenciano es la antítesis del poeta meridional.

—Pero hombre, ¿qué tiene que ver un poeta con un requesenero?

—Absolutamente nada; y esa es precisamente la razon por qué no es fácil que un poeta se ocupe de un requesenero.

—Ahí habria que distinguir de casos y circunstancias; pero no nos engolfemos en esa materia y espliqueme Vd. como el requesonero valenciano es la antítesis del poeta meridional.

—Voy á complacer á Vd. El requesonero es la actividad material la multiplicacion del individuo para el trabajo, tres entidades activas, y un solo hombre verdadero.

—Es decir que el requesonero trabaja por tres, al paso que el poeta *vagaroso* de que Vd. me habla no trabaja ni siquiera por uno.

—Hpy está Vd. implacable, señor editor. El poeta es un ser superior é indefinible que no puede sujetarse á las leyes de los demás mortales, y hace ya muchos siglos que viene purgando con el malestar de la materia los fueros y libertades del espíritu. Seamos con él benignos y generosos y hablemos del requesonero.

—Eso pido y burras derechas, como decia Sancho.

—Decia, pues, que el requesonero es un industrial activo, infatigable y útil á la república.

—Tendrá, por supuesto, su fisonomía especial.

—Tiene tres fisonomías: de modo que es un tipo corregido y aumentado.

—Poco á poco! Vamos por partes: á ver si esta vez entro en posesion de mi tipo valenciano. Deciamos que el requesonero tiene tres fisonomías.

—Cabal: como que es uno y trino.

—Bravo! espliquemo Vd. la primera fisonomía.

—La fisonomía matutinal?

—Pues! la fisonomía matutinal.

—El requesonero valenciano se levanta con la aurora y abandona su casa bajo la forma de un cabrero, salvo sea el pellico ó la zampoña. Recoge sus cabras y se echa á trillar las calles de la capital, pregonando su mercancía, que esprime con mano hábil y vigorosa á la ubera del parroquiano.

—Alto ahí! Esa fisonomía la conozco yo hace mucho tiempo y no es peculiar del país de las flores.

—Eso probará que es una fisonomía vulgar; pero yo no inventa: copio á la naturaleza, madre fecunda que derrama las cosas útiles por todas partes.

—Ese es un elogio que agradecerán los cabreros de todos los paises: pero pasemos á la segunda fisonomía.

—Como V. guste. La segunda fisonomía es algo mas local. A las doce de la mañana, poco mas ó menos, el cabrero se metamorfosea, deja las cabras en el corral, embraza con el derecho una gran banasta llena de pequeñas porciones de leche cuajada, conocidas por acá con el nombre de *formachets*; empuña con la siniestra una bolsa de mallas y torna á recorrer las calles pregonando la misma mercancía sujeta á distinta forma y consistencia.

—Y aquí entra el *formacher* propiamente dicho?

—En cuerpo y en ánima. El *formacher*, ente simpático á los golosos de ambos sexos y muy especialmente á los muchachos y á las sirvientas, lleva en su canasta una porcion de canastillos del diámetro de un napoleon, llenos de leche cuajada. Estos son los *formachets*. La bolsa de mallas no tiene mas objeto que el de recibir los canastillos vacíos. El *formacher* pregona su mercancía, le llaman, acude solícito á la puerta de la casa donde le espera una mariítornes con un plato en la mano, traslada la banasta del brazo derecho al siniestro, toma con delicadeza un canastillo con el pulgar, el índice y el dedo del corazon, aprieta suavemente el flexible molde, á fin de que el blanco cuajarون de leche se desprenda sin lesion, y acercando la mano al plato que le presenta la doméstica, imprime un ligero sacudimiento de abajo arriba al molde y deja en el plato y en el punto exacto donde ha puesto el ojo, un requeson mas blanco que la nieve y en el cual han quedado impresos los trenzados mimbres del canastillo.

—Hombre, lo pinta Vd. de un modo que casi me despierta el apetito de los *formachets*. Debon ser muy sabrosos.

—No tanto como indica su bella apariencia, señor editor. Los *formachets*, como otras cosas humanas no son lo que parecen; pero

esto no consiste en el artificio, si no en la materia. La leche valenciana no es la leche de las Navas, ni punto menos; y aqui entrarian como de molde algunas reflexiones sobre la calidad de los pastos valencianos; pero no quiero usurpar el asunto á plumas mas competentes y sigo hablando del *formacher*.

—Lo hemos dejado en el punto y sazon en que depositaba el primer requeson en el plato de la sirvienta.

—Pues visto uno, vista una docena. El *formacher* los va dejando en el plato con admirable simetría y á medida que los desaloja del molde deposita los canastillos en la bolsa de mallas. Esta es la manera de vender á domicilio los *formachets*.

—Pues que, no siempre se venden á domicilio?

—No, señor editor: Vd. sabe ó debe saber, á costa de algun cardenal en la canilla ó de algun chichon en la cabeza, que en Valencia hay una plaga de chicos vagabundos, torcaces y bravíos que son la pesadilla eterna de los ciudadanos y como si digéramos la peste de la república.

—No faltan, no faltan.

—Pues bien; esos son parroquianos constantes del requesonero y reciben el codiciado manjar en la palma de la mano, cuya superficie por el olor, color y sabor no equivale nunca á la de un plato. De la mano lo trasladan á la boca sin perder migaja y vuelven á presentar la palma para recibir otro ejemplar que trasiegan de igual manera al estómago. Hecho esto, unas veces pagan y otras apelan á la franquicia de la fuga; pero el requesonero que entiende el oficio suele exigirles por garantia el ángulo entrante de un edificio, procurando evitar que se salgan por la tangente.

Este, como Vd. comprende, es un simple contrato de compra y venta. Otro suele ocurrir entre el requesonero y los chicos baldíos y vagabundos, que no deja de tener su originalidad. Ocurre con frecuencia que en mitad de la calle un cursante de plazuela se pára en seco delante del requesonero y á dos pasos de distancia, abriendo desmesuradamente la boca. El industrial, en vez de darse

por ofendido al ver la mueca, se detiene tambien y sepulta al instante la mano en la canasta. Toma un *formachet*, oprime el rústico molde de la manera que llevo referida, y lo despide con gracia, enviándoselo al parroquiano á la altura de la cabeza. El muchacho lo recibe en la boca si es diestro en el ejercicio: de lo contrario el *formachet* se le aplasta en un ojo ó en la nariz. Los que se entran de rondon por la boca, cuelan libres de derechos, y los pierde el requesonero: los que dan fuera del blanco se pagan á doble precio. Es ocioso añadir que despues de este ejercicio la cara del muchacho ofrece todo el aspecto de un enorme requeson.

—Se concibe perfectamente. De suerte que la segunda fisonomía del requesonero está grandemente interesada en borrar todas las demás fisonomías.

—Vd. lo ha dicho; y será tanto mas vigorosa y característica cuanto mas destreza tenga el requesonero para borrar las agenas.

—Enterado: pasemos ahora á la tercera fisonomía:

—Ultima metamórfosis del requesonero. Este benemérito industrial deja á las dos de la tarde la canasta de los *formachets*, toma una fuente fabricada en Manisés ó en la Alcora, la carga de otra sustancia láctea y compacta que se llama *brullo*, clava en el centro un cuchillo y mediada la tarde sale otra vez á la calle con este nuevo producto de su industria. ¿Sabe Vd. lo qué es brullo?

—Como si no lo supiera: esplíquemelo Vd. para que yo traslade sus propias palabras á mis suscritores.

—Conoce Vd. el sabroso requeson de Miraflores?

—Sí señor.

—Pues no se parece en nada al *brullo*, ó por mejor decir se parece en la forma.

—De suerte que entre el *brullo* valenciano y el requeson de Miraflores existe la diferencia....

—De ser el uno un manjar muy delicado y el otro un lacticinio estúpido y desabrido, estraño á los paladares delicados.

—Hay algo de singular en la manera de espender esa mercancía?

—Nada que dé importancia ni carácter al tipo de que hablamos.

—Luego está agotado el asunto?

—. . . . . .

—Se ha quedado Vd. mudo?

—Cuando un poeta calla es que no tiene nada que decir.

—Respetemos el silencio de los poetas: de todas maneras tenia yo razon al decir que me venia Vd. como llovido del cielo. El artículo del *formacher* está hecho.

—A gusto de Vd?

—Muy á mi gusto.

—No habrá quien desconozca el tipo?

—Unicamente un topo.

Peregrin García Cadena.

EL FIEL DE FECHOS.

ARÍSIMO lector: suponiendote enterado lo necesario para que ninguna duda te quepa acerca del tipo cuyo título acabas de leer y que me propongo bosquejar, pasaré por alto la definicion del mismo y consiguiente clasificacion, pues creeria hacerte un insulto con solo pensar que pudieras confundirle con el Secretario de pueblo, ó de Villa entre los cuales hay sujetos muy entendidos, que si no estan revestidos del caracter de licenciados en leyes, poseen á lo menos los estudios universitarios bastantes para desempeñar con acierto inteligencia, desembarazo y probidad, el pesado cargo de su cometido y la provincia de Valencia puede gloriarse en este sentido puesto que cuenta ocupando este

destino á grande número de personas cuyo acertado juicio, y relevantes dotes, facilitan la tramitácion de los innumerables negocios que abraza una secretaria, desempeñando en muchos pueblos el doble caracter honorífico de Asesor del Ayuntamiento.

El boceto que yo me propongo mostrarte es el trasunto de aquel, esto es, una parte alicuota, una fraccion de inteligencia encerrada en un encéfalo de grandes dimensiones y que el frenólogo Cubi y Soler define diciendo que son «*cabezas aguadas*» y que sin temor de ser desmentidos podriamos añadir que son una amalgama de *Antropo* y *Assinus*: En fuerza de su triple cometido de *fiel de fechos*, *sacristan* y *Majister* de la capaz aldea ó lugar de veinte vecinos (y aun me escedo) tiene que aguzar su entumecida imajinacion pues que su buena estrella lo elijió para ser la única persona letrada de la aldea, y en consecuencia consultonato de cuantos conflictos, y maiandanzas aquejen al vecindario.

Segun la tradicion, la familia de Ecequiel Buentoro (que así se llama nuestro *fiel de fechos*) desciende de gente de pluma larga y letra menuda el primero de sus ascendientes que ejerció ó mejor dicho anduve entre tinta y papeles, fué mayordomo de la Casa Castillo que cerca del término tenia el señor de la Aldea; tanta era su sabiduria que en cierta ocasion, le intelijenciaron de que el diablo revestido de todo su poder, pretendia apoderarse del castillo. Los aldeanos acudieron en tropel á pedir amparo á la Virgen del Asalto; pero D. Rufo diz que consultó unos librajos con tapas de pergamino muy roidas y despues de encerrarse algunas horas todos los dias en un aposento para meditar, consultar y estudiar, salió resuelto á ponerse en guardia contra todo atentado del diablo: efectivamente, se ideó un cepo tan original que cuando el ángel malo intentó en una noche de truenos introducirse clandestinamente en el castillo, no pudo evitar de caer en el bien ideado cepo: ya otro dia se le encontraron allí, si bien con la figura de raton, pues como el espíritu del averno sabe tanto, se dijo para sí: «ya que me han pillado que se encuentren un raton.»

Esto lo contaba los dias clásicos el padre de Ecequiel sentado á la puerta de su casa y escuchado por la mayoría de los aldeanos que todos se hacian cruces del gran saber del Sr. Rufo y miraban de soslayo al Ecequielito, afortunado sér que venia al mundo á heredar todo aquel producto de majines tan entendidos. El padre de Ecequiel era el sastre de aquella aldea y del lugar vecino, y sabia tantas letras que cuando era llegado el dia del Santo titular, ú otra fiesta señalada, el señor cura iba la víspera en casa de aquel para quedar conforme á fin de que al dia siguiente cantára en la misa, diciendo lo que contenía el libro descomunal que habia en la iglesia.

Ecequielito hacia de monacillo en compañía del hijo del sacristan y desde niño ya mostraba el génio con que naturaleza dotaba á todo su casta.

Con tan buenos auspicios pronto llegó (antes de los veinte años) á leerse casi de corrido libros de letra chica y bastante juntita. Con el tiempo, pues, y sobrevenida que fué la muerte del sacristan, lo reemplazó nuestro Ecequiel. Despues acaeció el óbito del maestro de escuela y tambien fue agraciado con la vacante. Hasta que, por fin sobrevino el fallecimiento del *fiel de fechos*, y no teniendo de quien echar mano, por votacion unánime del Ayuntamiento recayó la vacante en favor de Ecequiel Buentoro.

La fatalidad quiso que inaugurase su nuevo destino, dando lugar á que el Sr. Gobernador de la provincia le impusiera 100 reales de multa al alcalde, por no dar direccion á un oficio dirigido en esta forma:

S. M.
Escmo. Sr. Cap.n gral.
de los Ejer.tos reunidos
de
just.a en just.a.

Y fue porqué, habiéndoselo dado á leer al nuevo *fiel de fechos*, no pudo dar razon de lo que aquello significaba, pues él leia así:

ese eme, exmo sor. cap. gral. de los ejertos reunidos de justa en justa.

Y es claro que no sabiendo nadie qué jerga era aquella, arrimaron el oficio en un rincon y no se cuidaron de él hasta que con motivo de la multa supusieron que era para el capitan general de los ejércitos reunidos y que debia llevarse de justicia en justicia. Motivo por el cual, el alcalde decia que Ecequiel era un zoquete, y el señor cura le apellidaba el *topo* de resultas de otra cacasenada que tambien le habia hecho. A trueque, pues, de tan significativas calificaciones, nuestro Buentoro continua en su triple cometido, haciéndose respetar de grado ó por fuerza, puesto que su hercúlea naturaleza le facilita medios para ventilar á puño cualquiera cuestion en que terciara algun mozo de los que incomodándoles lo negro buscan el blanco en el bulto del prógimo.

A Ecequiel nada de esto le arredra; ¡cuántas veces diera un jamon de los dos que tiene colgados en su casa por poder desquitarse con el señor administrador de rentas ú otro cualquier superior que le asesta detrás de un oficio, otro, conminándole con multas, ó exigiendo el pago de ellas por la inercia ó ineptitud de aquel! ¡Oh! entonces el *fiel de fechos* quisiera tenerlo á la mano para hacer comprender al superior que si no es un estuche en letras lo es en puño.

Pero ya es hora que nos traslademos á secretaría, que es el mismo local en que funciona como maestro de primeras letras.

Su despacho se compone de una mesa de pino bastante capaz, que un dia fue blanca; pero que al presente es indefinible su color, un tintero de loza y dos plumas, y esparcidos aquí y allá una porcion de papeles sucios en el mayor desórden: una caja de carton que contiene un eslabon, dos ó tres pedazos de piedra de chispa, yesca, un ovillo de hilo encarnado y una ahuja.

Veamos en que se ocupa: acaba de echar yesca, ha encendido el cigarro, se ha puesto unas gafas y parece que medita el contenido de una comunicacion que tiene entre manos. En esto es interrumpido por el alcalde del lugar que se presenta un tanto azorado.

—¿Qué ocurre? pregunta con vivo interés el *fiel de fechos.*

—Una desgracia: el chico del Curro se ha colgado de una cuerda y allí en su casa lo tienes muerto.

—¡Un suicidio!!! Voy á poner la comunicacion inmediatamente al Sr. gobernador.

—A eso precisamente vengo.

El *fiel de fechos* queda un momento pensativo, coje la pluma y al cabo de media hora lee lo siguiente al alcalde para que juzgue de su talento y laconismo con que consigna el acontecimiento: dice así:

«Tengo la satisfacion de poner en su conocimiento como en el dia de hoy y en esta misma hora ha sido encontrado ahogado del cuello, colgando de una cuerda del pescuezo N. N.»

—¿Qué le parece á Vd? pregunta con gran énfasis nuestro Ecequiel.

—Hombre, me parece bien; sin embargo eso de la cuerda del pescuezo tras el ahogado del cuello.... pudiera....

—Nuestra mision, Sr. alcalde, es la de esplicar las cosas breve y concienzudamente: eso si V. supiera letras lo comprendería mejor

—Bien, bien ¿y dime? objeta el alcalde, ¿has dado conocimiento de los cachorrillos?

—Ahora mismo; contesta Ecequiel, y tomando otra vez la pluma escribe lo siguiente:

Tiene U. S. el honor de saber como se le han detenido á N. N. dos cachorritos, etc.

Este oficio ocasiona una sonrisa de satisfaccion al *fiel de fechos*, pues él mismo se aprueba su gran talento.

Empero hoy es dia de correr y es preciso trabajar mucho para poner al corriente los muchos negocios: por lo mismo llama á el alguacil y le dice con mucha gravedad:

—Todos los que estén bajo mi férula y la del señor alcalde tienen la entrada prohibida en este recinto mientras me ocupo en despachar el correo. Solo pasará Vd. recado en caso de alterarse la salubri-

dad pública por medio de algun alboroto á mano airada con premeditacion y alevosía.

El alguacil que no entiende una jota de cuanto le ha dicho Ecequiel Buenoro saluda y se marcha.

—¿Qué otros oficios hay para la firma? pregunta el alcalde.

—Ahí tengo dos mas que son estos que escribí ayer.

El fiel lee:

«Remito á U. S. los maestros de escuela duplicados, cuyos recibos pertenecen al mes que finó para los efectos de la ley. Dios, etc.»

Otro.

«En el dia de hoy ha sido herido N. N. hijo de su padre difunto.

Todo lo cual le envio á U. S. para los efectos consiguientes. Dios, etc.»

El bueno del alcalde firma, y como ya tiene noticia de los hechos que se le relatan, no se fija, y ademas porque no podria desempeñarlo mejor.

Una porcion de negocios de la mayor importancia, hace precisa la persona de Ecequiel en la capital. Vedle á la puerta del gobierno civil esperando que sea la hora de audiencia. Llegada esta entra nuestro hombre en Secretaría y en todas las mesas cree ver al gobernador fijar su mirada en él, y deseando darle reiteradas pruebas de lo satisfecho que está por la exactitud é inteligencia con que desempeña su encargo. Nuestro fiel se acerca lo mejor posible, y dirigiéndose á una mesa pregunta humildemente, á pesar de la intencion que tenia de interrogar en tono mayor.

—Señor, ¿Vd. ha visto pasar por aquí una linterna de cerveza, alumbrada por mi como secretario?

Es claro que el empleado á quien se dirige esta pregunta no puede menos de reir á carcajada, vista la manera de hacer la pregunta.

Este Ecequiel lo interpreta satisfactoriamente y reunido vuelve al lugar diciendo que se ha hecho íntimo amigo de todos los empleados principales y que estuvo riendo con ellos un gran rato.

En fin, carísimo lector, espuestos los anterioros renglones, dejo á tu discrecion los mil episodios de que está sembrada la vida del *fiel de fechos*, que su mayor fortuna consiste en que tiene gran dósis de aprobabilidad y en este concepto es feliz y termina sus dias con el convencimiento de que es hombre entendido y que la aldea le es deudora de las luces que esparció con sus palabras testuales, (y cuidado que él no conoce los fósforos). Dejemos, pues, al tiempo que se encarga de ilustrar hasta los mas recónditos lugares, y él sacará del error craso en que yace nuestro Ecequiel Buentoro, fiel de fechos de la aldea.

Para atenuar todo comentario desfavorable á nuestro tipo, concluiremos con la siguiente reflexion.

Cuando se dota con 500 ó 600 rs. anuales una plaza de esta naturaleza ¿qué otra persona que Ecequiel Buentoro podria ó se prestaria á desempeñarla? Claro está que nadie.

José Vicente Nebot.

EL PAELLERO.

GUISADOR DE SARTENES,

(vulgo paellas.)

En verdad que somos los valencianos gente desenfadada y fresca! Estas ardientes imaginaciones meridionales que hierven dentro de nuestro cráneo, y en las cuales vive con mas ó menos intensidad una chispa del fuego que creó á Juanes y á Ribalta, como á Ausias March y á Gil Polo, esta fibra tan electrizable y delicada, cuando se trata de apreciar bellezas y entusiasmarse con una inspiracion artística ó poética, se aflojan y laxan cuando se las obliga á descender á los intereses materiales, de los cuales únicamente la parte que proporciona una modesta subsistencia, ó crea algun goce sencillo y poco dispendioso, disfruta el privilegio de fijarnos y atraernos. Así se esplica cómo nuestro pais cuenta pocos capitalistas, comparado

con otras provincias; así se esplica cómo, por ejemplo, se encuentra en Cataluña á un hombre, á quien se ve uno tentado de alargar una limosna, y luego averigua que es un millonario; y se tropieza en Valencia con un hombre con todas las apariencias de potentado, y es un simple artesano, y á veces un simple jornalero. En otras partes la riqueza no traspira al esterior, hasta que el oro hace estallar las paredes y techos como un vapor dilatado. En Valencia, un capital insignificante juega y retoza en manos de su poseedor, y le hace con frecuencia olvidar el dia de mañana. Si á reflexiones hemos de ir, no sabemos de parte de quién está la verdadera filosofía; si de los que arrastran una existencia de privaciones y fatigas incesantes para atesorar y aumentar, ó de los que utilizan, aun quizá con sobrada largueza, los bienes, de que el nacimiento, la fortuna, ó su trabajo los han dotado. Además es forzoso pagar al clima y al temperamento el tributo, de que bajo otro concepto se hallan esentos los que tienen la sombra al rededor, quiero decir, los habitantes de las latitudes boreales, ó zonas frias. Para un valenciano es condicion indispensable de existencia el deporte al campo... la paella.. ¡Paella! nombre mágico y seductor, cuyo timbre suena armonioso y vivificador en los oidos de un verdadero hijo del Túria.

La *paella valenciana* (sarten) es uno de aquellos esfuerzos del ingenio meridional para inventar un goce peculiar á los hijos del sol y de las flores; goce no limitado por su rareza ó subido precio á ciertos alcances pecuniarios, sino mas bien adaptado á las posibilidades mas modestas y populares; sin que esta circunstancia le haga perder su mérito; antes bien ella es la que contribuye á realzarlo. La *paella* tiene fama y reputacion, no solo europea, sino universal. Donde quiera que en el estrangero se habla de Valencia, su nombre es inseparable del de la *paella*. Sin duda el bueno de Alejandro Dumas de ella quiso hablar, cuando puso en boca de su Conde de Monte-Cristo la revista de los platos sabrosos, que habia gustado en sus escursiones por Europa, citando la *olla podrida* de Valencia, la cual no debió ser otra (con paz sea dicho de la erudi-

cion del citado autor) que la *paella* valenciana. Para los que una vez la han probado, es un recuerdo agradable y hermoso; para los que solo la conocen de oidas, es un ensueño, una ilusion dorada. Y una particularidad singulariza y aisla la *paella* de todo el sistema culinario y gastronómico, y es, que solo un valenciano sabe guisarla, solo él posee el secreto de su confeccion, el cual reside en él, encarnado é identificado, como en los reyes de Francia la virtud de curar los lamparones. Y se ha visto; porque á pesar de haberse empeñado muchos estrangeros y en varias ocasiones, en guisar una *paella* valenciana, aunque diestros por otra parte, y profesores emeritos en la ciencia, han fracasado en sus ensayos; y un paladar esperto al momento ha reconocido la mano inesperta, la mano que no era valenciana. Y tampoco consiste esta esclusion en la naturaleza y calidad de los elementos, que entran en la composicion de la *paella*. Un valenciano la condimentará con igual acierto y gusto en las orillas del Sena y del Támesis, que en las del Turia, y entre los hielos de Rusia, que entre los calores de la Guyana, si tiene á mano los artículos tradicionales que la constituyen.

Verdad es que no todos los valencianos saben guisarla; pero tambien lo es que los únicos que la guisan, lo son; que los maestros en el arte son muchos, y finalmente que entre éstos los hay especiales, que dignos del título de profesores, lo llevan con orgullo, y desempeñan sus funciones de un modo inimitable.

La idea, pues, de *paella* envuelve un doble tipo, ambos originales, y tanto, que acaso lo sean mas que ningun otro de los que brillan en esta galería biográfica. Los tipos son, el *paellero* y la *paella*; es decir, el guisandero y lo guisado, comprendiendo en el segundo lo que acompaña á la comida de la *paella*, rasgos de costumbres populares, croquis animadísimos de travesuras, y cuadros de gran relieve con figuras á lo Goya y Rembrandt. Probaremos á manejar nuestra brocha gorda de la manera menos desairada posible.

El oficio de *paellero* salta á primera vista que no ha de ser de

aquellos, que dan al que lo profesa, un modo de vivir estable, como el oficio de sastre, de carpintero, etc. Porque ni todos, ni siempre estan comiendo paellas, ni tampoco todos ni siempre recurren á la habilidad del *paellero* titulado, pues como hemos dicho, no son pocos los que dominan la ciencia de la *paella*. El oficio de *paellero* es un agregado ordinario al de villutero ó zapatero. En efecto, en el seno de estas dos profesiones es donde se ha de ir á buscar los *hombres* competentes para la resolucion de aquel problema, y rara vez se nombra á fulano el *paellero*, sin que le acompañe la cola de el *velluter* ó *sabater*. Como directores de una funcion que es esencialmente de broma y buréo, ellos son bromistas, y por punto general holgazanes y poco adictos á la lanzadera ó tirapié. Cuando escasea el trabajo de su profesion, señaladamente de la primera, son los que antes que nadie son despedidos del obrador: hacen fiesta los lunes, y el resto de la semana entretienen á los demás de la manera que podrá el lector observar en la biografía de este tipo notable valenciano. Además son, en caso dado, pescadores de caña, tocadores de guitarra, y siempre fumadores y enemigos irreconciliables del *oidium tukeri*. Con esto cuentan con no escasos recursos para mantenerse en años de penuria, y con el último de la bolsa de los amigos, á quienes hicieron reir en la prosperidad, para que les impidan llorar en la adversidad. El *paellero* se halla dotado del competente mote ó apodo, por el cual es lisa y llanamente conocido, v. g. *Betso, el granotero, el tòrt de la polla* y otros aditamentos de este jaez.

Hase pretendido por algunos desnaturalizar la *paella* primitiva valenciana, socolor de mejorarla; asi es que la han recargado de artículos, sabrosos y suculentos, sí; pero que la convierten en un guisado ó comida cualquiera, destruyendo su originalidad. Lo que estereotipa ó mas bien fotografía la *paella* valenciana, separándola del resto de las combinaciones culinarias, es lo siguiente: patos, pollos ó gallinas, mas bien los primeros; lomo de cerdo, costillas, chorizos, anguilas, tomates y arroz. En algunas ocasiones no falta

quien añade cuatro ó cinco docenas de caracoles grandes, con lo cual queda cerrado el catálogo sacramental de la *paella* valenciana. Todo lo demás son corruptelas é intrusiones de gente orgullosa, ó mas bien envidiosa, la cual necesita de mucho para lucir, no poseyendo la combinacion de lo poco y ordinario para obtener el sorprendente efecto que en los demás se advierte.

Una *paella* (y ahora no hablamos de las aristocráticas, ni tampoco de las que tienen por base media libra de bacalao) se organiza ordinariamente la antevispera de fiesta, y el número de los congregantes no baja de doce, y pocas veces escede de veinte. La idea brota en un cerebro, frecuentemente en dos ó tres á la vez, se comunica, y al punto es acogida con entusiasmo. Y como los actores del drama son por lo comun artesanos, el dia de fiesta inmediato, de que pueden disponer, es el designado para la funcion. El *paellero*, á quien se invita, y que no es raro forme parte de la reunion, despliega en el momento su energía y magisterio, ofreciendo poner á disposicion de los *escotantes* tantas libras de esto, tantas de lo otro, etc., sin salirse de los límites constitutivos de la *paella*, y dejar satisfechos y contentos á diez y seis individuos por la friolera de seis rs. cada uno. Aceptada en el acto la propuesta, se procede sin demora á la cotizacion, ó cuando mas, se difiere á la tarde ó á la mañana siguiente, á fin de que el *paellero* tenga espacio de hacer las provisiones y ocuparse de los preparativos indispensables. Aunque hay paellas domésticas, lo ordinario es comerlas en el campo, y la designacion del punto donde se haya de verificar, es tambien objeto de séria y detenida discusion. Tanto mas lo es, cuanto que nuestra huerta abunda en sitios á propósito, que con su soledad por una parte, y por otra con la proximidad de alguna fuente ó manantial, y de barracas hospitalarias de donde surtirse de lo que accidentalmente pudiera faltar, y mas que todo de algunas tabernas ó cantinas sembradas por la vega, convidan á competencia y llaman á los aficionados.

El *paellero*, bien y debidamente provisto, empieza á menear

los trebejos, y se dispone á salir airoso de la empresa. Entretanto otra discusion muy séria y grave ocupa á los asociados. Si han de llevar ó no, mugeres y niños. Los pareceres se dividen; los preopinantes se engrescan; finalmente, vence la mayoría á favor de la admision, con la enmienda de que tambien se cotizarán á un 50 por 100, es decir, que satisfarán á tres reales por cabeza. Se comunica al *paellero* la modificacion y enmienda, y la cosa marcha.

Como es indispensable oir misa, ha de ser la del alba; y al efecto uno se ha de encargar de dispertar á domicilio. A bien que otro de los socios es el sereno del barrio, y en consecuencia el natural dispertador, con lo cual cae el telon sobre el drama de la víspera.

A las cinco toda la espedicion se halla ya en pie y camino de la iglesia mas vecina, donde se cumple el precepto con la posible devocion, que será bien escasa y fria, á pesar de las buenas disposiciones de los cristianos *paelleros*, los cuales bien necesitan entonces de la aplicacion de los méritos del Redentor, para suplir lo que el demonio de la distraccion ha chupado por su parte. Pero, en fin, *tienen misa*, que es lo esencial, y un peso menos encima. Si, por ejemplo, la cita es para la fuente de S. Luis, ó de Encors, congregados los espedicionarios al salir de la iglesia, envian delante á lo que los latinos llamaban con maravillosa propiedad *impedimenta* (estorbos) es decir, los bagajes, y por ello entendemos, salva la comparacion, la turba femenina y los arrapiezos, encargándoles los aguarden fuera de la puerta de Ruzafa. Entretanto, capitaneados por el *paellero*, invaden el mercado y se disponen á equiparse, recorriendo los puestos y examinándolos minuciosamente para encontrar género barato; pero son detenidos en su escursion por el *exabrupto* de uno de los camaradas, quien propone como preliminar, y por via de estímulo á la tarea que van á emprender, abrigar el estómago con una copa de aguardiente. Pero como para ello sea indispensable proceder á nueva cotizacion, la mayoría clama, el *paellero* grita y amenaza abandonarlos, y por un momen-

to reinan la confusion y anarquía. Por fin se transige, adoptando un temperamento medio, vulgo paños calientes: en lugar de tres libras de aceite, la *paella* se contentará con dos, y la mano del *paellero* hará el resto.

Entretanto la vanguardia ha salido de la ciudad, y se detiene á aguardar al centro y retaguardia con la impaciencia que se deja discurrir. Sin cesar está destacando emisarios mocosos para anunciar la llegada, y por fin aparecen los esperados Mesías, y juntos emprenden la ruta para el punto de su destino, no sin sendas reconvenciones conyugales, que terminan por aquietarse. Bien es verdad que el tiempo gastado en disputas, avenencia y sello de la reconciliacion, ha hecho avanzar el reloj hora y media, y el sol calienta ya demasiado; bien es verdad que durante el viaje un muchacho ha caido en una acequia y llenádose de cieno hasta el coloprillo, al querer atrapar una lagartija; bien es verdad que á mas de mitad de camino se acuerdan que han olvidado el aceite y el azafran. Nueva baraunda; nueva pendencia; nuevos reniegos; nuevo alto. Uno se ofrece á ir en volandas y volver con los obgetos olvidados, antes que la comitiva arribe á su destino. En efecto, corre y vuelve; pero vacío y desairado, porque al pedir al tendero los espresados artículos, éste se ha hecho de nuevas, y dice que nada sabe. Entre los oyentes hay una cabeza mas inflamable que las demás, y se dispone á ir a *vaciar las tripas* pura y lisamente al ladron del tendero, de cuya resolucion le disuaden los compañeros, sobre todo la noticia que les comunica el paellero, quien dominador del plano topográfico de aquella seccion de la vega y de la situacion les anuncia la ex stencia de un tenducho próximo, donde sin necesidad de acogotar tenderos, será facil suplir y reemplazar lo desaparecido. Al través de estos y otros mil tropiezos y percances, tocan el término de su fatigas entre diez y once de la mañana. Dije el término de sus fatigas, refiriéndome á las del camino; capaces ellas solas de dar al traste con una resignacion é indiferencia genial menos á prueba que la de los individuos en cuestion.

La *paella* (sarten) es un instrumento muy conocido de la generalidad de los lectores; pero entre ellas, en especial las que sirven para el abasto de una cuadrilla de treinta ó mas individuos, las hay que alcanzan dimensiones fabulosas, y alguna bien podria, suprimiéndole las bordes, hacer las veces de plataforma giratoria en una estacion de ferro-carril. Pocos son los que poseen paellas propias, aun de los *paelleros* profesos. En cambio los labradores dueños de barracas inmediatas á los sitios de cita ordinaria, tienen una ó dos para alquilar, ó bien por un precio que se estipula, ó bien admitiéndole á la participacion del banquete. Este último partido prefieren casi siempre por las razones que luego se dirán. Aun empero, no ha cantado victoria nuestra gente espedicionaria, cuyos trabajos pudieran celebrarse por un bardo desocupado al par de los trabajos de Hércules. Preguntan por la *paella* de alquiler, y saben con amarga sorpresa que otra cuadrilla se les ha anticipado, y ocupado el mueble en virtud del *jus primi occupantis*. En muchos el término de la paciencia hubiera estallado, si se hallaran á las puertas de la ciudad; pero distantes de allí una legua, la prudencia y el hambre de mancomun les aconsejan estirar la correa del sufrimiento, y dar un ejercicio activo á la gran ciencia del hombre zurrado y apaleado, que consiste en *esperar*. El labrador propietario de la *paella* embargada, apunta que á media hora de allí hay otra, y que su dueño es amigo, y que no tendrá dificultad en alquilarla. La adversidad amansa y amaestra, y la resignacion es su fruto y consecuencia. Vase en demanda de la suspirada *paella*, y por fin viene acompañada de un nuevo comensal, que es su propietario, dotado de las mas brillantes disposiciones gastronómicas. Paso por alto las escenas desempeñadas por los *impedimenta* consabidos de arriba, porque ellas solas *capitulo de por sí merecian*, y constituirian un tipo lacrimoso al par que tremebundo. Paso tambien por alto el almuerzo, por la única y simple razon que no le hay; pues los reiterados accidentes y contratiempos han llevado de cuarto en cuarto hasta las doce y media á los *paelleros*, y precisa-

mente en aquel punto comienza la verdadera operacion de la *paella*.

Descargadas las provisiones, se hace necesario buscar leña para guisar, y los hambrientos espedicionarios, imitando á los troyanos que pinta Virgilio á su desembarco en la playa de Cumas,

.....Quærit pars semina flammæ
Inclusa in venis silicis.....

se distribuyen en demanda de combustible. Pero es el caso que en nuestra huerta no se deja á la naturaleza un palmo de terreno, para que se espacie y brote á su placer; en consecuencia no hay monte: el combustible, pues, se ha de adquirir de contrabando, y nuestra gente campesina vive muy despabilada, lo cual le es fácil, pues á veces todo el terreno de su cultivo lo puede tapar un pañuelo de veinte cuartas. Uno de los muchachos, aguijado por el hambre, se lanza sobre una haz de cañas, y cree haber hecho una hazaña que le valdrá elogios y algo mas sólido; pero la solidez pertenece á un mojicon aplicado á su cogote por una mano poco parecida á la mano maternal, y es la del dueño de las cañas, quien además le conduce á su padre, para que éste le satisfaga el daño causado, ó por causar. El altercado termina por una transaccion, cuyo artículo *único* se reduce á aumentar en un guarismo mas el de los consumidores de la *paella*.

Hay leña por fin; una zanja ó agujero abierto en el suelo, y flanqueado de dos enormes piedras, es el hogar improvisado, que ordinariamente se emplea. Las aves están ya desplumadas, las legumbres mondadas, la carne despedazada, el arroz limpio. Enciéndose el fuego; mas no se enciende; la leña es verde, el *paellero* sopla y sopla con carrillos de trompetero; los ojos le lloran, el gaznate se le añusga y seca: para no ahogarse recurre á la enorme bota reservada para el banquete; los demás, que participan del añusgamiento de garganta le imitan; la bota desfallece; y suena tercera cotizacion, la cual no ofrece oposicion tan grave, porque los oposicionistas han disminuido, sino en número, en derechura de ideas, y en despejo mental..... Arde la leña, y la *paella*

descansa ya sobre el voraz elemento. Primero se frie la volatería, y demás artículos que de freir son; tras de lo cual entra la delicada y esencial operacion del agua para el caldo, operacion que revela al *paellero* legitimo, al *paellero* sublime. Porque del acierto en la cantidad que ponga, depende el bueno ó mal éxito de la empresa: añadir despues seria bochornoso, y capaz de desacreditarle para siempre; quitar, imposible: y no obstante, la sábia y prudente combinacion del agua y el fuego, han de colocar la *paella* en su punto, de suerte que la carne, verduras y legumbres estén cocidos sin dureza, ni aplastamiento; el arroz blando y tratable, pero manejado de modo que *cada grano vaya por su parte.* Y para ello el *paellero* conoce la diversa dureza y penetrabilidad de los varios elementos de la *paella*, y así los va añadiendo progresivamente segun su grado de resistencia, para que todos lleguen al punto final en iguales condiciones de sazon y cocimiento. El fuego se alimenta con inteligencia y mesura, y cuando al finalizar la operacion los asistentes dicen: está muy buena y *acertada*, acompañando la aprobacion con adornos significativos, que el diccionario pasa por alto, el *paellero* disfruta uno de aquellos momentos parecidos á los que debieron disfrutar Torcuato Tasso y Corina, al ser coronados en el Capitolio. A fin, que el hervor de la *paella* vaya remitiendo paulatinamente, sin separarla del hogar, le quita fuego, y cuando lo cree oportuno, asiéndola del mango colosal, la coloca en el suelo sobre una hoja de col ó berza, sin duda para impedir que el enfriamiento superior reaccione sobre la capa inferior, todavía muy caliente, y tueste el fondo de la sarten, que en nuestro dialecto se llama: *socarrarse el arròs.*

La *paella* no se come sin cierto ceremonial. Colocada en el centro del círculo de asistentes, sentados comunmente en el suelo, ó sobre el asiento que su suerte ó industria les depara; se clavan las cucharas en rueda al rededor de la sarten y dentro del arroz, formando una especie de empalizada, ó caballos de frisa. Aunque es ya regla inviolable, se previene sin embargo por el *paellero,*

que nadie avance sino en el terreno que tiene delante, y en marcha progresiva, pero no lateral, sin usurpar los derechos ni los terrenos del vecino, si la fortuna se los proporciona. Porque el *paellero* previsor distribuye el empedrado de la *paella*, en términos que nadie tenga motivo de quejarse de parcialidad, ó predileccion hácia éste ó el otro ángulo de la misma. El ataque, pues, se verifica simultáneamente por toda la circunferencia; las brechas se abren con regularidad, y los asaltadores caminan al centro via recta, con mayor ó menor velocidad, segun poseen mas ó menos desarrollada la facultad é instrumentos de masticacion. Pero la salva debe alternar con frecuencia, á fin de *refrescar* á los que se hallan fatigados del combate. Dada la señal, clava el *paellero* en el punto céntrico de la *paella* un mojon ó mendrugo de pan, como una especie de bandera parlamentaria, el cual anuncia la suspension del egercicio mandibular, es decir que prohibe comer, hasta que todo el mundo haya bebido. Aunque el cálculo siempre se echa desahogado y lato, pocos relieves quedan para los herederos, y todo el mundo hace honor á los conocimientos y habilidad del guisandero. Cierra comunmente la *paella*, ó bien un frito de embutido y lomo, ó simplemente un ensalada y postres.

El labrador dueño de la *paella*, el que indicó la existencia de ésta, el propietario de las cañas y autor del mogicon de marras, son tres convidados por fuerza, y desempeñan su cometido como quien sabe que no se encuentran *paellas* tras cada esquina. El segundo, en cuyo territorio se celebra el banquete, mientras el *paellero* suda y brega con su buena ó mala suerte, indica á la cuadrilla una higuera que hace sombra á la puerta de su barraca, y brinda á todos con terrones de azúcar, que no higos, poniéndolos á su disposicion con rústica franqueza. No se lo hacen repetir: de tropel se encaraman los mas lijeros, y empiezan á sacudir las ramas, para que caigan las maduras brevas, que se reciben en gorras, delantales y pañuelos. Pero es el caso que la sazon se halla algo atrasada, y los higos son hermanos mellizos de los de mármol ó alabastro, que

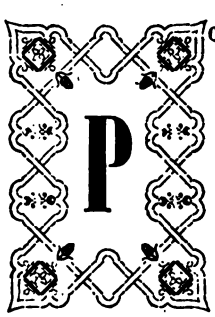
se ponen sobre los papeles en los escritorios y bufetes de curiales y literatos. Su gusto es un enigma, y el terron de azúcar un acto de fé; pues la realidad es un sabor de esparto ágrio, con un dejo de almendra amarga. No obstante, los convidados se dan un atracon, el cual, recayendo sobre los tientos preliminares dados á la bota, les quita el apetito, y el maligno labriego, cuyo desinterés y liberalidad chocan á primera vista, utiliza la inapetencia general para regalar á sí y á los suyos; porque la *paella* queda á mitad, el *paellero* desairado y renegando, y el mueble todavía decentemente provisto, toma el camino de la barraca para solaz y huelga de la familia hospitalaria, la cual *hace la razon* á su turno, á salud de los tan delicadamente engañados malandantes *paelleros*.

El referido episodio no es sino una variante del tipo, el cual en lo esencial queda ileso é íntegro, porque las reglas, y si así se pueden llamar, los estatutos que lo organizan, son observados con exactitud y respeto tal, que es de esperar sobrevivan aun largos años sin relajacion ni alteracion, á la ruina de los demás tipos valencianos.

Pascual Perez y Rodriguez.

LA PANOLLERA.

(Mazorquera.)



Por esclarecer el asunto voy á principiar con una cita latina.

—¡Hombre, para hablar de la panollera!

—Sí, lector querido, quiero darme importancia, quiero darla á ese sér humano que hoy cae bajo el dominio de mi pluma; ardo en deseos de que conozcas mi vasto talento (se entiende *vasto* con *v*, ¡no juguemos!) mi escesiva erudicion, mis estudios, mis buenas dotes y sobre todo mi modestia, que como puedes comprender, maldita la que tengo. Y en esto me aparto de las huellas de fray Modesto que nunca fué prior, porque el que no se alaba, de ruin se muere, ni medra en suerte y brillo el modesto y sencillo, ni se echa de ver á quien no se hace valer, viviendo en un mundo tan miserable que....

Esta palabra miserable, me recuerda que mi tipo es uno de los

que cooperan con mas eficacia á que el globo terráqueo se adorne con título semejante. Sin embargo, no tanto, que sentemos esta idea como principio general. Hay sus escepciones y esto me obliga á entrar en el terreno de los *distingos*.

La panollera, respecto á su condicion social, fluctúa entre la última grada de la clase media hasta muy cerca de la otra donde varios dias se imita al camaleon en sus manjares.

Esto supuesto, hé procurado investigar el orígen de mis patrocinadas desempolvando librajos, pasando escrupulosa revista á mi memoria y entregándome en brazos de la meditacion y.... nada. Ni recuerdo, ni hé podido topar con un autor que de ellas me tratára. Las panolleras, están, pues, sin historia, y yo voy á fijarla. Cábeme la satisfaccion de ser el primero que de su profesion se ocupa, y que si algun dia renacen los antiguos gremios y ellas forman el suyo, indudablemente iré pintado en sus banderas, como su único patron. (Hasta ahora no conozco que le tengan.)

Siento en este momento una comezon por darlas la antigüedad mas maravillosa. Siento no poder decir de Eva, que fue la primera panollera del mundo, como de Adan se dice el primer agricultor, el primer mayorazgo. Mis libros enmudecen y... ¡vive Dios! que rabio y pateo de ira. ¡Pobres panolleras mias! Segun mis cábalas, la profesion *panollerística* no sube del siglo XVI. En cambio debeis estar muy ufanas porque sois una de las mas grandes conquistas famélicas del siglo de oro, (si bien este metal ha sido muy ingrato con vosotras.)

Y no creo fundarme en una arbitrariedad cuando las doy su cuna en el mejor de los siglos de nuestra literatura, no. Só, no recuerdo por donde, que en el descubrimiento de la América se conoció el maiz y trasladada su semilla á España echó en ella prodigiosas raices, comunicándose por todo el mundo; pese al médico Fuctio que le creia salido de la Turquia y Valerio Codro de la Bactriana, pues que lo que ellos refieren no es otro que una especie de trigo, cuyo grano era mas pequeño que el nuestro.

Quede, pues, sentado que con las minas de América, se descubrieron *les panolles*, y que tomando de ellas su nombre *las panolleras*, esta profesion no puede ser anterior al siglo XVI, habiéndose conocido el nuevo mundo á fines del siglo XV.

—¿Pero, qué vienen á ser las panolleras? dirá el lector impaciente, cargado de tanta charla.

—Voy á decírtelo.—La panollera es un sér humano, cuyo tipo no es fácil designar, porque se ven de distintas formas y con diversas caricaturas. Las hay feas, horriblemente feas, guapas, bellísimas, lindas mozas; otras un sí es ó no es; pero habladoras todas hasta por los codos, chismosas como signo distintivo de familia, y arengadoras consumadas. Fijan sus reales, en las plazas, en las esquinas de las calles, como medida preventiva por si caen bombas; en los paseos, en las afueras de la capital, donde huelas diversiones, jácara, bullicio, en fin, donde les acomoda á otras no les acomoda en parte alguna, sin duda porque de puro viejas tienen malos asientos, y en el carruage de S. Francisco, contra viento y marea, transitan por las calles vociferando «*¿Quién quiere panojas?*» «*¡Calentitas y buenas!*» «*Acabaditas de salir!*»

Por lo que de relatar acabo, puede comprenderse que las hay estantes ó fijas, y movibles ó ambulantes. La *panollera ambulante* pertenece al género de lo malo lo peor, tiene cara de pocos amigos, es vieja huraña, regañona, las cortinas de sus ojos apenas dejan ver el azul, negro ó pardo de su pupila por impedimentos nada curiosos; huye de las sombras de la noche, como Eneas de Troya, y recorre las calles de dia, porque es amiga del sol. Su trage está en consonancia con sus maneras. Una tablilla donde coloca las dos mitades de una calabaza (obgeto tambien de su comercio) y un canasto donde lleva mazorcas tostadas al horno y membrillos idem, completan sus avios.

Al nombrar los membrillos se me ocurre que la panollera transeunte debe ser antiquísima, porque si bien en su origen no hubo de vender panochas, se dedicaria á la venta de membrillos, cono-

cidos por los romanos con el nombre de Malum Sydonium, porque vinieron de la ciudad de Sydonia, en la isla de Candia, segun refiere S. Isidoro. Nosotros les llamamos *codoñs* sin duda por el vello blando y blanco que los cubre á manera de algodon ó *coton*, como antiguamente se decia.

Moderno ó no el orígen del tipo que describo, lo cual me importa dos cominos, basta saber que es uno de los infinitos medios que se han inventado para ganar el sustento desde que el anatema de «*in sudori vultus tui vesceris panem*» cayó sobre la humana especie. Francamente lo digo; al ver que la desenvoltura de la lengua de mis patrocinadas no tiene pepita que la sugete cuando ellas dicen—allá voy—creo que veces mil habrán dehado en cara á nuestra madre Eva la célebre picardía que hizo comiéndose la manzana para hacernos trabajar á todos.

Pero volvamos al asunto y dirijámonos hácia la plaza del Mercado donde, como si el cielo reflejára en la tierra las luces de las estrellas, veo aquí y acullá diseminados farolillos, cada uno de los cuales me indica el aéreo despacho de una garbosa panollera. Admirad á la panollera fija, nata y flor de las de su oficio, jóven de gallardía, de rostro risueño y de picantes dichos. Observad la escasez de su anaquelería, de sus escaparates y demás utensilios, reducidos á una silla entera y otra que no lo es. La primera sirve de mostruario cubierto con una tohalla limpia y blanca como el ampo de la nieve, es así, porque las valencianas son curiosas hasta la exageracion. La otra silla sirve para el uso á que se le destina en sociedad. En un capazo, que no diré si es bueno ó malo, porque de todo haber suele; están las mercancías en su estado natural. Un hornillo ó dos, segun el capital y crédito de la vendedora, ponen á las infelices mazorcas en idéntico caso que á S. Lorenzo en su martirio. Una porcion de chiquillos de los que en todas partes abundan, se entretienen, abobados, mirando como el fuego vá ennegreciendo el hermoso dorado de las espigas del maiz. El mas atrevido de entre ellos se adelanta á revolverlas para que la accion

del fuego cunda por todas las fades, cuya osadía recompensan frecuentemente las panolleras, que tienen tambien las manos largas con un cachete mayúsculo, acompañado de alguna figura retórica, que no es para dicha ni contada. Otro granujilla en miniatura pide un granito: mientras otro que no pide zampa los que puede. Finalmente, la luz de un farolillo que puede servir de joya arqueológica se encarga de la iluminacion, aunque refunfuñando con el aceite.

Hasta aquí la parte escenográfica. En cuanto á la parte declamatoria hé atribuido á mi tipo dotes oratorias en grande escala y voy á presentar en cróquis uno de sus discursos.

El tema, por supuesto, es siempre el mismo, ni puede ser mas filantrópico. «Aliviar de carga el bolsillo del transeunte.»

—¡Calentitas! ¡y qué buenas! (*Exordio de su arenga.*)

—Cómprelas, señor, que dan gusto de verlas. (*Proposicion.*)

—¡Baratas y qué ricas! Son de las mejores. (*Confirmacion.*)

—Que las doy! (prévio pago por supuesto.)—No se vaya sin comprar. (*Peroracion animada.*)

Un individuo de los que echan humo se acerca á encender un un coracero en el fuego de los hornillos. Ya casi encendido, cortesmente la dice: «con permiso.» La panollera que le creia comprador, le contesta sonrojada:—¡Mira el lechuguino! Sin un cuarto en el bolsillo! Y vuelta otra vez á sus discursos.—¡Calentitas! ¿Quién las quiere?

Un prójimo convertido.—A ver las que te quedan.

—Todas buenas, señor. No es menester que las mire. Si están diciendo, comedme! ¿Al señor le gustan frias ó calientes? Esta es la mejor. La calentaré un poquito. Vendo tambien membrillos. Y á fé que son poco buenos. Un asistente que se ha empeñado en que soy guapa me compra una docena todas las noches. (Revolviendo la mazorca.) Me parece que conozco al señor. Es decir, de oidas: por Roseta la criada de Vd. ¡Ay señor, qué cariñosa chica cuando entró en su casa! No pasaba noche, si era en verano, que no me comprase mazorcas, y si en invierno, castañas. Porque yo vendo

castañas muy finas; y ¡no digo nada de las batatas!... El asistente que me hace *corrococos* se me jala todas las noches tres libras. ¡Si no fuera tan tragon!! ¡Es tan buen chico! Pues, como decia al señor, su criada se ha vuelto tan bribona que ya no viene aquí y charla que te charla ahora con la mugar de enfrente, que así haciendo la mosquita muerta.... ya, ya...., pero eso es cuento muy largo. Desde que Roseta se junta con ella raya en mania lo que le gusta la gente de guerra. A buen seguro que no irá á la fuente sin dar una mirada á la guardia del Principal. La otra noche platicaba mi asistente con un paisano suyo, que estaba allí de servicio, y Roseta, pasa que te pasa: hasta que no la dijeron: ¡cuerpo bueno! ¡resalaá! no paró. ¡Ah! la tengo una *tirria* desde entonces, que cuando la veo con el cántaro al brazo, yo y mi compañera la vendedora de la derecha (que es con la única que hago migas, porque es muy buena chica) le cantamos:

Aunque voy á la fuente
No voy por agua,
Que á ver voy á mi amante
Que está de guardia.

Señor, ¡se ha vuelto tan bribona! Ea, está ya lista *la panolla*. Mírome bien para que otra vez pueda reconocerme. ¡Que se acuerde de mí! Vaya, que se la coma con salud.

—Buenas noches, chiquita.

—Hasta otra vista, señor.

Y luego, incontinenti (a) repente
Mira á lo lejos, y si llega gente,
Aviva el fuego: póneso, ascada,
Y repite su aronga entusiasmada:

—¿Quién las quiere? Que quemán.

Un militar retirado, parroquiano suyo.

—Linda moza, las tres de ordenanza.

—Aquí las tengo guarduditas para Vd. Son de rechupete. Como

que las hé escondido debajo de la tohalla para que no las vieran. ¿Y la señora, tan guapa?

—Tan guapa. (Modo frecuente de alabar los maridos en sociedad á sus mitades caras.)

—Voy á calentarlas un poquito. Espérese un momento. Vamos qué hará. ¿Y los nenes, tan guapos?

—Como siempre. Ay paloma mia, que me estás haciendo un fuego graneado con esos ojuelos, que si enviudase....

—Cómo se burla el señor. (poniéndose muy hueca.)

—No digas eso. Siempre me han gustado las caras como la tuya. Cuando mi regimiento guarnecia á Figueras teniamos una cantinera en el batallon, que era tu propio retrato. Yo entonces desempeñaba la plaza de ranchero, que fue el primer escalon de mi carrera, y tanto me absorvió un dia su conversacion, que descuidé el rancho y dejé á mis camaradas tan guapos y tan frescos. Pero mi capitan que estas bromas no las tomaba frescas, encargó á dos individuos que me sacudieran el polvo de las espaldas; y tan lindamente lo hicieron que pienso me dejaron memoria eterna de la cantinera; sin embargo, no puedo quejarme de sus buenos sentimientos, porque logró de mis gefes que me sacudieran dos sargentos, y esto al fin y á la postre es siempre mucho mas honorífico.... Poco tiempo despues casó con un trompeta.... Ah, cuán tontita fué; si me espera, ahora seria capitana.... ¿Sabes, linda moza, que aun dejaria me dieran por tí los sendos palos de antaño? Pero ¡voto á mil bombas! Que me he entretenido demasiado guerrilleándote y tengo que batir retirada á paso ligero, que ya estarán mis nenes desesperados. ¡Y mi cónyugue! ¡Ah, la arpía de mi cónyugue!... Con que hasta la vista.... remonona.

—Já, já, has visto, chica. (A la del lado, para que la oigan todas.) Loco rematado por mí. ¡Qué esto no valdrá nada!

. . . . . .

Hé presentado hasta ahora á la panellera chismosa, irascible, presumida, mordaz, incitadora al cónyuge masculino y al trabajo

de las mandíbulas, y finalmente, como imán que atrae el modesto capital de la gente menuda con sus chucherías y su charla.

Si aquí hiciera punto cumpliria pésimamente con mis patrocinadas, no disculpandolas de estos epitetos que en ellas no pueden constituir defectos. Presentadme sino una panolera que no guarde los secretos de sus parroquianos, inespugnable á la conversacion, que no tenga mas sal que la del bautismo, poco desenvuelta y semblante taciturno, y puede estar seguro de que su ganancia no la tomaré en arriendo.

Pero, ¡pardiez, que me olvidaba de lo mejor! ¿Cómo creereis, lectores, que Cupido asesta sus tiros mas certeros en los despachos de las *panolleras*? ¡Ah! Si el maestro del amor, Ovidio, escribiera en nuestro siglo y en mi patria, su libertino «Arte de amar» no crea que olvidára las tiendecitas ambulantes de mis patrocinadas. Si quereis convenceros de mi asercion, llegaos á orillas del Mediterráneo en sus frescas noches de estío, cuando las brisas del mar convidan á mis paisanos á trasladarse al Cabañal, pintoresca y blanquecina poblacion, recuerdo de los aduares moriscos, animada en aquella época del año por la sociedad valenciana que huye de la opresion en que la tienen sus murallas y busca su libertad con la libertad de los vientos. En aquellas plácidas noches en que el alma se estasía fija contemplando la ondulacion continua y la inmensidad de ese mar, al que, como dijo Lope de Vega, «la blanda arena pone frenos» vereis en la playa reuniones juguetonas, danzando y corriendo é hincando diente á algun fresco manjar. Pues, bien, entre esas figuras vereis la de la panollera, rodeada de grupos juveniles, atormentada por la urgencia de la demanda; pero afable, atenta, cariñosa y con los ojos mas listos que cazador tras el ave. Hazle un guiño, y comprenderá al instante que hay una hermosura, reina de tu corazon, á quien debe contestar: «está pagado.» Ella te dará tambien noticia exacta de la morada en que vive la sirena que te cautivó, y del momento en que con algunas amiguitas la niña se separa de la sombra de su mamá y tienes sobrada ocasion para ha-

blarla, al poético fulgor de la luna y de las estrellas y á la vista de un mar plateado que se pierde en lontananza.

¿Puede hacer mas la panollera que acomodarse á todas las circunstancias de la vida, apareciendo en el Cabañal atenta, porque sus parroquianos lo son, presentándose en la plaza pública de la ciudad, chumbona como la gente que la rodea, cooperando al séptimo Sacramento siquier le valga alguna propina, y finalmente, proporcionando á nuestro hambriento estómago su decente manjar que á ser otro no comeríamos por las calles? Puede hacer mas....

—Oiga Vd. (el lector) ¿y el latin del principio y la vasta erudicion y toda aquella modesta incensada con que por via de preámbulo Vd. se engalanó?

—¡Es verdad! ¡Cáspita!

—Lo habrá Vd. dejado en el tintero?

—Tiene Vd. razon; allí estará, y á buscarlo me dirijo.

. . . . . pero.... ¡rara casualidad!
Se me ha ocurrido una idea
Y voy á espresarla en verso.

UN CHISGARABIS.—A fé que el de Vd. es per-verso.
—Está muy bien, que lo sea.
Para que Vd. no me lea
No encuentro cosa mejor.
Allá va, pues,

AL LECTOR.

Que de linda *panollera*
El dictado adquirir quiera
De generoso señor.

Dile que adoras su hermosura, ciego,
Que el corazon al verla se te escalda,
Porque de amor sus ojos brotan fuego:
Pídele tres *panochas* desde luego
Y le echas cuatro cuartos en la falda.

Filiberto Abelardo Diaz.

EL PILLET DEL MERCAT.

Si el hombre rígido, ó cuando menos el curioso lector, se empeña en que este tipo no reune las condiciones indispensables para caracterizarle, y por tanto afiliarle en la nomenclatura de los tipos Valencianos, no seré yo á fe mia quien trate de llevarles la contra insistiendo en que sea como otros esclusivo de este suelo, donde á la vez que perfecciones, abundan lunares que muy bien pueden pasar plaza de raros: lo que sí diré, lo que es una verdad inconcusa es, que el *Pillet del Mercat* fué célebre en tiempos pasados en esta ciudad del Cid; aquel ser, que gracias á la perspicacia de los tiempos presentes no ha podido mo-

nos de ser clasificado escrupulosamente, dando por resultado un producto de hombre sin otra cualidad distintiva.

¿Y qué tiene de particular que el producto de este ser diese por resultado un hombre? ¡Vaya si lo tiene!

Antiguamente se creia que el *Pillet del Mercat* era animal anfibio, puesto que si las circunstancias le apremiaban, se zambullia en el agua, y resistia mas que un buzo, por lo que se creia que respiraba por medio de agallas. Se le tomaba otras veces por ave de rapiña, porque á semejanza de estas se dejaba caer sobre su presa desde lo alto, volviéndose á lo alto cargado con su presa.

Se le atribuia la cualidad de reptil al verle arrastrándose por debajo de las mesas del *Trench*, (teatro de sus hazañas) y cual otro lagarto sus miembros de locomocion ejecutaban la reptacion á las mil maravillas.

Era un simil del cuadrúpedo porque lo mismo que los gatos se asia á las paredes lisas, y se escapaba á vista del estúpido auditorio.

Esta cualidad gatuna era proverbial y de grande efecto para el *Pillet del Mercat.*

Hé aqui probado, pues, que no dejaria de causar admiracion á los que tales cualidades le atribuian á nuestro tipo el ver que despues de analizadas la parte estática y dinámica del mismo, diese por resultado un producto de hombre y nada mas.

Pero en conciencia debemos confesar que si retrocediéramos a aquellos benditos tiempos, tal vez nosotros mismos no estariamos libres de atribuirle cuando menos una superioridad sobre los demás seres de su semejanza, por su asombrosa movilidad, triple accion é indecible sagacidad.

Como valencianos nos complacemos en consignar que este tipo ha desaparecido de la escala social valentina, puesto que el que le ha sustituido es tan igual en Madrid, Sevilla, y demás capitales, como lo es en nuestra Valencia, y decimos que nos place el que haya desaparecido esta planta indígena de nuestro suelo, (*el Pillet del*

Mercat) porque sus blasones honran poco, (nos parece) y ningun brillo dan á nuestras glorias.

Además la mision en el mundo de este tipo particular es tan innecesaria á la sociedad como precisa para él.

¡Ojala fueran á descansar en eterna paz los nuevos caballeros de industria, que son á no dudar los descendientes de aquellos descamisados, en donde para poderles ver retratados exactamente, no hay mas que leer el tan célebre romance de *Nélo el Tripero*, que dice lo necesario para hacerse cargo de lo que era este ser, que insiguiendo la nomenclatura de los animales de distinta especie, con quienes tenia afinidad, debemos añadir que se parecia al insecto por la gran cosecha que de ellos habia particularmente en el mercado.

En otros tipos de los que hemos descrito, hemos consignado lo poderosa que es la accion del tiempo para modificar é innovar las cosas. Al tratar, pues, del *Pillet del Mercat*, debemos confesar ingénuamente que al tiempo solo es debido el que haya desaparecido este *gafaut* en grado superlativo. La autoridad, la policia en nada han contribuido para esterminar á este *hombre-can*, (otra afinidad) pues su guarida la compartian entre los garrapas y los perros, todos yacian juntos, dormian como buenos hermanos, se lamian los hocicos respectivamente, y en una palabra, hacian vida comun.

Para la manutencion de tan famélica prole todos contribuíamos.

Estos representaban los consumos de la actualidad.

Sin embargo, si alguien tiene que felicitarse en mayor escala son las revendedoras del mercado, las labradoras, y hasta los mismos comerciantes de las especierías que ocupan las casas de la gran plaza del Mercado de Valencia, que por ser la mas hermosa y abundante era tambien la mas plagada, puesto que además del sinúmero de enemigos naturales que conspiran contra los vendedores, contaban á los trescientos pilletes que sin temor á ser des-

mentidos, representaban una plaga sui generis, porque era de carácter distinto á las conocidas.

Hoy dia, uno de los arbitrios municipales es el de hacer pagar dos cuartos á cada espendedor de legumbres ú otra mercancía que que tome puesto en el mercado. Pues bien, esta contribucion no es nueva en Valencia. Antiguamente, y cuando la raza semi-canina, semi-gatuna, *antropo-ave*, *antropo-reptil*, *y antropo-anfibio*, funcionaba en toda su pujanza, se pagaban tambien los dos cuartos por puesto, no para la municipalidad, si no para mantener á la dicha cáfila de lagartijas, que para mayor desgracia de nuestros pasados, los vivientes en aquel entonces, estaban disciplinados.

¡Disciplinados los pillos!

Si señor, disciplinados.

Yo convengo en que cualquiera creerá ser mas fácil disciplinar ú organizar una seccion de locos furibundos; pero lo cierto, lo indudable es que aquella semilla ungüiculada, estaba y muy bien disciplinada.

El *Pillet del Mercat* obedecia á sus gefes, hasta sin necesidad de órden verbal; cual otros nautas, practicaban sus maniobras al sonido de un pito ó silvato; pero con tal exactitud, con tanto aplomo, que era preciso verlo para creerlo, y guay del que faltara á su puesto, quedaba relegado y escluido de la hermandad del gafaut, y hasta los perros le mordian si se acercaba.

Ellos tenian su cuartel general cerca del hospicio de la Misericordia, las tiendas de campaña las representaban las mesas empotradas en la calle del Trench y otros puntos. Tenian sus horas de egercicio é instruccion.

El gefe mandaba salir de la homogénea fila dos números seis pasos al frente y le entregaba un pañuelo á uno de ellos que se lo metia en la faldriquera y principiaba á andar; al otro le mandaba que se lo quitara sin que aquel se apercibiese: en tal estado el gefe que iba armada de una *berga de bou* le preguntaba al primero ¿Sens? No contestaba aquel ¿Sens? volvia á replicar el gefe, y si

por casualidad contestaba que sí, esto es, que sí que sentia como el segundo se lo quitaba, descargaba tal vergazo sobre este, que le hacia tan sutil y refinado para en lo sucesivo, que así se esplicaba el que le quitasen al prógimo de la boca lo que querian.

Cuéntase por personas que pueden saberlo, que cierto comisario de policía, sabedor de que existian mas de trescientos garrapas y que todos dormian en el mercado y que á pesar de su vijilancia escrupulosa y empeñada, no podia dar con ninguno de ellos, se personó con el gefe y le dijo «que si le presentaba á aquella gente, no les haria nada, y aun le daria á él para beber, pues no trataba mas que de convencerse de que estaban allí, apesar de no poder encontrar á ninguno por mas que los habia buscado: empeñada dicha palabra el gefe de la granujería hizo sonar un silvato y de repente y como si fueran sombras se presentó aquel obediente ejército con gran asombro del comisario: éste dijo al gefe que fueran con él á cierta tienda donde les daria de beber á todos. Principiaron á caminar y cuando el gefe conoció que por el camino que se les conducía, se iba derechito á la torre de Serranos, con voz sonora dijo «*chiquets cada ú se avente per aon puga* y en un abrir y cerrar de ojos se quedó el comisario solo con sus guardias.

A ser ciertos los antecedentes que tenemos, la casa de campo que está situada en las afueras de esta capital, al fin del puente del Real, en una posesion del Real patrimonio, conocida por la «*montañeta de Elio*» fué construida con los fondos recaudados para la manutencion de los pillos.

Termino pues mi tarea, holgándome de que Valencia esté exenta de tal plaga, y de hoy mas podamos decir que el pillo ha desaparecido en la forma que le conocieron nuestros antepasados, si bien en el fondo pagamos la patente á esta granujeria que llaman pillo ó caballero de industria que es el encargado de vivir á costa del que se descuida; por lo demás tan pillo es el que se dedica en Valencia al *gafaut* como los del resto del globo.

José Vicente Nebot.

EL ARISTÓCRATA VALENCIANO.

PARA poder describir con acierto este tipo particular, este individuo privilegiado de la raza humana, cuyo ayer es un misterio incomprensible, y cuyo mañana patentiza en bastantes ocasiones uno de los cuentos deslumbradores y poéticos de las mil y una noches, preciso es armarse de una decidida fuerza de voluntad, á la par que de otras cualidades no menos importantes, y bajo este supuesto, sin carecer de la primera y fiando acaso por una especie de amor propio comun en todo hombre respecto á sí mismo en la posesion de las segundas, vamos á dar prin-

cipio á la obra desde luego, y veremos si con las ideas que nuestra pobre imaginacion nos sujiera, y los pensamientos que relativamente al objeto nuestra pluma traslade al papel, logramos trazar á nuestros amables lectores una pintura fiel y exacta del aristócrata valenciano.

Hay una clase en la sociedad de todos los paises conocidos, que así que ese ente fantástico, que llamamos fortuna, llega á otorgarles algunas dedadas de miel, consiguen á manera de magia en poco tiempo una suerte disparatada, merced á cuya trasformacion logran igualmente colocarse á una altura notable en el mundo, y por consecuencia son considerados de él de una manera estraordinaria, poniendo de relieve aquel refran de que *oros son triunfos.* He aquí, pues, el orígen de nuestro protagonista, porque éste debe su existencia á dos séres pertenecientes á la clase de que hablamos, ó lo que es igual, á Pedro Margarit (entonces) hoy uno de los hombres mas populares de la Capital situada á las márgenes del Turia, y que ha desempeñado por dos veces el cargo de representante del país en el congreso de Diputados, en una palabra, individuo en la actualidad de tanta importancia para la Capital referida, y de tanto viso en ella como Marianeta, (antes) hoy la señora Doña María Gutierrez de Margarit (su muger) que especie de personificacion de todos los caprichos de la loca, cual suelen denominar á la moda, y que nosotros definimos fuente manantial de las polémicas y trapisondas conyugales, que por dicho motivo es la piedra de toque y base de todas las conversaciones de las bonitas y las feas, y la admiracion de ese género feliz de hombres, cuyos quebraderos de cabeza están reducidos á saber si el sombrero debe llevarse hongo, si el chaleco debe tener este año éste ó el otro corte, si el frac ó levita debe ser á la francesa ó á la inglesa, y otras cosas por el estilo, propiedad esclusiva de toda gente imbécil, y que vive y triunfa en el mundo porque el diablo lo quiere así, sin duda con una idea ulterior.

Una vez que estamos al corriente de las particularidades princi-

pales acerca del nacimiento de nuestro ente, al que sus padres jamás han querido revelar el secreto de la humilde cuna en que vino al mundo, ni del orígen de su brillante cambio social, que no fué otro, (nos referimos al tiempo de su oscuridad) que una reducida tienda con algunos sacos de legumbres, y un mezquino acopio de otros artículos, razon mas para no comprender un progreso tan asombroso, aun cuando hoy dia tanto abundan este género de milagros en nuestra sufrida y resignada España. Una vez, repetimos, puestos al alcance de las circunstancias anexas á la entrada en el mundo de nuestro personage, el cual recibió en la pila bautismal el nombre de Federico, justo será que dejemos trascurrir quince años, periodo suficiente para que el niño se crie robusto en una casa de campo que el padre de la criatura posee hace tiempo en la antigua Dianian, (hoy Denia) y durante el cual consigue la familia su propósito, concibiendo respecto á su ídolo las mas doradas y bellas ilusiones, y vislumbrando en él un genio para el porvenir.

Llega, pues, el vástago á la edad que hemos insinuado, y nuestro respetable D. Pedro Margarit tiene una especie de consejo con su esposa Doña Mariana. Se trata entre ambos de la conveniencia de instruir á Federico en los primeros rudimentos, de darle educacion: se reflexiona respecto del colegio que deberá elegirse para el heredero. El padre, de buena fe, y con la idea de dar mas importancia á la familia, aconseja uno de los colegios establecidos en la córte, ó cualquiera de los de Francia. La mamá que, no obstante de pesar siete arrobas castellanas la echa de sensible y de padecer horribles ataques de nervios no se conforma con tener á su hijo á tanta distancia. El ex-diputado no ve mas que por los ojos de su abultada compañera, y consiente á propuesta de ésta en que el niño ingrese en el colegio mas acreditado de la digna Ciudad del Cid.

Un mes despues, Federico tiene entrada en el de los Escolapios de Valencia acompañado de su Papá y de su Mamá, la cual deja correr de sus ojos un rio de lágrimas, de una abuelita que á juzgar por los años que cuenta, debió presenciar la entrada del intrépido

D. Jaime en la capital de los dos antiguos reinos, de una tia y otras personas, que segun sus exageradas manifestaciones sentimentales, mas parece que van á dejar en la última morada á Federico, que bajo el cuidado y direccion de esos sabios clérigos á quienes somos deudores de tantos oradores célebres, tantos famosos escritores, y tantos eminentes talentos y admirables notabilidades; y Federico pierde de vista á su familia inmediatamente hasta que las fiestas ó vacaciones de reglamento le permitan volver á verla.

Aqui principia á ser mas interesante la descripcion de nuestro individuo, y aquí empieza tambien el asunto á ser de mas fácil direccion para nosotros. Federico, durante los primeros dias se encuentra en el colegio en idéntica situacion que el infortunado pajarillo al verse prisionero en una jaula, despues de haber tenido todos los campos por suyos. El pájaro, reducido á semejante esclavitud, salta de una á otra caña atolondradamente, se arranca sus pintadas plumas lleno de desesperacion con su agudo pico, en fin se hiere repetidas veces la linda cabeza tropezando al dar tan violentísimos movimientos con el dorado cielo de su estrecha cárcel.

Federico, al verse en la reducida celda ó aposento del colegio, sin otra compañía que sus libros, ni mas distraccion que una oscura sala que le ofrece á su vista la ventana que tiene su departamento, suspira y llora unos ratos, y se desespera otros, recordando el soto contiguo á la casa de campo de sus padres, y así como el pajarillo, segun anteriormente hemos referido, se arranca su pintada pluma al verse cautivo, Federico unas veces medita una escapatoria del colegio, otras un brinco á la calle por la ventana, y reconociendo por último la dificultad que se ofrece á la realizacion de sus pensamientos, tira su tintero de cristal al tejado inmediato, rasga sus papeles y rompe sus libros, tendiéndose seguidamente sobre su cama con la idea de dormirse, lo cual logra hasta que el encargado del colegio entra en la habitacion, le despierta, se entera de lo sucedido, lo conduce al preceptor á quien corresponde, y éste le castiga de la manera mas conveniente despues de recon-

venirle del modo mas oportuno. Federico sufre el castigo, porque no le queda otro recurso, pero se declara enemigo del estudio, y un dia y otro, un mes y otro mes, un año y otro año trascurren idénticamente; para él no sirven las reconvenciones ni castigos, dando á conocer estas cualidades á los Escolapios la índole del chico, y poniéndoles en la precision muchas veces de manifestar á D. Pedro y Doña Mariana las circunstancias de su retoño, hasta que no habiendo aprendido el colegial durante su dilatada estancia en el colegio, á pesar de los afanes de sus maestros, mas que á escribir mal, contar peor y dibujar pésimamente, por decoro del establecimiento ruegan á sus padres la salida de este ya insolente pollo; la cual se verifica en cuanto llega á noticia de Doña Mariana, que fuera de si esclama: «Mejor, mi hijo es rico, y no necesita estudiar ni que le molesten. Manda, pues, Pedro por él, y que me le traigan.»

Al dia siguiente vuelve Federico á su casa, y en lugar de recibirle en ella de la manera que es acreedor un holgazan, un hombre que se propone vivir en el mundo sin ser útil en nada á la sociedad, es celebrada su llegada como la de un héroe que torna al suyo desde un pais estrangero lleno de trofeos debidos al valor y á la victoria. A D. Pedro Margarit se le cae la baba de gusto, como vulgarmente se dice, al ver á su hijo que ya cuenta unos diez y ocho años hecho un gallardo *mozo*, se entusiasma llevado de su cariño paternal mirando á su cara mitad y ambos movidos como por resorte dicen á su pimpollo. «Ya estás en tu casa. Ya no sufrirás mas, tu no necesitas aprender nada, hijo mio, nada absolutamente, porque eres rico, y no estamos en época de encontrar otro Salomon que deje el dinero por la sabiduría» Por resultado de tan singular manifestacion con la cual Federico está del todo conforme, el mimado jóven a la vuelta de algunos meses verifica un viage á la Córte en compañía de un amigo, mediante el consentimiento y aprobacion de D. Pedro.

Jamás el amigo le habla, ni aun por incidencia de ciencias ni de

artes, nunca le ocupa la atencion con cosas útiles, de aquellas que proporcionan importantes conocimientos, pero en cámbio hace que aprenda a montar á caballo, tirar la pistola y el florete, hablar de todo sin conocer de nada, á ser atrevido sin causa ni razon, y mil necedades y vicios con los que el hombre se cree autorizado para realizar cuanto se le antoja y cuanto se le pone en su magin.

Los gastos que ocasiona á D. Pedro ninguna reconvencion obtienen, porque todo lo que su hijo egecuta le cae en gracia, todo le parece bien, haciéndole formar la idea de que Federico tiene talento, y una admirable disposicion á pesar del concepto que mereciera á los Escolapios. Federico á los ocho meses de permanencia en la coronada villa, se muestra cansado de repente de su residencia en la misma. Resuelve, pues, su vuelta á la ciudad en que nació. Nada avisa á su familia porque no lo considera de buen tono, llegando á los dos dias á su casa á las dos de la madrugada.

El papá y la mamá del angelito se enteran de la novedad, se precipitan al encuentro del recien llegado, el uno en calzoncillos y la otra en paños menores. Las escenas consiguientes á este acontecimiento las calculará cualquiera. Al otro dia el buen Margarit se ocupa con su muger de la cuestion de señalamiento de fondos para gastos de Federico.—Es necesario que gaste y luzca como el primero de los títulos de Valencia, dice el papá—¡No! responde la que llevó en su vientre aquel *tesoro* en cuestion.—Es preciso que gaste más por tu decoro y el mio, y por el de toda la familia.—Tambien es verdad contesta el capitalista, para quien cuanto su muger pronuncia es un oráculo. Por fin se asigna al mozo una cantidad crecida para sus despilfarros; en cámbio aquellos seres á los cuales el orgullo incita á obrar del modo que estamos observando, se muestran sordos continuamente á las súplicas de los desvalidos, y no contribuyen con la cantidad mas insignificante ni con ausilio de ningun género á los establecimientos de beneficencia.

Federico, enterado por sus padres de la determinacion que han tomado, lo oye con suma indiferencia, porque para él aquello es una

obligacion. Inmediatamente calcula su plan, y se decide por observar en Valencia igual sistema de vida que en la Córte.

Bajo este supuesto vamos á referir estensamente la manera como deja correr las veinte y cuatro horas del dia sin trabas de ninguna especie por parte de su familia.

Cuando el brillante astro del dia necesita ya pocos instantes para llegar á la mitad de su carrera, el aristócrata abre los ojos á la luz, y tirando del cordon de seda que se deja ver cerca de su elegante y mullida cama hace que entre en su gabinete un criado que al momento le ayuda á vestirse en trage de casa y le manda retirar sin que en este rato haya pronunciado nuestro hombre palabra alguna. Este, acto continuo se sienta en una butaca próxima á una mesa sobre la que se dejan ver unos periódicos.—No tengo ganas de leer tonterias, dice, arrojando contra los periodistas una andanada de necios insultos. Seguidamente coge la petaca, saca un habano, lo enciende y comienza á censurar *sotto voce* al gobierno ó á los fabricantes de cigarros de nuestras hermosas Antillas por el mal tabaco conque se permite elaborarlos. Almuerza á breve rato espléndidamente en union y compañía de los que le dieron el ser, sin contestar á las preguntas de estos sino monosilabamente, y á eso de las dos ordena que le preparen uno de sus caballos. Se viste, monta en él y pasando por las calles principales se dirige á la Alameda vieja á dar un paseo precisamente en la hora que nadie se deja ver por aquel sitio, pues nuestro héroe se ha declarado enemigo de la gente en los dias en que se despierta de mal humor, y aquel en que nos ocupamos es uno de ellos.

Vuelve de su paseo, y entrega con la mayor indiferencia y fatuidad su alazan á un criado, entra en su casa, se pone una rica bata, y al breve rato le entregan el correo, eligiendo algunas cartas escritas en papel rosa ó azul y que son de la misma ciudad. ó del interior; las lee sonriéndose maliciosamente, tira de la campanilla y dice al criado que se presenta.—Ve á casa de la Marquesa de T. y dila que iré á la hora que desea.

Nuestras lectores querrán saber quien es este nuevo personage, y dispuestos á complacerlos en cuanto sea dable con nuestro pensamiento, consignaremos únicamente que la Marquesa T., es una de esas mugeres *llenas de virtudes*, que ha conseguido apoderarse enteramente de nuestro pretendido duque, y que por lo tanto se divierte con él como un niño con un juguete. Ya es hora de comer y durante el acto entabla algun diálogo que otro, con los papás quienes le oyen con la boca abierta. Sale luego de casa y se encamina hácia la calle de Zaragoza, donde encuentra varios amigos, toma parte en la conversacion, y siempre que pide la palabra es para herir á la pobre muger de quien se hable en lo mas sagrado, ó para ridiculizar á sus semejantes. Disuelta la reunion cita para el Teatro á un digno compañero y se dirige á casa de su Marquesa.

La Marquesa le recibe como acostumbran hacerlo con un hombre rico todas esas ninfas sin fortuna, y de reputacion dudosa. Empieza ella por decirle que es preciso poner término á la situacion en que la tiene colocada el cariño que le profesa, pronuncia la terrible sentencia de «ya es tiempo de que acabemos con las murmuraciones, y de que me cumplais vuestra palabra; Federico! porque....

Federico, creyendo simplemente en lo que dice, la ofrece satisfacer sus deseos para mas adelante, porque piensa que en conciencia así debe portarse el prototipo de la caballerosidad y la elegancia. Algo mas tarde la Marquesa y Federico se dirigen á un palco del teatro Principal y como es natural las gentes que los conocen se sonrien con picardia al advertirlos.

Empieza la representacion al mismo tiempo que entra en el palco el amigo favorito con quien hizo su viage á Madrid. Federico escepto los ratos que la Marquesa le habla se duerme, criticando la ejecucion de la obra, pero se despierta en cuanto se deja sentir el ruido de las castañuelas, y fija los gemelos en una de las prosélitas de Terpsicore, cosa que notada por la Marquesa la causa muy mal efecto, y produce una tempestad mas tarde. Acabada la representacion salen los tres personajes del palco y al bajar la escalera oiaron

con un caballero por un ligero pisoton que involuntariamente le hán dado. Saca nuestro hombre su cartera coje una tarjeta y la pone en manos de aquel despues de algunas contestaciones.—Corriente, á las 11 estaré allí, caballero.—Ruego á V. no se haga esperar.

Su amigo elogia la resolucion: la Marquesa que há comprendido se trataba de un lance, prorrumpe en lloros, y le dice.—No irás, te lo prohibo.—Tú quieres mi muerte? El consigue calmarla, mas como todo esto pasa interin la tartana conduce á todos hasta la casa de la Marquesa, esta al entrar en ella le arranca una solemne promesa de no recibir al ofendido. Federico se dirige con su amigo al Casino en el que poca ó ninguna gente encuentra, pero entabla la siguiente conversacion con uno de los socios.

¿Ha estado V. esta noche en el teatro? Si acabo de salir de el, responde aquel. Todos insoportables en el drama no es asi caballero? —Hombre no me ha parecido á mi como V. dice.—Vaya si no han podido estar peor en el drama, en la zarzuela ya es otra cosa.— Precisamente yo opino que en cuanto al cantar lo han hecho atrozmente.=Variando de conversacion, ¿que se dice de política? Amigo, la cuestion de los presupuestos se está debatiendo reñidamente en el Congreso, el gobierno há aumentado los gastos y esto no puede sufrirse ya por los pueblos.—Eso es otra equivocacion, contesta nuestro héroe, la España puede pagar mas de lo que paga y el gobierno está en su lugar. Si V. se empeña.... Tratando de otra cosa: ¿sabe V. que los franceses se han apoderado de Sebastopol?—No lo creo. La Rusia es la nacion mas grande de Europa y en todo consentirá menos en verse humillada por una nacion como la Francia. —Vaya con permiso de V. me retiro, dice el otro por huir de nuestro ente, y se marcha sin merecer contestacion.

Los dos camaradas salen del casino y se encaminan á una casa de juego en la que entran un cuarto de hora despues. Un caballo deja á Federico sin blanca, un rey y una sota empeñado. Esta operacion tiene lugar muchas noches, y Federico contrae deudas que paga en un principio, y luego queda en descubierto por evitar que

de Valencia, acostumbra pasear diariamente del brazo de una señora de cuarenta años, vestida si no con elegancia con gusto, nuestro héroe acude ahora de tarde en tarde á los espectáculos públicos y en todas partes se le observa triste y cabizbajo. La señora es la marquesa T. á la cual rindió su mano guiado solo de la idea de no realizar un casamiento vulgar, dando asi el último paso que le restaba para colmo de sus desaciertos y locuras.

Concluyamos aconsejando á los padres de familia no descuiden la educacion de sus hijos guiados de un mal entendido orgullo fundado en los bienes de fortuna ú otra causa cualesquiera. Sin educacion el hombre ó la muger es una planta exótica, un estorbo en la sociedad.

Hemos terminado nuestra tarea. Réstanos tan solo añadir, y con objeto de que nuestras frases no se juzguen apasionadas, que el tipo que acabamos de describir no es esclusivamente valenciano.

Se encuentra en Valencia, es verdad, pero del mismo modo lo hallaremos en otro cualquier punto del globo.

Los vicios que en él hemos censurado no tienen su orígen en la nacionalidad, se hallan en el organismo del individuo y reconocen por causa la falta de buenos instintos y mejor educacion.

Nuestro tipo no pertenece a un solo y determinado pais: está desparramado por la sociedad é infiltrado en sus arterias: por lo tanto diremos con Iriarte:

A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan
Quien haga aplicaciones
Con su pan se lo como.

N. del Villar.

LA VALENCIANA.

Si el famoso novelista Alejandro Dumas al hacer su no menos famoso *viaje* por España hubiese tomado su pasaje en uno de los vapores de la compañia Arnaud Tonache, que hacen escala en la ciudad de las flores, y aunque solo fuera de corrida hubiese dado un paseo por el partido de Santo Tomás, por Pinedo ó por cualquier otra punto de la huerta de Valencia, seguramente el antiguo pendolista protegido de Foy, hubiese recibido impresiones mas gratas que las que consignó en el relato de su escursion. Pero el para-rayos de Maquet, á fuer de hombre escepcional, no quiso seguir las huellas de los que vienen á hacer un viaje de recreo, por lo que algunos

compatriotas suyos han dado en llamar con mas poesía que exactitud, *antesala del Africa.*

Sin embargo, si las encantadoras márgenes del pintoresco Turia no tuvieron la dicha de recibir á tan alto y asendereado huesped, pueden consolarse recordando que otros, sino tan famosos al menos mas justos, las han recorrido diferentes veces, y han sabido hacer justicia á las bellezas que encierra la tan celebrada huerta de Valencia. Aunque por otra parte es preferible que el autor de raza cruzada, como dice uno de sus biógrafos, no haya recorrido nuestra vega si habia de disparatar hablando de ella como lo hizo al hablar de Andalucía, lo que es fácil suponer en viageros que solo han visto el pais de que se ocupan desde la cubierta del buque en que navegan ó desde la ventanilla del coche que los arrastra, como tal vez sucediera al escritor de Villiers-Coterets. Pero vengamos á nuestro asunto.

Cuantos se han ocupado de la muger que sirve de epígrafe á este artículo, reconocen á una voz, que la *valenciana* reune en sí la belleza, las buenas formas y la frescura de los tipos árabe, griego é italiano. Y en efecto, para convencerse de esta verdad no hay mas que fijar la atencion en nuestra heroina y se verá la prueba.

La *valenciana* es regularmente de mediana estatura, aunque abundan no pocas de talla alta; las cabelleras rubias y castañas son las que se ven en mayor número; la frente ancha y espaciosa; el color de las megillas blanco y sonrosado, aunque un tanto sombreado por los rigores del sol; y el talle esbelto y gracioso como el de las odaliscas que seis siglos atrás acariciaban las suaves brisas del Guadalaviar y llenaban de celos á las virgíneas flores que convierten en eterna primavera las frondosas orillas del Mediterráneo en donde jugueteaba la descreida ninfa que mas tarde inmortalizó Gil Polo. Tal es, aunque en globo, el retrato de la hermosa mitad de los pobladores de la vega de Valencia, ó por mejor decir, tales son sus rasgos mas generales, porque á entrar en minuciosos detalles habríamos de mencionar algunas cabelleras negras como el azaba-

che y cuya longitud puede competir ventajosamente con las renombradas de Jijona; tendríamos que hablar de algunos ojos que dan envidia al sol, de cejas pobladas y arqueadas, de turgentes pechos, de cinturas dignas de las silfides vaporosas, y de otras y otras bellezas que seria prolijo enumerar y que pocos de nuestros lectores desconocerán.

El traje que actualmente usa nuestra heroina, difiere muy poco del que se vé en la ciudadana, pero el clásico, el que ha dado tanta celebridad á la *valenciana* y del que van quedando raros egemplares que solo se ven en las grandes solemnidades, es tan rico como gracioso, tan pintoresco como el de las napolitanas. Compónese de un zagalejo de riquísima tela de seda, ordinariamente de brocado de fondo blanco sembrado de flores; jubon *(chipó)* de raso negro; pañuelo corto y delantal de muselina ó tul bordado de oro y lentejuelas; media blanca y zapato escotado con lazo; el cabello echado hácia atras y formando rodete sostenido por una aguja y dos picadores *(rasca-moños)* precedidos de una peineta alta en forma de mitra de plata sobredorada, con grabados y relieves; pendientes largos de tres colgantes de perlas, llamados barquillos; un collar de varias rastras de perlas finas ó cadena de oro con una cruz ó medallon de lo mismo sembrado de perlas ó mas bien de esmeraldas pendientes del cuello, y un pañuelo bordado en la mano. Tal es el traje de calle. Para ir á la iglesia se usa el mismo con la diferencia de que se le añade una mantilla negra de seda, bastante corta de modo que á causa de la altura de la peineta no baja de la mitad de la espalda.

Comprenderá fácilmente el lector que el traje que acabamos de describir es el de rigurosa gala ó de etiqueta, pues comunmente el ordinario está desprovisto de todos los adornos de oro, plata, perlas y esmeraldas, y además de estar completamente abolida la peineta en la actualidad, el traje de gala solo se usa en los dias de fiesta, en las solemnidades y en otras pocas ocasiones, como tendremos motivo de señalar mas adelante en este artículo descriptivo.

La *valenciana*, hasta que se encuentra en edad de llamar la atencion de los jóvenes y por consiguiente de tomar estado, ofrece pocos rasgos estraordinarios; pues ordinariamente ayuda á su madre en las faenas de la casa, sirve de niñera, toma parte en algunos trabajos agrícolas, como en la recoleccion de las legumbres, verduras y demás, y al mismo tiempo va aprendiendo algunas labores propias de su sexo. Pero llegado el caso de tomar una parte interesante y activa en la sociedad, comienza para ella una vida enteramente nueva, ábrese á su vista un horizonte mas dilatado y la incauta fadrina (doncella) ya reclama cuidados mayores de la familia y necesita estar mas puesta sobre sí. Mientras su presencia pasa desapercibida para los jóvenes que habitan en las inmediaciones de su barraca, mientras ninguna mirada ardiente como la de los hijos de Ulid se fija en ella, la tierna planta de las villas del Turia ni se cuida de su desordenada cabellera, ni el deteriorado estado de su traje la desvela, ni le importa mucho pasear los campos cercanos á su barraca desnuda de pie y pierna, ni hay cosa que pueda causarle el mas ligero sobresalto. Mas ya se encuentra en estado de merecer un *chic* robusto, tostado por el sol, que sabe por los dedos arar, sembrar, y practicar todas las faenas del campo; fija los ojos en ella, echa sus planes allá en sus adentros y resuelve tomar por esposa á la *chiqueta* que ha encendido un horno en su corazon, que ve en sus sueños y que no le deja vivo ni muerto.

Al momento se decide á participar sus dulces proyectos á la que ama en silencio, y con el fin de conseguirlo no desperdicia ninguna ocasion de cuantas se le presentan de pasar por la puerta de la barraca en donde mora su amor, mirarla con marcada intencion y dejar escapar alguna palabrita para manifestar que la niña no le es indiferente. La madre de la jóven, como mas esperta y ducha, no tarda en leer en el semblante del mozo las intenciones que abriga en su alma, y trata de poner á su hija á cubierto de cualquier contingencia. Desde aquel momento ya procura nuestra heroina alisarse y poner en órden su cabellera, vestir con toda la pulcritud posible,

asearse del mejor modo y no separarse muy lejos de la barraca ni andar sola por los campos.

Por fin nuestro mancebo es novio y se le franquean las puertas de la barraca, á donde concurre un rato cada noche despues de concluidas las faenas del dia, y cambia algunas palabras con su futura hasta la hora de retirarse á la suya. Por supuesto, en estas entrevistas nada de notable ocurre, pues los padres de la prometida están con ojos de Argos tomando acta de las palabras y gestos del presunto yerno, el cual tiene buen cuidado de medir sus palabras y acciones para no caer en desgracia ni cometer el menor desliz.

Los dias festivos por la noche y siempre que hay alguna fiesta en el Partido, la *valenciana* es obsequiada como puede serlo la mas alta princesa. El novio reune dos ó tres de sus amigos mas adictos, cada uno de ellos se arma de su correspondiente trabuco, y provistos de una escuálida y secular guitarra de cinco órdenes y además sin prima, y del inseparable *guitarró*, se dirigen á la barraca de nuestra heroina á las altas horas de la noche. Un par de trabucazos disparados al aire anuncian á la jóven la nocturna visita de su amado. No se estremece nuestra protagonista, porque sabe que aquella leve insinuacion es el preludio de la serenata que ha de tener lugar aquella noche al pie de su palacio en honor de su codiciada belleza.

Comienza por fin uno de ellos á rascar las mugrientas cuerdas de los instrumentos entonando la rondeña denominada entre los aficionados del *uno* y *doce*, los demás cantan alternativamente cuartetas alusivas al obgeto, que improvisan allí ensalzando las bellezas y encantos de la jóven que encerrada en su reducido *estudi*, junto al de los padres, siente latir su corazon de alegria al escuchar los dulces piropos que se le prodigan á la parte de afuera, y entre tanto el novio le envia algun disparo de trabuco por la microscópica ventana de su dormitorio, dejando clavadas las balas en la madera y tiznando las blancas paredes de la barraca con los fogonazos ó

con cohetes que dispara de vez en cuando con el fin de dar mayor animacion y realze á la fiesta.

De este modo prosiguen obsequiando á la novia hasta las primeras horas de la madrugada, y á veces hasta los primeros pasos del alba les obligan á poner fin á su esparcimiento nocturno. Al dia siguiente sale nuestra heroina á la puerta y contempla con visible fruicion las señales de los obsequios que su futuro lo ha prodigado durante la noche anterior; señales que no dejan de escitar los celos de las demás jóvenes que contemplan el triunfo de la que tal vez miran como á su rival. Entre tanto la madre de nuestra prometida sale con una cazuela llena de cal, y con ayuda de un pincel con pretensiones de escoba se entretiene en borrar las huellas del amor de su futuro yerno, no sin espresar su descontento entre dientes por una costumbre que ella misma tuvo por buena cuando ocupaba el lugar de su hija.

Llega el caso de que concluya la novela y comience la historia para nuestra jóven. El novio, con arreglo á la costumbre del pais, ha de contribuir á las cargas de la union conyugal aportando el lecho nupcial, ó sean tablado, colchones, almohadas, y colcha, los muebles indispensables para adornar el *estudi*, y ademas el *or*, ó sean los adornos de oro de la novia; consistentes en aguja, peineta, barquillos ó pendientes, collar y otros obgetos con relacion á la fortuna del novio. Y es tan esencial esto, que mas de un noviage se ha deshecho á punto de realizarse por no estar el prometido en disposicion de comprar *l'or* á su prometida. En cámbio esta tiene la obligacion de regalar á su amante la *mudá* del dia del casamiento, compuesta ordinariamente de camisa, calzoncillos, calcetas y pañuelo de pita para la cabeza.

Al propio tiempo la futura esposa enseña á todas sus amigas la ropa que constituye su ajuar de novia, haciéndolas observar minuciosamente los pares de enaguas con puntilla, las camisas de mangas bordadas, los *salaecos* ó zagalejos y demás piezas de que se compone.

Dos ó tres dias antes de celebrarse la union conyugal el prometido apareja su *rosí* y se dirige á Valencia. Llega á la plazuela dels Porchets, ajusta un tablado de cama de matrimonio, media docena de sillas de á seis reales, tres ó cuatro cuadros que quieren representar á Nuestro Sr. Jesucristo, á la Virgen María y á los Santos del nombre de los esposos, lo carga todo sobre el jaco y se dirige á la barraca destinada á recibir al nuevo matrimonio. Inútil es decir que los cuadros ó estampas de que se trata manifiestan á la legua que no son copias de Rafael ni han nacido bajo la influencia del pincel del Ticiano; pues tanto el desden del dibujo como la rabia de los colores, dan á entender bien claramente que no pertenecen á determinada escuela, ó mas bien que la escuela á que pertenecen es una escuela *sui generis*, de brocha gorda.

Ya tenemos á la *valenciana* constituida en el estado de esposa: ya es ama y dueña de una barraca, de algunos pedacitos de tierra y tiene voz y voto en las asambleas de la familia. Aqui comienza una nueva vida para ella. Mientras su marido se ocupa en las faenas del campo, ella limpia y arregla las verduras para traerlas al mercado y esponerlas á la venta pública, en donde sostiene diálagos animados y muchas veces grotescos con los compradores. Puesta entre sus capazos de lechuzas, coles, alcachofas, cardos y demás géneros, parece una reina en el apogeo de su gloria y poderio. Al mismo tiempo que invita á los transeuntes recomendando las bondades de sus ricas mercancias, va quitando las hojas marchitas que afean el género, lo pone en buen órden, se sienta, se levanta, se revuelve á todos lados, se vuelve á sentar y nunca pára, mientras está en el puesto. El deseo de vender la domina hasta el punto de mirar como compradores á todas cuantas personas pasan por cerca de ella sin importarle un bledo que el individuo á quien se dirige invitándole á comprar una docena de alcachofas, un manojo de cebollas mayúsculas ó un puñado de sabrosas berengenas, vaya tirado de flamante frac negro, armado del severo baston de magistrado ó del plebeyo capazo de comprar.

Pero en donde la *valenciana* aparece con toda la belleza que le es propia, con toda la gallardía y encanto que le prestan su antiguo origen y la sangre oriental que circula por sus venas, es en el acto de vender la famosa y aromática pera y representando el papel de ramilletera ó vendedora de flores. Entonces se ofrece la *valenciana* al ojo del observador.

«Dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ageno,
Mas linda y mas hermosa
Que el prado en el Abril de flores lleno.»

En efecto, cuando la primavera comienza á dejar ver su encantador y risueño semblante sembrando galas por el ámbito de la tierra, cubriendo de flores nuestros campos, rejuveneciendo á la decrépita vejez, dando nueva vida á la tierna juventud y derramando bellezas y gallardía á manos llenas por el orbe entero, es llegada tambien la ocasion de que nuestra heroina salga á lucir sus encantos y se presenten en competencia las bellezas naturales de la *valenciana* con las de la estacion que simboliza los primeros albores de la vida humana.

A las primeras horas de la mañana, cuando el crepúsculo de la aurora comienza á bañar las dilatadas campiñas por donde la suave y juguetona brisa discurre saludando á las dormidas flores que principian á abrir sus virginales corolas y á derramar el purísimo aroma que embalsama el ambiente, sale la *valenciana* de su barraca provista de una cesta y unas tigeras, dirígese al campo de las fresas, semejante á un manto de verde y grana, y recorre uno tras otro todos los surcos echando en su cesta el delicado fruto bañado todavia con las perlas del rocío que el alba lloró sobre él al darle su último á Dios precisamente en el primer dia de su existencia.

Terminada la recoleccion, vuelve la *valenciana* á su barraca, divide el fruto entre varias cestillas blancas y limpias como las espumas de las olas, y las cubre con delicadas hojas de verde y aromático hinojo (*fenoll*). En seguida se quita el traje de campo, atusa la cabellera, se viste de gala sin olvidar los barquillos, las agujas, el

delantal y el pañuelo al cuello á la *negligé*, toma sus cestas y se dirige á Valencia. En uno de los lados del Mercado nuevo, toma asiento, descubre el género, y con el fin de escitar á los compradores trata de que las fresas mas gruesas y visibles aparezcan en primer término. Llégan los compradores, y ante todo pasan revista, mas bien con el fin de formar nota de las vendedoras, que con el objeto de escojer el mejor género. Mientras dura la inspeccion se oye el comprador á cada paso una invitacion distinta:—¡ascolte! asi ne té de bones.—¡mire que no,n trovará de millors!—vinga, vinga vosté asi!—¿Cuantes ne vol? ¡prengam esta sistelleta!—¡acabem este grapaet!—y otras por el estilo que causan las delicias del observador. Pero el que va á comprar, si es amigo del género, se dirige á la vendedora que mas linda le parece, aunque la mercancia sea la mas inferior, y alli carga gustoso con tal de cambiar algunas frases con ella y de contemplar todo lo mas cerca posible los negros ojos y la rubia cabellera de la *valenciana.*

La *valenciana*, representando el papel de vendedora de flores, todavia puede decirse que está mas en su elemento. Si para vender la perfumada fresa se atusa el cabello, y se adorna *en tot lo de la caeixeta,* para venir á vender las flores aun trata de dar mayor realce á su interesante persona y hasta de ofrecerse á la vista de los admiradores á las galas de la primavera con todo el lujo y la coquetería que le son posibles. La Ramilletera llega al Mercado á las primeras horas de la mañana rodeada de toda clase de flores. oras sueltas ora formando *bouquets* de todas formas y tamaños. Colócase en su sitio, pone á su lado la cesta llena de flores, y en el brazo de esta va colocando los ramilletes dentro de pequeños floreros ó jarritos de la famosa porcelana de las fábricas de Manises y Alacuás.

Entre tanto van acudiendo los aficionados y las bellas ciudadanas, y forman del espacioso salon del centro del Mercado nuevo un paseo matinal en donde parece que se reunen en competencia las graciosas moradoras de la ciudad del Cid y de la vega con las sin segundas flores de los jardines de la izquierda del Turia y de algunos otros de

íntra y extramuros. Los aficionados se proveen de ramos que siempre tienen á quien regalar entre las bellas del paseo, estas á su vez compran tambien para adornar sus consolas y mesas, y con este movimiento la jardinera no para de formar y espender *bouquets*, sentada detras de su cesta, teniendo en la mano izquierda las flores que coloca con la diestra y atándolas con singular maestría. Asi se agita; la mantilla que algunas llevan sobre la cabeza viene con frecuencia á cubrir el pecho, nuestra heroina la retira hacia la espalda con cierto aire de desden, y este movimiento, al par que el contacto de las flores, hacen cubrir sus megillas de grana y represéntase á nuestros ojos en el apogeo de su belleza, semejante á Flora en medio de sus Estados.

Pero nuestra heroina no solamente se cuida de dar salida á los frutos del fértil suelo que ayuda á cultivar, sino que como coheredera de las costumbres y caracter moriscos, es áltamente impresionable, caritativa en sumo grado y piadosa hasta donde puede serlo el valenciano. Nuestra protagonista es aficionada á bailes, romerías, y á toda clase de fiestas, y muchas veces en el contrato nupcial hace que conste la cláusula de que su marido la ha de llevar á Liria á las fiestas del Angel el 29 de Setiembre; parte gustosa su alimento con el necesitado que llega á la puerta de su humilde barraca, y aun lo cobija bajo su techo si tiene necesidad de ello, y finalmente no aparece estampita de santo ó santa en manos de un ciego, que no compre con toda la fé del mejor creyente para pegarla detras de la puerta de su barraca, en la del estudi, en la tapa del arca y hasta en los revoltones del techo de su albergue, ni deja de llevar la simiente de los gusanos de seda á la iglesia para bendecirla.

En fin la *valenciana* reune en sí las bellezas árabe, griega é italiana; es activa y laboriosa como pocas otras provincianas, y á la herencia de los dominadores de este pais reune los encantos que dá un clima dulce y benigno y un terreno tan fertil y pintoresco como el de los márgenes del ameno Turia.

José Zapater y Ugeda.

3 2044 035 963 495

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

~~OCT 2 1934~~